



memorias de la
emigración española
a américa



memorias de la emigración española a américa

Pilar Pérez-Fuentes Hernández
José Antonio Pérez Pérez
M^a Ángeles Sallé Alonso





 GOBIERNO DE ESPAÑA	MINISTERIO DE TRABAJO E INMIGRACIÓN	SECRETARÍA DE ESTADO DE INMIGRACIÓN Y EMIGRACIÓN
		DIRECCIÓN GENERAL DE LA CIUDADANÍA ESPAÑOLA EN EL EXTERIOR


fundación directa

memorias de la emigración española a américa

Pilar Pérez-Fuentes Hernández

Universidad del País Vasco
Departamento de Historia Contemporánea

José Antonio Pérez Pérez

Universidad del País Vasco
Instituto de Historia Social Valentín de Foronda

M^a Ángeles Sallé Alonso

Fundación Directa

Itziar Elizondo

Coordinación editorial



Fundación Directa

desea reconocer y agradecer la labor del equipo que llevó a cabo las entrevistas,
compuesto por las siguientes personas:

ARGENTINA

M^a José Rodríguez (*Coord.*)
Ester Fernández
Celia Molina

COSTA RICA

Ana de Vega

CUBA

Julio González Pagés

CHILE

Regina Rodríguez (*Coord.*)
Margarita Tamayo

ESPAÑA

Marlene Blanco
Raffaella Galante
José Antonio Pérez

MÉXICO

Rosario Ginard

PANAMÁ

Yolanda Marco (*Coord.*)
Juana de Dios Camargo

URUGUAY

Sara Silveira (*Coord.*)
Virginia Escardó (+)
Graciela Piñeyro

VENEZUELA

Aurora Capechi (*Coord.*)
Fernando Toledo

introducción

“Me acomodé en la delantera cerca del mayoral y entre dos viajeros: un indiano que tornaba de Méjico a su aldea natal, escondida en *Tierras de Pinares*, y un viejo campesino que venía de Barcelona, donde embarcara a dos de sus hijos para el *Plata*. No cruzaréis la alta estepa de Castilla sin encontrar gentes que os hablen de Ultramar”.

Antonio Machado

Campos de Castilla

El contenido de este libro, editado gracias al apoyo de la Dirección General de Ciudadanía Española en el Exterior del Ministerio de Trabajo e Inmigración, es fruto del Proyecto **Madrid entre dos orillas** (2005–2007)¹ entre cuyos objetivos se incluyó la elaboración de un Banco de Memoria que archivase información y experiencias de los emigrantes españoles a América Latina. Aproximarse al fenómeno migratorio desde la memoria individual y colectiva de los propios españoles que emigraron décadas atrás podría ser un buen antídoto para combatir la xenofobia y la exclusión que amenaza en ocasiones a los hombres y mujeres inmigrantes que han llegado a España con la voluntad de ser nuestros conciudadanos. Para ello nada mejor que devolver, a modo de espejo, las experiencias de los emigrantes españoles a América, recopilando una muestra de testimonios, correspondencia, fotografías, imágenes y voces de aquellas personas que tuvieron que abandonar sus lugares de origen en busca de otras tierras que les permitieran desarrollar un proyecto de vida. La rememoración de las vidas de quienes fueron los “otros” en el continente americano constituye, sin duda, una fuente de aprendizaje para abordar los nuevos fenómenos migratorios que nos afectan.

Un segundo objetivo ha sido el de rendir un pequeño homenaje a quienes desde la otra orilla del Atlántico han sido protagonistas de la historia de España, porque no siempre el fenómeno de la emigración española ha sido suficientemente recogido en la historia oficial. Si bien, es cierto que en los últimos años, el reconocimiento de prestaciones sociales y de derechos políticos para aquellos españoles –y descendientes directos– que se vieron obligados a abandonar su país por causas económicas o de exilio político, ha sido un factor clave para rescatar del olvido a aquellos españoles y españolas “del exterior”.

¹ El Proyecto fue cofinanciado por el Fondo Social Europeo (Iniciativa EQUAL) y por la Dirección General de Integración de los Inmigrantes (DGI) del Ministerio de Trabajo e Inmigración, siendo impulsado y coordinado por la Fundación Directa y coejecutado por Casa de América, Fundación Tomillo, Centro de Estudios Económicos Tomillo (CEET), Aula Solidaridad, Asociación de Investigación y Especialización sobre temas Iberoamericanos (AIETI) y Fundación Chandra.

Desearíamos, en definitiva, contribuir a que las personas que se vieron obligadas a emigrar tuviesen un espacio en las políticas de la memoria de tal manera que sus experiencias constituyan una herramienta de aprendizaje en favor de la integración de los inmigrantes que hoy llegan a España. Los informes de Amnistía Internacional: “Fronteras del Sur” realizado en el 2005 y “Entre la desgana y la invisibilidad” de 2008, nos indican que la intolerancia convive entre nosotros y que las políticas contra el racismo deben intensificarse en España. Rescatar los testimonios de los nuestros que fueron “otros”, que fueron pobres, “gallegos” o “gachupines” y reconocer la solidaridad de los países que los acogieron es una buena política de la memoria y por lo tanto una buena práctica de ciudadanía.

la emigración española a américa

La emigración como respuesta a la falta de oportunidades económicas, a la injusticia y a la represión política es un hecho histórico de primera magnitud que deja sentir sus efectos, no sólo en el país expulsor, sino también en la tierra de acogida.

España ha sido un país, hasta hace escasos años, de fuerte tradición emigratoria y fueron muchos los españoles y españolas que se vieron obligados a abandonar sus lugares de origen a lo largo de varios siglos. Millones de personas se trasladaron a otros países, preferentemente del continente americano, en distintas etapas, por diferentes causas y con desigual intensidad.

Llegada la democracia y alcanzado un nivel de desarrollo económico comparable al de otros países europeos, el signo de la corriente migratoria se ha visto invertido. Desde los años setenta las dificultades económicas y sociales de muchos países de América Latina han convertido al viejo continente, y a España particularmente, en el sueño de la población latinoamericana. Se invertía así el signo de la corriente migratoria.

La emigración en masa que se produjo en España desde la segunda mitad del siglo XIX hasta la transición democrática, aunque con diferentes periodos de intensidad, fue muy superior a la generada durante los cuatro siglos del periodo colonial. ¿Quiénes protagonizaron este fenómeno?. Como ocurre en todos los movimientos migratorios de larga distancia, en los siglos XIX y XX, los flujos de españoles que llegaban a América estaban constituidos sobre todo por varones, jóvenes y solteros en su mayoría, aunque también hubo una importante emigración en familia. Hombres y mujeres originarios en su mayoría de las zonas rurales que buscaban, de manera legal o burlando los controles oficiales, oportunidades que su país no les daba.

Unos emigraban con el objetivo de permanecer y empezar una nueva vida, otros, con la idea de ser “golondrinas” que saltaban de un lado a otro del Atlántico, combinando mercados laborales en una permanente temporalidad entre dos orillas. Para muchos, su

único equipaje era la voluntad de salir adelante y una mínima formación que consistía en saber leer y escribir, porque es sabido que las familias seleccionaban a aquellos miembros que estaban en mejores condiciones para situarse en el país de destino.

La pobreza y la falta de expectativas en una España agraria y atrasada, con unos mercados de trabajo industriales y de servicios muy concentrados en Cataluña, el País Vasco y Madrid que no podían absorber el continuado éxodo rural iniciado a finales del XIX, empujaba a hombres y mujeres a buscar otros medios de vida en tierras lejanas. Las cadenas migratorias a modo de redes de información y solidaridad actuaron poderosamente, dando una dimensión colectiva y generacional a cientos de miles de desplazamientos. De esta manera cada proyecto migratorio formaba parte de una cadena de experiencias y recursos. La existencia de estas cadenas construidas a través de lazos de sangre y de amistad nos ayuda a entender porqué los flujos migratorios continuaron cuando las dificultades económicas o políticas habían desaparecido o se atenuaban. Y cómo las redes de parentesco que se tejían entre los dos continentes jugaron un papel fundamental tanto en la integración social y laboral de los inmigrantes en América como en la atención a los miembros de la familia que quedaban en España.

La guerra y la postguerra generaron una última oleada de emigración empujada por la represión, el hambre y la falta de oportunidades en la España franquista. Miles de hombres, de mujeres y de niños, porque la emigración en esta última etapa tiene un componente familiar importante, se trasladaron a países latinoamericanos que vivían un periodo de expansión económica y que demandaban mano de obra especializada y familias de agricultores que pudiesen colonizar tierras todavía despobladas y que asegurasen su permanencia y arraigo en los países de destino.

Este fenómeno de las migraciones ha sido y está siendo estudiado desde diferentes perspectivas y a partir de diversas fuentes de documentación. Una de las más extendidas es la demografía histórica, es decir, el estudio estadístico de la estructura y dinámica de la población a lo largo de un determinado periodo histórico. A partir de la demografía los investigadores analizan las migraciones como un fenómeno socio económico determinante en el devenir de la historia. En esta labor, los especialistas basan sus estudios en los diversos recuentos de población, como los registros parroquiales, los anuarios, los padrones o los censos, estableciendo cortes o series. La información obtenida a partir de estas fuentes puede ayudarnos a descifrar las claves fundamentales de la evolución de la población y de los diversos fenómenos sociales que inciden en ella. El estudio de los datos que presentan estas fuentes, su contraste y análisis estadístico permiten, por ejemplo, una aproximación al volumen de la población desplazada, facilitan la identificación de redes migratorias, o sopesan la aportación cuantitativa de los protagonistas, sus condiciones de vida, y un largo etcétera que nos aproxima a un fenómeno tan complejo como determinante en las sociedades contemporáneas.

Sin embargo, las migraciones también pueden ser analizadas a través de otro tipo de fuentes, en este caso cualitativas, que nos permiten adentrarnos en aquel mundo que permanece oculto para los recuentos y las estadísticas; un mundo donde la memoria constituye una de sus fuentes de documentación imprescindibles. Las cartas que escribían los emigrantes, la prensa, las fotografías, las canciones, la literatura de época, los libros de viajes y por supuesto, las memorias y narraciones de sus propias vidas, constituyen, entre otras, una fuente inagotable de información que nos permite profundizar en otros aspectos diferentes a los estrictamente cuantificables. A través de su consulta podemos acceder al complejo mundo donde se resuelven, por ejemplo, las causas que llevaron a los protagonistas a emigrar, sus preocupaciones personales y familiares, su entorno económico, social, político o cultural, sus expectativas, los procesos de selección de los emigrantes dentro del grupo, el impacto que provocaron en ellos los nuevos países, la situación en que quedaron las familias en sus lugares de origen, la continuidad o ruptura de las relaciones entre aquellos dos mundos, las diferentes estrategias que desarrollaron los protagonistas, la construcción de nuevas identidades, y en definitiva, todo el complejo universo de experiencias que forman parte de la memoria individual colectiva de los emigrantes.

memoria e historia de los emigrantes

La memoria, dice W. Benjamin, “asemeja a rayos ultravioletas capaces de detectar aspectos nunca vistos por la realidad”. La memoria aparece en nuestros días como un tema central en el conjunto de las ciencias sociales y de manera especial para la historia. La declaración del año 2006 en España como el “Año de la Memoria Histórica” y la tramitación de la Ley de la Memoria Histórica, han contribuido a que términos como “memoria histórica”, “memoria colectiva”, “testimonio”, sean profusamente utilizados en nuestro país y que los debates sobre la compleja relación entre historia y memoria hayan sido objeto de congresos y debates en el mundo académico.

Es cierto que la falta de rigurosidad en algunos casos, y un deliberado intento en otros, por manipular la construcción e interpretación del pasado, nos obliga a matizar y puntualizar algunos aspectos sobre ambos conceptos y sobre la naturaleza de la relación que mantienen.

Durante los últimos años se está viviendo una eclosión del término memoria en gran número de publicaciones e investigaciones, incluso en el mundo académico, como si ésta pudiese sustituir a la historia. No hay título que se precie que no sitúe el término memoria como un reclamo y al mismo tiempo como una confusa reivindicación de ésta por encima de la historia, que hasta hace poco tiempo ostentaba el máximo rango y respeto en esta supuesta clasificación.

De todo ello parece desprenderse un deliberado intento de dignificar la memoria de determinados acontecimientos frente a los relatos históricos oficiales y como respuesta a la eclosión democratizadora e igualitaria que proponen los defensores a ultranza de una memoria al alcance de todos. Parecería que ésta tuviese un plus de autenticidad e incluso una dimensión ética, de la que al parecer carecería determinada historia.

La reconsideración del status que tradicionalmente se había ofrecido a la memoria, considerada como herramienta subsidiaria por parte de los historiadores está estrechamente ligada a los importantes cambios experimentados dentro de la disciplina histórica que cuestionan los grandes relatos sobre el pasado vinculados a los paradigmas científicos de la modernidad. Nos referimos a una concepción de la historia como ciencia objetiva que se ocupa de reconstruir el pasado, estableciendo un relato hegemónico, único y lineal que, como denunciaba Walter Benjamín, ignoraba otros relatos y otros sentidos del pasado, los de los excluidos y de los grupos minoritarios. Y es precisamente la memoria –las memorias– el terreno sobre el que podemos construir otra historia con capacidad crítica y emancipadora. Por eso en la actualidad la memoria ha recuperado autoridad e incluso se contempla como condición de posibilidad del conocimiento histórico². Esto significa que si queremos superar los olvidos y construir un relato histórico en el que también los excluidos se sientan reconocidos, es necesario abrirnos a otras memorias individuales y colectivas que han quedado ignoradas.

Es a través de los recuerdos como vamos construyendo el nexo estrecho y complejo entre la memoria individual y el contexto social y cultural, de tal manera que cada memoria individual es un punto de vista de la memoria colectiva³. Una de las formas de acceso a ellas es la realización de entrevistas que permitan a los sujetos construir el propio relato de su vida.

Para muchos, la memoria constituye un territorio inquietante y plácido a la vez. Inquietante porque nos devuelve, muchas veces a nuestro pesar, el recuerdo de un pasado que, en ocasiones, desearíamos enterrar para siempre. Un pasado traumático o simplemente olvidable y molesto que desafía la comodidad de nuestro presente. Y plácido porque, como contrapartida, constituye el último y nostálgico refugio que nos permite reelaborar una y otra vez lo que fue, o simplemente lo que pudo ser.

La memoria dibuja un espacio y un tiempo (“la patria es la infancia”), de redenciones personales donde se destilan ilusiones, frustraciones, experiencias inconfesables, amores adolescentes, y rencores irracionales; un mundo, el de la subjetividad, en definitiva, cargado de imágenes, de sonidos, de olores, de tactos y sabores que forman parte del patrimonio personal de cada ser humano. El estudio de la memoria nos sitúa precisamente

2 Lloa, Miren: “Memoria e identidades. Balance y perspectivas de un nuevo enfoque historiográfico”, en Borderías, C. (Ed.), *La Historia de las Mujeres: Perspectivas actuales*, Barcelona, Icaria, 2009, pp.355-390

3 Halbwachs, 2004

en el territorio más recóndito y a la vez el más transparente de todos los posibles, capaz de ocultar las heridas más profundas o de mostrar descarnadamente las cicatrices.

La memoria, que duda cabe, define una capacidad personal pero a diferencia de otras funciones subjetivas no es intransferible. De hecho, es su transferencia, su difusión, su comunicación, lo que la convierte en “memoria compartida” y como tal puede llegar a ser percibida e incluso analizada como “colectiva”. A través de los recuerdos los protagonistas, los hombres y las mujeres que los vivieron, retoman de nuevo su propia vida, la reelaboran y se identifican con una determinada generación, con la que comparten experiencias comunes.

Uno de los pensadores que han reflexionado sobre esta serie de cuestiones con mayor rigor y profundidad ha sido el filósofo Paul Ricoeur. En sus numerosos trabajos y especialmente en el celebrado *La memoria, la historia, el olvido*, se pregunta ¿No existe, entre la memoria individual y la memoria colectiva, un plano intermedio de referencia en el que se realizan concretamente los intercambios entre las personas individuales y la memoria pública de las comunidades a las que pertenecemos? Este plano sería, para Ricoeur, el de los allegados, es decir, esa gente que cuenta para nosotros y para quienes contamos nosotros, y a quienes –permítasenos interpretar a Ricoeur–, transmitimos nuestra memoria⁴.

La cuestión ha sido analizada por otros muchos autores. Maurice Halbwachs ha defendido el concepto de “memoria colectiva” como resultado de un ejercicio de retroalimentación de la memoria individual a partir de la estrecha relación que ésta última mantiene con la esfera exterior, con la esfera social que rodea al individuo⁵. En este sentido, Halbwachs distingue entre dos clases de memorias; la que denomina memoria interior o personal y la memoria exterior o social en su diálogo constante, en la estrecha relación y en la forma en que actúan entre sí, de tal modo que resultaría difícil entender la una sin la influencia de la otra.

La cuestión fundamental que subyace en estas disquisiciones es el de la fiabilidad de la memoria como fuente para la historia. El debate sobre esta cuestión es tan antiguo como la propia historia, permanece abierto y ha dado lugar a nuevos debates sobre los métodos y las técnicas utilizadas en el proceso de tratamiento de la memoria a partir de la utilización de los testimonios orales.

La memoria es el presente del pasado, ha afirmado Julio Aróstegui⁶ y los recuerdos son moldeables y pueden ajustarse a la medida de cada persona para justificar de forma

4 Véase Ricoeur, Paul: *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid, editorial Trotta, 2003.

5 Halbwachs, Maurice: *La Mémoire Collective et le Temps* “ *Cahiers Internationaux de Sociologie* , vol. II, 1947, pp. 3-30. Este texto fue incorporado posteriormente al capítulo III de *La mémoire collective* par Maurice Halbwachs, P. U. F. , Paris, 1950 y 1968. (Tr. Vicente Huici Urmeneta , 1998), en <http://www.uned.es/ca-bergara/ppropias/vhuici/mc.htm>. Un interesante dossier sobre el autor puede consultarse en *Historia Antropología y Fuentes Orales*, nº, 32, 2004.

6 Véase a este respecto Aróstegui Sánchez, Julio; “El presente total o la experiencia como historia (Sobre el presente de la historia)” en *VV AA. Año mil, año dos mil. Dos milenios en la Historia de España (I)*. Madrid, Nuevo Milenio, 2001. pp. 129-153.

consciente o inconsciente, nuestra situación actual, nuestras actitudes y comportamientos o nuestro discurso. En ello radica precisamente la grandeza y la miseria de la memoria.

Como se ha afirmado, la memoria se define por dos fenómenos estrechamente interrelacionados, el recuerdo y el olvido, que marcan también los límites del testimonio de quien nos presta su memoria como una fuente más de información y conocimiento. Y si los recuerdos son moldeables, qué puede decirse de su transmisión. En ella intervienen múltiples factores. Algunos afectan directamente a quien es su poseedor y difusor, sujeto, como ya hemos apuntado, a numerosos condicionantes internos y externos; y otros, su responsabilidad de quien los recibe, analiza e interpreta, es decir, del historiador en este caso. El mismo acontecimiento puede ser recordado por un informante de distinto modo, dependiendo por ejemplo, de su estado anímico y físico, o de la cambiante consideración social que, por ejemplo, ha tenido a lo largo del tiempo el ejercicio de un determinado oficio o la militancia en un partido aceptado mayoritariamente en un pasado y desprestigiado en la actualidad. Pero también puede ser interpretado de dos formas diferentes por quien recoge ese testimonio, incluso en el caso de que se trate de la misma persona entrevistada.

Estas reflexiones no nos impiden reconocer la memoria como territorio privilegiado para construir un relato verosímil del pasado. Por el contrario, estos debates nos sitúan frente al complejo fenómeno de la identidad individual y colectiva, entendida como el proceso de construcción del sujeto. En este sentido, la identidad sería en gran medida el resultado de la memoria y del análisis que el sujeto hace a partir del diálogo y del contraste entre la memoria interior y exterior, entre la individual y la colectiva. Es decir, cada persona se identifica como miembro de un determinado grupo a partir de la constatación de las similitudes con respecto a *los unos* y las diferencias frente a *los otros* y por supuesto, a partir de experiencias compartidas, una percepción fundamental, como veremos en páginas posteriores, en el caso de los protagonistas de las migraciones. Podría afirmarse que no hay experiencia sin memoria y sin ésta no podríamos construir nuestra identidad.

Pero la construcción de la historia de vida de cada persona requiere de mecanismos que posibiliten una versión narrativa de su memoria, y eso sólo es factible a partir del lenguaje, capaz de organizar los recuerdos, de darles significado y coherencia interna, de verbalizar de modo oral o escrito una determinada trayectoria personal y, por supuesto, de un discurso, capaz de situar en un punto exacto del recorrido memorístico los acontecimientos vividos.

La narración de los recuerdos es en realidad una recreación subjetiva del pasado donde concurren factores de todo tipo, desde los más estrictamente emocionales hasta los culturales, basándonos en la memoria transmitida y en la experiencia vivida. De este modo, la percepción que cada persona tiene del pasado en general y del suyo en particular

se encuentra totalmente condicionada por la imagen que tiene de sí misma en el presente⁷. En todo caso, la interpretación fiel y veraz de su narración puede resultar tan interesante como la recreación adornada o falsa de la realidad vivida. Toda construcción del propio pasado contiene un importante valor que debe ser descifrado e interpretado por el historiador/a, dentro del contexto temporal en el que se desgrana, pero también dentro del contexto en que fue vivido directamente por el testigo. Su análisis permitirá contar con el mayor número de elementos de juicio para recrear un determinado periodo de su vida, e incorporarlo a una perspectiva más amplia que permita dibujar, por ejemplo, los perfiles de un grupo concreto dentro de una sociedad.

En cualquier caso, las estrechas relaciones entre la memoria y la historia no pueden llevar al extremo de confundir, o peor aún, a sustituir la historia por la memoria dentro del proceso de construcción de un relato verosímil y contrastado sobre el pasado. La memoria puede ser plasmada o articulada a través de diferentes soportes y canales: escritos (vivencias personales, biografías o autobiografías, memorias, etc.), gráficos (fotografías, grabados) o audiovisuales (entrevistas en forma de historias de vida o autobiografías, por ejemplo). A partir de su materialización son considerados como una fuente más de documentación, y por tanto, sometidos al análisis riguroso y crítico al que se somete cualquier otra fuente histórica.

Los testimonios de la emigración

Las fuentes orales constituyen en nuestros días una poderosa herramienta para construir relatos del pasado que nos aproximen a la experiencia vivida por mujeres y hombres que de otra manera permanecerían en el olvido. Las migraciones son uno de los fenómenos sociales más atractivos para la historia oral y ésta ha contribuido a profundizar en su conocimiento, aportando nuevos enfoques y perspectivas⁸. Sin duda alguna, son los testimonios directos de los protagonistas, obtenidos a partir de la realización de entrevistas, los que nos ofrecen datos sobre aspectos concretos y tangibles de su vida cotidiana, de sus decisiones, vivencias y trayectorias dentro de determinados grupos. Nos permiten, sobre todo, profundizar en la creación y recreación de su propia identidad, en sus ilusiones, en sus miedos y frustraciones, e incluso en aquellos territorios como el del olvido, tan

7 No es ni más ni menos que “el premio y la maldición de la Historia Oral: la subjetividad”, según Alessandro Portelli, citado por Fraser, R.: “La historia oral como historia desde abajo”. *Ayer*, nº 12, p 80. Véase a este respecto, y sobre los problemas de determinados cuestiones Da Silva Catela, Ludmila; “De eso no se habla. Cuestiones metodológicas sobre los límites y el silencio en entrevistas a familiares de desaparecidos políticos” en *Historia, Antropología y Fuentes Orales* nº 24, Barcelona, 2000.

8 Valero Escandell L, José Ramón. “Las fuentes orales: su utilidad en estudios sobre migraciones”. *Estudios Geográficos*, Madrid, tomo LV, nº 214, enero-marzo 1994, p. 190-194. La publicación de algunos números monográficos de revistas especializadas ha servido para medir la temperatura de estos estudios este enfoque dentro de los estudios sobre las migraciones. Véase a este respecto *Historia, Antropología y fuentes orales*, nº 28. Barcelona HAFO. 2002.

pantanosos como elocuentes⁹. Estas circunstancias obligan al investigador/a a superar un tratamiento costumbrista, novelado o anecdótico del testimonio para insertarlo dentro de una interpretación mucho más compleja, donde cada uno de los sucesos repetitivos que conforman la vida cotidiana resultan tan esclarecedores como los cambios o las rupturas que pueden plantear bajo determinadas condiciones.

Algunos de los trabajos más interesantes publicados durante los últimos años se han centrado precisamente en las emigraciones hacia América destacando las diferentes trayectorias y experiencias de los hombres y de las mujeres. De esta manera, la perspectiva de género se ha desvelado como un factor determinante en la construcción de la experiencia migratoria y ha enriquecido de forma decisiva el conocimiento de este complejo fenómeno¹⁰.

La historia oral, por tanto, nos abre nuevas perspectivas a los historiadores e historiadoras y nos permite rescatar a sujetos y experiencias que de una manera u otra han quedado fuera de los relatos oficiales del pasado.

A finales de los años 70 la revista *Past and Present* publicaba un ensayo del historiador británico Lawrence Stone titulado *El retorno a la narrativa* donde, entre otras reflexiones, destacaba el interés por la reconstrucción de los aspectos subjetivos de la condición humana. Todo ello partía de la convicción de que “la cultura de un grupo e incluso la voluntad de un individuo deben ser tomadas tan en serio como las fuerzas impersonales de la producción material o el crecimiento demográfico a la hora de explicar un cambio”. Reivindicaba de este modo la reconstrucción de una nueva historia cultural que rechazaría el estudio de los procesos anónimos y de los métodos cuantitativos a favor de la recuperación del sujeto dentro de un universo y una concepción histórica mucho más complejos.

Dentro de esta línea tuvo y tiene una importante cabida el desarrollo de la historia oral, que comenzó a forjarse como un intento de análisis de los discursos y los mecanismos de apropiación, recreación y difusión que hacen los diferentes grupos de los objetos culturales y de los hechos vividos. Precisamente este último objetivo fue el origen de uno de los trabajos más destacados de la historiografía francesa, titulado *Les lieux de mémoire*, los lugares de la memoria, dirigido por Pierre Nora¹¹. Estos lugares de la memoria, que se han identificado generalmente con escenarios, simbólicos o reales, capaces de recordar

9 Coetzee, Jan K.; “Narrando el trauma Introducción a A. Portelli, R. Van Boeschoten, A. Molnár y L. Catela” en *Historia, Antropología y Fuentes Orales* n° 24, Barcelona, 2000.

10 Antonacci, María Antonieta: “Atravesando el Atlántico. Españolas en Sao Paulo”. En *Historia, Antropología y fuente orales*. n° 28. Escenarios migratorios. Barcelona HAFO, 2002, pp. 3-32.

11 Nora, Pierre; “La aventura de Les lieux de mémoire” en Cuesta Bustillo, Josefina (ed.); *Memoria e historia. Ayer* n° 32, Madrid, 1998, pp. 17-34. Véanse a este respecto entre otros Ricœur, P.: *La lectura del tiempo pasado: memoria y olvido*. UAM Ediciones. España, 1999. *Usos del olvido*. Yrushalmi Y. H. y otros. Ediciones Nueva Visión. Buenos Aires 1989. Cuesta Bustillo, J.: “Memoria e historia. Un estado de la cuestión”, en *Memoria e Historia*, Cuesta Bustillo, J., ed. *Ayer*, número 32. Madrid, 1998. Pollak, M.: “Memoria, esquecimiento, silencio”, en *Estudios Históricos* 1989, San Pablo, 1988 y Sempol, D.: *Historia y Memoria. Los sentidos del pasado*. http://www.rebelion.org/cultura/sentidos_pasado030501.htm#, Mayor 2001,

el pasado, de engrandecerlo incluso, han dado lugar a su vez, a nuevos conceptos como los “lugares simbólicos”¹², términos que sirven para distinguir realidades diferentes pero que presentan también muchos puntos de coincidencia.

Todo ello resulta aún más evidente en aquellos grupos sociales que han sido discriminados o marginados de la historia oficial, incluso de la memoria oficial o memoria hegemónica, construida desde una serie de convencionalismos e inercias que desplazan u ocultan el protagonismo de un determinado grupo o sector en beneficio de otro. El caso de la historia de las migraciones constituye uno de lo más palpables, pero no el único. Algo muy similar podría decirse de otros sectores sociales olvidados de esa misma historia y memoria oficiales, como la mujeres, los homosexuales, las minorías étnicas, o los represaliados políticos, por poner una serie de ejemplos concretos, invisibles para los investigadores sociales hasta hace muy poco años.

Es precisamente en este terreno donde la historia oral, construida a través de la recuperación y el análisis de los testimonios de los protagonistas, puede posibilitar el acceso a un mundo tan próximo como desconocido. Lo novedoso de la historia oral no estaría en la utilización de una determinada técnica de obtención de información. De hecho, ésta ha sido definida como la forma más nueva y a la vez la más antigua de hacer historia¹³. Lo verdaderamente sugestivo se centraría en la riqueza que un determinado tratamiento ha aportado a la investigación histórica y sin cuya incorporación resultaría imposible acceder a aquellos territorios opacos e incluso vetados para las investigaciones cuantitativas y supuestamente objetivas.

A través de los testimonios de los protagonistas podemos profundizar en la percepción que los propios individuos tienen de determinados hechos, dentro de un mundo regulado por unas normas de comportamiento, unas costumbres y unas leyes que les han relegado a un lugar secundario dentro de la historia¹⁴.

Las fuentes orales han sido consideradas en muchas ocasiones como fuentes de dudosa verosimilitud y sin embargo, los testimonios nos informan de manera significativa sobre la cultura y los hechos que originan los recuerdos, y, en definitiva, nos introducen en el mundo de la subjetividad, sin la cual no hay sujeto posible. No buscamos en los testimonios certezas sobre lo que realmente pasó sino que tratamos de conocer a través de éstos cómo se experimentaron los acontecimientos –en este caso la emigración– y cómo estos hombres y mujeres han construido los relatos de su vida, dándole coherencia y significado.

12 Halbwachs, Maurice: Memoria colectiva y memoria histórica, en Reis, 69/95, pp. 209-219, Traducción de un fragmento del capítulo II de *La mémoire collective*, París, PUF, 1968.

13 Thompson, P.: “La historia oral y el historiador”. *Debats*, núm. 10, 1984, p. 52.

14 Thompson, P.: *La voz del pasado*. Historia. Valencia Alfons el Magnánim, 1988, pp 221-243, Chantal de Tourtier-Bonazzi, “Propuestas metodológicas” *Historia y Fuente Oral*, 6 (1991), pp 181-190

“La memoria constituye, por tanto una fuente fecunda de información subjetiva, pero en ella no encontraremos evidencias, ni cronologías, ni espejos de la realidad pasada. Los recuerdos, sin embargo, no son ficciones. La vinculación entre memoria y experiencia individual es la que convierte a los recuerdos en una fuente única y valiosa desde el punto de vista del análisis histórico”¹⁵.

La recopilación de cien historias de vida de emigrantes españoles que residen en diferentes países de América y también de emigrantes retornados, nos ha permitido escuchar de primera mano su aventura migratoria, conocer cómo construían el relato de su propia vida como fórmula para hacer presente un pasado que es patrimonio de todos. Para ello realizamos entrevistas en profundidad partiendo de un extenso cuestionario que permitía comprender, en toda su magnitud la compleja experiencia de emigrar a otro país. Las entrevistas fueron realizadas por un equipo de colaboradores y colaboradoras en Argentina, Venezuela, México, Cuba, Costa Rica, Chile, Uruguay, Panamá y España (retornados) y han sido acompañadas de materiales biográficos como fotos y archivos de voz. El guión, utilizado de manera flexible, abarcaba información sobre la familia en el lugar de origen, las causas de la emigración, el país elegido, las circunstancias y avatares del viaje, los sentimientos que el abandono del lugar de origen les generaban, el encuentro con el país de acogida, la nueva sociabilidad desarrollada, las redes asociativas, las trayectorias laborales, las nuevas costumbres, las añoranzas, la formación del nuevo núcleo familiar, los cambios que se iban produciendo en sus identidades de pertenencia social y nacional, las relaciones con España, el retorno como horizonte, etc. Un sinnúmero de cuestiones que iban introduciéndose, respetando el ritmo y el orden establecido por las personas entrevistadas. Para la mayor parte de ellas, construir el relato de sus vidas ha supuesto un esfuerzo emocional y de rememoración muy intenso, porque lo que somos –es decir, lo que hemos decidido que somos– y cómo nos situamos en el mundo, se lo debemos a nuestra memoria. Esa memoria que se va construyendo con las experiencias y los recuerdos acumulados que continuamente resignificamos hasta el fin de nuestros días y que, en definitiva, nos dota de identidad.

Posteriormente, hemos realizado una labor de edición que resumiese sus relatos, respetando el sentido de sus testimonios fielmente y permitiese una lectura más ágil de los mismos. Somos conscientes de que estos testimonios, como todos, son fuentes muy complejas porque en ellos se mezclan la memoria individual y la colectiva, se mezclan experiencias pasadas con situaciones presentes, valores y representaciones culturales del pasado y del presente¹⁶. Ciertamente, la memoria nos introduce en las movedizas aguas de la subjetividad pero lejos de huir de ella, sabemos que ésta constituye un campo

15 Llonca, Miren, op. cit., p.362

16 Schwarzstein, Dora: “Historia oral, memoria e historias traumáticas”, *Historia Oral*, 4,2001,73-83

imprescindible para avanzar en la construcción de un relato del pasado realmente en el que todas las personas nos podamos reconocer.

Cuando cada una y cada uno de los entrevistados rememoraban sus vidas, no sólo construían su propio relato sino que también construían memoria colectiva en la medida en la que se percibían y se sentían parte de una comunidad, de un colectivo: el de los emigrantes. Es esa memoria colectiva la que exige formar parte del relato histórico, constituyendo un lugar de memoria cuando sus voces hayan desaparecido.

trayectorias y “lugares comunes” de una memoria colectiva

A partir de los testimonios recogidos hemos podido ir desvelando una serie de temas centrales, de hilos argumentales, a través de los que han discurrido las historias de vida de nuestros/as protagonistas y que constituían los ejes de una memoria colectiva de la que eran conscientes partícipes.

En cualquier caso, el abanico de memorias de la migración que analizamos y las diferencias que existen entre ellas ha dependido de múltiples factores. Algunos de los más importantes son tan evidentes como la fecha o el periodo en que se desencadena su migración. Teniendo en consideración las limitaciones cronológicas que, por razones de edad, presentan las fuentes orales, tan sólo hemos podido acceder a un pequeño grupo de emigrantes que llegaron a América durante las décadas anteriores a los años treinta del siglo XX. En algunos casos, hemos contado con los testimonios aportados por descendientes directos (hijos y nietos básicamente) a modo de “memoria heredada”, si bien este tipo de entrevistas han sido analizadas con la prevención que merece un testimonio ofrecido por una tercera persona. A pesar de ello, su aportación en este sentido, ha resultado muy interesante, porque nos ha permitido valorar la importancia que tuvo en la memoria familiar la transmisión oral de la aventura realizada por sus mayores. En todo caso, se trata de entrevistas puntuales, que han sido valoradas e incorporadas por la riqueza narrativa de sus informantes o por la importancia de los personajes en cuestión.

El resto de los testimonios ha sido aportado por las y los protagonistas directos de la migración. Como apuntábamos, uno de los factores que ha incidido más decisivamente en sus vidas es la edad que tenían los protagonistas en el momento en que abandonaron su tierra natal y pusieron rumbo hacia América. Otro de los factores más importantes es la época y el contexto histórico en que realizaron ese viaje. Ambos elementos dibujan escenarios complejos y muy diferentes entre sí. Para aquéllos que abandonaron sus lugares de origen siendo niños o adolescentes, la ruptura se plantea en muchas ocasiones como

una verdadera prueba de iniciación a la madurez, pero sobre todo, como una decisión tomada por sus mayores en la que no intervinieron. Una situación muy diferente supone aquella donde los entrevistados fueron los responsables directos de la migración. Sobre ellos carga el peso de la decisión y el posible éxito o fracaso que encerró la misma. Para la mayor parte de los entrevistados que eran niños o adolescentes en aquel momento, la migración es vivida y recordada como una aventura excitante. Sin embargo, para aquéllos que la abordaron siendo hombres y mujeres adultos está marcada por un cierto halo de fatalismo, como la única opción posible dentro de un estrecho margen de decisión. “No quedaba otra que marcharse”, comentan a menudo en medio de un suspiro ahogado por la añoranza de quien ya entonces intuía el alcance que dicha decisión iba a tener en sus vidas y en las de sus familias.

Lógicamente, esta percepción depende de otros muchos factores, como la situación política o económica que se vivía en su lugar de origen. Este fatalismo está mucho más presente en el caso del exilio político de la guerra y en las migraciones por motivos socioeconómicos. La mayor parte de los testimonios proceden de personas que pertenecían a las clases populares, pero también existe un importante sector de pequeños propietarios rurales, trabajadores cualificados, funcionarios y, en el caso del exilio por motivos políticos, de clases medias ilustradas, empobrecidas a consecuencia de la guerra o al menos, deterioradas en su nivel de vida. Todo ello ha influido de un modo muy claro en la percepción que tienen de todo su proceso posterior, porque poseen un punto de referencia en que compararse para medir o valorar por ejemplo, su posible ascenso o descenso dentro de la escala social y económica.

Por último, tampoco se puede minusvalorar la existencia de un pequeño grupo de personas más jóvenes que emigran hacia América en los años 60, 70 e incluso en los 80, de clases medias, con una formación académica y profesional. Para ese grupo la experiencia de la guerra y la posguerra es vivida de una forma mucho menos patente. Su situación de partida es muy diferente y sus aspiraciones también. En este sentido, el nivel socioeconómico alcanzado tras la migración y su situación particular en el momento de la entrevista influyen de un modo decisivo en el testimonio que ofrecen sobre su recorrido vital. Es decir, para aquéllos que se consideran recompensados social y económicamente tras la decisión, casi siempre desgarradora, de abandonar su país de origen, la percepción de su migración se ajusta a una historia de superación personal, de hombres y mujeres “hechos a sí mismos”. Esta consideración resulta especialmente relevante en el caso de los retornados. Las diferencias entre quienes han regresado a partir de los programas impulsados por el gobierno español, y viven en residencias públicas en una situación delicada, y los que han vuelto en medio de una plácida y acomodada vejez, son muy evidentes.

Otro de los factores que determinan la percepción de la migración y el eje argumental de su testimonio es su experiencia como hombres o mujeres. La *percepción*

de género, tanto en éste como en otros proyectos con fuentes orales, nos abre hacia un mundo y unas vivencias muy diferentes. Esta circunstancia es aún más palpable en el caso de algunos matrimonios que fueron entrevistados de forma individual. Contamos con varias entrevistadas que “confiesan” haber emigrado “por amor”, en todos los periodos y en todos los estratos sociales y profesionales. No disponemos de ningún testimonio similar expresado por hombres. Una mención especial merecen las entrevistas realizadas a personas casadas por poderes. Habitualmente en estos casos las mujeres se “casaron” o escenificaron la ceremonia–, con familiares directos de sus esposos residentes en tierras americanas. Para ellas es un recuerdo traumático, que a pesar del tiempo transcurrido, reviven con amargura, mucho menos detectable en el caso de los hombres que pasaron por el mismo trance. Todo ello nos remite a una serie de herencias culturales que han sido valoradas a la hora de analizar sus testimonios. La visión de las mujeres en éste y otros aspectos, como el de la incorporación al mundo laboral, la vida cotidiana, la familiar y el rol de amas de casa o la división entre vida social y vida privada, aporta una mirada mucho más compleja y matizada.

Esta circunstancia está estrechamente relacionada con otro de los factores más determinantes, como es el medio del que procedían los protagonistas. La mayor parte de ellos provenía de ámbitos rurales, de economías de subsistencia (Galicia, Asturias, Canarias) y de culturas tradicionales, donde el peso de la iglesia, por ejemplo, estuvo especialmente presente, definiendo conductas morales, actitudes y comportamientos. Para este amplio grupo, que apenas había conocido en España la cultura urbana, ni siquiera la de provincias, la llegada a grandes urbes, como Buenos Aires, México DF. o Montevideo, supuso un choque de proporciones gigantescas. Cambiaron sus hábitos de vida, la percepción del espacio y del tiempo, las normas de conducta que regían dentro de las nuevas sociedades, sus formas de relación, etc. Aunque no todos los entrevistados responden a este patrón. También contamos con numerosos testimonios de personas nacidas y crecidas o formadas en ámbitos urbanos (Madrid, Barcelona, San Sebastián), para quienes este choque fue mucho menos traumático, lógicamente.

Un factor importante en los relatos es la diferencia existente entre las condiciones políticas que dejaron al abandonar España y las que se encontraron en sus países de acogida. La mayor parte de ellos dejaron España durante la guerra o después de ella, pero prácticamente todos, bajo la amenaza o la constatación de la existencia de una dictadura y llegaron a algunos países donde existían otro tipo regímenes –no en todos– democráticos. Evidentemente, aquéllos que procedían del exilio político y tenían una identificación con los ideales de la II República española, vivieron el cambio de un modo distinto, pero éste no dejó indiferente a ninguno de los protagonistas. Todo ello incidió de un modo decisivo en sus formas de relación en los nuevos países que les acogieron, en su integración social y en su participación política.

Esta relación somera sobre algunos factores no minusvalora la importancia que pudieron tener otros elementos que también afectaron a sus vidas, y que han condicionado sus testimonios. A partir de éstos últimos, podemos establecer una serie de temas centrales que están claramente presentes en la narración de sus propias historias de vida.

El primero de ellos es el ámbito social y familiar que abandonan los emigrantes. El pueblo, la aldea, o incluso en algunos casos, las ciudades, aparecen como un mundo lejano, como un lugar común que pertenece a su infancia o adolescencia. Las amistades, los compañeros de colegio o los familiares directos forman parte de ese mundo donde se acumulan recuerdos, experiencias vividas y compartidas, al que, en algunos casos, volverán, transcurridos muchos años. Sin embargo no existe una clara mitificación de estos ámbitos. Hay que tener en cuenta la experiencia traumática que la guerra supuso para muchos de los protagonistas, o las míseras condiciones en que se desenvolvían sus vidas. Aunque es importante subrayar que las condiciones económicas por extremas que fueran no constituyeron el elemento decisivo que determinó la selección de los emigrantes. Tal y como nos vienen confirmando diversos estudios que ponen en entredicho las tradicionales teorías migratorias, no emigraron los más pobres, sino los más decididos. Frente a unas condiciones de vida muy similares, unos tomaron la decisión de emigrar y otros se quedaron. En este caso, obviamente sólo hemos recogido el testimonio de los que decidieron emprender una nueva vida al otro lado del Atlántico, pero el argumento debe ser valorado y emerge con nitidez en las propias entrevistas.

Hay que destacar, en este caso, la referencia al inicio de la cadena migratoria, que casi siempre viene determinada, sobre todo en el caso donde se imponen las razones socioeconómicas por la existencia de un familiar más o menos cercano que reclama su presencia. “El tío de América” toma, en las entrevistas, nombre y apellidos. La referencia tradicional y casi mítica que tuvieron estos personajes, se concreta en una figura real dentro de las tradiciones migratorias de muchos pueblos y aldeas.

La guerra civil y la posguerra constituyen tema fundamental y un lugar común de la memoria de los protagonistas, tanto de aquéllos que la vivieron directamente como de los que sufrieron sus consecuencias indirectas. El hecho más importante del siglo XX en España ha marcado las vidas de varias generaciones. En el caso de los exiliados esta circunstancia aparece de un modo evidente. Muchos de ellos abandonaron España para tratar de salvar sus vidas, otros evitando la cárcel y las venganzas personales que sucedieron tras el final de la contienda. Otros muchos fueron depurados en sus puestos de trabajo; desde catedráticos de universidad, médicos o funcionarios de alto rango hasta trabajadores municipales de los niveles más modestos. La presión política y social fue tan violenta y persistente que obligó a miles de españoles a abandonar su país. Entre los entrevistados encontramos alcaldes y concejales republicanos, músicos, artistas, pequeños funcionarios, periodistas, profesores o simples combatientes del Frente Popular

que se vieron obligados a refugiarse en los países que prestaron su ayuda. Muchos de ellos consiguieron huir hacia Francia donde soportaron el encierro en campos de concentración y salieron finalmente de este país tras la ocupación alemana, convencidos de que serían entregados al gobierno de Franco o nuevamente capturados por el ejército del Tercer Reich. Para ellos América constituyó la oportunidad de rehacer sus vidas.

Como ya se ha advertido, el testimonio de los informantes varía sustancialmente dependiendo del género y la edad que tenían cuando vivieron la guerra. Para los que eran entonces más pequeños y vivieron los bombardeos, los asesinatos, las venganzas, los campos de concentración y la miseria, la guerra y sus consecuencias están grabadas en su memoria como los acontecimientos más terribles de sus vidas. Unos perdieron a sus familiares, padres, madres, hermanos y según sus propios testimonios, sobre todo, “perdieron la niñez”. “No hemos sido niños”, repiten en numerosas ocasiones, mientras rememoran aquellos acontecimientos. En otros casos, la mala situación económica y la falta de perspectivas que se produjo durante los años cuarenta, llevó a muchos a abandonar el país en busca de nuevas oportunidades. Algunos de ellos volvieron años más tarde, en otros casos, sólo regresaron tras la muerte de Franco y el cambio de régimen. A pesar de la nueva situación que se encontraron en los nuevos países que les acogieron, los exiliados siguieron reuniéndose en torno a los partidos políticos y las asociaciones que prestaban su ayuda a la España republicana. Aunque en menor medida, el fantasma de la guerra aparece también presente en el testimonio de los emigrados por razones económicas.

El viaje, mayoritariamente realizado en barco, constituye otro episodio de referencia ineludible. También en este caso, como ya se ha apuntado, el recuerdo del viaje está condicionado por la edad que tenían los emigrantes. Para los más jóvenes el viaje en barco fue, ante todo, una aventura apasionante e inolvidable. Para los más mayores, conscientes del enorme coste material y emocional que iba a suponer, la preparación de la travesía, su financiación, el traslado hasta el puerto, la despedida de los seres queridos, las condiciones de hacinamiento de la mayor parte de los emigrantes, etc., forman parte del escenario de la ruptura definitiva que supuso en sus vidas. Como recuerda una de nuestras entrevistadas “cuando cruzamos el charco supe que no regresaría jamás”.

La integración dentro de la nueva sociedad es otro de los lugares comunes para todos los inmigrantes. Su testimonio en este caso depende, como en los anteriores, de la época y razones de su migración y de la formación que tuvieran los emigrantes. No fueron iguales las condiciones para todos. Tampoco tienen la misma percepción del trato recibido en los diferentes países. Los exiliados políticos, por ejemplo, sintieron un calor mucho más acogedor dentro de los países que les recibieron, pero éste dependió también del grado de preparación intelectual que gozaban. Aquéllos que desembarcaron directamente en la élite social y cultural mexicana o argentina, en sus universidades o en sus círculos artísticos, percibieron un trato muy diferente del que se brindó a los republicanos que no

pertenecían a ese selecto grupo. En ambos casos ellos mismos trataron de diferenciarse de los “gachupines” o “los indianos”, estableciendo una clara diferencia entre el comportamiento de los emigrantes que habían llegado para “hacer las Américas”, y los que trataban de aportar sus conocimientos al engrandecimiento de estos países.

En este sentido, hay que destacar la incorporación al mundo del trabajo y su participación dentro de las diferentes sociedades españolas. Ambos elementos jugaron un papel decisivo en la integración de las y los recién llegados. A través de las entrevistas hemos podido constatar las grandes oportunidades que se les ofrecieron para organizar sus propios negocios (tiendas, relojerías, mueblerías, negocios de importación y exportación, fábricas, representaciones, restaurantes, bares, churrerías) o para promocionar sus propias carreras profesionales en el mundo universitario. No todos consiguieron el éxito, pero una buena parte de los entrevistados lograron alcanzar un notable nivel de vida, superior, posiblemente, a la media del país.

Con respecto al papel que jugaron las sociedades españolas, éste dependió en gran medida de los países y de las épocas pero, en cualquier caso, facilitó la relación entre los propios compatriotas. Una gran parte de ellos añoraba las comidas, la música, las fiestas y todos los mecanismos de relación social que habían conocido en España. La inmensidad de algunas de las nuevas urbes y la añoranza de ciertas costumbres tradicionales, como la del paseo, llevó a muchos compatriotas a buscar refugio en aquellos centros donde podían compartir con sus paisanos y paisanas experiencias comunes. Todo ello se vio reforzado, además, por las ventajas sociales y económicas que proporcionaron estas sociedades (sanidad, beneficencia, ocio, deporte, etc.). Aunque no todos los entrevistados participaron del mismo modo ni con la misma intensidad en estas sociedades, reconocen el papel que jugaron dentro de la vida social de los emigrantes. Además, una gran parte de ellos establecieron relaciones de pareja con otros compatriotas o con descendientes de españoles en estas mismas asociaciones. Y aunque hubo casos de matrimonios mixtos, éstos fueron mucho menos comunes que los que unieron a emigrantes españoles

El retorno a su lugar de origen estuvo presente durante años en sus vidas, de una forma constante durante los primeros tiempos, y mucho más difuminada a medida que se fueron asentando, “echando raíces” y teniendo hijos. La mayor parte de ellos ha vuelto en algunas ocasiones, e incluso un importante grupo viaja de forma regular a España. Entre los retornados existe tanta pluralidad de situaciones como entre quienes no han regresado. Sus motivaciones para volver han sido también variadas. Algunas han venido propiciadas por el deterioro de la situación económica de ciertos países durante los últimos años. La pérdida de sus parejas y seres queridos más próximos también ha incidido en ello. En otros casos, se trata de motivos profesionales, perciben la sensación de haber cumplido un ciclo o simplemente desean pasar los últimos años de su vida en la tierra que les vio nacer. Sin embargo, en casi todos los casos, valoran positivamente la decisión que tomaron en su

momento de emigrar hacia América, y se sienten tan españoles como de los países que les acogieron, en un juego de identidades de pertenencia complejo y dinámico que sin duda constituye parte del patrimonio que dejan a sus descendientes.

Esperamos que la riqueza de sus testimonios y la intensidad de sus recuerdos nos ayuden a construir un relato del pasado que integre sus memorias en la memoria histórica del conjunto de los españoles y españolas, una vez que sus voces, aquí recogidas, se hayan apagado.



RETURN TO SENDER
IF DWG ORDER EXPIRED
9289179998



DOMICILIO DESCONOCIDO



argentina

Andrés Pérez

Quisiera regar mis huesos allá...

Andrés Pérez nació en un pueblo de Palencia en 1917. Su padre, como él mismo recuerda, *hizo de todo, fue campesino, albañil, carpintero...* Reducir el trabajo de su madre a las labores de la casa sería demasiado simple, demasiado injusto. Andrés ha sido el mayor de once hermanos. Estudió la enseñanza primaria en Portugal y la secundaria en Santander, hasta que estalló la Guerra. Fue movilizado por los republicanos y terminó la contienda en las filas del ejército franquista, tras presenciar algunos terribles episodios donde la suerte, esquiva para otros, le permitió seguir con vida.

Sus padres compraron una casa en Palencia y se trasladaron allí. Andrés conoció a una chica, recién salida de un colegio de huérfanos, y se casaron. El empezó a trabajar en una fábrica de armamento y más tarde en una azucarera donde tuvo dos graves accidentes.

Un *tío de América*, en este caso de Argentina, que había llegado en 1912, les animó a iniciar una nueva vida en aquel país y preparó la carta de reclamación. Andrés se embarcó en Vigo en el *Buenos Aires*, con su mujer a punto de dar a luz y un hijo de tres años. Llegaron a la capital argentina el 15 de diciembre de 1948 y emprendieron rumbo hacia la provincia del Chaco, donde les esperaba su tío.

(...) yo estuve en la casa de los tíos –no sé– estuve de dos meses a tres cuando mucho. El tenía almacén de ramos generales, tenían muy bien, estaban muy bien, muy bien –de verdad– esa familia tenían un capital grande. Y había un andaluz que era muy amigo de él, y ese andaluz tenía colectivo (transporte) de pasajeros; y claro, el andaluz cuando me vio a mí, me dice si quería trabajar de guarda... ¿de guarda de qué? le digo?. De colectivo...es el que cobra los billetes”, “Mira, yo no sé, yo no he hecho nunca esa cosa, pero no creo que le vaya a fallar”. Y con esa gente estuve 18 años. Pero claro, los colectivos los vendió enseguida, porque Perón obligó a todas las empresas de transporte de colectivos a dar uniforme a los guardas, a los chóferes, a pagarles la estadia donde iban a dormir, a pagarle todos los gastos del viaje.

Allí estuvo dieciocho años empleado como guarda en un *colectivo*, propiedad de una familia donde trabajaba un grupo tan heterogéneo como pintoresco, formado por andaluces, catalanes, argentinos y búlgaros. A los dos años de su llegada consiguió terminar la casa que el mismo construyó con grandes esfuerzos. Ha tenido seis hijos, de los cuales cinco han nacido en Argentina.

Vine sin un centavo, formé una familia de seis hijos –tres varones y tres mujeres–, no me ayudo nadie, todo fue por entre la patrona, ella y yo. Los dos acá sacamos a la familia adelante, sin deber nada a nadie. Hicimos dos casas en el Chaco y otras dos casas acá en Buenos Aires.

Andrés se sintió impresionado por la inmensa riqueza que desbordaba la Argentina de entonces, sobre todo comparada con la miseria de la España de posguerra que había conocido. A lo largo de su vida no ha frecuentado ninguno de los círculos o centros españoles, tan sólo participó con sus hijos en los grupos de Boy Scout.

Volvió en 1965 a su país natal y constató los cambios que también se estaban produciendo en la sociedad española. A pesar de todo se siente tan argentino como español. Aunque algunas veces cierra sus ojos, afectados por cataratas y entona una especie de canción: *Quisiera regar mis huesos allá...*

Yo siempre, cuando llego allá, estoy en mi tierra. Como yo le dije a una empleada que fui a solicitar el documento nacional de identidad allá y no me lo quisieron dar, por no tener domicilio allá: “¿Usted es extranjero o qué?”, me dice; le digo, “Señorita ¿a dónde has visto un español que sea extranjero en su tierra?” “Ah... y vas a tener que disculparme” se conoce que el habla allá no era lo mismo, porque acá se le pega mucho a uno, en cambio uno allá enseguida sabe que no es de ahí.



Andrés Pérez

Ángel Cuesta Gómez

Donde voy me hago del lugar

Ángel Cuesta Gómez nació en Santander en 1917. Su madre se dedicaba a “las laborales de la casa” y su padre fue un trabajador metalúrgico. Ángel tuvo nueve hermanos. Todos ellos estudiaron la enseñanza primaria. El comenzó a trabajar en la misma empresa de su padre. La Guerra trazó sobre la tierra una zanja que dividió la vida de todos aquellos que combatieron y vivieron sus trágicas consecuencias. El peleó en el bando de los perdedores. Juró siempre defender a la República y no volver jamás a España hasta que Franco hubiera muerto. Es hombre de palabra.

Me quedaron siete hermanos y todos en la guerra, si no estaría en Santander: yo quería quedarme allá pero la guerra me obligó... (...) Vinimos en barco, durmiendo y comiendo, nunca comí más tallarines!! (...) Todos decían “jgitano!”. Y conmigo veníamos dos y si nos fuimos al Hotel... Entramos ahí como inmigrantes y no tuvimos problemas para nada...

Al acabar la contienda huyó a Francia donde estuvo encerrado en un campo de concentración, y más tarde a Alemania. Allí trabajó en Berlín como obrero metalúrgico y envió dinero a España con el que su familia trató de sobrellevar las duras condiciones de la posguerra. La convulsa situación de Europa en esos momentos y el temor a ser enviado de nuevo a España hicieron que volviera sobre sus pasos y tramitase su salida a través del consulado argentino. Embarcó en el puerto de Génova en mayo de 1950.

Durante los primeros tiempos estuvo viviendo en algunas pensiones en la Calle Anchorena y Santa Fe. Encontró trabajo en el taller metalúrgico del *Subte*, el Subterráneo de Congreso a Constitución. Por entonces los emigrantes españoles frecuentaban el Club España, que tenía prohibido hablar de la guerra para evitar enfrentamientos. Andrés se relacionó con otros paisanos en el Club Montañés. Nunca sintió especialmente discriminado por los argentinos, ni siquiera cuando alguno de ello le tachó de “pata sucia”.

Había algunos que decían “pata sucia”... (...) Me naturalicé argentino. Yo, tengo las dos la española y la argentina: doble nacionalidad... por algo juré que voy a defender la república, cómo no...

Conoció a una argentina, hija de vasco-navarros. El jefe de ella decía que era vasca, *porque los vascos son primero vascos y después del país de donde nacen*, –aunque ella siempre se sintió argentina–. Se enamoró de ella y se casaron. Tuvieron tres hijos, dos mellizos que murieron, y una hija. Andrés dejó su trabajo como metalúrgico y se empleó como ordenanza en la Facultad de Ingeniería donde se jubiló. Durante esa época conoció las protestas estudiantiles y la represión de la policía.

Ve la televisión española y sigue la actualidad política y social. A principios de los años noventa el matrimonio volvió a España y recorrió emocionado las calles de su ciudad

natal, Santander. Tiene la doble nacionalidad y se siente argentino y español, aunque según sus propias palabras, sobre todo, se siente *internacional*.



Ángel Cuesta

Luis Castillo Marín y Juan Castillo Marín

Una lenta y costosa integración

Los hermanos Castillo Marín, Luís y Juan, nacieron en el Madrid oscuro de la posguerra, concretamente en el barrio de Cuatro Caminos. El padre tenía una fundición artística donde fabricaban, entre otras cosas, candelabros y otras piezas de bronce, que les permitía vivir, no con excesos, pero sí al menos con una cierta holgura. Sus padres se habían conocido durante el sitio al que fue sometida la capital y soportaron las tremendas condiciones de aquellos meses. Nunca quisieron que sus tres hijos vivieran otra situación similar. Por ello, cuando el final de la contienda mundial alentó el temor de muchos –y las esperanza de otros– de una futura invasión de España por las tropas aliadas, sus padres sopesaron la idea de vender el negocio y emigrar hacia otro país. El peligro pasó y poco después España fue reconocida internacionalmente, pero la decisión al parecer estaba ya tomada y el estallido de la Guerra de Corea no hizo sino reafirmarla aún más.

La elección estaba dada por ir a México, Venezuela, Uruguay o Argentina. Mi padre decidió poner avisos en el diario La Prensa y La Nación en Buenos Aires y en no sé qué periódico de Montevideo y Venezuela, pidiendo un socio capitalista. Él, como socio industrial. Y le contestaron varios de Argentina. De otros países de América, también. Y recibió algunos de Argentina... y optó por uno de ellos. O sea que, dentro de la idea de emigrar, buscaba de aprovechar ese año desarrollando una industria acá.

El padre trató de conseguir un socio en Argentina para abrir un taller similar al que tenía en Madrid y se adelantó al resto de la familia. La mujer y sus hijos llegaron a Buenos Aires un año después, en 1951.

Y el chasco fue, o la trampa, o el fraude...o la desilusión fue, que teníamos el pasaje para el Conte Grande... Y por hache o por be... o por arte de magia que un chico no podía entender, nos tocó el Santa Cruz...,pero era un buque chatarra que iba a desguase... Así que nos metieron en la tercera bodega junto con las mujeres porque éramos todos chicos, y vinimos con cuatrocientos mil italianos. Los españoles nos juntábamos entre los pocos que íbamos, para entendernos, y todo lo demás fue italiano... (...) en aquel momento era un chaval que subió a un barco italiano y ya no se llamaba Juan sino que se llamaba Giovanni...

Los chicos se adaptaron a los nuevos colegios, aunque ello les contó algunas palizas de otros adolescentes locales, que se burlaban de sus zetas y su acento gallego.

Una de las causas de discriminación que uno ha tenido es, el hecho, primero, de haber llegado a un país que no era lo que uno pensaba cuando estaba en Madrid. Cuando estaba en Madrid uno dice –vamos a emigrar a la Argentina, América–. Y uno pensaba, o por lo menos yo pensaba...búfalos, indios...(...) Yo lloré como un descosido cuando el barco desatracó y saludé a mi tía... y la gente cantaba la canción del inmigrante y todo el mundo estaba llorando..., que no

hacía falta agua salada...: salía de los ojos el agua salada...; todo el mundo lloraba, todo el mundo gemía, todo... (...) y la Guardia civil pidiendo las cartillas de racionamiento y todo lo demás porque...para no dárselo a mi tía. No podíamos dejar la cartilla de racionamiento porque éramos cuatro, cuatro bocas.

En el año 1956 compraron un terreno y edificaron su casa. Comenzaron a integrarse en la sociedad argentina, aunque manteniendo siempre su contacto con la cultura española. El fútbol –siempre el fútbol– cumplió un papel importante para muchos españoles en este país. La familia comenzó a frecuentar el equipo del Deportivo Español, alrededor del cual se juntaba un gran número de paisanos.



Luis y Juan Castillo

Sin embargo, el cambio económico y social no implicó una mejora, al menos durante los primeros años. El choque más grande lo sufrió su madre. Para ella, que llevaba en Madrid una vida relativamente cómoda, la nueva vida fue, según sus propios hijos *como volver a la edad de piedra*. Poco a poco la situación fue cambiando gracias a los esfuerzos de toda la familia. El negocio del padre comenzó a prosperar, los chicos fueron creciendo y empezaron a estudiar en la universidad. En el año 1962 pudieron cumplir con el sueño de ver a sus padres embarcados hacia España. Para ella “fue un revivir”, aunque no se plantearon la idea de regresar definitivamente a su país de origen.

De ahí lo que digo yo que nos hicimos la América nosotros. Con el esfuerzo de ellos.(los padres) O sea, el esfuerzo fue de ellos y la América la hicimos nosotros. Es esa sensación de que ellos hicieron la América con sus hijos, es lo que no les permitió o no lo pensaron...el retorno de ellos, físicamente. Si, ellos querían ver como nosotros seguíamos superándonos...

En los años setenta los dos hermanos fueron a estudiar a España y constataron las diferencias que existían entre ambas sociedades. Luís se siente argentino y español, aunque prefiere aquel país para vivir. Ambos mantienen contacto con su tierra natal, participan en asociaciones como la Asociación Hispano-Argentina de Profesionales e incluso Juan ha organizado allí un Centro de la Comunidad de Madrid.

Yo considero que mis padres tenían sus valores, que los transmitieron continuamente...Yo creo que la honestidad es uno de los valores que más pondero de mi madre y de mi padre también. Que es la que más ha costado mantener en la Argentina. Tal vez por las épocas históricas que me han tocado vivir hasta ahora, tal vez por puestos de responsabilidad que he tenido que asumir en empresas multinacionales, donde manejaba sumas muy altas de dinero. Eso es algo que me caló muy hondo.

Manuel de la Orden

(Relato de su bisnieto Ulises de la Orden)

La memoria de “Río Arriba”

Manuel de la Orden nació en un pueblo de la provincia de Soria en torno al año 1885. Poco se sabe de su familia, tan solo su pobre condición, el nombre de su padre, Quirico de la Orden y su supuesta profesión, maestro. Al parecer, la familia, azuzada por el hambre, fue desprendiéndose de sus hijos a medida que éstos iban creciendo. Al menos esa es la teoría que se alimenta en unas memorias que han pasado de padres a hijos, y que ahora transmite por tradición oral su bisnieto, Ulises.

Manuel fue abandonado a su suerte con tan solo nueve años y siguió los pasos de su hermano mayor que corrió la misma suerte diez años atrás.

(...) Y sin educación, o con la educación que podrá haber tenido un niño a los 9 años, sin ninguna formación de ningún tipo. Yo sé que él llegó a trabajar en el establecimiento rural de un soriano, en la localidad justamente de Soriano en Uruguay. Y a mí eso me despertó siempre mucha curiosidad; porque de esto nunca se hablaba; en mi familia nunca se habla. Yo creo que lo que él había tenido fue una organización que traía gente de España a trabajar a América, casi como esclavos, o como peones...

No se sabe de qué forma ni con que medios pero todo parece indicar que con esa edad y sin saber leer ni escribir se embarcó hacia Uruguay, donde trabajó de peón agrícola en Soriano –ironías del destino–. Cuando contaba con doce años emigró hacia Argentina. En ese momento –finales del siglo XIX–, Buenos Aires se encontraba en plena expansión y recibía oleadas de inmigrantes. Muchos de ellos encontraron trabajo en los numerosos almacenes que poblaban el centro de la ciudad. Este fue también el caso de Manuel, que se empleó en uno de estos almacenes de ramos generales en unas pésimas condiciones. Hasta bien entrado el siglo XX los trabajadores dormían sobre los mostradores y vivían prácticamente debajo de ellos.

Su falta de preparación fue suplida con creces con las duras experiencias que tuvo que soportar. Aprendió con amigos los rudimentos de la lectura, la escritura y los cálculos básicos. Todo ello se completó con el manejo de personas, la administración y los códigos de los negocios. Fue duro y se movió respetando las leyes de la sociedad en la que le tocó desarrollarse.

A partir de los 30 años se trasladó hacia el noroeste del país, a la Provincia de Tucumán, junto con el ferrocarril. Y allí realizó con éxito diversos negocios relacionados con los almacenes y tuvo en alquiler un antiguo ingenio, procesador de caña de azúcar, en la Provincia de Salta –el Ingenio San Isidro–, fundado en 1786, que dirigió durante aproximadamente, 25 años.

... Se ve que el tipo era piola, hábil-, otro soriano lo llama para que se vaya a trabajar al ingenio Bella Vista en Tucumán. Que era propiedad de un soriano. Y ahí se va a trabajar... Y ahí descubre que era un súper negocio para él. Por que ve algo ahí, evidentemente. Comienza a trabajar en Tucumán. Se va del ingenio y adquiere plata y pone almacenes...nunca fue propietario de nada, pero siempre tuvo mucho... Yo creo que el tipo nadó toda la vida contra la pobreza y pudo, no? Y en ese poder salir de la pobreza encontró que no le convenía tener nada. No sé por qué, evidentemente el tipo encontró que ésa era su forma. Y nunca tuvo nada, hasta los noventa y pico de años y trabajó siempre.

Siempre estuvo relacionado con las sociedades españolas de protección de los compatriotas inmigrantes; ocupó cargos y recibió numerosos homenajes. Su memoria perdura en sus descendientes con tal fuerza que su biznieto, Ulises de la Orden, –cineasta– la incorpora como elemento clave en su búsqueda personal de las raíces multiculturales de la historia argentina. Búsqueda que se plasma en un resultado, su película “Río Arriba”.



Manuel de la Orden

María Mercedes García Rodríguez y José Sarrot

(Relato de su hija Natividad Sarrot García)

El camino que empezó en la calle Libertad

La vida de María Mercedes García Rodríguez, nacida en 1889, estuvo marcada desde muy niña por la desgracia y el trabajo. Perdió a su madre con apenas tres años. Su padre se casó con otra mujer y la pequeña fue enviada a trabajar con una tía suya de Betanzos (A Coruña) en una confitería. José Sarrot nació en Santiago de Compostela en 1880, en el seno de una familia de clase media. Al cabo de unos años se vino vivir a Betanzos. La vida de ambos *ha ido muy junta* y su memoria perdura en el relato de su hija, Natividad. Su madre conoció a José, músico y sastre a partes iguales, y se enamoraron.

Mercedes fue una mujer emprendedora. La idea de emigrar a Argentina surgió de ella, que fue animada a su vez por una pareja de clientes del negocio de su tía. Llegó con aquel matrimonio a Buenos Aires en 1910 y comenzó a trabajar en la costura del *cargazón*, de los grandes mosquiteros. Posteriormente se empleó como dama de compañía de una señora acomodada. Dos años más tarde, en 1912, llegó José y se casaron.

Mamá vino de 21 años (recuerda su hija), y papá –era 6 meses menor–, vino a los dos años. Así que, inmediatamente que llegó papá, se casaron. Era una promesa que se habían hecho, allá en Betanzos. (...) mamá trabajaba cosiendo, lo que llamaba costura de cargazón, le llamaba a coser mosquiteros... mosquiteros para la tienda de Avelino Cabezas...Ella le decía cargazón a todo lo que era cortado en serie y cosido así: sin medir y sin probar. Así que ellas cosían eso: mosquiteros a máquina (...)más o menos pasado un año, ella ya había juntado un dinero...y le mandó a papa para que se viniera. Y él se lo devolvió, porque hasta que él no tuviera... Y ella tuvo que esperar un año más. Yo pienso que más bien tendría miedo ella. Que no decía a nadie que esperaba a ese hombre, porque tenía miedo de que no resultara. (...) Se casan en la Iglesia de Las Victorias. Tenían una alegría!. Ellos piden para tener la doble nacionalidad; no sé qué pasó, pero como papá se vino justo cuando le tocaba el servicio militar –que eran seis años–, no!, se escapó. Y ahí fue que hasta el apellido está escrito distinto: los nombres de papá son Manuel Emilio José, y papá viene como José.

José comenzó a trabajar como oficial en una sastrería y más tarde puso su propio negocio en Concepción de Uruguay, en la provincia de Entre Ríos. La pareja tuvo diez hijos, aunque uno de ellos, un mellizo, murió a consecuencia del parto, un hecho que marcó trágicamente la vida de Mercedes. Comenzaron a vivir en una casa alquilada, que cambiaron a los pocos años por una casa nueva en propiedad.

(...) Tenían un pacto de muy niños, de muy jóvenes, que duró toda la vida. Era como un regalo con gestos, con gestos se hacían regalos. Por ejemplo, mi madre, por más que criaba todos esos chicos, hubo épocas que íbamos seis juntos a la escuela, no había sábados... Había que lavar, había

que... Bueno, cuando pasaba..., podíamos tomar alguna misión como lavar el guardapolvo. Pero, en principio, era ella sola. Íbamos impecables a la escuela. Y nos acompañaba una perra de policía –después tuvimos un perro de policía–, nos acompañaba hasta la escuela, y después volvíamos. Pero, a pesar de todo ese trabajo, a ella le gustaba cebarle el mate, papá era muy matero

Su padre fue siempre un hombre muy activo, estrechamente unido al mundo de la música. Formó parte de una banda y más tarde de una orquesta de músicos gallegos. El matrimonio participó en la Sociedad Española. Su propia sastrería se convirtió también en un centro de reunión de españoles. Pero, además, se integraron en la sociedad argentina de la época. El padre tomó la carta de ciudadanía argentina para poder ejercer su derecho al voto y se acercó a las filas de los radicales yrigoyenistas.

Ambos inculcaron en sus hijos el valor de los estudios y recibieron formación universitaria. El padre también les transmitió su amor por la música y algunos de ellos llegaron a dominar varios instrumentos. La enfermedad de José y su posterior fallecimiento cuando contaba con 57 años abrió una herida muy honda en la familia...

De ida y vuelta de amor. Recuerdo que mamá... Cuando papá tenía 46 años tuvo un derrame cerebral y quedó paralítico y sin hablar. Y ella dijo ‘todo va bien, todo va a salir bien porque hay mucho cariño’, ‘nunca se vayan a casar con una persona que no amen’.



La familia Sarrot García

Nunca volvieron a España, pero sus hijos, especialmente su hija Nati, profesora, periodista y narradora excepcional, quiso hacer su propio homenaje mientras recuerda con nostalgia los juegos infantiles, recostada sobre las piernas de su madre:

*“Dicotín, dicotán,
de la harina sale el pan
y del huevo la gallina,
¿Cuántos dedos tengo encima?”*

*“Si dijeras uno menos
no tendrías tantas penas
como tienes que llevar...”*

*...Dicotín, dicotán,
de la harina sale el pan
y del huevo la gallina,
¿Cuántos dedos tengo encima?”*

Miguel Escandell

La emigración duele

Miguel Escandell nació en La Mola, Formentera, en 1943. Su padre era campesino y su madre ama de casa. Sus abuelos también eran de Formentera. La isla tiene unos 20 kilómetros de largo por 6 o 7 de ancho y cuando nació Miguel no llegaría a los tres mil habitantes. La capital, San Francisco, era poco más que un caserío. La Mola está en la parte alta, una meseta situada a unos cien metros sobre el nivel del mar, plana, áspera y muy poco poblada. El agua se obtenía de la lluvia y se guarda en aljibes. Manuel vivía con sus padres, un hermano menor, una abuela y una tía. Cosechaban trigo; también tenían uva, aceitunas e higos. Carne, sólo de cerdo. El pescado, como no había transporte, ni lo probaban.

Cuando Miguel tenía cinco años se fueron todos a vivir a Ibiza donde su padre montó una lechería. En Ibiza había escuelas, cines, automóviles. Allí Miguel se sintió marginado por venir de una isla tan pobre, una sensación que volvió a sentir cuando llegó a Buenos Aires. En Ibiza no les fue bien y durante temporadas enteras solo tenían papas y algunas verduras para comer. Tres años después su padre emigró a la Argentina y el negocio y la familia quedaron a cargo de la madre. En 1954 “los mandó llamar”.

Acá había trabajo seguro, oportunidades seguras. Venían, juntaban dinero; algunos se volvían allá, otros se quedaban en América. Lo que las malas lenguas dicen es que, había tantos hermanos como vueltas de las personas... de sus viajes, no? Porque volver/un hijo/ 6-8 meses; volver/ un hijo; y así era la cadena. Entonces uno contaba los viajes por la cantidad de hijos, más o menos era así.

(...) cuando mi papá se fue yo tenía 8 años y recién salía de la infancia ciega, o sea, que no sentí la ausencia de él como algo importante: mi vida fue vivir con mi mamá y mi hermano. Y esa era mi vida o sea, sin drama de ninguna índole; y por eso nunca tuve demasiada necesidad de encontrar a mi padre en esa edad. Más, cuando llegamos acá era una persona que yo en alguna medida desconocía. Por suerte era una persona realmente buenísima, imposible que se peleara con alguien, demasiado buena hasta te diría, entonces la cosa era fácil, pero era una persona que yo desconocía. Y es mucho tiempo, sobre todo en esa etapa de crecimiento. Entonces no fue un pesar cuando se fue, ni la locura de encontrarlo cuando llegamos.

Hicieron el viaje en un barco de inmigrantes, mitad italianos, mitad españoles. En Río de Janeiro un marinero que era paisano y amigo de la madre les llevó a dar un paseo en taxi y aún lo recuerda: nunca había visto nada igual. Su madre lloró durante todo el viaje.

*En aquella época, salir era despedirse para toda la vida, no había término medio...
(...) Recuerdo la entrada a Lisboa –que es una escala del barco–; recuerdo la llegada a Río de Janeiro, sobre todo por el panorama de Río de Janeiro que me impactó, realmente, sobre todo*

visto desde el mar. Se ve ese verde que yo realmente desconocía, ese clima tropical; me acuerdo de la entrada en Santos y me acuerdo de los primeros atisbos del Río de la Plata, las primeras zonas oscuras que se veían cuando uno iba llegando, pero todavía a 100 kilómetros del río ya ves manchada el agua. Recuerdo que en el barco había un marinero –no recuerdo qué cargo tenía, sería oficial o suboficial–, que era paisano, amigo de mi mamá, y cuando terminó su turno, será a las 10 u 11, nos bajó del barco; nos tomamos un taxi y nos llevó a ver el Cristo Redentor en Río de Janeiro. Y en Río, a las 12 de la noche, para mí que no había visto absolutamente nada, ni del mundo ni de nada, era una cosa impresionante. Mas allá del propio Río, mas allá de todo, fue subir a las 12 de la noche algo así como 900 metros y todo Río iluminado abajo: era una cosa impresionante.

Al llegar se alojaron en casa de un hermano de su padre y después se fueron a un apartamento alquilado en Adrogué, a 20 Km. del centro, cuyos dueños eran de Ibiza. Les maravillaron las calles anchas, las plazas abiertas, el asfalto, el arbolado, las luces de la ciudad. Por entonces el padre, que siempre había sido autodidacta y estudioso, ya tenía un empleo en el Ministerio de Hacienda. Luego se mudaron a Lanús y allí se quedaron 20 años. Cuando cayó Perón y empezó la inflación, consiguió trabajo en una cartonería, luego en un almacén y más tarde de ayudante de un mecánico-dentista. Después sus padres le hicieron estudiar. Los domingos la familia se juntaba con otros emigrantes de Baleares y hacían asados. Con los padres hablaban en catalán, la mamá aprendió el castellano en Argentina. Ella seguía cocinando a la balear y mantenía el contacto con la familia, sabía quien se casaba, quien moría, quien nacía. Cuando Miguel regresó a España en los ochenta ella le dio una lista con 40-50 nombres de Formentera, de Ibiza, de Mallorca, de Barcelona.

Sí, siempre mi mamá –hasta que falleció– tuvo relación. Y ella fue el nexo, porque ni mi papá –que nunca fue de escribir, era cosas de mujeres eso–, ni nosotros, que no teníamos contacto directo, nunca hicimos nada en ese sentido; así que mi mamá siempre fue la que mantuvo el contacto. Y lo mantuvo bien al contacto, porque las cartas iban y venían; iban y venían con todo un abanico de gente que ella conocía y se relacionaba por carta. Sabíamos todo bien; quién se casaba, quién nacía. De hecho, cuando yo fui por primera vez a España en el año '88, la familia ya es grande. Porque no solamente estaban los de mi padre, sino que estaban los 8 hermanos de mi madre con todos sus esposos e hijos, y me dio el nombre de toda la parentela y sabía el nombre de los esposos, el nombre de los hijos; no sé tenía una lista de 40-50 nombres. Y ella lo tenía todo en la cabeza...

Estudió para contador, entró a trabajar en una empresa de auditoría y en 1976 se estableció por su cuenta. Le fue bien, consiguió una buena casa, un cómodo vivir, viajes de vacaciones. Pero *últimamente las cosas no son como antes, ahora soy pobre de nuevo.*

Su padre regresó a España una sola vez; su mamá varias, la última con 86 años. Regresó asombrada del cambio. Ella nunca se llegó a asentar definitivamente en Argentina. Pero tampoco se planteó regresar. Probablemente pensaba *cuando quiero vuelvo.*

Miguel regresó por vez primera a España con 44 años. Viajó a París, a Barcelona y a Ibiza. Le emocionó la ciudad, que recordaba de punta a rabo, y le pareció muy pequeña. Luego fue Formentera. En el puerto le esperaban 50 personas entre familiares y amigos. Sintió que conocía a todos y todo, como si se hubiera ido la semana anterior. Durmió en la casa donde había vivido, recorrió cada rincón de la isla. Pensó: *Siento como argentino. Esto es mío pero soy de allá.*

Tiene cuatro hijos de entre veinte y treinta años y afirma que si quisieran irse les diría que se fueran, *el tren pasa una sola vez*. Piensa que con las comunicaciones de hoy, con aviones, internet, etc. la distancia no es tan grave. Además, la familia de España siempre sería una ayuda.

Actualmente preside la Casa de Baleares en Argentina. Hace poco recibió al Presidente de la Comunidad Balear y pronunció un discurso ante el Congreso de la Nación. Cree que España está haciendo mucho por sus emigrantes. También cree que Argentina les debe mucho a los emigrantes, sobre todo a los que llegaron de 1890 a 1950. Y que también España le debe mucho a Argentina. Piensa que lo que su padre buscaba para él y su familia cuando emigró está conseguido.



Miguel Escandell

Otilia Chao Ollarella

Un buen pasar

Otilia Chao nació en Mondoñedo, Lugo, hija de gallego y de asturiana. Sus padres eran primos y el apellido es de origen chino pero no conoce su historia. Su padre era panadero y su madre la tuvo con 46 años. Dos de sus hermanos habían nacido en Argentina y en 1930 les tocaba hacer el servicio militar allá. A su madre le gustaba mucho el país y dijo: *Yo no quiero que mis hijos anden sueltos por ahí... No, yo quiero que mis hijos cumplan con su patria y como quería a la Argentina, agarró y vendieron todo allá y nos vinimos para acá.*

Otilia llegó a Buenos Aires con 6 años. De Galicia sólo recuerda que siempre acompañaba a su madre al monte para llevar la vaca a pastorear. También recuerda que el viaje en barco le sentó muy mal, *estuve todo el viaje descompuesta*. Al llegar se toparon con el golpe militar contra Irigoyen y no pudieron desembarcar, los llevaron a Montevideo. Cuando por fin llegaron fueron a vivir a Serandí, en el sur del Gran Buenos Aires porque ahí vivía una hermana de su madre, la tía Victoria. Una vez que los hermanos mayores consiguieron trabajo se mudaron a una casa en Lanús Este. Luego se mudaron a un departamento frente a la plaza San Martín.

Su madre no trabajó nunca, su padre consiguió trabajo en la oficina de la parroquia del Santísimo Sacramento, y sus hermanos mayores trabajaban los dos. Otilia se crió con sus hermanos y sus primos, casi todos varones. Jugaban a la pelota, no recuerda haber tenido nunca una muñeca pero afirma que tuvo *una infancia muy linda*.

Cuando fuimos a vivir a Lanús, a las tardes antes se acostumbraba mucho... a cambiarnos, ir y ponernos una sillita y nos sentábamos en la puerta a ver pasar la gente, así... Y esta anécdota es graciosísima porque mi apellido es Chao, entonces yo estaba ahí sentada en la sillita y la gente pasaba y chau, chau, chau!!... Y yo saludaba a todos y en un momento dado, entro y la digo a mi mamá: mamá! –en gallego–, pero yo lo voy a decir en argentino,... en castellano:... mamá, mamá recién llegamos y ya nos conocen todos, todos me saludan!! (risas) Porque allá se dice adiós, entonces tanto chau, chau...!!

Terminó sexto grado. En la casa *falaban galego* y ella lo sigue hablando hoy. Su mamá cantaba y bailaba, era muy divertida. También arreglaba noviazgos y matrimonios. Recuerda su casa como un centro de reunión, llena de gente, argentinos y gallegos.

Tratábamos de hacer lo que se dice allá cocido, el puchero de acá, con garbanzos, porotos, orejas del cerdo, patitas de cerdo: un cocido bien a la gallega, tratábamos de hacer comidas que comíamos allá en España...pero también nos gustaba la carne.

Aunque sus hermanas mayores sí lo hicieron, ella no trabajó nunca. Los chicos no querían que lo hiciera. Se casó con un carnicero al que conoció cuando su madre quedó medio paralítica y ella tuvo que ir a comprar la carne. Él la llamaba continuamente,

ella se resistía, luego lo vio educado, respetuoso, honesto, cordial, decente... y acabó enamorándose. Él era hijo de gallego e italiana. Fue un matrimonio muy feliz, según nos relata Otilia.

Ampliaron el negocio familiar y vendían al por mayor a restaurantes y parrillas de la zona. Ella siguió cuidando a su madre enferma y cuando murió se fueron a vivir a San Isidro y su marido montó un negocio en Villa Adelina. Tuvieron tres hijos. A los tres les decía que no iba a dejarles plata sino una buena educación. Uno es ingeniero, el otro funcionario de aduanas, y la chica mecánico dental.

A los tres, que yo les decía que plata no les iba a dejar, que les iba a dejar estudio, formación para que se defendieran en la vida. Y gracias a Dios los tres con eso se defendieron. Porque el mayor es Ingeniero Mecánico, el que está trabajando en Wolswagen. El otro es Despachante de Aduana y trabaja por su cuenta; y mi hija es Mecánica Dental y aparte de trabajar con una doctora, cuando las horas que allí tiene...Porque trabaja de tarde con la doctora. Cuando tiene trabajo de prótesis, lo hace por su cuenta. Así que los tres tuvieron una profesión para defenderse una profesión.

En 1990, vendiendo ollas a presión, se ganó un viaje a España: *El primero y el último*. Estuvo en Andalucía y en Madrid (donde vivía una prima) pero no en Galicia. Sigue siendo española de pasaporte pero se siente argentina, *Soy más argentina que gallega*. Ya no le queda familia en Galicia. Su hija tiene la doble nacionalidad pero sus hijos no, aunque el mayor dice que si le saliera un trabajo en España para allá que se iba. Tiene cinco nietos que de vez en cuando dicen: *nos gustaría ver dónde naciste, abuela*.

Afirma que Argentina está hecha de españoles e italianos, que los españoles fueron a la Argentina con una cultura de trabajo y que ayudaron a levantar el país. Para su familia y para ella la emigración no fue sufrida o dolorosa. No pasaron penurias, *porque siempre comimos pan blanco*, tuvieron lo necesario y definen su experiencia como algo *muy natural*.

(...) cuando nos decían que veníamos a matarnos el hambre acá, les decíamos que vinimos a ayudarles a levantar la Argentina. Porque ni bien llegábamos acá, trabajábamos. Poníamos un negocio o, viste ya la fama de los de los bares, que son todos gallegos. Y entonces –yo te decía– ¡Qué matar el hambre!: vinimos a ayudar a levantar el país. Ustedes son unos haraganes! (...) Como ya lo dije antes: la Argentina está hecha entre italianos y españoles, sí, sí...!



Otilia Chao

Pedro María Otaño

(Relato de su bisnieto Martín Otaño)

Un bertsolari en la Pampa

Pedro María Otaño nació en 1857 en Zizurkil, Guipúzcoa. Era alto, flaco, de rasgos duros, muy serio y con fama de cabeza dura. Su padre y su abuelo había sido bertsolaris de renombre. Cuando salió del caserío natal cantó así su despedida:

*“Adiós, mi tío, parientes, amigos
Adiós compañeros, adiós mis amigos
Al irme y dejaros qué pena la mía
No cerréis la puerta
Por si vuelvo un día”.*

Salió para la Argentina con su mujer y sus tres hijos en 1897. En el puerto lo despidieron muchos amigos, bertsolaris y hasta diputados de San Sebastián. Algunos admiradores pidieron a las autoridades que no dejaran al poeta irse de su tierra.

Se instaló en Pehuajó, un pueblo de frontera, fundado 14 años antes por un núcleo de pobladores, que se habían establecido en el paraje conocido como “Las Mellizas” a partir del año 1867. Por iniciativa de Don Rafael Hernández las calles y plazas del nuevo pueblo de Pehuajó llevan nombres de poetas y escritores. Pedro María tuvo allí tres hijas.

A principios del año 1898 fue presentado al Centro Laurak Bat de Buenos Aires. Desde 1877 ese centro había fundado escuelas de primera y segunda enseñanza donde se estudiaba el euskera y en 1904 se creó una cátedra de euskera. A partir de 1906 Pedro Mari comenzó también a impartir un curso de lengua vasca en la Escuela Superior de Comercio de la Nación.

Para entonces ya había publicado poemas en euskera en el periódico “La Baskonia” de Buenos Aires. El 2 de enero de 1900, fechado en Pehuajó, aparece en “La Baskonia” con importantes titulares su “Aita Semeak”. Al mes siguiente, el 8 de febrero de 1900, se estrena en el desaparecido teatro Victoria de Buenos Aires la ópera vasca en tres actos titulada “Artzai Mutilla” (*Muchacho pastor de ovejas*) con letra de Pedro Mari Otaño y música del maestro Ortiz de San Pelayo.

Los diarios de la época, “La Nación”, “La Prensa”, “El País” y “El Correo Español” comentan favorablemente su obra.

Su poesía se sitúa a medio camino entre el bertsolarismo tradicional y la poesía culta. Sus versos siempre evocan la tierra amada y distante, su literatura es el reflejo de una pérdida, de un ensimismamiento en el país de origen.



Pedro Otaño

Murió en mayo de 1910. En la plaza de Zizurkil junto a la iglesia, hay un busto en su honor. Algunas de sus composiciones son aún hoy día canciones populares.

*Noble San Sebastián, tierra de Euskadi
Jardín humedecido de rocío
La más hermosa perla que dios puso junto a tu mar bravío
De los jóvenes novia,
Envejeciendo recuerdo
Gozo y calma
Yo no sé que es el cielo,
Pero tú eres la gloria para mi alma.*

“Allá lejos en la República Argentina acaba de morir un hombre bien famoso, se llamaba Pedro María Otaño, pero su nombre de guerra era simplemente ‘El Epeyo Omari’. Aquí ha pasado casi ignorada su muerte, fuera de unos versos necrológicos que han leído muy contadas personas. Nadie ha pensado en dedicarle artículos ni homenajes fúnebres. Si hubiera sido músico, porque aquí en las provincias vasco-navarras hace falta ser músico o tenor o fonetista para lograr que el público se interese por las personas. Pedro María Otaño era un poeta y no un tenor pero era un poeta rudimentario que escribía en Vascuence y esto limitaba mucho más las dimensiones de su público. Tenía un público reducido, casi todo él compuesto de almas rurales, el público ciudadano no lee poesía vasca y por consiguiente ignoraba a este poeta ingenuo nacido en la entraña popular, pero si su público era limitado en cambio le estimaba con idolatría, muchas gentes habrán llorado la muerte de Otaño con lágrimas sinceras arrancadas del corazón, cosa que no lograrán seguramente, otros poetas mucho más célebres, universales y de gloria más resonante. “*Diario del Domingo 19 de Junio de 1910, ‘Novedades’, Revista semanal ilustrada de la plaza de Guipúzcoa*”.

Etelvino Álvarez Cid

(Relato de su hijo Néstor Álvarez)

Una vida de trabajo y solidaridad

Etelvino Álvarez nació en Sarreaus, Orense, en 1913. Su padre era sastre y su madre ama de casa. Tuvo doce hermanos de los que solo siete sobrevivieron a una epidemia de peste.

En 1928 emigra a Argentina, con tan solo 15 años de edad, sin recursos y con el firme propósito de iniciar una nueva vida. Poco después le siguieron varios hermanos. Comenzó como muchos otros españoles como camarero, posteriormente trabajó como panadero y, al final consiguió ser propietario de dos restaurantes. Su hijo Néstor le recuerda como un hombre trabajador que se levantaba con el sol y no descansaba hasta el anochecer. Sus empleos primero y sus negocios posteriores siempre los realizaba dentro de la comunidad gallega.

Se levantaba siempre a las 4 de la mañana. A las 5 abría su negocio y se quedaba ahí hasta las 5 de la tarde. Cuestión que después impuso: siempre hay que levantarse temprano, hay que ir a trabajar, hay que ir a trabajar siempre en el mismo horario..."Un día me va mal, dos días me va mal, cien días me va mal, pero en algún día me va a ir bien"...

Etelvino desarrollaba una estrecha vida familiar en la que la lengua de comunicación era la gallega, pero esto no le impidió sentirse plenamente integrado en el país. Participaba con otros familiares en el Centro Gallego y en otros centros de tipo gremial como el de Almaceneros, o de Panaderos según los trabajos que iba teniendo. Frecuentaba así mismo el Club Español.

Después de la guerra civil, Etelvino optó por mantener en torno a los temas políticos una actitud de prudencia y de tolerancia ya que en los medios españoles e incluso en su propia familia, era habitual, que las polémicas alcanzasen niveles elevados de violencia.

(...) mi viejo nunca hablaba de política. Y algo que me dejó muy marcado es la tolerancia: tenés que respetar a todo el mundo, este piensa así, hay que tolerarlo... También vos decís: yo no pienso como vos pero no te tenés que agarrar a trompadas, no lo tenes que matar. O sea, siempre me daba a entender: hubo una guerra civil en España por esto. Entonces hay que saber tolerar al que piensa distinto. Hay que tolerarlo, nada de fanatismo, nada de fanatismos, o sea si es de eso que sea de eso, pero nada de...

Para Etelvino la familia era lo primero, por encima de filiaciones socialistas, peronistas o republicanas. Luchó por mantener las costumbres gallegas en su hogar a pesar de contraer matrimonio con una argentina. Especialmente en lo que respecta a la gastronomía. Cada sábado y domingo en casa de Etelvino se sustituía el tradicional asado por el pescado, sobre todo pulpo, al que era muy aficionado.

Después otro dato característico eran los sábados a la tarde: ir a ver a los paisanos a Avenida

de Mayo, a todos los gallegos específicamente, dueños de otros bares que a veces eran socios, y se repartían los puntos generalmente como que una vez a la semana, como que hacían la caja... (...)

Entonces, tac, tac, tac, tres puntos, 15, 18, no? Entonces entre ellos se decían: te tengo que pagar la caja gallego. Entre ellos se decían gallego, entonces tic 17, 50. Y lo llamativo era que sacaban la plata de los bolsillos. No tenían el banco: el banco eran ellos: tac, tac, tac, se repartían y después me llevaba por Avenida de Mayo a ver libros. Es decir, todas las semanas era un libro, dos libros. ¿Cual querés leer?. Este o aquél. Era como que uno lo elegía yo, pero al otro me lo imponía. O sea... los libros clásicos se me imponía la lectura y otro... ¿Cual querés leer? Listo, pero había una cultura de una librería clásica, que había que cumplir. Y mis primos leían lo mismo

Además de los dos hijos que tuvieron, el matrimonio adoptó un hijo habiendo traspasado Etelvino la frontera de los 50 años. El sentido de la solidaridad que tenían les llevó a acogerse a un programa del Gobierno argentino de atención a niños abandonados o que no podían ser atendidos por sus familias. De esta manera su esposa se convirtió en madre sustituta de varios niños que vivían en el hogar familiar. Fue un programa en el que participaron un elevado número de españoles, y especialmente gallegos, como adoptantes de niños sin hogar.

Etelvino inculcó a sus hijos el amor al estudio y la importancia de la educación como recursos para poder triunfar económicamente. Desde pequeños les fomentaba el placer de la lectura y pudo, además, dar estudios superiores a todos sus hijos.

Como otros españoles, nunca se quiso nacionalizar, a pesar de estar profundamente agradecido al país que le dio tantas oportunidades.

Menos mal que no vio lo del corralito¹⁷ ni nada de eso porque siempre su teoría se basaba en Ponés la guita en el banco, viene el Estado y te la confisca. Y vos le decías... ¡Pero no!, esto ya pasó.... Y el decía “No, no, en cualquier momento viene uno que gobierna así y te lo saca...” ... nunca puso plata en el banco. Ahorraba guardándola en cualquier lugar pero...

María de la Concepción Góndar Sueiro

La eterna estudiante de psicología

María de la Concepción Góndar Sueiro nació en Sanjenjo, Pontevedra, en 1934. Su padre, republicano, se vio obligado a exilarse a Francia y posteriormente a Inglaterra desde donde emigró al continente americano. Tenía una hermana mayor estaba ya asentada en Argentina. Desde que llegó nunca más quiso hablar de política y dedicó su vida a trabajar.

María vivió hasta los 7 años en Sanjenjo, en una casona con tierras y abundante ganado. Su infancia fue feliz. La familia no pasó hambre ni durante la guerra ni después. En Octubre de 1941 madre e hija embarcaron para Argentina. Fue un viaje duro, que hicieron rodeadas de polacos, rusos, italianos, alemanes, franceses y españoles que huían del conflicto europeo. Habían pagado un camarote pero hicieron la travesía en las bodegas, donde los pasajeros iban hacinados. Por miedo a los submarinos alemanes, el barco paraba luces y motores en cuanto anocheía.

En Buenos Aires llegaron al Hotel de los Inmigrantes, un edificio gris y oscuro en su recuerdo, para tramitar documentación y vacunas.

(...) mi papá acá había pagado pasajes en segunda, pero claro, plena guerra mundial, segunda guerra mundial y salíamos del puerto de La Coruña y veníamos en una bodega inmundada que venían de todo tipo de gente: venían polacos, rusos, italianos, alemanes, franceses, españoles obviamente. Era un barco italiano, no me acuerdo el nombre y veníamos todos en las bodegas. Pero eran cuquetas cuádruples: era todo metal y lona. Nos teníamos que bañar ahí tapadas con sábanas... (...) como era plena guerra mundial, los submarinos alemanes atacaban a los barcos con inmigrantes, entonces a las 6 de la tarde se apagaban los motores y no había ninguna luz. Ni siquiera un cigarrillo podían prender: los marineros que fumaban no podían prender cigarrillos para que no se vislumbrara ninguna lucecita. Y a las 6 de la tarde se apagaban los motores para que el radar del submarino no los delatara. Así que 45 días, paramos en Curacas, en Río de Janeiro... pero todas las noches se paraba.

Recuerdo del barco... que mi mamá se pasó los 45 días llorando tirada en la cama. Adelgazó 20 kilos en el viaje porque lo único que comía era fruta, nada más que eso. Se pasó llorando los 45 días. Lo que pasa es que ella allá viajaba mucho y ella sabía que acá se venía a vivir a una pieza y si bien se venía porque quería a mi papá también quería a todos los que dejaba allá. (...) Cuando mi mamá se abrazó con mi papá, lo saludé y le dije, todo en gallego, "ahora que ya lo vimos a papá, ¿nos podemos volver con los abuelitos?"

También le esperaba una tía que había tenido que abandonar Sanjenjo para poder empezar una nueva vida digna: *La hermana de mi mamá se había venido porque en la Galicia de aquel entonces si estabas de novio para casarte y tu novio te dejaba era terrible y mi tía se*

vino. Pueblo chico infierno grande: la dejó el novio... porque se acostó con ella y ahora quiere a otra. Esas eran las boludeces de ese entonces.

Sus primeros años en Buenos Aires trascurrieron en un cuarto con cocina compartida. Allí nació su hermano. Su padre, después de varios trabajos, fue contratado por las Líneas Marítimas Argentinas. Su madre era costurera.

Desde niña tuvo gran afición a la lectura. Compraba libros reuniendo las pequeñas cantidades de dinero que sisaba en las compras que su madre le encargaba. Pudo finalizar el bachillerato.

Frecuentaba, acompañada siempre por su madre, los bailes del centro Pontevedrés o de Centro Lucense entre otros. Conoció a su marido, nieto de inmigrantes gallegos, siendo todavía unos niños. Tuvieron 6 hijos. Dos de ellos fallecieron al poco de nacer.

Con 39 años decidió matricularse en la Facultad de Psicología en compañía de la madrina de su hijo. Diversas vicisitudes familiares le han obligado a realizar largas interrupciones en su carrera, pero espera licenciarse en breve.

Agradecida con el país que les acogió, volvió a España para visitar a sus tíos y primos y reencontrarse con parte de su historia.

Cuando yo volví a España en el 91 me mostraron las tierras que le tocaron a mi mamá, que luego ella vendió para pagar la hipoteca del departamento que compró: un lugar hermoso del que se veía toda la riada y le digo a mi tía “¿y tal tierra?” “ah, eso pregúntale al tío Ricardo porque yo bien la historia no la sé” y le pregunto a mi tío y me dice, “eso le quedó a la tía Enriqueta”; “¿quién es la tía Enriqueta, si no tenía Ud. ninguna hermana que se llame así”. Me dice, “cómo que no!” Le digo “no, estaba mi mamá, tía Peregrina, tía Juanita y nada más. Todos los demás son varones”. “Ah, tu madre no te contó? Tu abuelo antes de casarse con tu abuela...” ... En Galicia se usa mucho que la casa con las tierras que la rodean son para la hija más chica, que casi siempre se queda a cuidar a los viejos hasta que se mueren: “Esas tierras... la tía Enriqueta es una hija que tuvo el abuelo con la esposa de un tío de él” “¿qué?” Le digo, “con razón mi mamá no me lo contó”; “no, pero el tío ya se había muerto cuando tuvo los hijos con la tía” La tía era mucho más joven que mi tío y el tío lo había criado a mi abuelo y después se acostó con la mujer. Entonces bueno, está la rigidez de ese pensamiento pero paralelamente suceden otras cosas, las cosas.

No todo lo que encontró en su patria de origen le ha gustado. Considera que en España y en Europa se ha olvidado la generosidad y el amor con que Latinoamérica acogió a tantos europeos que huían de las guerras y del hambre.



Maruja Góndar con su nieto

María Ramona Blanco Barrio

Una vida de trabajo: del servicio doméstico a la fábrica

María Ramona Blanco Barrio nació en Arnego, Pontevedra, al igual que sus padres que eran labradores. Su padre, un hombre ya mayor cuando ella nació, hizo el servicio militar en Cuba y a los 50 años volvió a España donde se casó. Su madre, que siempre estuvo enferma, falleció cuando ella tenía 8 años. Sin embargo sus recuerdos de infancia son felices. Tiene tres hermanos. De niña combinó el colegio con los trabajos del campo, sobre todo en tiempo de cosecha donde todos los brazos de la familia eran necesarios.

A la muerte del padre, su hermano mayor emigró a Argentina y ya colocado como conductor de tranvías, en 1951 reclamó a las tres hermanas. A través de las cartas de su hermano, María Ramona imaginaba un país de abundancia y donde cada día era una fiesta. En España eran años duros, de posguerra, de necesidad, de dolor y tristeza.

El hermano le adelantó el dinero del pasaje y para cobrarse lo puso a trabajar en el servicio doméstico, al día siguiente de su llegada, en una casa de unos parientes lejanos que eran de su mismo pueblo.

Yo sabía porque mi hermano me escribía muchas cartas y me decía que eran todos los días de fiesta, que acá había... centeno todo eso y bueno (...) Y él me contaba acá, que todo era fiesta, que todo era un baile, no? Y bueno, entonces yo digo voy para allá... pero después lo tuve que pagar acá, él me dijo: vení que yo te pago todo eso, no? Pero después cuando llegue acá me encontré con la deuda... Ahí vino lo doloroso para mí. Él en el pasaje por el cual nosotros habíamos reclamado, con el trabajo acá y a mí me puso que iba a ir de vendedora en una zapatería que era de unos vecinos de nosotros, de allá del pueblo. Pero no, al llegar acá fue distinto, porque tuve que ir de mucama para la tía de mi cuñada y ahí tuve que... Ahí me explotaron, en una palabra...(...) Pero yo tampoco no me queje, porque a mí me venían como era menor, vienen como es que se les dice... Vienen todos los meses... Exactamente, una asistente social a preguntar como yo me sentía y todo eso ... Y también tenías que ahorrar no se si eran 30 pesos o así, era una cosa por mes. Tenía una libreta de ahorro, que eso todo iba al juez de menores... (...) después me entregaban esa plata, como así fue...

Como hasta los 22 no se alcanzaba la mayoría de edad en Argentina, dependía de la tutela de su hermano mayor y de su cuñada. Por aquel entonces, los inmigrantes menores estaban bajo el control de un juez de menores y de una asistente social que les entregaba una libreta de ahorro y les visitaba todos los meses.

En cuanto pudo se trasladó a casa de otros gallegos que le ofrecieron más salario y mejores condiciones de trabajo, y siempre recordando los valores inculcados por sus padres.

... Mi papa otra cosa que nos enseñaba era eso, chicas, hijas, si tienen que ir por el mundo, si tienen que ir servir a alguna casa si ven plata en el suelo, algo, nunca le echen mano o si se la

echan llévansela a la patrona porque eso es para ver como son ustedes

Dos años después inicia su vida independiente trabajando en una fábrica y viviendo en una pensión donde compartía habitación con otras tres mujeres. Poco después se trasladó a vivir con una familia de artistas venida a menos que le daba cama y comida a cambio de algunas labores domésticas como el lavado de ropa. De esta manera se ahorrraba los costos de la pensión y aumentaba su capacidad de gasto hasta el punto de que pudo hacer realidad un viejo sueño: tener un reloj de oro.

(...) y empecé a ir a bailar... (...) tenía 23 años, yo tenía que esperar que pasaran los 22 años. Y ahí empecé a ir a bailar a los “center” (centro en gallego), que cuando entré, que eran los bailes gallegos, escuché el paso doble:

*“pasodoble te quiero
y estando en tierra extraña
me traes el recuerdo de aquella...”*

Ahí, las lagrimas... rrrrrrrrrrrrrri, lloré de la emoción. (...) Si, ya el primer día que fui con otras galleguitas y mi amiga, la primera amiga que tuve acá en la Argentina.

Tuvo varios novios gallegos pero al final, a los 43 años se casó con un argentino de ascendencia italiana. A pesar de la insistencia de su marido para que abandonase el trabajo, ella continuó como obrera fabril hasta su jubilación y con mucho sacrificio pudieron construirse una casa, compraron un coche de segunda mano y pudieron viajar por Argentina. No tuvieron hijos. En 1998, su marido abandonó el hogar y se ha visto obligada a abordar los gastos de la casa y los impuestos con una escasa pensión.

Ha vuelto a España para visitar a sus hermanas ya retornadas, pero su destino está indisolublemente unido al país que le dio la oportunidad de labrarse una nueva vida.

Claudina Estévez

Una madre soltera en busca de trabajo y dignidad

Claudia Estévez, nació en Alberguería, un pequeño pueblo de la provincia de Orense, en 1936, en una familia de labradores de izquierdas. Tuvo cinco hermanos. Trabajaban todos en el campo e iban a la escuela del pueblo donde solo había una maestra para todos los grados y todos los niños.

El primero en iniciar la cadena migratoria fue un tío de Claudia que impidió la boda de su hija con un falangista y ante las amenazas recibidas tuvo que huir del pueblo. Se fue primero a Cuba y después a Argentina. Años después, la construcción de un embalse obligó a los vecinos a abandonar el pueblo. Muchos emigraron a Argentina. Su hermana mayor y su único hermano fueron los primeros que llegaron allí. Claudia llegó en 1958 en el “Cabo de Hornos” con toda la familia, incluidos sobrinos y tíos, y con un hijo no reconocido.

(...) Vinimos por un plan que se llamaba Elsimá que pagabas la mitad. Se arregló todo por la iglesia, acá te arreglaban acá... E ibas a la migración y de ahí te mandaban a la curia, algo así. De allá te arreglaba el cura, después tenías que ir a Vigo, en Orense tenías que pedir pasaporte y ellos te arreglaban los papeles de que venías de la iglesia, pagabas la mitad... Veníamos reclamados pero por ese plan, el plan ése era para pagar menos.

Yo cuando llegué acá al puerto me quería morir. Salí del puerto de Vigo era un puerto hermoso grande, y me llegué acá y dije “¡Ay Dios mío!, a dónde me vine a meter!!”

El viaje... 18 días. Me vine en el “Cabo de Hornos”. Fue el anteúltimo viaje que hizo. El último trajo a los papas de mi consuegra. Nosotros veníamos muchos: venía mí cuñado con los chicos y una tía que vivía con ellos, mi papá, mi mamá mi hijo y yo y venía más gente del pueblo. Venían no del pueblo pero de otros pueblos cercanos y conocidos, veníamos muchos, éramos como 15 o 16... (...) Bueno, fui a vivir con mi hermana, que ella ya tenía un hotelito ahí en la calle Córdoba y Montevideo y ahí me fui a vivir con ellos. Bueno después yo conseguí trabajo y me puse a trabajar con cama afuera por supuesto...

Sin esperanzas de contraer matrimonio, tuvo que elegir entre el reconocimiento de su hijo, a lo que estaba dispuesto el padre de la criatura y quedarse en España como madre soltera, y la posibilidad de emigrar con el niño e iniciar una nueva vida. En la travesía los hombres iban en un camarote y las mujeres en otro. La mitad del costo de los pasajes corrió a cargo de los dos hermanos, la otra mitad se sufragaba a través de un plan de ayudas de la Iglesia.

En cuanto llegó se hizo socia del Centro Gallego para que ella y su hijo tuviesen asegurada la atención médica. No así sus padres que al tener más edad se acogieron como socios del Hospital Español. Su vida ha estado dedicada al trabajo, a la atención de su hijo y también de los hijos de su hermana de los que se hizo cargo cuando ésta falleció al poco de llegar a Argentina.

Yo trabajé de mucama. Siempre trabajé de mucama en un hotel, primero en el Hotel Prince que era de un paisano nuestro que cuando yo llegué lo estaba refaccionando, o sea que fue el primer trabajo que tuve y después de ahí, él lo vendió y compraron otros dueños y me fui a trabajar con los dueños que vinieron. Cuando esos dueños vendieron ya no me quedé con ellos. Ellos me llevaron a otro, al Impala –Arenales y Libertad– y ahí me jubilé...



Claudina Estévez

Ahí fui mucama, fui telefonista, fui mozo, fui un poco de todo. Era un hotel grande, era el comodín como quien dice. Yo era la persona de confianza así que era el comodín, faltaba una chica en el lavadero e iba yo; faltaba el ayudante al mozo, iba yo. Porque bueno... mi plaza me la cubrían las que quedaban. Yo era el comodín... no venía la telefonista, yo iba a la computadora, fui un poco de todo ahí...

Con ayuda de su hermano pudo comprar una casa, enviar a su hijo al colegio y asegurarle la educación que ella no pudo tener. Hoy el hijo de Claudia es ingeniero y padre de tres hijos.

Sigue hablando gallego con sus hermanas y sus primas. Insiste en hablarles a sus nietos en esta lengua aunque no lo entiendan.

(...) Yo tengo 3 primas hermanas acá, mi hermano, mi cuñada, nosotros nos juntamos y no hablamos una palabra en castellano... No me sale, es automático, si yo quisiera decirte lo hablo porque... no sé... es automático. Estando con ellos no me sale el castellano, aunque tú no lo creas. Yo estoy con mi consuegra que nos criamos juntas, ella aprendió a coser con mi mamá, somos como hermanas nosotras. Yo estoy con mi consuegra y yo no hablo una palabra en castellano, nosotras siempre las dos hablamos siempre en gallego...

Hizo un viaje de turismo por Europa y después de 27 años pudo reencontrarse con una hermana que había regresado tiempo atrás. Su visita a España le hizo comprender que no tenía patria: en Argentina era la gallega y en España la argentina.

Gabriel Prieto

Un libertario entre dos dictaduras

Gabriel Prieto nació en Cantabria en 1930. Su padre era zapatero y Gabriel desde los 7 años fue aprendiendo el oficio. Cuando emigró tenía heridas en las manos de tanto enderezar clavos para volverlos a utilizar. Todos los hermanos aprendieron el oficio de su padre. El recuerdo que tiene de la escuela en su Cantabria natal es de dos maestros falangistas para más de 200 alumnos, una férrea disciplina que incluía golpes y castigos, y mucha hambre. La una escuela estaba cerca de una cárcel. Gabriel y sus amigos iban a los sitios de las ejecuciones, recogían los casquillos de las balas y se los vendían a los pescadores que fabricaban mecheros con ellos.

Dos de sus hermanos mayores estuvieron en el frente (en la “quinta del biberón”) y acabada la guerra, tuvieron que repetir el servicio militar. Uno de ellos, se marchó a Argentina en 1948 y desde allí reclamó a parte de su familia. Un año después partieron hacia Argentina Gabriel, su padre (su madre había muerto en 1945), tres hermanos y una cuñada casada por poderes con el que ya estaba en Buenos Aires. Viajaron en la bodega del barco y a pesar de la dureza de la travesía, él recuerda con alegría cómo conoció el pan blanco y la primera vista de Río de Janeiro.

(...) ... Un hermano nos reclamó a nosotros así que nos vinimos en Malón. Vinimos tres hermanos, una cuñada mía que se casó por poder con un hermano mío que estaba acá y mi padre y en el barco, veníamos en las bodegas, de acá llevaban los granos y cuando venían para acá venían con emigrantes, repleto, en el año '50 fue una emigración fabulosa. Muchos que venían de Francia, de los exiliados de Francia se venían a América y otros los italianos los españoles nos juntábamos 3000 veníamos en la bodegas. Ahí conocí yo el pan blanco ¿qué te parece? Y pude comer abundante!... (...) Cuando llegué acá a la Argentina el primer día, o sea llegamos al mediodía, al otro día con mi hermano el que estaba acá fuimos a un bar que estaba en la esquina de donde él vivía a desayunar, entonces sacaron un café con leche y un plato con medias lunas y yo pensé que estaba festejándolo él, y él me dijo “no, comé comé” y me comí, que sé yo... como 10 medias lunas, yo tenía fama de comer mucho pero evidentemente el hambre era mucho.

A los pocos días de llegar se puso a trabajar de zapatero y seis meses después el médico le mandó al interior, a Córdoba, para curar la tuberculosos que traía de España. La posición inclinada en el trabajo y la aspiración de colas y otras sustancias nocivas le obligaron a abandonar la profesión. En España había asistió a cursos nocturnos de electricidad y electrónica mientras compartía oficio con su padre, y pudo emplearse como reparador de radios, primero en un circo ambulante, luego en una empresa en Buenos Aires. La llegada de la televisión a Buenos Aires en 1952 le abrió una nueva trayectoria profesional: hacían falta expertos en electrónica para reparar televisores a domicilio.

El contacto con un centro cultural anarquista cambiará su vida. Las lecturas, las conferencias y los cursos de formación en este centro convirtieron a Gabriel en un militante activo. La biblioteca del centro fue allanada varias veces durante la dictadura argentina, y varios de sus amigos y compañeros desaparecieron. Actualmente hace labores de edición para la colección “Literatura Libertaria”.

Se casó con una mujer peruana, hija de un compañero anarquista y de madre comunista que huyendo de la dictadura chilena llegó a Argentina donde tuvo que vérselas de nuevo con otra dictadura.

En 1987 viajó a España para ver a hermanos, sobrinos y amigos anarquistas huidos de la dictadura militar. Su objetivo era recuperar la memoria, consciente de que quienes no tienen memoria no tienen historia. Logró juntar a muchos de sus amigos de juventud para comer paella y jugar al fútbol a pesar de que no se veían en 40 años. Quien habla con él se sorprende de la pureza de su acento castellano que él cultiva con lecturas de autores españoles como Unamuno.

Gabriel está muy agradecido al país que le dio oportunidades y le permitió crecer intelectualmente y a pesar de no tener la nacionalidad argentina, *un anarquista no tiene patria*, se siente emocionalmente vinculado a Argentina. Su hijo está en España.

Creo que yo crecí en América intelectual e ideológicamente en América, me dio todo, hijos con los cuales compartí absolutamente todo, ya tengo un hijo de 35 años, ahora está en España, por eso los afectos realmente y mi manera de consustanciar ideológicamente está en Argentina. Yo voy a España y me encuentro con compañeros ese intercambio que hay siempre aunque no nos conozcamos cuando nos vemos compartimos cosas pero siempre mi lugar de asiento está acá, no por eso rechazo absolutamente nada, siempre consideré que parte del sentido crítico tiene que estar presente que es la única manera de juzgar a las personas y las cosas, cosas que ni la escuela ni las sociedades estas te proporcionan quieren que seas como ellos quieren o sea que tu seas como ellos quieren y eso es lo que te meten en la cabeza, yo me desprendo un poco de eso, considero, porque siempre uno se ve afectado porque sin querer te ves consustanciado con todo eso, te llenan la cabeza y de tanto en tanto te traiciona, te envuelves en cosas que tu no quieres, pero si tienes capacidad para juzgarla te puedes desprender fácilmente de ello. Mirá ya cumplí 75 años así que imagínate, es parte de una vida...

...Yo tengo la nacionalidad española porque nació ahí y no me interesó, nunca me interesa. Yo como anarquista soy internacionalista y hoy me favorece ser español porque con el pasaporte español puedo ir para cualquier parte: yo estuve en Francia y no necesito nada. Como si vas tu como argentina no te dejan entrar, tienes que tener una visa y sino estás en tránsito y yo fui a Francia y fui a visitar a compañeros por supuesto, que esa es la ventaja que tenemos los anarquistas, que donde quieras que vas te encuentras uno. Los españoles tenemos la ventaja que después de los 65 años el estado español te proporciona un viaje por 500 dólares y te lleva a los mejores hoteles y estas durante 15 días te llevan en avión, te instalan ahí y luego te puedes

quedar un mes y medio mas, tienes el pasaje abierto, así que durante dos meses puedes estar circulando...



Gabriel Prieto

José Gómez Becerra

La historia de un fracaso.

José Gómez Becerra nació en Antequera, ayuntamiento de Roiz, provincia de La Coruña, en 1932. Su padre era casero de una finca y su madre ama de casa. En 1951, para que no lo alistaran, su padre lo envió a Argentina donde su esposa y él tenían ya varios hermanos y hermanas.

Y, a lo último, cuando yo tenía ya casi 18 años, un día fuimos a la iglesia... Me dice: ¿Ves esa placa que hay ahí?, ahí hay primos míos muertos en la guerra. Y parecía que había rumores de Franco. Había terminado la guerra y a armarse con Inglaterra y después también hablaban de África. Mira, lo que hay ahí, estos son tres primos míos. –Y, bueno, papá ¿Qué me querés decir? –Mirá, si te querés ir, andate para Buenos Aires, tu madre tiene allá cuatro hermano y yo tengo a mi hermana allá y escribimos a ver si te reclaman-. –Bueno-, dije, –ya voy a ver-. Pasaron ocho días, o diez días –no me acuerdo-, cuando vine de vuelta de Santiago me dice: –¿y qué pensaste?–

–Bueno si se arma la guerra, me voy.

–No, después ya es tarde; ya es aquí, ya es allá.

Llegó a Buenos Aires sin oficio. Allí lo esperaba toda la familia. Uno de sus tíos le buscó trabajo en un almacén pero nada más verlo le pareció *mucho tirón* y dijo que no. Estuvo ocho días lavando y sirviendo copas en un bar hasta que un día resbaló, se cayó y se clavó una botella de cerveza.

Uuuhhh!. Cuando conocí a la..., cuando vi a la tía Peregrina –que era la hermana de papá, hacía medio año que había venido de allá para acá, porque había ido a pasear para allá–, bueno... yo me volví loco. Y cuando vi que estaba toda la familia, la tía con todos. No me quiero acordar de ese día, me dan ganas de llorar. Pero a los ocho días usted no sabe todo lo que lloré. A los ocho días de llegar aquí, ya tenía llorado todo, al otro día... Porque me mandaba a barrer la terraza, el tío de Ramos Mejía, me mandaba a barrer la terraza. Y allá, ni el sirviente que teníamos nosotros, porque barría mi mamá o sino mi hermana; y yo: lo peor que pudo haber sido... Ir a barrer la terraza. Y yo, unas ganas de llorar tremendas. Y yo: ¡La puta madre! ¿Esto es América y vengo a barrer a terraza?

A continuación sus tíos le buscaron trabajo en un hotel. Allí estuvo cuatro años, hasta que tuvo una agarrada con el hermano del dueño y lo despidieron. Encontró trabajo en La Vascongada primero lavando platos, luego en la pastelería. Aprendió el oficio de pastelero.

Su idea era juntar plata para volver a España. Un día juntó plata y se dijo *me voy a bailar*. Comenzó a frecuentar el centro Lucense, el Centro Asturiano y el Centro Leonés. Ahí conoció a la que sería su esposa. Pero no se casaron hasta 1962, cuando él terminó de

pagar el primer restaurante en que invirtió. Mientras tanto él seguía viviendo con su tía. Una vez casados fueron a vivir a Ciudadela, en el oeste del Gran Buenos Aires, a la casa de ella.

Poco tiempo después, José perdió el negocio y sus padres fueron a Argentina a buscarlos y les ofrecieron administrar una finca en Cáceres, pero su esposa no quiso ir a España. Tres años después consiguió empleo en una empresa de autopistas. Su madre le presionaba continuamente para que volviese y les ofrecía pagarles el viaje. A pesar de que su esposa le amenazó con no recibirle de nuevo si se iba, estuvo dos meses. Después le pagaron seis viajes más y sus padres también viajaron varias veces a Buenos Aires y siempre le encontraban con deudas de dinero. Y vuelta a empezar con que se volviera. Pero al final José se quedó para siempre: *Por mi mujer y mis hijos. Yo los quería*. Luego enfermaron él, su esposa y su suegra. Dos de sus hijos comenzaron la Universidad (una enfermera, otro ingeniero) pero ninguno terminó. Luego murió su mujer y él continuó con su mala salud. Ahora tiene una novia a la que ha conocido en el centro de jubilados. No se nacionalizó porque no se siente argentino sino gallego de pura cepa. Sigue en contacto con su familia, escucha música gallega, ve la televisión española. Piensa que en España hay de todo y que se derrocha mucho. Su hija consiguió la nacionalidad española, quería irse a vivir a España pero después no pudo. José piensa que le aportó todo a Argentina, que trabajó como un caballo, y no que no tiene nada: solo deudas, incluso por el alquiler, un juicio, otro en la municipalidad por alumbrado y limpieza. Vive con una pensión de 450 pesos. Va al centro de jubilados porque le sale más barato que quedarse en la casa. No recibe ayuda del Centro Gallego. Tiene 73 años y vende palomitas de maíz con un carrito.

Dori Arias Estévez

La emigración como destino:

Acá estamos. A nosotros nos tocó acá

Dori Arias Estévez nació en Buenos Aires en 1960 hija de andaluz y de gallega. Su padre había nacido en Argentina pero sus abuelos lo llevaron a Andalucía cuando tenía dos años. En la familia del padre siempre tuvieron peleas y desencuentros pero la familia de la madre se mantuvo unida y Dori vincula su identidad española a su familia gallega. Su abuelo materno era campesino y su abuela ama de casa y modista en un pueblo de Orense cerca de la frontera portuguesa. El pueblo ya no existe, lo inundó un pantano y solo se salvó la iglesia que fue trasladada piedra a piedra hasta la cima de un monte. Recuerda que no había luz ni sistemas de conservación de los alimentos. Ella y sus hermanos hacían las faenas del campo en parcelas muy pequeñas. Las chicas preparaban la comida, cosechaban el lino y luego lo hilaban y bordaban.

En 1949 las “reclamó” la prima Angelita que vivía en Buenos Aires y regentaba el Hotel Orense, en la calle Bartolomé Mitre.

En aquella época mi mamá vino a trabajar de mucama, el hotel daba comida entonces mi mamá preparaba la comida, limpiaba las escaleras a mano de mármol que sigue estando todavía, por eso para mi es un salto culturalmente impresionante, pasar de esos orígenes de mi mamá, a las posibilidades que yo tuve de ir a colegios privados en barrio norte, toda un cambio muy radical. Vino a hacer eso, en parte un poco de la plata se giraba, porque venían debiendo el pasaje, obviamente era así. Mi tía Angelita nunca se lo cobró,

Luego vinieron algunos de sus hermanos. Uno de ellos, que estaba casado y tenía hijos, llegó en el 56 y compró una “fonda de comercio” entre Córdoba y Montevideo. Al final vinieron todos los hermanos menos una hermana, e incluso los abuelos de Dori que llegaron en 1958. La madre de Dori tuvo un novio colombiano que era estudiante de Medicina y luego, cuando aún trabajaba en el hotel, se hizo novia del padre de Dori que había vuelto a la Argentina con veintiún años para librarse del servicio militar en España.

Muy bonita mi mamá y mi papá lo que llamaríamos un tipo “cool” para la época, usaba mocasines, era muy canchero, bufandas escocesas, hay fotos de la época que son muy graciosas, realmente y un auténtico buscavidas. O sea, mi mamá una tipa ahorradora, ordenada, familiar, gregaria, mi papá un “a lo que venga” de hecho fue contrabandista, pero contrabandista de cualquier cosa, de lo que era divertido en la época, marfiles y vivió viajando, Brasil, Buenos Aires, distintos lugares de Brasil, distintos lugares de la Argentina, especialmente Buenos Aires, Uruguay ha estado un hermano de él con el que tuvo a medias un negocio, gastronomía, lo que tenían los españoles en la época; fue torero en España, tomó la alternativa en la plaza de la

Maestranza que es la plaza mas importante de Sevilla. Un tipo con mucho vuelo, muy gracioso y muy divertido y la gracia que tienen los andaluces en el hablar que invertía la “r” por la “l” y así escribía, creo que nunca entendió como puede ser que su hija tuviera una ortografía perfecta. Por eso, toda la parte de la cultura me vino por el lado de mi vieja, pero los dos eran lectores por ejemplo, y eso era muy interesante. La cuestión es que mi papá vino y estuvo en la Argentina y deambulando por América y salía corriendo de un lado y el otro y se conocieron como te decía a los 29/30 años cuando se casaron y yo nací a los 9 meses y 9 días de casados ellos, con una exactitud para salvar el honor que para la época estaba muy bien. Llevaron vidas muy diferentes pese a estar en la Argentina y en América Latina desde mas o menos la misma época.

Dori les está agradecida a los dos por brindarle dos perspectivas diferentes de la vida. Aunque cocinaban los dos y les daban a probar guisos distintos a los hijos, su madre aprendió cocina andaluza. Pero no fueron buenos compañeros. El disfrutó de la vida a fondo, no se cuidó y murió con 54 años. Su entierro fue una romería. Ella falleció con 77 y en silencio.



Dori Arias

Su padre regresó a Andalucía en el 75 y la invitó a ir con él (trabajaba en una línea aérea y consiguió billetes de regalo), pero ella dijo que no, por no perder colegio y ahora lo lamenta. Dori regresó por primera vez en el 78 porque el año anterior había muerto su abuela y el anterior su papá, y habían prometido a la familia de España que “alguien iría” y ese “alguien” fue ella. Al año siguiente, ella les regaló el pasaje a la madre y a una tía; y conoció a la tía Josefa a la que su madre no veía desde hacía 36 años. Comparándolas, ella comprendió lo “abierto” de pensamiento y costumbres que había llegado a ser su madre. Cuando regresaron de España ésta le dijo: *Está bien volver pero mi vida es en Argentina*. Y eso que nunca perdió ni el acento ni la nacionalidad. Pero era mujer de arraigos, a diferencia de su marido que siempre estaba yéndose de acá para allá. Dori dice que solo construyó una relación íntima con su madre tras la muerte de su padre. Fue entonces cuando supo que su mamá la parió sola, porque la parió en su cama de la maternidad a las 5 de la mañana y todos se habían ido.

Piensa que los españoles trajeron a la Argentina una forma de organizarse y una *cultura del hacer* y que Argentina les dio la oportunidad, que a diferencia de otros lugares es un país muy abierto donde españoles e italianos se han mezclado mucho. Y que se apropiaron del país con un fuerte sentimiento de destino. *Acá estamos. A nosotros nos tocó acá.*

(...) Ella nos comunicó su amor por la Argentina, vivió siempre muy agradecida a la Argentina pese a que hizo trabajos duros y en la relación costo beneficio, fue muy duro su trabajo, no se quejó... Siempre muy agradecida con lo que le pasó acá, porque todo lo fundacional de su vida lo hizo acá y supongo que por aquello de que el lugar en el que uno pare hijos ese es el lugar de uno seguramente. Mi mamá lo sintió así mucho mas que mi papá que vivió toda su vida acá pero vio todo el tiempo como irse, como irse como irse, ella veía como quedarse y como contarnos a nosotros ese amor a la tierra que en los gallegos el tema del desarraigo y eso es como un estigma como una especie de huella que quedó para siempre. No es triste, ahí estaba...

María Núñez Casal

Soy la más española de las argentinas y la más argentina de las españolas

María Núñez Casal nació en 1947 en un pueblo de la provincia de Pontevedra. Emigró a Argentina con 5 años de edad en compañía de su madre y de su hermana.

... Recuerdo, sí, que mi mamá una vez se puso a enseñarme las letras... Porque se enteró que una prima mía que era menor que yo, pero que ya estaba en Buenos Aires, ya la mandaban al jardín, o no sé algo así. Y que decían que estaba estudiando, que aprendía muchísimo. Y a mi mamá, bueno, le dio un poco de celos y se puso a enseñarme a mí. Entonces recuerdo ese día que estaba –era la nocecita–, que estábamos en la cocina y que estaba con la a, con la e, con la i, y yo aprendiendo, y haciéndola, y los numerosa bueno también me lo aprendí rapidísimo

El abuelo materno y varios tíos estaban ya en la Argentina, mientras la abuela se quedó con los hijos en la aldea. Como ocurría en muchas ocasiones en la Galicia rural sus padres se casaron cuando ella tenía ya tres años y tenía otra hermana en camino. Las dificultades económicas hicieron que su padre emigrase reclamado por su suegro. Aunque su padre era de oficio carpintero como su abuelo y su bisabuelo, trabajó en Argentina como camarero en un bar.

La abuela materna era quien unía a la familia de un lado y otro del Atlántico. Traía noticias, fotografías, viajaba a menudo. Crió sola los nueve hijos que tuvo. Su abuelo, un busca vidas, como lo define María, buscaba trabajo en Cuba, en EEUU y acabó asentándose después de la guerra civil en Argentina. Nunca quiso volver a España.

María viajó en la bodega del barco que partió de Vigo. Guarda como recuerdo inolvidable de la travesía la imagen de un apuesto capitán de uniforme blanco y botones dorados, que la alzó en sus brazos para que viese mejor el nuevo mundo que la esperaba.

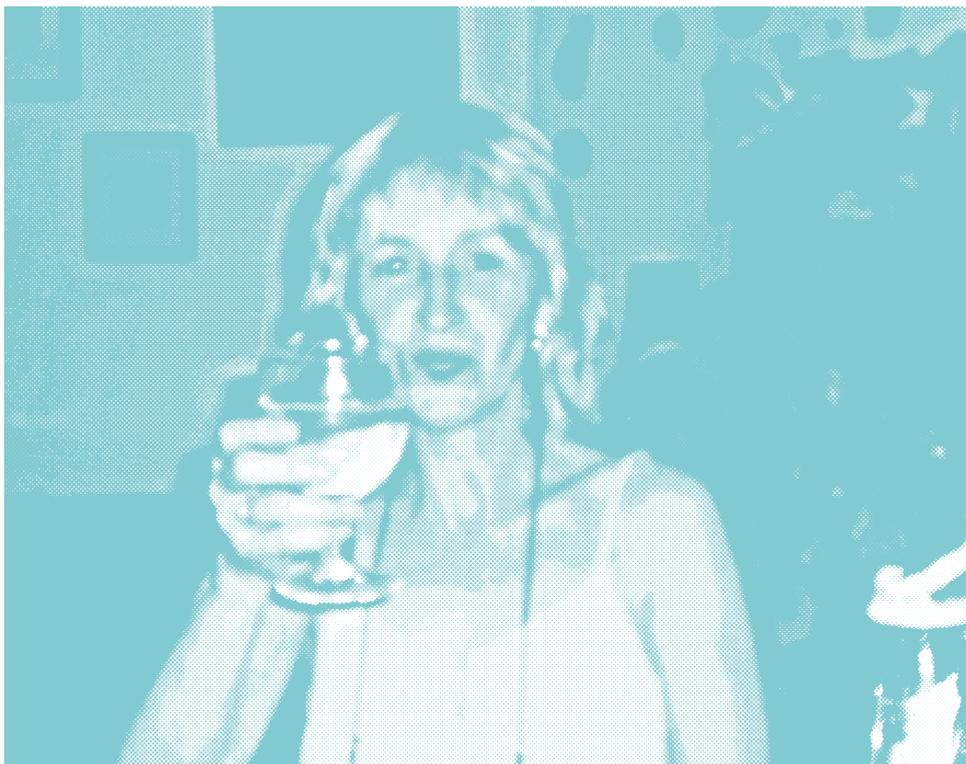
En el mismo barco también vino la gemela de mi mamá, que tuvieron siempre destinos muy paralelos. Cuando mi papá se vino en el año 52 a la Argentina lo hizo con el marido de la gemela de mi mamá y los dos vinieron a Buenos Aires y a la casa de mi abuelo materno. O sea que ninguno de los dos tenía vínculo directo ¿no?...: Eran los yernos de mi abuelo. Pero mi abuelo era un tipo muy, muy generoso y bueno, él les consiguió trabajo. Mi abuelo era dueño con otra gente de un bar y empezaron a trabajar ahí. Y entonces al año, mi tío y mi papá las trajeron a mi mamá y a mi tía –que ella venía con sus dos hijos mellizos–, ella es gemela con mi mamá y tuvo una hija primero que ya estaba en Buenos Aires, ya se había venido en un viaje que hizo mi abuela. Porque mi abuela materna con esto de que tenía el marido y unos hijos acá en Buenos Aires, y otros en España, ella viajó como cuatro, cinco veces a la Argentina. Entonces en uno de esos viajes se trajo a mi prima, que era un año menor que yo y que era hija de la gemela de mi mamá. Y entonces, cuando vinimos mi mamá y mi tía, mi tía trajo los mellizos, –un varón y una

mena-, y a mi hermana y a mí, y así... Llegamos acá en enero de 1953.

Vivieron en una modesta casa que su padre había alquilado en Lanús, provincia de Buenos Aires con limoneros, granados, naranjos y mandarinos. A pesar de que en los comienzos la familia hablaba gallego, pronto lo fueron abandonando, especialmente María y su hermana que poco a poco fueron adquiriendo la musicalidad porteña.

Yo hablaba gallego, mis padres hablaban gallego, pero enseguida dejaron de hablarlo. También hablaban castellano, pero por ahí en casa hablaban gallego. Bueno yo lo entendía. Yo dejé de después hablarlo mucho antes que ellos. Entonces, bueno, igual, aunque yo hablara castellano tenía un acento que, nada que ver!, y los chicos venían... Para escucharme y un poco a divertirse, me imagino... (...) Y después era la gallega que hablaba absolutamente bien porteño...

Como muchas otras familias de emigrantes, María recuerda a su padre trabajando día y noche, e incluso estudiando para mejorar su posición laboral. Hasta los 15 años, María y su familia no pudieron tener unas vacaciones. Años más tarde pudieron comprar una casa y María pudo ingresar en la Universidad de Buenos Aires en la Facultad de Filosofía y Letras. Posteriormente trabajó como Bibliotecaria.



María Núñez

A los 31 años fue con sus padres y su hermana a España. Fue el año del comienzo de la dictadura militar en Argentina. La Galicia que encontró no era la tierra pobre que sus padres abandonaron y que ella recordaba. María sintió que ella era de nuevo la pobre, en un país que había experimentado un fuerte desarrollo económico.

La explosión de alegría y de actos políticos y culturales que rodeaban los comienzos de la transición hicieron que María y su hermana decidieran quedarse en España y no regresar con los padres a Buenos Aires. Mientras aquí se enterraban décadas de dictadura, allí comenzaba un sangriento periodo de la historia argentina. Sin embargo, esta segunda emigración, esta vez en sentido contrario, no tuvo los frutos esperados. Los trabajos que encontraba no estaban a la altura de su capacitación y no pudo ejercer su profesión de bibliotecaria, su noviazgo con un muchacho español no prosperó y la enfermedad acabó por derrotarla en el que era su país de origen.

De vuelta a Argentina cinco años después, María pudo remontar, junto a los suyos, la crisis sufrida en España. Ahora, pasado el tiempo, siente que ya es más argentina que española.

Marcelino Fernández Villanueva

Si estás exiliado, espera caminando

Marcelino Fernández Villanueva nace en Olloniego, Asturias en 1914. Minero como su abuelo y su padre. Militante socialista que luchó activamente contra el golpe militar primero y perdida la guerra perteneció al maquis, luchando contra el régimen de Franco escondido en los montes. Fuertemente comprometido con la justicia y la democracia, es un hombre sin estudios pero autodidacta. Condenado a muerte, huye a Toulouse en 1948 y de ahí, se traslada como extraditado a Buenos Aires.

Si, aquí lo ayuda el partido, él me acuerdo que... ¿Por qué el partido? Bueno porque el fue de una militancia consecuente con el Partido Socialista, entonces después, su salida de España obedece a una orden, hay una ley sobre esto, digamos que después lo reciben en Toulouse (Francia) creo que hay fotografías esas son bastante difundidas con el grupo de guerrilleros que se escapa de estar con (...) entonces hay una solidaridad de compañeros, de camaradas en ese sentido, pero creo que fue Solari, Solari era un diputado socialista, que le presenta a un simpatizante republicano un catalán, catalán que se llamaba Iturralde, Iturralde tenía una casa, no sé si lo has escuchado, no sé si era catalán o era hijo de catalanes pero era un pariente de simpatizantes republicanos y tenía una empresa, una distribuidora de papel que ahora por lo que mesuro, por la cantidad de gente que había y en la estructura que me contaba mi padre que había supongo debían ser una de las más importantes que había en ese momento, que estaban en la calle creo que Pasco, Pasco y Rivadavia ... (Barrio de San Cristóbal en la ciudad de Buenos Aires) por ahí, bueno él... Le dan la oportunidad de trabajar como vendedor, vendedor de papel que también es algo meritorio, ¿No? Ser vendedor de papel en una ciudad extraña... ¿A donde voy? ¿A donde voy?

Encontró su primer trabajo como vendedor de papel en la empresa de un simpatizante republicano. A pesar de que Marcelino como otros exiliados españoles esperaba la derrota del franquismo y la vuelta a España, siempre defendió que la espera había que hacerla caminando, es decir, trabajando y echando raíces ahí donde se estuviera. A los dos años de llegada ya pudo trasladarse a vivir con su nueva esposa a un pequeño apartamento de su propiedad. Para Marcelino la vida de emigrante era una lucha diaria y su objetivo era sacar adelante el hogar que había formado en Argentina. En España quedaron su primera mujer y varios hijos, uno de los cuales fue reclamado por Marcelino ya que ante las dificultades económicas y el rechazo que sentía en su nuevo entorno familiar por ser hijo de rojo, optó por irse a Argentina en compañía de una prima que también fue reclamada por Marcelino.

Durante mucho tiempo enviaron a sus familiares que habían quedado en España paquetes de ropa dos o tres veces al año.

Sí me acuerdo de dos o tres veces al año, yo acompañar a mi madre... Íbamos al puerto –lo que sería Puerto Madero– (actualmente una zona de paseo, restaurantes) donde estaban los galpones de Villalonga (empresa de transporte), entonces íbamos con paquetes grandes, bolsas de ropa de cosas que se enviaban, no te puedo decir a quien, yo era muy chico: supongo que a familiares seguramente, para mí era muy fastidioso... Había que hacer muchas cosas, era muy aburrido

Con el fruto del duro trabajo y del ahorro invirtió en hostelería. En 1961 junto a otros socios españoles alquilaron un hotel y ahí empezó una nueva vida como empresario. Poco a poco fue ampliando las pequeñas y compartidas inversiones en hoteles y restaurantes sin dejar de trabajar primero como camarero, luego como telefonista y posteriormente como director de tres establecimientos. Como otros inmigrantes, Marcelino devolvió con creces al país de acogida las oportunidades que le habían brindado a su llegada, generando muchos puestos de trabajo con sus iniciativas empresariales y siendo un ejemplo de comportamiento ético.

El tenía un socio –Francisco Otero–; a este hombre tuve la oportunidad de haberlo conocido bastante. Quizás una personalidad que a lo mejor no es muy agradable.... Falleció, él se jactaba de haber llegado, reclamado por un tío, trabajó en un barecito que tenía el tío lavando copas y dormía en el sótano al lado de las bebidas, así empezó, y creo que estuvo dos años él y un hermano durmiendo en el sótano, de lava copas a mozo, se fue ganando la confianza del tío... Entonces fue tomando responsabilidades, las propinitas, él no las gustaba, no gustaba nada, vida absolutamente austera, no salía del bar, daba una vueltita a la manzana. Iba a escuchar tango, era un amante del tango, un sabedor del tango, daba cátedras de tango... y al sótano... a dormir en el sótano. Y este hombre hizo una fortuna mayormente porque... (...) su origen que el siempre lo proclamaba quizás con soberbia, Si vos lo conocías él no era un hombre agradable, incluso tenía un cierto resentimiento con los profesionales, con los arquitectos, con los abogados, siempre él: “Tu que sabes” siempre los menospreciaba y sacaba luz y venía con la anécdota ésta, que juzgo debía ser cierta por la reiteración, dormí dos años ahí en un sótano...

Al igual que otros emigrantes, Marcelino allí encontró trabajo, una nueva familia, amigos y sobre todo la libertad. A pesar de su total integración en el nuevo país, su vida giraba en torno al exilio y a la política española. A pesar de trabajar duro toda la semana, los sábados se reunía con los exiliados en el Centro Republicano Español, donde se organizaban conferencias y encuentros. Dedicó esfuerzos a la formación de las juventudes socialistas, tratando de educar a un núcleo de jóvenes, hijos de españoles, en el ideario socialista. Una vez jubilado se dedica en cuerpo y alma a dar vida al partido Socialista, del que es su presidente en Buenos Aires

Sus objetivos como emigrante estuvieron ampliamente colmados: primero porque salvó su vida habiendo estado condenado a muerte y en segundo lugar porque triunfa económicamente y consigue salir de la miseria a la que un minero asturiano en

la posguerra española habría estado condenado. Su regreso a España en 1977 fue un encuentro traumático para este antiguo miliciano.

El creo que vuelve dos años después, con el gobierno de Arias o no sé si ya empezaba el de Suárez... Había un poquito de miedo... El se garantiza de que no le va a pasar nada, con los enlaces que tiene ahí toma recaudos porque le pasan la ficha por correo, que era una ficha, prontuario realmente indeseable y tenía el tema del garrote vil encima pese a que objetivamente pensaba que no podía pasar nada, tenía cierto resquemor allá. Los compañeros le garantizan que vaya tranquilo. Así fue. Viaja en el año 76 o 77 creo, y él comenta que es bien recibido. Incluso en un acto del partido en Asturias, lo presentan y lo invitan a hablar... Claro... Y él empieza a hablar y habla con los resentimientos y habla con los conceptos antiguos, de antes..., así... Cuando fue recibido con muchos aplausos. El comenta que cuando termina de hablar hay una muy fría recepción y los compañeros mismos... que no había estado afortunado. España era otra, no le interesaba lo que él decía ¿No le interesaba por qué? Porque él hablaba de venganza, de los muertos, hizo su catarsis con el discurso de los '40. Esto fue en Asturias, la celebración, cerca de Oviedo por ahí...

La España que él encuentra le resulta difícilmente reconocible. Su discurso de venganza y los dolorosos recuerdos que trasmite en un acto del partido socialista al que está invitado en Asturias no tienen cabida en el contexto de una transición política pactada. Marcelino comprende que su país es otro, y que solo desea volver a su Buenos Aires querido.



Marcelino Fernández

Luisa (seudónimo)

Una granadina que lleva en su corazón a García Lorca

Luisa nace en Fuente Vaqueros, provincia de Granada en 1920. La vida de Luisa tuvo un comienzo feliz que se truncó con la prematura muerte de su padre y las penurias que sobrevinieron con el régimen de Franco que le obligaron a trabajar desde muy joven. Siguiendo el mismo oficio que su padre, su trayectoria laboral se inicia con 14 años en un taller de zapatos y con unas duras condiciones de trabajo. Luisa, como muchas otras mujeres en el franquismo, pasó a engrosar mercados de trabajo irregulares. Utilizando la maquina y el utillaje heredado por su padre reparaba zapatos en su domicilio sin estar registrada en la nómina de la fabrica para la que trabajaba.

Viuda y con una hija, emigra a Argentina a los 35 años reclamada por un tío que había llegado a este país antes de la guerra civil, donde ya estaban también asentadas su madre y dos hermanos.

Y yo cuando me vine fui a la peluquería para hacerme la permanente para venirme en el 55. Para qué le dije que me venía a la Argentina. Estás loca me decía, dejas tu tierra todo eso ¿No puedes esperar? Porque Franco no va a vivir toda la vida... Hace dos años yo tengo a mi madre por sobre todo, tengo a mi hermana casada con un argentino y tengo a mi hermano que nos llevó... todo, él fue el primero, el tío de aquí que vino mucho antes de la guerra, él fue el que nos llamo... (...) dos años llevaba ella (madre) acá... Yo vine con mi hija. (...) luego lo que más me empujó de venirme acá era que yo tenía la maquina de coser (suya) que es cilíndrica y el patrón que tenía decía: Su maquina... Es mejor que se lleve el trabajo a su casa, que lo haga en su casa. ¿Que pasa? Yo no estaba anotada en ninguna fabrica, era todo, como dicen aquí, en negro, exactamente, pero cuando fui a despedirme de él... Bueno, es largo, no? El dice...

“Que es una lastima irse a otro país” No, porque no me da lástima porque está toda mi familia, mi hermana, mi madre, mi todo, no es que voy a la...

Y entonces fue cuando dijo Perón que los inmigrantes que vinieran de donde fueran que tenía que estar viviendo a trescientos Km. de la capital, que para aquí no, que aquí ya sobaban. (...) pero yo tuve la gran suerte, puedo decir que mi hermano estaba decorando la iglesia de Bahía Blanca. Bueno... Fue así, mi hermano trabaja aquí de pintor decorador y entonces le dijo un maestro: Porque no te vas, porque le prendieron fuego a la iglesia de Bahía Blanca y quieren repararla, entonces se fue a Bahía Blanca, mejor dicho se fue a Sandogaray, allí mi hermana se casó y en Sandogaray viene una obra de teatro y mi hermano decoró todo el escenario y todo muy lindo y el cura del pueblo lo vio y dice: Pepe ¿Quiere? De frente le dice: ¿Quiere venirse a Bahía Blanca a decorar la catedral?

En Bahía Blanca, donde su familia vivía, los hermanos le consiguieron un contrato de trabajo –que era necesario para aceptar su entrada en el país como inmigrante– en una

fabrica de calzado como reparadora. El patrón, nieto de españoles, dirigía su empresa bajo condiciones de trabajo muy diferentes a las que Luisa había padecido en España.

Su integración en Bahía Blanca fue fácil no solo porque vivía en un entorno familiar sino también por la fuerte presencia de andaluces en la zona. Pronto conoció a un joven argentino, de origen italiano, que sería su segundo esposo.

Nunca volvió a España, ni siente nostalgia, pese a su vívido recuerdo de Granada y de Fuente Vaqueros, que marcó su amor por Federico García Lorca con cuya lírica todavía hoy se emociona. Sin embargo nunca tuvo la nacionalidad argentina y hoy, pasado tanto tiempo de su llegada, no quiere renunciar al apoyo económico que España brinda a los emigrantes mayores.

Adela Hormigo Durán

Una vida llena de nostalgia

Adela Hormigo nace en Estepona, Málaga, en 1920 en el seno de una familia campesina. Su infancia y adolescencia transcurrió entre el colegio de monjas donde aprendió a leer y escribir, la ayuda en el trabajo del campo y una vida rodeada de sus catorce hermanos y muchas amigas con las que compartir los juegos en la playa.

De familia republicana de larga tradición, debió enfrentarse muy joven los horrores del franquismo, que diezmó y liquidó a parte de su familia.

Yo llevé a mi abuelo a votar el 31 de abril de 1931, yo lo llevé y tenía noventa y pico de años. Porque dice mi abuelo, “yo quiero votar ¿y quién me lleva?” Y digo “yo lo llevo padre”... Porque se le decía padre a los abuelos, papá al papa y padre a los abuelos. “Tu me vas a llevar” y digo “si yo lo llevo”. Bueno fuimos a donde le correspondía a él. Mi abuelo se pone la capa, todavía se usaba, él tenía su capa de cuando él era joven y su sombrero andaluz. Nosotros vivíamos en una calle en pendiente, porque es muy pendiente, Estepona, tú la conoces, ¿no? Entonces entramos ahí y muestra su documento y digo, “Padre póngalo ahí” y dice: “Voto por la República española”, dice mi abuelo “Y yo porque no tengo la edad no puedo votar por ella pero vamos a triunfar”.

A sus catorce años colaboró con el frente republicano atendiendo enfermos en el hospital que se había establecido en Estepona. Con la llegada de las tropas franquistas al pueblo, inició junto a su madre y una hermana un largo periplo que se inicia en Málaga donde embarcaron en el *Monte Toro* cuyos pasajeros eran mujeres y niños rumbo a Alicante –donde trabajó en un saladero de pescado–. A través del consulado argentino en Alicante fueron reclamadas por un hermano de Adela que se había escapado de casa años atrás en busca de nuevas oportunidades en Argentina.

Los pasajes y el alquiler de la primera vivienda fueron pagados por el hermano y también otros familiares colaboraron a que pudieran iniciar una nueva vida en este país. Hicieron el viaje en el *Florida* un viejo barco francés y recuerda con tristeza su llegada en septiembre de 1937 a Buenos Aires, sabiendo que su padre estaba en la cárcel y parte de sus hermanos desaparecidos en la guerra civil.

Y a mi padre lo condenaron a muerte, lo llevaron a la cárcel del puerto Santa María, en Cádiz Pero mi hermana estaba casada, se había casado con un esteponero que era militar, que estaba en Ceuta, entonces él luchó mucho porque a mi padre no se lo matara. Entonces le dieron cadena perpetua, a mi padre, estuvo siete años, la peor cárcel, ahí iba la gente... Los peores... Lleno de ratas, lleno de agua porque eso es una boca metida en el mar, no? Y bueno, ahí, mi padre nunca más lo vimos

No le gustó Argentina, le resultaba extraña la manera de hablar y tampoco ella era bien comprendida con su andaluza pronunciación. En aquellos primeros días maldecía a

Franco que le había privado de sus seres queridos y de su tierra andaluza y solo pensaba en regresar a su tierra. La caída de Madrid en manos de los sublevados le hizo comprender que tenía que cambiar su actitud, mirar con otros ojos el país que les había recibido y tratar de “hablar argentino”.

(...) Estuvimos en el Hotel de Inmigrantes, porque veníamos con mucha gente también. Venían de todas partes de España, de otros países, no? Y entonces de ahí ya subimos.... Este Antonio Domínguez nos dio lugar en su casa y después de ahí nos fuimos rebuscando. Mi hermano nos alquiló una casita en la calle Martínez acá en Buenos Aires, en (el barrio) Belgrano... Y yo de cabeza me fui al Centro Republicano Español que estaba en (la calle) Bartolomé Mitre N° 50, a averiguar lo que podía.

Yo no sabía hacer nada, estaba acostumbrada a andar por la calle, la playa, mi casa, lavar los platos, lo que fuera, no? Doblar la ropa, marcarla, porque yo sabía leer y escribir muy bien, no tenía estudios secundarios porque no fue posible.

Poco después de su llegada unos gallegos republicanos le dieron trabajo como empleada de una casa de confección de ropa, mientras su madre y hermana mayor trabajaban en el propio hogar como modistas. Adela combinó el trabajo con el aprendizaje de corte y confección.

Su vida se desarrolló durante mucho tiempo entre el Centro Republicano y el amplio núcleo familiar hasta que en uno de los bailes celebrados para recabar fondos para los republicanos españoles conoció a un argentino con el que contraería matrimonio en 1943. Su vinculación a los valores republicanos también molieron una identidad femenina muy alejada de los patrones convencionales que ella dice encontrar en Argentina.

Las mujeres acá ni picaban, eran muy sometidas, yo veía a mi cuñada que iba al club Urquiza, se comentaban entre ellas, pero de ideas políticas nada en absoluto, era eso lo que me mataba a mi, porque yo decía republicana y me decían roja, y yo decía: Otra vez me están diciendo roja, será posible, incultas, no sabían de política, hoy todavía muchas mujeres no saben de política en absoluto. Y una era como una implantada que quería gobernar a los demás y no era así... Y si yo hablaba con mi cuñada decía: ¡Ah, ya pasó, no pasa nada, no lo vamos a arreglar y cosas así, no le daban importancia a nada y yo me tenía que guardar las lágrimas.

Fruto del trabajo y de un continuado ahorro, pudieron comprar un terreno y construirse una casa y dar a su única hija estudios universitarios.

Ni su hija, ni su marido fueron suficientes arraigos para ella. Nunca se sintió argentina y no quiso solicitar la nacionalidad. Su vida ha estado de una manera u otra siempre ligada a España, de la que todavía hoy siente nostalgia.

Sigue con interés la vida política en España y participa en todas las elecciones. Incluso está afiliada al partido socialista en Estepona. Volvió varias veces a España, pero no pudo quedarse a pesar de sus deseos, por la negativa de su marido. Su corazón, su cabeza y la permanente conexión con el pasado la hacen sentir aún hoy, una emigrada a la fuerza.



Adela Hormigo y su esposo

Carlota Fernández López

Noviazgo por correspondencia, matrimonio por poderes

Carlota Fernández nace en una aldea Asturias, San Juan, en 1927. Es la pequeña de nueve hermanos de una familia de labradores. Toda la familia trabajaba en el campo y se autoabastecían con la producción de sus huertas y animales. Recuerda los horrores de la Guerra Civil y la miseria de la posguerra aunque su familia no pasó hambre.

Carlota pudo ir a la escuela e incluso iniciar el bachillerato que no pudo finalizar por falta de recursos económicos en la familia. Aprendió a coser y sacó un título de corte y confección por correspondencia. Su adolescencia y juventud las pasó dedicándose al oficio de la costura y disfrutando de las pocas alegrías que las jóvenes de aquellos años tenían a su alcance: la misa de los domingos, los paseos por la carretera del pueblo donde coincidían con los muchachos de la localidad y alguna romería en la que poder bailar. En una de ellas conoció al que sería su marido. Fue un noviazgo por correspondencia, ya que Pepe se marchó poco después a Argentina en busca de trabajo, y contrajo matrimonio por poderes.

En esa época, en la época de los 50, se vino mucha juventud acá, a México, a Cuba y a Montevideo también. Pero yo creo que acá –de los conocidos de donde soy yo– se vinieron muchos, de la parte de Asturias, de la parte noroeste de Asturias que era donde limitaba con Galicia. Y de ahí vinieron muchos muchachos, algunas chicas pero convivíamos mucho con esa parte de Galicia. Y de esa época vinieron muchos para acá. En esa época había que venir reclamado por alguien, algún familiar o alguien que te asegurase un trabajo. Porque esa era la época de la segunda presidencia de Perón y ya no dejaba entrar a nadie si no se venía reclamado, para que la gente que venía tuviera su modo de encaminarse acá. Así que yo tuve 9 meses sin venir desde que nos casamos. Se vino acá, estuvimos dos años de novios por carta, después nos casamos por poder... Me casé con mi cuñado, él tenía que mandar el poder a otra persona para que ocupase el lugar de él, así que ya me casé con mi cuñado.

Nueve meses después de contraer matrimonio Carlota embarcó en Vigo rumbo a Buenos Aires. En la travesía conoció a varias mujeres que también casadas por poderes iban al encuentro de sus maridos; algunas temían que nadie las esperase.

Carlota fue recibida por parientes y amigos y por su marido Pepe, al que apenas reconoció al verle. Recuerda un hermoso viaje con escalas en Lisboa, Río de Janeiro y Montevideo. Cargada de pesadas maletas y baúles donde iba todo su ajuar, incluso muebles, colchones y su preciada máquina de coser llegó a su nuevo hogar, una pequeña habitación realquilada.

La casa era: la entrada, un pasillo –todo con puertas al patio–, ventana, ninguna más que la que daba a la calle. Cada casa era un dormitorio y cada dormitorio tenía una puerta de la parte de abajo madera y la parte de arriba vidrio. Pero era tan feliz yo ahí!! Porque aparte yo

traje los muebles, traje todo embalado, cargué una chata –como le dicen acá–, una camioneta. Traje la máquina de coser –que, si querés sacar una foto todavía la tengo ahí–. Traje los muebles, el colchón, la almohada. Ese baúl lleno al tope que ya no entraba otra prenda de ropa. Mi mamá me puso el baúl al tope, el ajuar se dice allá. Yo era muy feliz porque enseguida empecé a tener trabajo y él también consiguió trabajo y resultó que éramos todos españoles: la señora que nos alquilaba –Doña Ángela–, fue muy buena conmigo. Era la que nos alquilaba a nosotros. No era dueña pero era cuando la época de Perón... Y los que alquilaban podían hacer lo que querían. Entonces esa señora –sin ser dueña– subalquilaba a cada familia una pieza. Así que yo tenía una pieza de 4 x 4 para el juego de dormitorio, el baúl, la máquina, una mesita chica –que tenía mi marido– y 4 sillas

Se hicieron del Centro Gallego y esta institución fue su segunda casa y la mutua que cubrió durante toda su vida la salud de todos los miembros de su familia. Como muchos otros españoles, su marido trabajaba en la hostelería, era camarero de bares y restaurantes de otros inmigrantes gallegos. A su vez, Carlota trabajaba de modista en su casa e incluso tuvo que recurrir a otra española para que le ayudase a sacar los numerosos encargos que recibía. Sus vidas transcurrían trabajando, incluso sábados y domingos, tratando de ahorrar para comprar una vivienda y sacar a sus dos hijas adelante. Su marido llegó a estar sin vacaciones seis años, trabajando 15 horas diarias. No frecuentaban los bailes a pesar de que por aquellos años el Centro Lucense atraía a miles de españoles.

...Enseguida empecé a trabajar de modista, un montón (muchísimo). El primer vestido que hice fue para la dueña de casa; después le hice otro a otra señora que vivía ahí, que era prima. Después esas primas me fueron promocionando, que cosía muy bien, y me llené de trabajo... horrores...!!!

Nos privábamos de todo porque no había heladeras, no había televisión, no salíamos los fines de semana porque él trabajaba sábados y domingos. Tenía el lunes libre y por ahí yo dejaba mi trabajo de mi casita para los lunes: lavaba la ropa, preparaba mi piecita y siempre trabajando y trabajando y trabajando.

Pudieron adquirir un terreno y poco a poco fueron construyéndose una casa con sus propias manos. Carlota dejó de coser para ayudar a su marido a construirla y atender a su último hijo, incluso las niñas cargaban sacos de arena y apilaban los ladrillos. Los esfuerzos han dado fruto ya que sus tres hijos tienen estudios superiores.

Carlota volvió a España en 1988 y apenas reconoció a su país de origen. Las gentes eran otras, tenían otras formas de vida. Recuerda su sorpresa al comprobar que algunas personas sin recursos a las que ella había cosido gratis en su juventud, ahora tenían un nivel económico superior al de ella. Se sintió bien acogida y muy agasajada en todas las casas que visitaba en su pueblo de origen, pero solo pensaba en volver a Argentina.

Carlota nunca se nacionalizó a pesar de que supo que su emigración a Argentina no tenía vuelta atrás y que allí moriría sin ver de nuevo a sus padres.

Se siente agradecida por lo que este país le ha dado a pesar de las pequeñas humillaciones y discriminaciones que en sus primeros años de estancia percibió, y muy orgullosa de haber sido una ciudadana honesta y trabajadora, fiel, en todo momento, a su nueva patria.



Carlota Fernández con su hija y su nieto

María Evangelina Failde

La vida difícil de una costurera

Evangelina Failde nació en Rodeiro, provincia de Pontevedra en 1918. En 1936 salió del puerto de Vigo en un barco alemán reclamada por sus hermanas mayores que ya vivían en Buenos Aires según relata su hija Iliana Casanovas. Años atrás éstas habían sido, a su vez, reclamadas por unos vecinos y con su ayuda, habían montado un negocio de confección de sombreros. Cuando llegó María con otra hermana, la mayor ya estaba casada con un argentino descendiente de italianos. Vivían en casa de otra inmigrante de origen vasco que encontró trabajo a Evangelina en un taller de costura, al taller de la señorita Favaro, una italiana que tenía clientas de elevado nivel económico.

(...) Viene mi mamá a Buenos Aires, ya estaban las hermanas trabajando haciendo estas cosas de "overlock" y sombreristas. En la esquina de la casa de Villa del Parque había un almacén cuya dueña era una señora viuda que se llamaba Doña Prudencia que era de origen vasco. Había quedado viuda, tenía un hijo y era como la persona confiable. Que tenía una gran incidencia en ese grupo de hermanas: todo se consultaba con Doña Prudencia. Era increíble para mí, porque... Primero manejaba un negocio ella sola: era vasca, que también eso tenía mucho que ver. Había mucho respeto, desde los gallegos a los vascos, a los catalanes, inclusive a los asturianos. Eran lo menos los gallegos entonces, los superiores eran los vascos. Para mi mamá venían los vascos, los catalanes, después venían los asturianos y los que estaban debajo de todos eran los andaluces, porque eran mentirosos y no les gustaba trabajar y todos esos mitos.

Evangelina y sus hermanas compraron un terreno y fueron construyendo una casa en la que vivían juntas con los hijos y el marido alcohólico de la mayor. Una casa llena de problemas que Evangelina, deseaba abandonar. Para ello trabajaba incluso sábados y domingos tratando, además, de reunir dinero para pagar el pasaje de otra hermana a la que a su llegada le pudieron comprar una maquina de planchar. A pesar de las dificultades económicas, Evangelina enviaba dinero y ropa a los padres y hermanos que habían quedado en España.

(...) Mi mamá mandaba mucha plata a España. Y ella decía "yo con toda la plata que mandé a España podría tener un departamento en la Avenida Alvear". Tengo imágenes de ir al Banco de Boston en la Diagonal Norte y Florida y que le digan a mi mamá "Ud. no necesita documentos ya sabemos quien es" porque iba siempre al mismo cajero. Era así todo el tiempo. Me acuerdo las bolsas de ropa que mandaba a España, que conseguía las bolsas de harina que en ese momento eran gruesas: ahí iba la ropa, la cosía con hilo grueso para toda la gente de España.

Contrae matrimonio con un hombre diez años mayor que ella, argentino, de padres catalanes, de buen porte y mala vida, al que no se pudo resistir. Se casaron por la iglesia a pesar de que la resistencia de su marido que no era creyente. Las relaciones con la familia

política no fueron buenas ya que no veían con buenos ojos la llegada de una joven gallega y sin medios económicos. Evangelina recuerda que entre los españoles había una cierta jerarquización no solo económica, sino también según el lugar de origen.

Dado que no tenían suficientes recursos, Evangelina continuó viviendo en la casa familiar hasta que el matrimonio pudo reunir el dinero para alquilar un pequeño apartamento y abandonar el enrarecido aire de aquella casa. Como recuerda Evangelina: *sus hermanas entraron en Buenos Aires, pero Buenos Aires nunca entró en ellas.*

Fruto del matrimonio tuvieron una hija de cuya educación se ocupó Evangelina de manera especial, tratando de que fuese a los mejores colegios a pesar de que no tuviesen dinero para pagar el transporte. Cerrado el taller de costura en el que trabajaba, se dedicó a coser en su propio domicilio, día y noche, para poder hacer frente a las deudas de juego que su marido contraía en los hipódromos. Ya de mayores y con la ayuda de la hija, consiguieron comprarse una casa más amplia y con más comodidades.

Evangelina nunca volvió a España ni deseó hacerlo, a pesar de sentirse española, a sabiendas de que estaba en un país al que agradecía las oportunidades que le había ofrecido. No solicitó la nacionalidad argentina y sin embargo se convirtió en una seguidora peronista.

Juan Ibáñez Brau

(Relato de su nieta Julieta Ibáñez Cerdeña)

Don Juan, un emprendedor de la construcción.

Don Juan, como se lo solía llamar, nació en 1878 en el Puerto de Vinaroz, provincia de Valencia y llegó a Argentina en 1906 en busca de fortuna, estableciéndose en Lanás, la zona sur del Conurbano Bonaerense. Las grandes oleadas inmigratorias de aquellos años formaron rápidamente, en Buenos Aires y sus alrededores, inmensas barriadas humildes, proletarias y cosmopolitas donde se cruzaban todas las lenguas, las costumbres, las religiones, las comidas y los oficios. Allí se estableció Juan Brau como rematador. A pesar de su escaso nivel de instrucción Juan fue un emprendedor dotado, de una gran inteligencia y simpatía según relata su nieta. Fue un intermediario natural entre las necesidades de la gente y las posibles soluciones y siempre cobrando unos “pesitos” por su ayuda y sus favores.

Llegó con casi 28 años, con su novia y futura esposa, originaria de Pamplona y su hermano pequeño. Un año después, en 1907, ya abría sus oficinas frente a la nueva estación de trenes de Lanús, camino a La Plata, capital de la Provincia de Buenos Aires, donde se realizaban todas las gestiones y tramitaciones, por supuesto, con la intervención de Don Juan primero y sus empleados después (abogados, contadores, escribanos).

Se casó en Lanús en 1908 con su novia, doña Modesta Serdeño El Cano y allí vivió con su familia hasta su muerte, dedicándose a todo tipo de tramitaciones y transacciones, en especial, la venta de tierras. Bajo su control se produjeron los grandes remates de terrenos, que eran anunciados y promocionados con bandas de música y que eran comprados en cómodas cuotas por los inmigrantes que con un esfuerzo inmenso iban saneando sus terrenitos y construyendo sus sencillas casas de “material”. También compraba lotes de tierra y construía pequeñas viviendas y locales comerciales. En su oficina se leía el cartel que anunciaba: *Oficina Ibáñez fundada en 1907. Casas, Terrenos, Hipotecas testamentarias.*

Juan entre otras muchas actividades, importaba y vendía vinos españoles. Lo cierto es que, entre bromas y veras, Don Juan –como le llamaban– se hizo de muchos amigos, sus oficinas fueron centro de reunión de comerciantes y políticos de la zona y fue un propulsor entusiasta de instituciones como la Casa de España, el Club Lanús, de la que fue presidente, los Bomberos Voluntarios de Lanás y la Casa de Italia. Además, apoyó y participó en actividades de enorme utilidad para la comunidad asentada en Lanús como, por ejemplo, que la empresa privada de teléfonos, entonces llamada Unión Telefónica, llevara el teléfono a Lanás.

Volvió a España de visita hacia 1920 aunque no hay constancia de que se hubiese puesto en contacto con la familia de origen. Nunca obtuvo la nacionalidad argentina al igual que su esposa e hijos.

Su hijo si alcanzó el nivel superior de estudios y se licenció como abogado, mientras que la hija, como era habitual entonces, estudió tan solo piano y fue educada para ser una ama de casa.

Hoy en día, su familia, sus vecinos y las instituciones del actual Partido de Lanús lo recuerdan con afecto y reconocen su labor integradora y pionera. Sus nietos todavía conservan la caja fuerte de madera y hierro de este paradigmático emprendedor.



Juan Ibáñez

chile

Arturo Lorenzo Arriero

En España al final, al final igual que aquí, estoy como oyente

Arturo Lorenzo nació Paracuellos del Jarama –Madrid–, en 1913. Jacinto, su padre era agricultor de cereales y suministrador de cebada a las cervecerías de Madrid. Su madre Telesfora falleció muy joven, con tan solo 38 años. Los ocho hermanos quedaron al cuidado de la hermana mayor.

Muy pronto su familia advierte las habilidades y el talento que tiene Arturo para el dibujo y la pintura de paisajes y cuando aproximadamente tiene catorce años ingresa a la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando de Madrid.

Arturo desea ser profesor y gana las oposiciones para Institutos de Segunda Enseñanza que convoca el gobierno de la República. Cuando estalla la guerra no duda en presentarse como voluntario para defender al gobierno legítimo. Llega a ocupar el cargo de Comisario Político del V Regimiento: *“Yo tengo un recuerdo extraordinario, la sensación de estar haciendo lo que debía”*

El resultado de la guerra lo cambia todo, anuladas las oposiciones, sin posibilidad de ejercer su profesión y perseguido como combatiente del ejército republicano se ve obligado a huir a Francia donde permanece en los campos de concentración Argèles-Sur Mer y Barcarés. Allí le llega un telegrama de Pablo Neruda –a quien apenas conocía– comunicándole que había sido elegido para ir en el Winnipeg a Chile.

Tal vez sus acreditaciones como hombre de izquierda, primero en la FUE –Federación Universitaria Española– luego como miliciano y activista de la Asociación de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura son su pasaporte para Chile.

En realidad el barco representaba muy bien un trozo de España, con todas las consecuencias: venían anarquistas, venían comunistas, venía republicanos y se dedicaron a pelearse, se dedicaron a discutir tontamente. Yo no participé en esas cosas.

Pero cuando me metí en el barco, yo también tenía la intención de volver a España, a luchar contra Franco.

Arturo hizo la travesía solo, ya que toda su familia quedó en Madrid y encontró una mano amiga que le alojó y le dio dinero a su llegada a Chile. Después de dos meses consiguió trabajo por medio del Comité de Ayuda para los republicanos. Con una carta de recomendación se dirigió a George Sauré, que era un gran fotógrafo y escaparatista chileno de ascendencia francesa.

Sus habilidades artísticas le permitieron realizar pinturas y retratos para empresas

y tiendas. Participó en los trabajos de la Primera Feria del Libro que le encargaron a Sauré y realizó los retratos de un grupo de intelectuales norteamericanos como Hemingway o Steinbeck que formaban parte del stand de los Estados Unidos. A raíz de su participación como pintor en el stand de los EEUU de la Feria del Libro estableció una amistad con el embajador de los Estados Unidos –Bauer– a pesar de que éste no hablaba español y Arturo tampoco se manejaba con el inglés.

(...) Nos entendíamos con señas. Hice unos retratos a algunas mujeres de la Embajada; y una amiga chilena, muy querida nuestra, María Tupper, la pintora, madre de Isidora Aguirre, de La Pérgola de Las Flores¹⁸, me dice un día “Por qué no haces clases de pintura, yo conozco a la directora del Santiago College” y se lo digo a Bauer, y me hacen profesor del Santiago College, donde estuve ocho años.

Se casó en 1942 con Elena Gómez de la Serna, sobrina predilecta del escritor. Llegaron juntos y formaron parte de un grupo de intelectuales, algunos de ellos vinculados a la masonería como el padre de Elena. Fue un feliz matrimonio. Vivieron en Santiago unos 12 años, trabajando ambos, él dando clases y pintando, ella primero como secretaria en una empresa. Y luego como directora de la revista Eva.

Una revista de mujeres, pero no estaba conforme, tenía demasiada restricciones, sobre todo de carácter... ideológico, muchos inconvenientes, muchas zancadillas y no estaba conforme, yo tampoco lo estaba con mis ingresos, aunque tenía seguro del Santiago College y lo que se vendía en las exposiciones. Pero de todas maneras tampoco estaba dispuesto a ese tipo de vida bohemia, a mí no me gustaba la bohemia, tampoco el sacrificio y el absurdo de pintar como fuera, no, no nada de eso.

Para entonces ya habían montado una empresa “Muebles Sur” y el socio amigo quiso extender el negocio y pensó abrir una sucursal en Valparaíso, Arturo aceptó hacerse cargo del negocio primero como representante y luego ya como único dueño.

En Valparaíso nacen sus dos hijos Beatriz y Diego. Fueron años de bienestar económico hasta que empieza a constatar que el negocio de los muebles no tiene futuro en la ciudad. Tampoco el mundo de la pintura le es favorable. La decadencia de su negocio en Valparaíso y el golpe de Estado le empujaron a volver a España cuarenta años después de su salida al exilio y pudo abrazar a su padre que seguía viviendo en Madrid.

Y como había hecho unas oposiciones para ser profesor de instituto bueno, me acordé de eso, y que hasta entonces lo había dado por perdido por el atropello de Franco. Hago un viaje a España después de 40 años, y me encuentro con algunos amigos o compañeros de juventud y del Instituto; yo sabía donde encontrarlos, en el Café Gijón donde antes teníamos tertulias. Alguno me dice, “Fíjate que estamos viendo que se van a poder recuperar esas clases”. Y decido empezar a reclamar en el Ministerio de Educación en España, y empiezo a ir todos los días a dar la lata a los Ministerios

Al principio mal. Pero en la Administración de Gobierno en España –todavía– los cargos oficiales del Estado que se consiguen mediante oposición son para siempre, no se pueden anular. De manera que acogiéndonos a eso, me atuve a la fraseología española para casos como ese, que es muy divertida. Por ejemplo. Si envía una solicitud al Ministerio y no le contestan, eso se llama “Silencio administrativo”, entonces uno puede reclamar por “Agravio Administrativo” si no consigue lo que buscaba, porque alguien lo ha conseguido, ¿verdad?

Entonces por Agravio Administrativo está usted obligando al Estado, se dice, porque usted ya ha accedido a esa petición, y por Agravio Comparativo pues tiene que considerarlo...

Y así fue, porque nosotros éramos profesores de Instituto de Enseñanza Media, pero los maestros primarios que son muchos más consiguieron que efectivamente les consideraran sus derechos, de manera que yo lo conseguí, porque tenía derecho.

Yo lo pedí para todos, nunca lo pedí para mí solo, porque para todos tenía más fuerza.

Este reconocimiento de plaza le permitía obtener una mejor jubilación al llegar a los 70 años si se incorporaba de nuevo los pocos años que le faltaban para ello.

(...) Yo me incorporé con algo más de 60, tendría que haber hecho clases 6 O 8 años, y la verdad que incorporarme a hacer clases con esa edad, a unos jovencitos/as, de 14-16 años costaba. Se me había olvidado como hacerlo... y además había otras obligaciones, hacer las clases de otra manera, con otro método y procedimientos que tendría que haber vuelto a estudiar, me costaba mucho.

Yo me acuerdo que como quería hacerlo bien, porque me sentía tan bien, me sentía, además, obligado a hacerlo bien por el prestigio de la enseñanza de los republicanos. Ya no era por mí, sino ya por el prestigio de los republicanos

De modo que me costaba mucho, yo me acuerdo que llegaba a la casa, yo corregía todos los ejercicios y nunca suspendí a nadie, a todos les daba sus notas.

Me acuerdo un día, que yo tenía un montón de papeles que llevaba a la casa para corregir, ¡era tremendo!, entonces decidí jubilarme. Yo me podía jubilar por haber tenido en mi currículum más de 40 años de servicio, me parece que era eso ¡Y yo tenía más! Me consiguieron 44 por la amnistía, entonces pedí eso para que me jubilaran con 66 años, antes de cuatro años. Si hubiera seguido, habría conseguido un trienio más, porque se medía así.

Pero mientras estuvo dando clases en España, mantenía la tienda de Muebles Sur en Chile a donde iba tres meses al año coincidiendo con las vacaciones escolares para supervisar el negocio.

Su mujer muere en España en 1992 y regresa a vivir definitivamente en Chile, en Viña del Mar en 1997 en donde se dice estar “de oyente” de lo que sucede en los dos países.

Liberato Minué y Dolores Escorza

(Relato de su hija M. Luz Minué Escorza)

Una pareja de masones

Dolores Escorza del Val nació en Barcelona en 1919, ahora tiene 90 años y reside en Chile. Desde pequeña supo del rigor del trabajo y de la guerra; ante la precaria situación de sus padres y delicada salud de su hermano Manuel, es retirada del colegio para trabajar en una imprenta, con sólo nueve años.

Apasionada y rebelde, se casa con Liberato Minué Franco, que era el menor de seis hermanos y había nacido en Huesca en 1912. Como miembro de la FAI es enviado por el gobierno republicano a París para dedicarse a trabajar en un programa de ayuda a la infancia evacuada de España, con motivo de la Guerra Civil. En Francia es apresado y gracias a contactos anarquistas, logra huir con parte de la familia de ambos. Después de pasar por un campo de concentración en Francia, llegan a Bélgica donde obtienen los visados gracias a los buenos oficios del cónsul chileno en ese país, y viajan en el barco mercante “El Copiapó”.

Mi papá encontró trabajo enseguida, de dependiente en la ferretería Loden, y mi mamá empezó a trabajar con un español residenciado acá en Chile de apellido Ugarte, tenía “Le Grand Chic”. Era una tintorería en la que Dolores era la jefa de tienda. Después de su primer embarazo dejó de trabajar.

Ella comentaba por ejemplo que tuvo que aprender qué era “terno”, y ella decía: “Qué coño, esto es una chaqueta”; ¿Cómo se llama usted? Washington González, y ella escribía todo como se pronunciaba, y dejó todo al revés, no podían encontrar la ropa, porque mi mamá escribía todo como le sonaba. Eso fue un tiempo y luego se ubicó y le tomaron cariño.

Liberato trabajó un año en una ferretería y posteriormente, junto con otro socio instala una tienda de muebles: “Minué-Velarde y Cía. Ltda.”

Tuvieron que volver a casarse en Chile en 1943. A los pocos meses de llegar cuando tratan de regularizar su situación de inmigrantes se encuentran, como muchos otros españoles, que su matrimonio había sido anulado por el régimen franquista.

Claro, y ahí vino el lío que fue muy divertido, a mi mamá le faltaba una semana para tener a mi hermano, gorda a reventar; fueron a pedir hora para casarse y en el carné decía casados. No los querían casar, tenían a todos revolucionados en el Registro Civil, explicándoles: “Nos tenemos que casar porque el matrimonio que tuvimos en España no es legal, porque nos casamos durante la guerra y no era legal, no tenemos papeles para demostrarlo”.

A través del Centro Español se relacionaron con otros españoles refugiados y establecieron amistades, si bien ellos eran los únicos anarquistas entre el grupo de amigos. Durante los primeros años vivieron con la idea de que el franquismo acabaría pronto y

podrían volver a España. Seguían las noticias del exilio sobre todo a través de México y de Francia. Mientras, ayudaban a los familiares que habían dejado atrás enviando cajas de alimentos.

Liberato se incorporó a la Masonería, a la logia de Valparaíso, si bien su admiración y los primeros contactos los había hecho antes del exilio. Llegó a ser Venerable varias veces y alcanzó el grado treinta y tres.

Dolores entró en los Centros Femeninos en 1956, en una logia de mujeres. Ella siempre fue *la mujer del masón*. A pesar de tener amigos españoles, la masonería les lleva a integrarse aún más en Chile ya que muchos de sus amigos eran masones chilenos.

Liberato según cuenta su hija era un buscador, un hombre muy creativo. A la tienda de muebles le sucede una fiambrería que se llamaba “La Castellana” y vendía productos españoles aunque hechos en Chile. De este negocio salió lleno de deudas y no dudó en montar en Limache otro nuevo: un criadero de aves después de haber hecho un curso por correspondencia sobre el cuidado de los pollos. Llegó a tener más de quince mil gallinas y además se convirtió en representante de alimentos para aves.

Políticamente se inscribe en el Partido Radical, porque se aburrió de esperar el carné del Partido Socialista. Su hijo si militó en el socialismo y tuvo que huir a Cuba con el golpe de Pinochet. Para entonces Liberto había muerto y no tuvo que vivir de nuevo el exilio en la familia. También a Víctor, como a su padre en 1939, la masonería le ayudo a escapar.

Liberato también formó un Sindicato de Agricultores en Limache e incluso logró entrevistarse con el presidente Allende y plantearle los problemas del sector. La muerte le llegó con las botas puestas.

(...) Y en una asamblea que se hizo en el único cine que había en Limache, mi papá llamó a la unidad en esa reunión y contó que el presidente le había prometido intervenir para la solución del problema; mi papá fue aplaudido, se sentó y luego que habló otra persona, se dan cuenta que estaba con los lentes un tanto caídos y que estaba muerto.

Su hija M. Luz fue sola España en 1956 para conocer a las familias de origen, aunque sus padres se negaron a pisar España mientras Franco viviera. Fue muy feliz con el viaje pero no quiso quedarse en un país tan atrasado

Fíjate que yo me comparaba con todos mis primos que eran mayores que yo, ¿Sabes lo que me gustaba de ser chilena e ir a España?, en que nosotros le llevábamos diez mil años de diferencia. Te quiero decir, yo me sentía más actual, más moderna, yo leía de todo. No sé si porque ellos vivían en una dictadura que era terrible; me acuerdo que como andaba con pantalones me decían cada cosa en la calle, ¡de morirte!, unos piropos terribles. Yo me ponía bikini y de repente tu estabas en la playa y en esta playa te podías poner bikini y en otra no. Es decir, esa España a mí me... Yo decía ¡qué felicidad vivir en Chile!

Fijate que no me dieron deseos, porque yo viví una vida tan diferente y sentí la España de allá, pacata. Por ejemplo, iba al cine y que me llamaba la atención, y de repente en la fila de atrás sentías restregones, agarradas de mano, de todo, porque los españoles pololeaban¹⁹ siete años. (...) Mis primos que pololeaban y que eran mayores que yo, no los dejaban pasar de la puerta de abajo con la novia y que después se casaron con ella, ¡no los dejaban entrar! ¡Iban a buscar a la novia, y estaban en el portall! Bueno, entonces yo que era lo más polola del mundo, ¡Olvídate!

(...) Las mujeres encuentro yo que éramos otra cosa. Las novias que tenían mis primos y que eran novios como siete años, ninguna había estudiado, no era profesional ni ninguna cosa, ¡no sé si habían llegado a la secundaria! En el año 58 estoy hablando.

No así tuve esa impresión en Barcelona. En Barcelona fue totalmente diferente, aunque la familia de mi mamá eran trabajadores, inclusive tenían barbería ¡Muérete de la risa!, pero eran modernos. Llevaban una vida diferente, eran abiertos, Barcelona era otra cosa.

Liberato y Dolores pudieron volver tres veces a España a partir de la muerte de Franco y pudieron reencontrarse con sus padres y familiares.

Dolores nunca quiso acercarse a la embajada española y solicitar ayuda, pero ahora, cuando los gastos de cuidados se han hecho insostenibles para su hija M. Luz, le han concedido una ayuda del programa Niños de la Guerra.

Eustaquio Bilbao y Pilar Mendezona

(Relato de su hija Josefina Bilbao Mendezona)

Una educación en valores

Eustaquio Bilbao Sunarraga, nació en Bakio, un pueblo costero de Vizcaya en una familia aldeana, de humilde condición y rodeado de diez hermanos más. Siendo niño, a la edad de 12 lo mandaron al mar para tratar de curarle una dolencia. Fue contratado por un pariente para trabajar de pinche en un barco mercante y cuando volvió año y medio después a Eustaquio el pueblo le quedaba pequeño. Entonces empezó a imaginar irse a América, y a compartir sus sueños con otros chavales de su edad. En 1901 se embarca rumbo a Chile donde tiene algún pariente que tal vez podría acogerlo. Con 14 años sale de Bilbao, llega primero a Buenos Aires y de ahí toma un tren hacia Valparaíso.

Manuel Rodríguez, chileno de nacimiento y casado con Casimira Aguirrezaval, vasca de origen, se ocupa de este muchacho, dándole cobijo y trabajo, al igual que lo habían hecho con otros jóvenes vizcaínos. Eustaquio trabajaba todos los días de la semana, salvo Navidad y Viernes Santo, y dormía en unas esteras que ponían encima del mostrador de las tiendas. Comenzó a prosperar rápidamente y a los veintiún años se estableció independiente con un negocio de telas y de cosas de casa, siguiendo el camino aprendido junto a la familia Rodríguez.

Llegó a Chile con pocos estudios y sin apenas hablar castellano y se convirtió en un hombre culto. Su hija le recuerda como una persona muy inteligente, un autodidacta poco amistoso y parrandero. *Mi casa estaba llena de libros porque él leía todo lo que llegaba y estudiaba a diario.*

Eustaquio fue varias veces a España, y en uno de los viajes hacia 1928 conoció en San Sebastián a Pilar Mendezona con la que volvió a América. Su esposa era una mujer culta y de nivel social superior, de la que aprendió muchas cosas y a la que quiso y admiró profundamente. La familia de Pilar, perteneciente a la burguesía bilbaína y con negocios en España y en Filipinas, no vio bien este enlace, según relata su hija.

Eustaquio, hombre trabajador y austero, tuvo que bregar con una suegra que no aceptaba que su hija se hubiese casado con un hombre de clase social más baja y que generaba continuas tensiones familiares. Sin embargo fue una excelente abuela que colaboró activamente en la disciplina y las buenas costumbres de sus nietos. Recuerda a su madre como persona conciliadora, alegre y con un gran sentido social. Una mujer independiente, que conducía su propio coche y que fue presidenta de todas las instituciones de beneficencia que había en Valparaíso.

Para Josefina, su padre era un hombre de carácter fuerte y con un profundo sentido de la justicia. Un hombre que a pesar de no dejar de ser español, se sentía profundamente

chileno. Siempre se mantuvieron en contacto con España y mandaba dinero para sostener el caserío de Bakio. No volvió a su tierra natal hasta los años 60.

Después de la guerra civil, Eustaquio y Pilar se preocuparon por ayudar a los inmigrantes españoles hasta el punto de que buena parte de sus empleados eran exiliados.

Nosotros no hicimos mucha vida de colonia, sí, a mi padre le gustaba más que lo hiciéramos y mi madre consideraba que nosotros teníamos que involucrarnos en lo que era Chile. Ahí entre ellos de repente había una cierta pugna, pero al final, lo que quería mi madre era lo que ganaba en ese ámbito.

Entonces nosotros nos manejamos –y yo lo agradezco mucho– porque nos manejamos tanto en el ámbito de la colonia española como en grupos de gente chilena.

Cuando volví a España, y me contacté con los familiares que tenía allá, eran las mismas cosas que se vivían en mi casa, las mismas fiestas, el mismo estilo, las mismas comidas, eso sí. (...) Si, y tan es así, que cuando yo fui a Filipinas como Ministra, me contacté con mis familiares allá y lo más sorprendente para mí y ¡Qué fuerte es eso! Lo sorprendente de toparme con esos familiares que son ¡filipinos! Mi primo tiene los ojos rasgados, porque su madre es filipina de origen, tenían las mismas costumbres, el mismo estilo, teníamos como las mismas preocupaciones y estaban allí... Fue super fuerte, super fuerte.

Los hijos de Eustaquio y Pilar están bien enraizados en Chile, todos recibieron una excelente educación y les inculcaron la idea de servicio a un país que los había acogido y que les había dado tantas posibilidades. Josefina, la hija a través de cual tenemos este testimonio, siendo Ministra de la Mujer durante el Gobierno de Eduardo Frei (1994-2000), encabezó importantes reformas a favor de las chilenas y llevó la representación de Chile en las Conferencias de Naciones Unidas de la época. Ella es y se siente chilena, pero asentada en principios y valores de padres inmigrantes que le dotaron de un fuerte compromiso con la igualdad de oportunidades y con el respeto a la diversidad.

Para ella España y Chile son vasos comunicantes en los que cada vez fluyen más deprisa y con más intensidad los intercambios:

Yo creo que esos vasos comunicantes a mí se me configuran como una suerte de... Un mundo que se ha achicado, –mis padres, mi madre tardó casi treinta años en volver a España–. Y como digo, yo antes y cuando fui ministra fui varias veces a España, y hoy día yo puedo decidir ir mañana, y a lo mejor quedarme allá, tal vez

Como los españoles vienen acá con una facilidad enorme, entonces yo creo que se ha hecho un mundo más pequeño y unos vasos comunicantes mucho más eficientes, y que uno está en España y se siente como está en Chile... Yo creo que cuando los españoles llegan a Chile se sienten como en su tierra, entonces yo creo que se nos ha ampliado el mundo y las posibilidades.

Rafaela de Buen López de Heredia

De la oceanografía a la literatura

Rafaela nació en San Sebastián, en el País Vasco, el año 1921. Su padre perteneciente a una familia de librepensadores, era catedrático de biología marina en la Universidad de Madrid, como su abuelo que estuvo excomulgado y sancionado con la pérdida de la cátedra en Barcelona, a fines del siglo XIX por enseñar la teoría de Darwin. Su padre, al igual que ella, no fue nunca bautizado. Su madre, por el contrario provenía de una familia tradicional vasca, de ascendencia carlista.

Estudió en el Instituto Escuela de Madrid, que era un colegio progresista, un colegio mixto que provenía de la Institución Libre de Enseñanza y comenzó los estudios de oceanografía en Barcelona, siguiendo el camino de su padre y su abuelo.

La guerra civil cambió su vida doblemente porque sus padres se separaron y porque la familia se vio obligada a cruzar la frontera buscando refugio en Francia. Su abuelo hacía las veces de jefe de familia y con su ayuda y la de otros profesores franceses, llegaron a Toulouse.

Su padre se exilió a Argel y después estuvo en Costa Rica, Guatemala, Venezuela y México. Solamente pudo volver a verlo una vez antes de morir.

Rafaela embarcó sola en el “Formosa”, tenía 18 años, e hizo el viaje en compañía de un “poeta, comunista y tuberculoso” –Luis Pérez Infante– del que se enamoró. Llegó a Chile en diciembre de 1939. Su madre, que no quería alejarse de España porque tenía dos hermanos presos, le dio permiso para emigrar a Chile pero le hizo prometer que no se casaría con un hombre enfermo.

Arturo Lorenzo y Elena Gómez de la Serna, que habían llegado en septiembre en el Winnipeg le buscaron trabajo y alojamiento en una pensión en la que estuvo hasta que su madre se reunió con ella en 1945, después de vivir en México unos años con otro hijo.

(...) Durante dos o tres meses había una oficina de ayuda a los refugiados que nos daban \$300 mensuales durante unos meses. A mí la pensión me costaba \$250, vivía en Morandé y trabajaba en la Alameda, en la tienda, me iba a pie, no tenía grandes gastos. Al principio el único gasto que tenía era ir todos los Domingos al Sanatorio El Peral y ahí uno llevaba jamón, algunas comidas, qué sé yo, esas cosas, a los enfermos.

Se casa con un exiliado catalán, Juan, del que tiene dos hijos. Su situación económica siempre ha sido holgada gracias también a su propio trabajo. Ha trabajado en diferentes oficios, de profesora particular, vendedora, emprendedora múltiple y hoy es jubilada de la administración pública chilena.

A pesar de que durante la guerra Rafaela perteneció a las Juventudes Comunistas Unificadas, luego no ha tenido ninguna afiliación política en Chile.

Su gran pasión ha sido la literatura, ha estudiado por su cuenta, ha participado de múltiples talleres de narrativa con reconocidos escritores chilenos, Délano, Lafourcade, Donoso entre otros, y ha creado también sus propios talleres. También participa en revistas especializadas, en tertulias y en múltiples iniciativas culturales. Su pasión es escribir. Ha publicado cuentos y dos novelas, una de ellas “Teselas para un mosaico” la hizo merecedora del premio de la Academia Chilena de la Lengua en 2005. A pesar de los años, sigue muy activa en la vida cultural y reconoce que su primer impulso de juventud hacia la oceanografía escondía su verdadera vocación de humanista.

Sí, los lunes tengo una tertulia con Rafael Otano. Bueno, Rafael Otano tiene una tertulia, y este es el tercer año que estoy con él, y él nos manda por mail los temas y (porque yo tengo mi computador)... Él nos manda textos.

Este año por ejemplo, estamos leyendo clásicos, griegos, romanos, Ovidio, Cicerón y él nos manda los textos por Internet, los imprimo, algunos los imprimimos, somos como nueve o diez personas. Nos juntamos, leemos, durante casi un par de horas, y luego los comentamos. El también hace su comentario. El año pasado vino con lecturas medievales, el año anterior también fueron clásicos, eso es fantástico, no es de creación, pero es de seguir conociendo cosas que realmente se escribieron.

Después, estoy en Providencia, en un Taller de estos de Adultos Jóvenes porque ya nos cargó que nos dijeran adultos mayores, es un grupo bien interesante, hay profesoras, hay abogadas, médicos, hay gente que les gusta escribir.

Ha viajado en varias ocasiones a España y disfruta reconociendo sus paisajes de infancia y descubriendo otra España que no pudo conocer de joven. Se siente siempre en casa, en su otra casa, reproduciendo de alguna manera la misma sensación que tuvo al llegar a Chile. Su doble nacionalidad es algo más que un hecho funcional, representa su propia identidad mestiza. Nunca pensó en retornar.

Primero, cuando llegué me sentí en mi casa. Tal vez influyó algo el hecho de que yo tenía una idea de Chile, porque tenía un abuelo que había nacido aquí, entonces en cierta forma había un lazo afectivo, había algo. Yo supe que mi abuelo había vivido en la Plaza Ñuñoa y fui a la Plaza Ñuñoa, cuando todavía había una tabla roja diciendo aquí nació mi abuelo, qué sé yo. Entonces había como una cosa un poco afectiva también. Y después, en realidad, eso es cierto, Chile era un país que no te hacía sentir extranjero, entonces uno llegaba a su casa. Después que yo no me puedo quejar porque no pasé penurias, y yo me fui sintiendo en mi casa. Yo tenía claro que me quedaba prácticamente desde que llegué. Yo, hice el primer viaje, el año 76 a Europa, y pensé, bueno todavía está Franco por lo que uno no soñaba con volver, no sé. Ya estábamos casados, Juan tenía una buena paga, yo trabajaba también, los hijos estaban estudiando aquí, habían nacido aquí, entonces ¿qué hacía uno volviendo a empezar de nuevo?...

Tenía unas buenas amigas también, tenía un mundo mío, claro sí, allá tenía familia, pero no la familia más cercana, porque la familia que normalmente más frecuentábamos era la

parte de Buen, que prácticamente quedaron dos tíos en España y uno logró salir, se fue a México también pero fueron muchos años. Entonces la mayor parte de la familia estaba en México. Al final aquí fueron llegando, después de mi madre, mis tres hermanos. Entonces qué hacía uno volviendo... ¿A qué? (...) Todo estaba aquí. Todo el mundo, después los hijos se casaron con chilenas, venían los nietos, uno tiene ya toda su vida.

Es consciente de que Chile le brindó la oportunidad de hacer una nueva vida y un nuevo sentido de pertenencia pero también Rafaela es consciente de lo que ella ha aportado a este país:

Dejo mis libritos, mis dos hijos, seis nietos, después habrá bisnietos, ¿como no voy a haber aportado algo, digo yo?

José Balmes Parramón

Yo no voy a terminar nunca de pagar la deuda con Chile

Nacido en 1927 en un pueblo cercano a Barcelona, Montesquíu. Su padre, Juan, trabajó desde muy joven en un taller que se dedicaba a las pequeñas restauraciones de obras antiguas y redoración de altares, pero muy pronto se dedicó a la política, siendo alcalde de su pueblo por Esquerra Republicana de Cataluña. Su madre, Concepción, estudió desde muy joven el oficio de modista, pero cuando se casó instaló una pequeña pastelería, que era una de las pocas que había en el pueblo.

José fue hijo único, y recibió estudios, primero en un colegio de monjas y, posteriormente, con la llegada de la República pudo disfrutar de una enseñanza de mayor calidad y más libre. Así lo recuerda.

Su vida cambió con la guerra. Con 9 años se convirtió, como muchos otros niños, en un hombrecito que tenía que trabajar en los campos, cultivando la tierra y aprendiendo a hacer abonos guiados por los viejos conocimientos de los mayores de la localidad.

(...) Ese cambio es mucho más visible para la gente que vive en el campo que para la persona que vive en la capital, los niños de la capital no perciben eso, en cambio los niños en el campo si pues... (...) son dos momentos, hasta la guerra es bucólica, vamos a dibujar al campo, a la montaña con las profesoras, hacemos terracota, es un tipo de escuela, y después viene la guerra y es otra película.

José y su madre cruzan la frontera francesa junto con otras familias amigas camino de Montpellier. Allí su madre se dedica a la costura para poder sobrevivir y su padre se reúne con ellos seis meses después. Son aceptados para embarcarse en el Winnipeg, el barco de origen canadiense arrendado a través de Neruda por el Gobierno chileno para ayudar a los exiliados republicanos.

Bueno y cuando supimos que era Chile nuestro destino, ahí lo primero que nos preguntamos fue ¿y dónde queda eso? Y miramos el mapa y creíamos que quedaba un poco más arriba hasta que al final lo encontramos, bueno Entonces comenzó el viaje desde Montpellier, tomamos un tren, y antes incluso de tomar el tren, en Montpellier en la plaza mi madre me compró unos block de dibujo y unos lápices de carbón y además unos block de dibujos de esos que tienen una hoja de papel mantequilla para que no se pegue el lápiz carbón. Block que yo llené de dibujos del barco, el cojo del barco, de rincones del barco, de cuando llegamos a la Martinica, a la Guadalupe y mi padre los fue regalando a todo el mundo y al final perdí todo eso y mi padre lo regalaba. (...) y yo ponía mi edad, estaba muy orgulloso, yo firmaba y ponía 12 años.

Llegaron a la Estación Mapocho, fueron recibidos y atendidos en el Centro Catalán y poco a poco regularizaron su situación. Tuvo la fortuna de que, al poco de llegar, una joven que vivía en la misma pensión que su familia se interesó por sus pinturas y se

ofreció a llevarle a la Escuela de Bellas Artes. Allí el director, a pesar de no tener edad para matricularse en la universidad, le permitió asistir a los talleres como alumno libre mientras realizaba sus estudios de secundaria en un liceo.

José entró en la Escuela de Bellas Artes en 1939 como estudiante libre y salió en 1973 como decano exiliado hacia Francia haciendo un itinerario inverso al de su adolescencia.

Su padre comenzó a trabajar en empresas de la construcción y formó una sociedad con otro catalán exiliado que duró hasta su jubilación. Su madre se dedicó a la costura y luego a montar su propio taller al que acudían muchas clientas chilenas.

A pesar de que sus padres nunca se nacionalizaron, José si lo hizo porque era requisito para ser aceptado como profesor en la Escuela de Bellas Artes. Con la ley que permitía la doble nacionalidad volvió a adquirir la española en 1956.

Visitó en varias ocasiones España en la década de los 50 y 60 y sobre todo Barcelona donde hizo alguna exposición y mantenía un grupo de amigos artistas comprometidos en la lucha antifranquista. En una de sus estancias, en 1968, le negaron el salvoconducto para salir del país alegando que era prófugo por no haber hecho el servicio militar. Tuvo que ser reclamado por la embajada chilena y por la Escuela de Bellas Artes con la amenaza de crear un conflicto internacional.

El día del golpe de estado contra el Gobierno de Allende pasa a la clandestinidad por su vinculación al Partido Comunista y se me refugia primero en la Embajada de Honduras.

Bueno y luego del Golpe ya cansado de andar de un lado para otro buscando donde quedarme, le llamo y le digo..."oiga embajador, mire me he acordado mucho de usted, de esa exposición cuando usted..."¡ahh!, me dijo, ¡pero claro, que bueno que me haya llamado!, a lo mejor este es el momento para que conversemos y me gustaría que me hiciera ese cuadro grande para mi casa, y me pregunta, ¿y dónde está usted? Y yo le doy una dirección del barrio alto donde estoy y el gallo mandó al chofer y en 20 minutos estaba ahí y me pesca y entro a la embajada en un momento en el que todavía no había guardias frente a la embajada.

Bueno, bueno, al final, al final, después de todas estas peripecias entramos a la Embajada de Francia, Claro, entonces ahí el embajador, el embajador en persona vino a buscar a la Gracia Barrios (su esposa) y entraron con el embajador, ahí ya había guardias en la residencia del embajador.

Se establecieron en París durante ocho años, donde tenían muchos amigos y conocidos de viajes anteriores. Al poco tiempo llegar, José es nombrado profesor ayudante de la Facultad de Artes Plásticas de la Universidad de la Sorbonne, Paris I. Para evitar su regreso a Chile, a José le permiten entrar en el país para determinadas actividades culturales y docentes, siempre que su esposa e hija no le acompañen.

Como en un juego de espejos, la muerte de Franco y el inicio de la transición

democrática en España permite al padre de José finalizar su exilio, volver a España en 1977 y visitar en París a su hijo exiliado por la dictadura chilena. De esta manera, los exilios van trazando un complejo circuitos de visitas y encuentros. Juan muere años después en Montesquiu, su pueblo natal.

Y entonces cuando mi padre se instala en el pueblo, hablo (da una conferencia) cada vez que voy a ver a mi padre, porque voy en los viajes obligado a cumplir mi compromiso con La Sorbonne, porque tengo que volver a hacer clases... Bueno, iba a Francia y me tomaba un tren, el que va a Barcelona y cuando llegaba a Barcelona, tomaba el tren local y así llegaba a mi pueblo y ahí me quedaba cuatro o cinco días con él, y me volvía a Barcelona, tomaba un avión a Madrid y de ahí un avión Iberia para Chile.

*Entonces aproveché eso y fui a todos los lugares en los que estuve en Francia como exiliados, cuando salimos después de la guerra. Así me voy a Montpellier, y voy visitando todos los lugares donde estuve exiliado, y ahí estaban las casas, una casas grandes que pertenecían al *stablishment* francés.*

José, a pesar de sus convicciones republicanas, laicas y su militancia comunista acepta volver a Chile –su país, en definitiva– como profesor de la Escuela de Arte de la Universidad Católica. Allí se jubiló

(...) cada vez que subía la escalera me encontraba con la Virgen María y el Sagrado Corazón de Jesús del vitral del techo, y decía yo, “castigo de Dios”.

A pesar de haber sido Premio Nacional, Decano de la Universidad de Chile y profesor de la Universidad Católica no recibe una pensión de jubilación. Su esposa Gracia Barrios, profesora de universidad igualmente, está en la misma situación. Les queda la jubilación de la Sorbonne y la ayuda del Gobierno de España por ser exiliados. A pesar de todo se siente profundamente agradecido a Chile:

(...) Yo a este país le debo todo, pero absolutamente todo y te lo digo sinceramente...

.Entonces, en esta cosa del exilio pasa una cosa muy curiosa, que de lo único que yo estoy cierto en mi vida, es que no podría haber sido nada más que una cosa, seguro, seguro que yo iba a ser pintor, desde chico. Entonces cuando lo conversábamos con amigos míos catalanes, cuando nos reencontramos, y ellos me decían que si no hubiese habido el exilio nos habríamos encontrado en la Escuela San Jorge en Barcelona, con Ginovar, que somos de la misma edad, con Gracia igual, o sea no si hay exilio y no hay república, yo habría sido un pintor catalán. Como hubo exilio y muchos quedaron en Francia, escritores que son franceses hoy día, si yo me hubiese quedado allí, sería un pintor francés. Si finalmente hubiese ido a México sería un pintor mexicano, y como a no fue, y vine a Chile, soy pintor chileno. (...) porque hay un tango que dice que las deudas de amor no se terminan de pagar nunca y yo no voy a terminar nunca de pagar la deuda con Chile.

Víctor Pey

De la Generalitat de Catalunya al Diario “Clarín”

Víctor Pey es un catalán nacido en Madrid en agosto de 1915. Su padre, catalán de origen, de familia carlista y muy conservadora, abandonó la carrera sacerdotal, fue opositor a la monarquía y conoció el exilio. Fue periodista y escritor polémico y tuvo a afrontar varios procesos. Por el contrario, su madre era una mujer castellana, criada en un medio liberal y vinculada a la Masonería.

Se casan en Francia y después de vivir unos años en Madrid, donde nacen los hijos, se trasladan a Barcelona hasta que estalla la Guerra Civil.

Sí, mi madre trabajaba, mi abuelo materno tenía una fotografía en Soria y ella sabía y manejaba eso... De manera que en Barcelona montó un laboratorio fotográfico donde también participábamos yo, mi hermano y mi hermana, ayudábamos en todo eso de una manera precaria y elemental.

En Barcelona, la enseñanza secundaria la hice en el Instituto Balmes, y después los estudios de ingeniero en el Instituto Politécnico Hispano Americano, de ahí pasé a la Escuela de Ingenieros Industriales de Barcelona, junto con mi hermano, que iba un año antes de mí. Ambos pudimos estudiar con becas que recibimos del Ayuntamiento de Barcelona, que nos pagaba la matrícula, los libros y nos daban una cantidad mensual. Eso nos permitió estudiar o sino no habríamos podido hacerlo.

Muy lejos de la ideología de su padre, que había fallecido un año antes, Víctor se alista como voluntario en defensa de la República. *Yo me incorporé a la columna de Durruti y como yo había terminado los estudios y los ingenieros en general casi todos eran de derecha, entonces era importante que hubiese gente profesional de izquierda para organizar algo de lo que significaba el abastecimiento de material de guerra.*

... Los acontecimientos se precipitaron y yo salí con mi hermano un día 24 en la noche; mi hermana y mi madre pertenecían a la Masonería, en esa época pertenecer a la Masonería era una cosa muy tremenda.

Mi hermana se dio cuenta que la situación era gravísima, el día 25 por la noche obligó prácticamente a mi madre a irse a La Logia y desde allí a medianoche salieron en un camión rumbo a la frontera.

En Francia, después de pasar por un campo de concentración del que pudieron salir gracias a las redes de su hermana como miembro de la masonería, son seleccionados por Pablo Neruda cónsul de Chile en Francia, entre los miles de refugiados españoles para viajar en el barco Winnipeg con rumbo a Chile. Una gestión que en 1949 tuvo la oportunidad de retribuir al poeta, cuando éste este escribe *Yo acuso* en 1948 y es desaforado como senador por pertenecer al partido Comunista.

... Y cuando el Winnipeg levó anclas y partió, tiene que pensar usted que estábamos muy... naturalmente muy contentos de poder salir de lo que significaba Francia y los campos de concentración, de manera que era una cosa liberadora, pero también con mucho temor, porque suponíamos, el barco tenía que atravesar frente a las costas de España y la flota estaba en poder de Franco de manera que, el rumor que corría era de que nos iban a torpedear, que nos iba a echar a pique, que Franco nos... De manera que aparte de la Guerra Civil, la Segunda Guerra Mundial empezó algo después, empezó el mismo día que llegamos acá, pero el gran temor era de que la armada franquista nos torpedease o nos tomase presos. Y eso demoró dos o tres días de mucho temor.

Pero levó anclas y al momento de levar anclas el grupo de catalanes que habían llegado antes se habían contactado y en la popa del barco, en el momento en que se levó anclas y parte, se ponen a cantar "Un emigrante", que es una cosa impresionante...

Llegaron a Valparaíso el día 3 de septiembre de 1939. A pesar de contar con una ayuda económica del gobierno Chileno que era del frente Popular, empezaron a hacer gestiones para buscar trabajo.

La primera persona que tuvo trabajo de mi grupo familiar fue mi hermana. Ella era pianista,... Yo el primer trabajo que tuve fue en la Empresa de Agua Potable de Santiago, yo actué como topógrafo de esa empresa. (...) Mi hermano el primer trabajo que hizo si no recuerdo mal, fue hacer los cálculos de resistencia de lo que hoy es el Hogar Español.

Las primeras cosas fueron muy elementales, para tener qué comer, pero a muy corto andar, nosotros hicimos una pequeña una sociedad: "Ingenio Facturas de Metales, Limitada".

Nos fue bien, porque ganamos dinero para vivir en forma muy modesta, con trabajos un tanto artesanales... porque aquí durante la época de la guerra no llegaba nada de afuera, ningún repuesto. Y con un español que venía en el Winnipeg, que era especialista en cosas de imprenta, armamos una sociedad que se llamaba "Mecano Industrial Europea", y ahí fabricábamos piezas de repuestos para imprentas, que no llegaban.

Accede como profesor a la Escuela de Ingenieros Industriales, y posteriormente crea, con su hermano, varias empresas dedicadas a la construcción de obras civiles y actúa como contratista de diferentes obras portuarias, hidráulicas y de caminos. Años más tarde realiza una operación económica de alcance político como es la compra del Diario "Clarín", periódico de gran circulación en Chile en los años setenta.

(...) Llegó el Golpe, entró la tropa, mataron allí gente, tomaron el Diario y me tuve que refugiar, me refugié en la Embajada de Venezuela, cuando me dieron el salvo conducto fui a parar a Venezuela y después me fui a Francia, después al Perú, y cuando buenamente pude vine aquí (Chile). Me habían incautado los títulos de las acciones y de los traspasos de las acciones que tenía el 100% en la caja fuerte de mi oficina, no del diario; en mi oficina de la calle Agustinas, se la llevaron, la invadieron, sacaron todos los muebles, se llevaron la caja fuerte y la dinamitaron, sacaron los títulos, pidieron mi extradición.

Pidieron su extradición a Venezuela. Cuando pudo regresar a Chile en 1989, después del plebiscito de 1988, y consiguió que los jueces le devolvieran los títulos de propiedad del periódico, inició un juicio para rescatar todo lo que le habían quitado, incluida la nacionalidad chilena. Viajo a España con pasaporte de apátrida concedido por Venezuela para poder rescatar la nacionalidad española.

Cuando yo me fui en el 73 por primera vez a España, a fines del 74, estaba Franco, pero yo no viví allí, estuve sólo para “rescatar y salir”, después cuando murió Franco fui y volví para quedarme allí

Víctor se ha casado tres veces y es padre de dos hijas. Se considera un hombre de izquierda aunque en Chile no haya tenido militancia política en ningún partido. Sus simpatías por el Partido Comunista son manifiestas y en la época de la Ley de Defensa de la Democracia mantuvo casi un año a Neruda escondido en su apartamento y colaboró con los comunistas en trasladar al poeta a territorio argentino.

Ha sido presidente de la Fundación Salvador Allende, que se relaciona con el pago de indemnizaciones del Fondo de Ayuda a las víctimas de la dictadura.

Es consciente de la huella que ha dejado en el país de acogida: *La huella mía en Chile está en muchas cosas físicas que son casas, construcciones, edificios, puertos, canales, esto también ligado de la transmisión de conocimientos a lo largo de mis 92 años y que creo es bastante.*

Tal vez podría acceder a una pensión en calidad de antiguo funcionario de la Generalitat de Catalunya pero para él toda esa operación de búsqueda del nombramiento ya no tendría sentido.

Roser Bru Llop

Todo el mundo debería ser exiliado en algún momento, para que entendiera al otro

Roser Bru, nace en Barcelona en 1923 en el seno de una familia catalanista y republicana. Conoce el exilio siendo muy pequeña, durante la dictadura de Primo de Rivera, y vuelve de nuevo a Barcelona a los 6 años.

Nada en ella se puede explicar sin la huella profunda del exilio y la educación recibida en la escuela Montessori que practica un sistema educativo de vanguardia, mixto y en catalán, lengua proscrita en aquella época, que marcarán su acento de por vida. También dejará su huella el paso por el Instituto Escola dirigido bajo los principios de la Institución Libre de Enseñanza que tantos talentos diera a España. Es ya en aquella institución en la que Roser descubre su talento y vocación por lo que será su oficio de por vida, la pintura.

Ahhh es que yo ya en esta escuela (el Instituto Escuela) que era muy importante yo ya dibujaba, era una escuela en que unos hacían teatro, los otros tocaban música, los otros... de todo, no había exámenes, ya te digo... Venía el Bertrand Russell a Barcelona y venía a la Escuela, porque era una escuela ejemplar, estaba en el parque mismo y entonces éramos muy felices allá, era una escuela espléndida...

Maragall padre era mi profesor, joven debía de tener 20, 21 años justos, era gente muy fantástica la que había allá, y todavía había un profesor de música que cuando hacía el dictado dijo, mira niña, tú eres afinadita, que te compren un violín, y me dio una tarjeta y eso fue cuando empezó la guerra, por suerte, porque no me gustaría ser violinista, prefiero ser pintora.

Su padre fue maestro y después Diputado de Esquerra de Cataluña en Parlamento Catalán. Su madre, militante también de Esquerra, se dedicaba a la confección de sombreros.

Al finalizar la guerra pasan a Francia sin papeles y sin saber hacia donde dirigir sus vidas. En el Winnipeg Roser llega con 16 años a Valparaíso acompañada de su familia.

Nos esperaba mucha gente, nos vacunaron y tomamos este tren que por todos lados estaba lleno de flores, que nos iban saludando ... y llegamos a la Estación Mapocho... Y de ahí caminando, porque era cerca, fuimos a un Centro Catalán. Cuando llegamos hicieron una comida muy catalana con munlletas y butifarras que ya sabes, es una cosa típica y eso fue muy acogedor. Más que nada era que se podía llegar allí y la gente se encontraba en el Centro Catalán y todo el mundo iba trabajando por ahí en lo que podía.

Su madre y su hermana comienzan a trabajar como modistas y Roser empieza a dibujar y pintar para agencias de publicidad mientras acude como alumna libre a la Escuela de Bellas Artes. Roser se casa a los 19 años con un antiguo compañero del Instituto Escuela que embarcó rumbo a Valparaíso en el “Formosa”.

Todos llegaron pensando que se trataba de un corto exilio pero pronto tuvieron que aceptar la realidad de un nuevo orden mundial. Roser quiso volver a España pero las facilidades que tuvo para entrar en su país de origen, no las tuvo para salir hasta que la reclamó la Escuela de Bellas Artes chilena.

Su mundo laboral y de relaciones lo componían artistas, músicos, literatos catalanes y chilenos progresistas comprometidos no solo con la cultura sino también con los derechos humanos. Ha sido profesora de dibujo y pintora con numerosas exposiciones realizadas en Chile y en Cataluña.

(...) Yo a los 18 años de estar aquí, yo soñaba que volvía e iba a la escuela... que iba al camino de la escuela. Entonces yo dije, yo quiero ir, y entonces fui al Consulado a pedir papeles y me dijeron bueno, pero usted va –yo tenía aires más jóvenes, tenía unas trenzas y todo– va y allá le dan sus papeles. Fui para después retornar ¿no?, haciendo los papeles allá, pero allá (España) no me daban los papeles (para salir), porque como yo firmaba todos los manifiestos en contra de Franco tenía un expediente... Y cuando yo fui allá (España) yo dije, –pero como viven así–, imagínate pero es que en Chile nadie piensa de este modo, nadie, nadie, nadie, nadie ni los más de derechas ni los más de izquierda nadie... y allá era una cosa agobiante, una encerrona, mira, acuérdate de los libros ... Sartre debajo de las librerías, todo, todo escondido, todo prohibido ... o sea... ir allá era un acto como de defensa, de resistencia porque, yo llegaba a un sitio y siempre hablaba en catalán... Entraba a una tienda, hablaba en catalán, las calles habían cambiado los nombres estaban todos en castellano, pero era una cosa ... era una agresión tremenda, entonces imagínate lo que era, era como me pasó después aquí, que yo era de la oposición... ¿Quién hacía los afiches para ... “No a la tortura”, los hacía yo.

El exilio forma parte de la experiencia de Roser y de su familia. De un lado a otro del Atlántico, según los avatares de la historia, trazando un camino en busca de la libertad que las dictaduras ahogan de manera secuencial. Sus hijas conocen también el exilio con el golpe de Estado de 1973. Una de ellas Agna, después de viajar por varios países, se instala en Francia durante 17 años. La otra, Tessa, casada con el escultor Carlos Ortúzar, también estuvo 5 años fuera de Chile.

Para Roser el exilio es una fuente de enriquecimiento tanto para los que se ven obligados a emigrar como para el país receptor. Destaca la generosidad de los chilenos para con los españoles y la importancia que los exiliados españoles han tenido en la cultura chilena de las últimas décadas.

Sí es la vida por eso es lo que a la gente le queda, por eso que yo digo que en realidad todo el mundo debe vivir un poco el exilio todo el mundo debería tener eso (el exilio), para entender al otro, porque entiendes mucho más, porque aprendes a aceptar la diferencia, las circunstancias...

Los años no pasan en balde y su identidad chilena se afianza con la vejez.

Yo creo que Cataluña se me va alejando un poco, también porque me estoy haciendo vieja y de pronto yo pienso, voy y encuentro a los amigos, de pronto una está enferma, y yo pienso esto,

bueno es mejor estar enfermos en el país que es éste.

Por último porque, me pregunto ¿cuanto he vivido yo aquí?, y he vivido mucho más que allá... Ahora, el año próximo tengo una exposición retrospectiva mía también en Barcelona. Pero de pronto ya no tengo ganas de volver porque va pasando tiempo y uno piensa que aquí estás como más protegida.

Edmundo Rafael Moure Rojas

Cuando yo estoy en Chile tengo nostalgia de Galicia.

Y cuando estoy en Galicia tengo morriña de Chile

Edmundo nació en Santiago de Chile, en febrero de 1941, hijo de padre gallego y de madre chilena. Su padre llegó en diciembre de 1924 con sus seis hermanos y sus padres a Buenos Aires procedentes de la Aldea de Santa María de Villa Quinte, en Lugo. Fue una emigración económica, como la que se vieron obligadas a realizar muchas familias de labradores en las zonas de minifundio. También hubo en esta decisión razones políticas. El abuelo de Edmundo era republicano y ocupaba un cargo en su pueblo. Además él tenía un hermano en Buenos Aires, propietario de un negocio. Su padre tenía doce años de edad.

Mi padre estudia, termina su educación secundaria y estudia también contabilidad y se recibe de contable. En el año 1933 ya mi tío Manuel, el mayor, había pasado a Chile y había establecido aquí la agencia de turismo “Exprinter”, con casa matriz en Santiago de Chile y filial en Valparaíso y entonces, decide que toda la familia se venga. En el fondo mi tío Manuel hizo un poco de segundo padre de la familia, sobre todo en la parte económica porque era un hombre muy emprendedor, muy trabajador.

En abril de 1933, teniendo su padre 21 años, la familia emprende el viaje a Chile. Allí conoce a la que será su esposa, Fresia Rojas, una chilena hija de un comerciante de Valparaíso y se casan en octubre 1938. Tuvieron ocho hijos.

Mi padre era y fue siempre un hombre republicano, de izquierda republicana; se sentía identificado con esa corriente sin ser él un hombre marxista, pero se identificó con la causa de la libertad y de la República, y era simpatizante por supuesto del gobierno del Frente Popular de Chile con don Pedro Aguirre Cerda.

En su profesión de contable, trabajó como administrador general de la “Azucarera Francesa”, en Santiago de Chillen 1955 decidió montar un negocio de ferretería, aprovechando unos locales comerciales que eran propiedad de la familia de su esposa quien se hizo cargo de la parte administrativa del negocio. El establecimiento quebró en 1962.

Era, podríamos decir en ese aspecto, un gallego atípico, porque la figura del gallego inmigrante en América era un poco el paradigma del hombre exitoso en los negocios, del comerciante trabajador que va ahorrando, que va generando dinero, qué se yo.

Pero mi padre no, mi padre era un hombre asiduo a las tertulias, gran lector, conversador y la verdad que era también un hombre muy trabajador, pero digamos, no tenía un sentido del dinero que le ayudara a llevar una vida un poquito más decorosa en lo económico... De todos modos pudieron educar a los hijos y solventar sus mínimos gastos...

Su padre siempre estuvo muy interesado en mantener viva la llama de la lengua y la cultura gallega y a sus hijos, desde pequeños, les hizo aprender el gallego y familiarizarse

con la obra de Rosalía de Castro, de Manuel Curros Enríquez, de Eduardo Pondal, de los grandes poetas gallegos.

Y mi padre seguía teniendo su acento gallego y hablaba; hablaba con este cantito como hablan los gallegos, en fin. Y tenía siempre expresiones del lenguaje gallego que la usaba a diario y estaba siempre pendiente de allá, de Galicia, o sea, para él ese mundo era parte de él, no era una cosa que él la había “cortado” como dicen: “cortó las naves y se fue”, no, no, él nunca se vino completamente.

A pesar de que en el hogar de Edmundo no se hablaba gallego ya que la madre era chilena, de origen castellano, sus estancias en la chacra de sus abuelos paternos fueron una sólida inmersión en la lengua y la cultura paterna: *yo aprendí el gallego y escuchaba todas las mañanas, especialmente a mi abuela y a mis tres tías gallegas que se reunían a las seis de la mañana en la cocina a preparar los desayunos y todos los quehaceres propios de la época...*

... Con lo que a mí se me ha reforzado en el tiempo esta convicción de que son las mujeres a través de la oralidad las grandes transmisoras de la cultura, durante miles de años hasta esta época del post-modernismo en que en realidad las comunicaciones se ejercen de otra manera.

(...) De modo que fundamentalmente en “Chacra del Olivo”, que es como el mundo idílico y campesino de mi infancia, allí los manjares y las mejores cosas que se comían en la mesa provenían obviamente de la cocina gallega, realmente.

Edmundo, al igual que sus ocho hermanos logró un título de educación superior. Trabajó como contable en una empresa alemana hasta que decidió dedicarse a su vocación literaria, profundizando en la literatura gallega y publicando sus primeros libros.

Su padre mantuvo buenos contactos con el Centro Gallego de Buenos Aires, de donde se proveían de textos en gallego y de cuantas publicaciones se hacían en Argentina habida cuenta de que durante el franquismo las publicaciones en otras lenguas estaban prohibidas en España.

En 1967 se funda La Corporación Lar Gallego de Chile, de la cual Edmundo fue Director Cultural durante varios años.

No obstante, por allí tampoco se pudo hacer un trabajo cultural muy intenso, por cuanto la mayoría de sus socios y sus directores son comerciantes gallegos más o menos prósperos, cuyo interés por la cultura es bastante bajo y casi nulo respecto a la recuperación de la lengua gallega. De hecho no hay “gallego falante” en el Lar Gallego Chileno, salvo algunos que chapurrean ciertas palabras del dialecto aldeano, pero no hay gente que hable el gallego ni que se interese en estudiarlo.

En 1983, con 42 años hizo su primer viaje a Galicia. Dos años después con motivo del centenario de la muerte de Rosalía de Castro, fue invitado a presentar su trabajo “Rosalía y la nostalgia del paraíso”.

¡Que fue maravilloso! Una de las experiencias más bellas que yo he tenido en Galicia. Y allí yo me traje unos buenos kilos de libros en el avión y empecé a formar una biblioteca gallega como Dios manda.

Ha sido un trabajador incansable de las letras y las costumbres gallegas. En 1997, con ayuda de la Conserxería de Educación y Ordenación Universitaria de la Xunta de Galicia, Edmundo constituyó el Centro de Estudios Gallegos y un Programa de Estudios Gallegos en la Universidad de Santiago de Chile.

Sin embargo, Edmundo se siente plenamente chileno. Sus dos hijos menores, en calidad de nietos de emigrantes tienen ya la doble nacionalidad, y los mayores están tramitándola. Su sueño es que alguno de ellos desee completar los estudios en España

... En ese caso yo vería la posibilidad de “retornar” entre comillas, y me gustaría hacerlo porque creo que podría ser una etapa más serena en la vida y con mayor dedicación todavía a la cosa cultural, literaria, que es lo que a mí me gusta a estas alturas.

Está orgulloso de haber podido lograr lo que él define como una simbiosis entre dos culturas tal alejadas geográficamente, situadas ambas en los confines del mundo.

Magdalena Torrente Campos

Un relato de familia

Benito Torrente Torrontegui, emigra a Chile en 1908 con sólo 16 años, pero la aventura no fructifica y debe regresar. A los 20 años (en 1912) lo intenta de nuevo y se casa con la chilena Magdalena Campos Contreras. Las dificultades económicas originadas por la crisis del 29 empujan a la familia Torrente a volver a Madrid nuevamente, donde estaban los padres de él.

En España fallece su esposa dejando 11 hijos. La Guerra Civil supone un duro episodio que marcará sus vidas. Benito y sus hijos permanecen refugiados durante dos años en el Consulado de Chile mientras que el hijo mayor, Eleodoro consigue retornar a Chile. Una de las hijas menores, Magdalena, recuerda fragmentos de las experiencias vivida por esta familia obligada por razones económicas o políticas a moverse de un lado al otro del Atlántico. Mantiene vivo el recuerdo del tiempo pasado en el Madrid de la guerra, cuando sus hermanos mayores salían del Consulado en busca de alimentos con un carretón, o cómo mataban el tiempo leyendo unas grandes enciclopedias, bordando pañuelitos y jugando a morir mientras oían el ruido de los aviones. El olor de las mandarinas y del pan friéndose en una olla de aceite de oliva acompaña los recuerdos de aquella niña de cinco años.

Al fin, logran zarpar de nuevo hacia el Puerto de Valparaíso y reunificarse toda la familia. A la hija mayor, Crispina, le tocó responsabilizarse de los más pequeños. Fue su segunda madre y el cuidado de sus hermanos le impidió escolarizarse de manera regular. Tuvo que esperar a ser casi una mujer adulta para poder asistir a una escuela vespertina.

Ella haciendo el papel de madre de todos los hermanos, estirando el presupuesto, porque allí el único que recibía sueldo era Ceferino y malamente; y Eleodoro, los demás trabajaban pero por un sueldo mínimo que no alcanzaba mucho. Pero para mí era una hermana madre; porque cuando preguntaron en el colegio si yo tenía mamá y papá, yo dije que "SI" pero no por mentir; y después yo me di cuenta que había sido un error mío. Así lo sentía yo y después también se dieron cuenta ellos de eso.

Benito trabajó un tiempo en la revista *Ercilla* como fotógrafo y después se retiró por razones de salud. A consecuencia de los grandes fríos y de la tristeza pasada en España se sintió aniquilado. Pero dejó sembrado el oficio y el arte de la fotografía. Su hijo Eleodoro llegó a ser Premio Nacional de Periodismo mención fotografía, y Ceferino, el menor, trabajó muchos años en las revistas *Última Hora* y en *Ercilla*, y en el Servicio de Investigaciones como fotógrafo.

El talante austero del padre hizo que esta familia no frecuentase mucho los lugares donde se reunían españoles ni mantuviesen en el hogar tradiciones españolas. No fue tampoco hombre religioso aunque nunca prohibió a sus hijos ser católicos practicantes.

Yo una vez le pregunté a mi papá si era creyente. Y me respondió que “No, que Dios lo comprendía”. (Risas).

Crispina, cuidadora de esta gran familia, decidió tomar parte activa en la educación de sus hermanos estableciendo una suerte de autoridad frente al padre, a favor de una mayor modernización de las costumbres:

... Sacó el carácter y dijo “que las cosas tenían que cambiar, que no íbamos a ser como la habían cuidado a ella”, entonces ella era la que nos protegía.

Esta niña-madre que no tuvo infancia ni juventud decidió un día cambiar su propia vida. Aquella vocación de entrega y amor hacia los suyos la convirtió en una tenaz militancia social contra las injusticias que veía en la sociedad chilena.

Cuando cumplió cuarenta años más o menos, ella yo creo que se puso a pensar, vio tantos problemas en las familias que no se solucionaban, ella pensaba que vendría un cambio de arriba, un cambio social grande y entonces dijo: “Me voy a inscribir para votar” porque ella ni siquiera estaba inscrita en los registros electorales, para las elecciones

Cuando tomó esta decisión Crispina estaba casada y había criado también a su hija Beatriz quien nos describe así el cambio de su madre: *Después de ser tan dueña de casa, calladita y tímida... ¡¡¡Uuuhy!!! Se puso revolucionaria.*

Primero perteneció al grupo de Mujeres Independientes Allendistas, trabajando activamente en la campaña de Allende. Pero cuando éste fue derrotado en las elecciones, Crispina orientó su trabajo hacia otros grupos que le parecieron más eficaces en el trabajo político. Para Crispina eran las mujeres comunistas las más activas y solidarias y posiblemente las que mejor podrían hacer avanzar electoralmente a la izquierda.

Según relatan sus hijas, Crispina vivió su militancia comunista con un fervor y un sentido de la solidaridad que afectaba a sus más allegados: *que se traducía en ruina nuestra en realidad, porque mi mamá empezó a hacer el comunismo a su pinta y empezaba a repartir cosas, cosas y cosas y nosotros no podíamos hacer nada, jera muy terrible eso! (risas).*

Tal vez el trauma de la Guerra Civil, las penurias pasadas por sus hermanos, la impotencia de no poder darles lo necesario. Tal vez por eso siempre tenía en casa una provisión de alimentos no perecederos como nueces, almendras, miel, castañas, sacos de harina, sacos de azúcar.

Ella siempre sufrió mucho, por eso ella decía “Si yo hubiera sido otra mujer, me habría vendido para darle otra vida a mis hermanos”.

Durante el gobierno de la Unidad Popular presidido por Salvador Allende, en el año setenta, Crispina tiene una fuerte participación social trabajando en los Centros de Madres, en las Juntas de Vecinos, en las Cooperativas y Organizaciones de base.

Después del golpe de Estado recibió la solidaridad de personas y organizaciones, sobre todo de España. *Bueno, mi mamá tenía un apodo, que la reconocían como La pasionaria chilena. Pero lo más doloroso es que ella jamás se imaginó que se iba a instaurar una dictadura*

tan larga como la de Pinochet, Porque ella pensaba que sería algo pasajero y no iría más allá. Incluso hubo varias discusiones al respecto, porque ella nunca quiso romper su carné (del Partido) porque decía que eso era darse por vencido que era como reconocer que iba a ir mucho más allá la situación y ser más largo.

Fue requerida por el Ministerio del Interior en el momento de fallecer, mientras que sus compañeros estuvieron todos condenados a tres años y un día. Crispina murió activa, como ella quería.

De los once hermanos, sólo sobreviven Magdalena y Cristian, con nacionalidad chilena, pero una sensibilidad tan española que les “pone los pelos de punta” cuando escuchan la música española, o cuando ven películas españolas como *Morir en Madrid* o las películas de Almodóvar.

costa rica

Bernardo Quilis Barrionuevo “El Curro”

Orgullosa de ser emigrante

Benardo Quilis Barrionuevo, “El Curro”, nació en Tocina (Sevilla) el 29 de enero de 1931. Según sus propias palabras, su familia pertenecía a la clase media rural compuesta por pequeños propietarios. Su padre murió cuando él tenía cuatro años y su madre quedó al frente de la casa y del cuidado de los cinco hijos, dos chicos y tres chicas. Bernardo estudió hasta los 15 años. A partir de esa edad abandonó el colegio y comenzó a aprender el oficio de panadero.

Su hermano mayor fue el primero en emigrar en 1941, siguiendo la estela de un tío suyo que había llegado a Costa Rica procedente de Cuba. La muerte de este tío en 1945 precipitó la migración del resto de la familia. Un año más tarde, el 10 de agosto de 1946, llegaron Bernardo, su hermana y su madre, en busca de nuevas oportunidades. Una de las cosas que más le impactó al llegar a Costa Rica, fue ver a la mayor parte de la gente descalza. A pesar de la miseria que había en España en esos momentos, la imagen fue descorazonadora, sobre todo después de la opulencia que había visto en las escalas del viaje en New York y Cuba.

En este tiempo en Costa Rica, el 80% de la gente iba descalza. (...) Descalza, los niños tenían una panza, una barriga, como de aquí hasta allá, y no era de gordos como ahora, que los niños gordos porque comen; de lombrices. La primera impresión que me llevé horrible de Costa Rica fue un ataque. En el mes de marzo le daban un aceite para que vomitara y el niño murió de los gusanos, de las lombrices. (...) Por la nariz y por la boca, no te puedes imaginar. En ese aspecto, porque aquí había mucha pobreza en aquella época. El país tenía como te digo 750.000 habitantes. Claro, yo salgo de España, aquella hambre que había, que la sarna y todo aquello que hubo allá que estuve medio enfermo y llego a Cuba y aquello era el paraíso; elegancia de mujeres, automóviles. Porque en ese tiempo cuando llego a Nueva York, yo cuando salí de España estaban los coches de gasógeno. Tú no conociste eso, caminaban con carbón. Y cuando llego al puerto de Nueva York y veo los automóviles que venían para Cuba, trailers, (...) Toda esta clase de automóviles. (...) Y veo aquel esplendor, y cuando vengo aquí, digo, “ay madre mía, por lo que salí de España, y lo que me vengo encontrando aquí”. Porque había una pobreza extrema, extrema, aquí en el país.

La familia comenzó a trabajar en una finca que habían heredado del tío fallecido donde, además, se producía dulce de trapa. Sin embargo, el negocio quebró en 1948 debido, en gran medida, a los graves sucesos que ocurrieron en esas fechas. A partir de ese momento

Bernardo tuvo que trabajar en todo tipo de oficios. Fue panadero y modelo, trabajó en la radio y en el sector del comercio e incluso colaboró con diversos partidos políticos.

Cuando quebré, cuando se vino la cosa abajo, tuve que irme a trabajar a una panadería (...) Ahí, de esa panadería, de ahí, bueno he hecho ya prácticamente de todo. Por ejemplo, aquí yo conozco las compañías de teatro porque me gustaba. De ahí yo he hecho, siempre me gustó mucho la radio, trabajé en almacenes, trabajé en partidos políticos. Yo conozco aquí muchos políticos que están, son personas mayores que yo. Trabajé en partidos políticos, nunca me interesó la política de aquí, por supuesto tengo simpatías políticas y simpatías personales con las personas, pero nunca me ha interesado la política de aquí. Aquí, ellos saben lo que tienen que hacer. Trabajé en restaurantes, pegué carteles, hacia propaganda, hice de modelo.

Aunque las circunstancias de entonces le obligaron a ello, nunca le ha gustado tener patronos ni trabajar para nadie, así que un buen día se puso a fabricar churros y montó su propio negocio. Bernardo se considera *churrólogo*, no churrero, es decir, todo un “científico” en la elaboración de estos fritos. No es el único negocio que ha tenido. Vendió soda y otros refrescos durante más de veinticinco años en un establecimiento en el parque Bolívar. La empresa McDonald’s terminó forzándole a vender este pequeño negocio y se considera por ello una “víctima de la globalización”.

Yo estuve mucho tiempo, yo conozco mucho a los catalanes. Tuve, el último patrón mío que es Pedro Raventos, de ahí un día digo, “bueno aquí”, entonces yo me puse a hacer churros y luego tuve un negocio durante más de veinticinco años en el parque Bolívar, mío. Y soy, prácticamente, puedo jactarme que soy víctima de la globalización que hay ahora no. Este negocio me lo quitó una empresa que se llama McDonald’s.

Sin embargo, su verdadera pasión ha sido el canto y el teatro, lo que le llevó también a trabajar en diversas compañías e incluso a ir a Panamá en 1954 a través de un concurso.

Bernardo y su familia han estado estrechamente vinculados a la Casa de España, una institución nacida en 1866, cuyo papel ha sufrido, a su juicio una importante evolución. Estima que durante los últimos años los descendientes de españoles no se mueven con el mismo espíritu de sus padres y abuelos. En su opinión la falta de inmigrantes españoles y los propios cambios de la sociedad durante esos últimos años han afectado a este tipo de instituciones. Bernardo piensa que los españoles contribuyeron a mejorar y enriquecer la vida y la cultura de Costa Rica, especialmente su educación, a través de la aportación de personajes como Fernández Ferrat, aunque cree que este país no ha reconocido realmente este tipo de aportaciones

Bernardo se casó a los 40 años con una chica costarricense con la que compartió su vida durante dieciocho años. Tuvieron tres hijas. Una de ellas, la mayor, ha seguido los pasos artísticos de su padre y fue reconocida con el Premio Nacional de Teatro de Costa Rica. A lo largo de todos estos años ha seguido ligado a España de un modo u otro. Su madre regresó a este país en 1966 y ya se quedó para siempre allí. Él viajó por primera vez

en 1990 a través de una iniciativa que se llamó Operación Añoranza. Su regreso se produjo por todo lo alto. Fue recibido por el Rey Juan Carlos, entrevistado por los más importantes locutores de radio y le rindieron un emotivo homenaje. Posteriormente ha vuelto otras tres veces más a través del Insero, sin embargo, no se ha planteado realmente regresar a España de forma definitiva. Es muy crítico con la forma en que algunos españoles tratan a los inmigrantes que llegan actualmente a este país y cree que muchos de ellos han olvidado que sus padres o sus abuelos han sido también emigrantes. Actualmente vive en una residencia que fue financiada por la Asociación Española de Beneficencia y estudia en la universidad materias relacionadas con la higiene mental e internet.

Bernardo en la actualidad en la Residencia José Pujol



ASOCIACION ESPAÑOLA DE BENEFICENCIA
RESIDENCIA
JOSE PUJOL MARTI
CONSTRUIDA SIENDO DIRECTIVOS

PRESIDENTE	DON JOSE LLODET C.
1º VICE - PRESIDENTE	DON ROBERTO GONZALEZ F.
2º VICE - PRESIDENTE	DON LUIS BUENOS C.
SECRETARIO	DON MIGUEL SALVADO D.
PROSECRETARIO	DON JOAQUIN DE LA ASUNCION P.
TESORERO	DON NARCISO CARABITO F.
PROTESORERO	DON JESUS BERZOCA L.
VOCALES	
DON CARLOS E. MAS M.	DON JOSE M. ALVAREZ A.
DON JOSE LLODET A.	DON ANTONIO DURQUES C.
DON JULIA JIMENEZ C.	DON MARIANO PEINADOR
DON JOSE ADOLFO D.	DON FRANCISCO PAZOS
DON ACUETA CECMA P.	DON MIGUEL MARIN D.
DON JUAN I. PEREZ A.	DON MARIANO GARCIA
FISCAL	DON NICOLAS LAPEIRA C.

Alberto Aragonés Damián

Para evitar tres años en África

Alberto Aragonés Damián nació en Ripollet (Barcelona) el 22 de marzo de 1927. Hasta los doce años estudió en la escuela de aquella localidad, para pasar a partir de entonces al colegio de La Salle en Motcada. Su padre era músico profesional, circunstancia que motivó el traslado de la familia a Barcelona. En la ciudad condal Alberto comenzó estudiar en la Escuela de Comercio al tiempo que trabajaba en una empresa de seguros. También cursó estudios de canto y escultura. Más tarde, tras terminar su formación, encontró trabajo como profesor mercantil. Sin embargo, poco antes de ser llamado para realizar el servicio militar se fue a Francia, donde estuvo residiendo durante un año y medio. Su condición de prófugo le impidió tramitar la documentación reglamentaria para salir de aquel país.

... Yo llegué a Francia en un grupo que pasó la frontera. Yo salí y en aquel momento y fui prófugo. No desertor, porque no estaba en el servicio militar. Era prófugo porque no me presentaba al servicio militar. Esta situación me dio varios problemas. (...) Había algunas otras formas de tener un documento. Entonces conseguí un pasaporte “mansen” que es un pasaporte de “expatrio”. Era un poco triste andar con un pasaporte como los pobres judíos que no tenían, que en aquel momento viajaban buscando, pero era un documento de viaje. Esto para ir a Argentina. En Argentina, ya establecido allá, le pedí al consulado, un pasaporte español. Demostré que era hijo de España y me dijeron que, que no, que únicamente para ir para España. Entonces yo me saqué este “nansen” que era una libreta larga de cartulina roja. (...) Había un comandante y me dijo, “mira, muchacho, no viajes con eso. No es digno de viajar con eso un español”. Dice, “venga, te doy el pasaporte”, y me dio un pasaporte.

Tras conseguir un pasaporte “mansen” emigró a Argentina, donde se hizo, finalmente con un pasaporte español. Una vez establecido comenzó a trabajar en una fábrica de muñecas. Alberto encontró unos inversores pero a pesar de los buenos resultados el negocio no terminó de cuajar, debido fundamentalmente, a la mala situación de la moneda argentina.

(En Argentina) puse una fábrica de muñecas. Yo había hecho algo de escultura en Barcelona en aquella época. Había estudiado cante y una serie de cosas que me llevaban al mundo artístico y conocía la forma, la fabricación en aquella época. Entonces era un trabajo más artesanal. Y en aquel momento en Argentina no se hacía ninguna muñeca caminante. Entonces yo hice unas muñecas que se les daba la mano y se les hacía caminar. Movían los pies y tal. Y bueno, se hicieron bastantes. Busqué unos socios para que me acuerparan en su capital. Busqué socios para el negocio. Una era española, pero muy española y otra muy argentina pero amante de España y le gustó mucho la idea esta. No se hizo ninguna cosa grande, pero sí estaba funcionando y bien. Pero entonces había un problema con la moneda. Y cuanto más trabajaba y más dinero entraba

nunca entraba aumentando un capital primitivo, porque estaba yéndose al suelo la moneda. Era la época de Perón. Entonces dije: “no”; y conocí a gente. Paco Migueti fue un buen amigo mío. Paco Migueti es un pintor de aquí. Estaba allá, (en Argentina)... Y nos hicimos amigos.

Por entonces trabó amistad con un costarricense, que le animó a emigrar a su país. Tras pasar una temporada en Chile llegó a Costa Rica, donde comenzó a trabajar como maitre en un restaurante. Su trato afable y distinguido le proporcionó una serie de contactos con algunos clientes americanos que le ofrecieron la posibilidad de trabajar para ellos en una importante empresa de harinas a principios de los años cincuenta. En poco tiempo la empresa dobló las ventas y ante estos buenos resultados se independizaron de aquella empresa y montaron su propio negocio.



Alberto Aragonés en la actualidad

(...) Nuria, la que luego sería mi esposa, vivía aquí, en Costa Rica, desde el año 38, durante la guerra. El papá era munícipe de un pueblo, a la par de Barcelona, de un pueblo importante y había el problema de que habían ayudado a los frailes del Monte Alegre, una montaña de allí a la par. Había ayudado a esta gente a escapar y los de la FAI. FAI eran los, no falangistas, eran los anarquistas y los de la CNT, que eran un poco perseguidos, aunque eran gente del gobierno de aquel momento, ¿verdad? Y este hombre dice “bueno, yo amigo de Franco no lo soy y amigo de estos tampoco. Vámonos y a ver cuando...” Tenían un pariente en Costa Rica, un hermano del señor en Costa Rica y se vinieron para acá. Y dice, “cuando se vea que pasa (la guerra) en España, regresamos”. Pero nunca regresaron y fueron, en fin, murieron aquí, los viejos.

En 1953 se casó con Nuria. Tuvieron tres hijos: Eulalia, Nuria Ana y Alberto. A pesar de que los negocios marchaban bien, el matrimonio echaba de menos su país natal y volvieron a España, donde ya había establecido también un negocio a raíz de un viaje que realizaron en 1962. Sin embargo, en esta ocasión el regreso parecía definitivo. En 1970 la familia se estableció en Barcelona y Alberto puso en marcha un nuevo proyecto empresarial. Pero la repentina muerte de su socio desbarató los planes iniciales. Vendió el negocio y tras un breve periodo de tiempo, donde estuvo trabajando en Bélgica, decidió volver a Costa Rica en 1982, mientras el resto de su familia se quedaba en Barcelona. Su inquietud empresarial le llevó a poner en marcha otros nuevos proyectos en aquel país americano: una empresa de confección de alta costura, otra de fabricación de gasas...

Durante esos años su salud se resintió. Tras un primer infarto sufrido en 1982 y una serie de amagos, se vio obligado a operarse del corazón en 1998; una intervención que se realizó en Barcelona con un resultado satisfactorio.

A lo largo de su vida en Costa Rica ha mantenido una estrecha relación con la colonia española. Durante años ha frecuentando sus clubes, como el Trisigma, que existía dentro de la Casa de España, donde conoció a la que luego sería su esposa. Más tarde fue presidente del Casal Catalán y aunque se integró perfectamente en la sociedad costarricense que le acogió sin problemas, se sigue sintiendo español.

Francisco Álvarez González

Un filósofo orteguiano en América

Francisco Álvarez nació en Madrid el 28 de agosto de 1912. Su madre se dedicó a las labores domésticas y su padre fue funcionario del Ministerio de Instrucción Pública y Bellas Artes. Ambos le transmitieron su amor por la naturaleza. Francisco fue hijo único y su infancia transcurrió entre novelas de aventuras y excursiones a la sierra de Guadarrama los fines de semana. Una vez terminados sus estudios secundarios, que cursó en un colegio privado, se inclinó, aunque sin mucho entusiasmo, por la carrera de Derecho. Sin embargo, durante el último año de la carrera asistió a una clase de filosofía y quedó fascinado por la materia y por el profesor que la impartía.

Estábamos un día en la calle, en la vieja universidad del Casón de San Bernardo con un amigo, que se llamaba Antonio Rodríguez Huesca. Estaba con él e íbamos a salir pero dice: “mira, yo tengo una clase ahora, espérame si quieres una hora, que aproximadamente dura, o si quieres entra conmigo”. Digo: “¿Con quién es la clase?. Con Ortega y Gasset”. Entré en la clase con él. Cuando salí de la clase y llegué a casa le dije a mis padres: “Al año que viene me matriculo en filosofía”. O sea, me encantó, me entusiasmó, me embaucó, me sedujo la oratoria y la exposición de Ortega. Y desde entonces ya me dediqué a la filosofía.

A partir de ese día la pasión por la filosofía marcó el destino de su vida. Terminó la carrera en 1936 y se presentó a unas oposiciones a catedrático. La última prueba se celebró el fatídico 17 de julio de ese mismo año. Fue llamado a filas y enviado al frente. Pasó en pocas horas de futuro catedrático a participar como soldado en la defensa de Madrid. A lo largo de la guerra estuvo destinado como auxiliar de enfermería en la trágica batalla del Ebro. Tras la caída de la capital de España fue encarcelado durante dos años. Su padre, un republicano de militancia socialista, fue desposeído de su cargo y la familia sufrió las consecuencias de la guerra civil. Francisco se vio privado de la posibilidad de impartir clases en la universidad. Finalmente encontró trabajo como profesor en el Liceo Francés de Madrid. Sin embargo, las escasas perspectivas profesionales y la propia situación política influyeron decisivamente en su idea de emigrar. Su futuro comenzaba a forjarse al otro lado del Atlántico. Sopesó varias ofertas de universidades latinoamericanas hasta que se decidió por la de Cuenca, en Ecuador, donde había recalado un compañero suyo que recomendó su contratación. Para entonces se había casado y tenía una hija de seis años de edad. Llegaron a este país en 1951 y un año más tarde, después de ahorrar la cantidad necesaria, Francisco consiguió traer a sus padres. Tres años más tarde su esposa falleció.

Su papel en el desarrollo de la universidad ecuatoriana fue muy importante. Una vez instalado comenzó a recomendar a nuevos profesores españoles, la mayor parte de ellos represaliados por sus ideas republicanas. Las nuevas prácticas sociales y costumbres

que trajeron estos últimos terminaron por influir en las propias costumbres locales.

Hicieron una transformación grande. Las costumbres en el Ecuador entonces eran un poco medievales en el sentido de que el hombre iba siempre solo. Estos en cambio empezaron entonces la gente en Cuenca a ver como cosa lo más corriente del mundo el hombre con la mujer saliendo al cine, al café, a la otra cosa que estaba allí casi prohibido etc. La mujer estaba en el gineceo como, dedicada a las labores de la casa. Solamente para las festividades o en invitaciones se salía con las mujeres al cine o tal.

Francisco simultaneó su trabajo en la universidad con otras iniciativas empresariales, como la gerencia de una fábrica de *vitrales* (vidrieras). Tras la aparición de una serie de problemas surgidos en esta empresa terminó aceptando una nueva cátedra en Chile, en la universidad de Concepción. Llegó a este país en 1965 con su nueva esposa, una profesora de filosofía, con quien había contraído matrimonio unos años antes. Lo que más le impresionó de este nuevo país fue la gran solidaridad que se encontró entre los españoles. La estrecha relación que estableció con ellos facilitó su rápida incorporación a la sociedad chilena. Pero la prometedora situación que se dibujaba para su futuro en un principio comenzó a deteriorarse a comienzos de los años setenta. La grave crisis y la enorme tensión que soportaba el país durante los últimos gobiernos de Allende hicieron que se planteara un nuevo cambio. En 1972 aceptó la invitación de la universidad costarricense como profesor invitado durante unos cuantos meses.

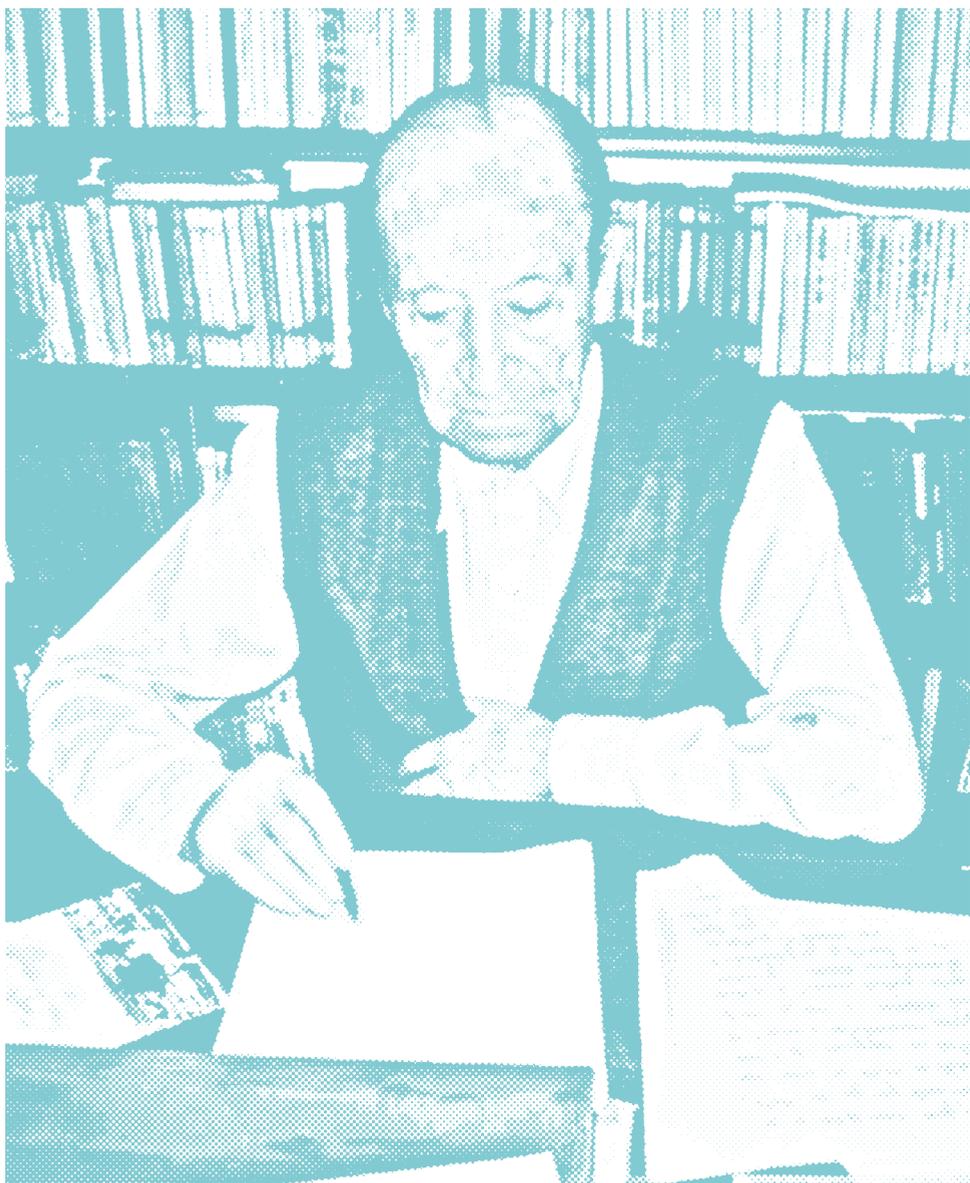
Las condiciones del país centroamericano y las de la propia universidad no le atrajeron lo suficiente en ese momento, así que decidió volver con su familia a Ecuador y a la cátedra que tenía en la universidad de Cuenca. Superadas algunas dificultades aceptó finalmente el ofrecimiento que le realizaron desde Costa Rica y se trasladó con su familia para instalarse allí definitivamente.

Tanto él como su esposa han desarrollado una intensa actividad académica y han publicado numerosos trabajos de carácter filosófico.

... Yo soy un producto de, como decía Ortega, yo y mi circunstancia. Y mis circunstancias, todas éstas que le he contado. La España difícil de los años de la República, de la guerra, la posguerra, de mis responsabilidades como profesor y como gerente de una fábrica de vitales en Ecuador. Como profesor y director de un instituto de filosofía en una universidad chilena, que en aquella época la llamaban la universidad roja de América. Extraordinariamente politizada, de donde eran todos los jefes del MIR, el Movimientos de Izquierda Republicano, que era lo más extrema izquierda que había. Y luego pues, en Costa Rica, a dar satisfacción a mi afición intelectual de dar cátedra y de escribir. He escrito unos veintitantos libros de tema filosófico aquí.

Además de la hija que tuvo con su primera esposa, Francisco tiene otros cuatro hijos, fruto de su segundo matrimonio. En el año 1985 el gobierno español le propuso que volviera a su país natal para ocupar una plaza de catedrático de instituto. Sin embargo, su larga vida académica ligada a la universidad en Ecuador, Chile y Costa Rica, y las

vinculaciones de su familia hicieron que declinase la invitación. A pesar de ello sigue muy identificado con España, mantiene su nacionalidad y ha viajado en varias ocasiones a su país durante los últimos años.



Francisco Álvarez escribiendo sus memorias

Visitación Puertas Fresneda

La vida es como un cuplé

Visitación Puertas Fresneda nació en Domingo Pérez, un pequeño pueblo en la provincia de Granada, el 9 de abril de 1921. A los pocos años, su familia, que era propietaria de algunas tierras, se trasladó a vivir a Madrid. El estallido de la guerra dividió al país en dos. Visitación y su madre se quedaron en la capital de España, que permaneció leal a la República. Su padre se había incorporado poco antes a filas. Las circunstancias le llevaron a hacer la guerra al lado de las tropas de Franco, sin poder establecer contacto entre ambos hasta el final de la guerra. No volverían a verle nunca más. Visitación y su madre padecieron las terribles condiciones que se vivieron durante el asedio a Madrid.

... Había gente que estaba muerta en la calle porque decían que le iban a dar un paseo. Se los llevaban de las casas y allí les matoneaban en cualquier lugar. Y abusaban de todo. Yo una vez vi a dos monjitas que eran, no eran todavía monjas graduadas, sino eran de esas jovencitas que se meten de (novicias). Entonces ví a dos que estaban con todas las enaguas para arriba y todas violadas, violadas las dos que había allí. Y todo eso, nosotros como éramos pequeños no le dábamos la importancia que tenía. Y luego llegábamos a la casa y allí en la esquina los mataban. Tengo muy malos, malos recuerdos de la guerra allí. Y luego el hambre. No teníamos comida, no teníamos nada de nada. Comíamos lo que primero agarrábamos. Yo comí desde perro hasta rata. Comí... bueno, todo lo que había porque no había nada ni había producción. Entonces yo comí todo eso.

Cayó Madrid, pasaron los nacionales, como cantaba el cuplé y llegó la posguerra, tan dura para los perdedores como la misma guerra. Fue entonces cuando tuvieron noticias de la muerte de su padre. Visitación tenía entonces dieciocho años. Su madre trabajaba cuidando niños y ella se sintió atraída por el teatro y la música.

... Me dio por el teatro. Y entonces me metí en el teatro porque yo siempre tocaba las castañuelas, bailaba y sigo bailando. Ahora ya no. Pero entonces, como me gustaba tanto el teatro, apareció una vedette que era una mujer que aparecía con el papá, que venían huyendo de, cómo se llama, venían huyendo de Argentina porque allí la cosa estaba muy fea. Y se fueron a vivir a Madrid. Entonces allí hablaron a una mujer que se ganaban la vida, la hija y el padre cantando tangos. Ella cantaba unos tangos preciosos. Yo ya tenía 18 años o 19. Y entonces ella como cantaba tan bonitos los tangos y el papá con el acordeón aquel, pues así vivían ellos. Y entonces pues, ella formó una compañía de baile y ahí me metí yo.

Pasó a formar parte de una compañía donde trabajó con la famosa cupletista Celia Gámez durante diez años. Al cabo de ese tiempo dejó el mundo de la farándula. Había madurado y quería ser enfermera y comenzó a estudiar en Cádiz, donde conoció a un joven de Costa Rica de familia acomodada que estudiaba medicina. Se casaron en Madrid

y se vinieron a vivir al país de su marido en el año 1956. Sin embargo, la primera imagen que tuvo de Costa Rica fue un tanto decepcionante.



Visitación vestida de flamenca

... El barco se llamaba Stromboli, había estado en la guerra nuestra y ya nos decían los marineros que: “este barco, en cualquier momento se hundé” –para meternos miedo. Y yo: “oiga, no diga eso”. –Y ya llegamos aquí a Punta Arenas, que tuvimos que esperar a que subiera la marea porque si no el barco no entraba. Tuvimos que esperar por lo menos un día o dos. Yo cuando llegué casi caigo. Esa pobreza, ese paseo que hay ahora grande, eso no existía. Todo era de tierra. Yo decía: “ay, dios mío, en qué hora me casé para venir aquí con esto tan feo”. –Y ahora soy una enamorada de Costa Rica, porque esto ha subido bastante.

Durante los primeros años estuvo viviendo con su suegra. Ésta última se mostró siempre contraria a que ella trabajara como enfermera. Más tarde, el matrimonio se trasladó a vivir a Palmares debido al trabajo de su marido. Tuvieron cuatro hijos, tres chicos y una chica. Visitación consiguió que su madre viniera de España. Ha tenido una estrecha relación con la colonia de su país a través de la Casa de España. Las clases de baile español y de castañuelas se convirtieron en otro motivo más de atracción hacia este centro donde compartía amistad con otros españoles.

Visitación volvió a trabajar tras divorciarse de su marido. Entonces ella tenía cincuenta y cinco años. La reincorporación al mundo laboral en una tienda de muebles abrió una nueva etapa en su vida pero sus comienzos resultaron complicados.

Fue una odisea porque yo había sido en el tiempo de casada ama de casa nada más y entonces, cuando llegué allí la dueña era casada con un español (...) Enseguida me dijeron a mí: “¿Visita, por qué no te metes a trabajar? Que esa fábrica es de españoles”. –Digo– “pues sí, pero yo de muebles sé poco, sé si son buenos o malos, pero no sé”. –Y ya empecé a trabajar allí y las pasé mal porque yo no sabía. Me preguntaban: “¿Esos de qué cuero son?” –Y yo decía: “pues es de cuero de vaca”. –Y lo olían para ver si era de cuero o no era de cuero. Y bueno, yo ganaba muy poco, muy poco, pero me sacaba buenas comisiones ya cuando aprendí porque me decían eso, que les dijera de qué. Y yo les metía cada cuento hasta que ya aprendí.

El sueldo no era muy alto, el trato de la dueña era muy poco respetuoso y las condiciones de cotización, bastante irregulares. Sin embargo, Visitación lo compensaba con las comisiones que recibía por cada venta. A pesar de ello, su trabajo durante esos años le ha permitido a partir de su jubilación, la posibilidad de acceder a una pensión. Sus hijos, con quienes tiene una estrecha relación, le ayudan en algunos gastos.

Han transcurrido muchos años, pero según ella misma confiesa, se sigue sintiendo cien por cien española.

Rafaela Sierra

De monja a científica. Una española ciudadana del mundo

Rafaela Sierra nació en San Martín de los Herreros (Palencia) en 1945 en el seno de una familia de clase media, compuesta por pequeños propietarios agrícolas donde abundaban también los maestros.

Entonces no pude contemplar la pobreza dura que después me han contado de las zonas mineras y obreras. En aquel momento yo no pude ver eso. En un pueblo típico de aquella España, con aquellas costumbres de aquella España y aquella austeridad y dureza. Me crié en una familia católica como en general era en España, pero con cierto anticlericalismo. Dentro de su fe criticaban a los curas.

Rafaela es la mayor de cinco hermanos, tres chicas y dos chicos. Sus padres les enviaron a estudiar internos a un colegio religioso de Valladolid, una dura experiencia que marcaría su adolescencia. Al terminar sus estudios, con dieciocho años decidió hacerse monja. Un año más tarde se trasladó a Barcelona donde siguió su preparación como novicia. La congregación religiosa necesitaba formar a alguna joven en la universidad y surgió la posibilidad de realizar los estudios en la República Dominicana, donde acabó trasladándose en 1965. A partir de ese momento tomó contacto con la pobreza extrema de algunos de aquellos países, especialmente en Guatemala.

Estoy hablando del año 65. Y ese fue el mayor impacto de mi vida. Yo nunca había visto la pobreza así cruda y dura en mi vida, nunca había visto y me impresionó muchísimo aquella pobreza de los indios; y sobre todo aquella separación de lo que yo creía que era progreso, desarrollo, comodidad. Yo me sentía terriblemente impactada. Y sobre todo, yo veía aquellas monjas que se entregaban a aquella gente y yo decía: "Hay que hacer algo". ¿Cómo es posible que el mundo viva... Antes de ir a Guatemala yo había pasado por Miami, que también era el impacto. O sea, después de República Dominicana.

La experiencia le resultó tan impactante que regresó a España donde siguió estudiando e impartiendo clases como profesora. Sin embargo, su percepción de la realidad había provocado en ella un cambio fundamental.

Una vez nos pusimos a escribir un libro de la historia de nuestras vidas, antes de que empezasen todas esas historias de mujeres ¿verdad? Años después, muchos años después. Yo me puse, nos pusimos a escribir cuatro amigas sobre nuestra vida y después nos reunimos aquí, a conversar de un capítulo que hemos escrito. Y era interesante que la motivación que yo describía de mi vida religiosa, lo escribe una mujer que estuvo luchando en el sandinismo contra Somoza y nos damos cuenta de que hay un paralelismo. Porque ella se mete en la guerrilla, una fue de las que luchó en Managua el día que derrotaron a Somoza. (...) Resulta que la nicaragüense y yo, las motivaciones que teníamos en estas cosas eran las mismas. O sea, yo creo que si hubiese habido

guerrilla, yo me hubiese metido en la guerrilla. Es la conclusión que hemos sacado después. Entonces, esa motivación después de ver a aquellos indígenas y todo eso me afectó.

Pese a todo se ordenó monja dominica y terminó la carrera de biología en la universidad de Salamanca. Solicitó por entonces su vuelta a América y fue destinada a Costa Rica, donde además de seguir con sus estudios, impartió clases en un colegio. Rafaela puso en marcha con otra compañera una experiencia para que los más pobres pudieran estudiar por las noches en ese mismo centro. La iniciativa provocó de algunos sectores. Todo ello fue creando una conciencia crítica frente a la doctrina oficial de la Iglesia y fue acercándola a la Teología de la Liberación. Durante algunos años participó en la coordinación de programas pedagógicos dentro de esta línea de pensamiento. Esta profunda evolución le llevó a cuestionar algunos de los preceptos más ortodoxos de la iglesia como el del celibato. Será por entonces cuando conozca a Javier, un antiguo sacerdote del que se enamora profundamente.



Rafaela dando una conferencia

Y ya empezaba a cuestionar y me di cuenta que estaba fuera de lugar. En ese momento conocí al que iba a ser mi esposo, que también tenía un periódico de izquierda, que se llamaba "Pueblo". Entonces, en ese momento lo conozco y digo –¿qué hago aquí? (...) Yo leía mucho el periódico, leía mucho ese periódico porque era el único de izquierda. Bueno, estaba el del Partido Comunista, pero estaba este otro que era, no era militante del Partido Comunista, pero era uno que denunciaba y todo eso. Y alguien que le conocía a él y que me conoció a mí hizo el enganche. Entonces vino, yo estaba en el colegio y entonces vino a pedir un aula o no sé qué para hacer una reunión, etc., etc. Pero yo venía con las malas intenciones de conocerme [Ríe].

A partir de ese momento sus contradicciones se hicieron insalvables, abandonó la orden y se casó por la iglesia con Javier, a pesar de las presiones del Nuncio. Rafaela se dedicó entonces a la investigación del cáncer de estómago y a la vida universitaria. Después de catorce años de matrimonio se separó de su marido, con el que ha tenido dos hijos. El chico, Nacho, se doctoró en California y vive y trabaja en el Silicon Valley y la chica, Sara, es ingeniero industrial, ha trabajado en New York y estudia en Ámsterdam, sin embargo, como confirma su madre, tienen una identidad española.

Uno de los aspectos que le siguen sorprendiendo de los costarricenses es su carácter y su miedo al conflicto y a escenificar el desacuerdo. A punto de jubilarse se tomó un año sabático que aprovechó para retomar contactos profesionales con algunas universidades y centros de investigación del cáncer, un viaje que le llevó también a España. Rafaela siente que ha aportado algunas cosas importantes a Costa Rica. Ha representado a este país en diversos foros internacionales de carácter científico, ha impulsado proyectos de investigación con la Unión Europea y ha organizado un simposium internacional sobre el cáncer. Por encima de todo se siente una española ciudadana del mundo.

Manuel Blanca Andújar

El desertor con 31 descendientes

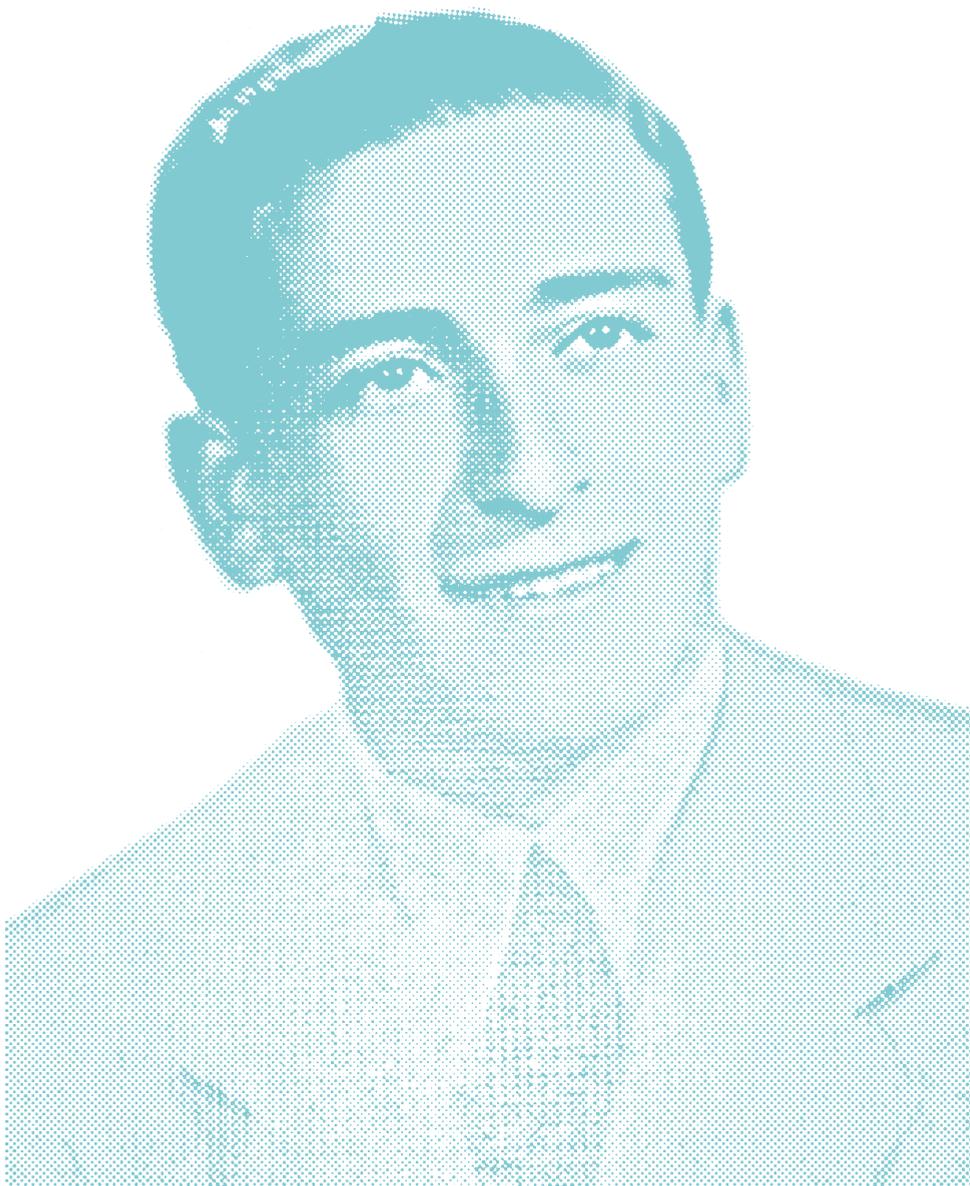
Manuel Blanca Andújar nació en Málaga el 27 de enero de 1931. Su infancia transcurrió entre la crisis de la II República y la propia guerra civil. Su madre cosía uniformes para el ejército y quedó al frente de la familia al cargo de los dos hijos tras el abandono de su marido. El recuerdo del hambre y la miseria de entonces marcan su testimonio sobre aquella época. Su madre volvió a casarse con otro hombre, al que él siempre ha considerado como su padre y tuvieron otras tres hijas más. Durante la guerra su padrastro fue movilizadado. Tras el final de la contienda los vencedores se quedaron con la casa de la familia y ellos tuvieron que irse a vivir a una pequeña habitación.

Nosotros éramos una familia antes de la guerra, acomodada. Mis abuelos, los papás de mi mamá, ellos tenían tres barcos. Por eso cuando la guerra estalló, ellos estaban en Cartagena pescando y como la guerra estalló ahí, tuvieron que quedarse ahí. Entonces los catalogaron como comunistas. Entonces resulta que nosotros vivíamos en una casita muy acomodada. Estábamos bien. Cuando el franquismo entró en España, entonces lo que hicieron fueron los vecinos, la envidia, el odio; que nosotros éramos hijos de comunistas. Entonces nos quitaron la casa y nos tuvimos que ir a un cuarto redondo, ¿verdad? Y de ahí ya se empezó el problema que no había nada que comer, porque yo, mejor dicho; yo a mi papa nos abandonó a mí y a mi hermana. Yo a papá lo conocí a los 15 años.

A los catorce años Manuel dejó de estudiar y se puso a trabajar como ayudante de cocina en un barco de pesca de arrastre para ayudar a la maltrecha economía familiar. Estuvo embarcado hasta los veinte años. Durante ese periodo aprovechó, además, para obtener el título de chef. Llegada la edad correspondiente fue llamado a filas. Realizó en servicio militar en el mítico buque Juan Sebastián Elcano, donde se encontraba embarcado en ese momento el futuro rey de España, entonces Príncipe, Juan Carlos. En el barco, según recuerda Manuel, los marineros recibían un trato brutal y una pésima alimentación, una situación que le llevó a desertar en la primera oportunidad, precisamente al arribar en Costa Rica. Los hechos ocurrieron en el año 1951.

Entonces en la proa había un sevillano de guardia, y en popa había uno que era catalán. Entonces yo le dije al sevillano, “mira, yo voy a desertar”. “Hombre, Málaga no me”. “Tú no has visto nada, yo me voy a tirar por la cadena”. Y nada, “cuando tú das la vuelta para allá yo me tiro”. Entonces yo me amarre la ropa aquí, el pantaloncillo y una pantaloneta y una camiseta. Era de noche ya, las siete de la noche ya. Todo oscuro. Digo, “bueno, ahora sí Señor, ¿Dónde voy? Si tiro para allá, me van a agarrar porque ahí están todos los botes viniendo” y bueno en las manos de Dios. Yo veía unas luces, pero muy largas. Como yo sé nadar, nadaba, me hacia el muerto, descansaba, pero nunca me imaginé los tiburones que había ahí. Digo: “hasta aquí me la dio Dios

ya". Y eran tiburones tigre, lo que hay aquí en Costa Rica. Cuando llegué a la costa, medio muerto me encontré con mis compañeros y digo "yo a ese barco ya no vuelvo más". Ya deserté. Dice uno, "yo me quedo también, yo también, yo también, yo también". Total, desertamos 16.



Manuel Blanca de joven

A partir de ese momento los jóvenes huidos vivieron una auténtica aventura tratando de evitar su captura. Finalmente, agotados y hambrientos, fueron detenidos. Sin embargo, los oficiales del ejército costarricense se apiadaron de su situación y no les entregaron. La embajada española trató de presionar a las autoridades locales para que fueran enviados como presos a Panamá. El caso trascendió a los medios de comunicación y se desplegó una intensa campaña de solidaridad con los jóvenes marineros españoles.

... Hicieron manifestaciones para que no nos, que nos dejaran aquí, en Costa Rica. (...) Después teníamos una mesa larga. Y vienen todas las prostitutas de Limón. Viene todo el ser humano, que nos mandaban tantas cosas, comida, dinero. Bueno, que maravilla.

Pese a todo, la situación fue extremadamente delicada. Incluso, según cuenta Manuel, intentaron secuestrarle, al hacerle responsable de la masiva desertión. Una vez trasladado a San José recibió el apoyo de la presidencia del gobierno de Costa Rica. Tras instalarse en la capital encontró trabajo como ayudante de un chef en un restaurante español donde estuvo hasta 1956 y más tarde como “salonero” en otro local italiano. Poco a poco se fue situando económicamente y terminó por comprar este último restaurante en 1962, un negocio que resultó todo un éxito durante varios años. Más tarde lo vendió y montó un nuevo negocio, una “sodita” en el Parque Central. Tras una atractiva oferta de trabajo Manuel comenzó a trabajar como chef de hoteles.

Manuel conoció a Belice, una enfermera costarricense de la que se enamoró y con la que contrajo matrimonio, a pesar de los celos de la familia de la muchacha. Durante los primeros tiempos cortó la relación con su familia en España para evitar posibles represalias de las autoridades. Sin embargo, su madre le localizó y volvió a retomar el contacto por carta unos meses más tarde. En 1963 ella vino a pasar una temporada con su hijo. A partir de ahí la relación se hizo más intensa. Sus hijos han ido a España. El mayor de ellos vino estudiar y otros, como dos de sus hijas, cruzaron el charco para conocer el país natal de su padre. A pesar de la enorme añoranza que sintió durante años, Manuel no pensó en regresar. Su condición de desertor pesaba sobre él como una losa. En 1984 tramitó su pasaporte como costarricense y volvió por una temporada a Málaga, a recorrer las calles de su infancia.

cuba

Isabel de la Caridad Cruz Moya (Cachita)

Yo no me casé para no separarme de mi familia

Isabel de la Caridad Cruz Moya nació en 1932 en Santa Cruz de Tenerife. Su padre, también de Santa Cruz, se fue para Cuba de polizón en 1915 y se casó con una cubana. La madre de Isabel era de El Cerro, Ciudad Habana, y al poco de casarse entró a trabajar en la fábrica de alfileres. El padre trabajó en la construcción, de carpintero ebanista. Tuvieron tres hijos. En 1931 viajaron todos a Santa Cruz porque la abuela canaria de Isabel no quería morir sin conocer a sus nietos, y estando allí nació Isabel.

La abuela era viuda, le decían la señora Aurora y tenía un bodegón en Los Campitos. Vendía vino en jarras y rosquitas y pelotitas de gofio que hacía ella misma. Isabel recuerda que su abuela le daba buchec de vino rebajado con agua y pelotitas de gofio con miel. El padre de Isabel instaló una tintorería en el salón de la casa y no le fue bien. Pero no pasaron necesidades porque estaba la familia, él era un hombre sociable y, además de la tintorería, siempre conseguía cosas para comer, sobre todo tomates. A Isabel su padre la adoraba por ser la pequeña y porque había nacido en Canarias. Cuando volvía a casa por las noches le traía almendras garrapiñadas y si ella estaba dormida, él le pasaba una almendra por la boca para despertarla.

En 1936 estalló la Guerra Civil y en 1938 a los hermanos mayores de Isabel, que tenían ya 16 y 18 años, los quisieron reclutar. La madre de Isabel dijo que no, que ellos eran cubanos, y les hizo reclamar por la familia de Cuba. De Santa Cruz fueron en un barquito a Las Palmas, y de allí a Lisboa donde se unieron a otros repatriados y embarcaron en un vapor, el "Iberia", rumbo a La Habana.

Había un perro que me cuidaba, le decían rompe calzones al perro porque se tiraba a los calzoncillos (...) Ese perro cuando nosotros salimos de allá, de Canarias..., que salimos al muelle –mi papá no quiso ir a despedirnos, quien fue a despedirnos fue mi tío Felipe– y... ese perro lo dejaron amarrado en la casa porque quería salir detrás de nosotros y estando en el muelle ya para salir, –a mi eso no se me ha olvidado nunca–... Para subir la escalerilla que a mi me llevaban cargada, se apareció el perro ese en el muelle, mi tío tuvo que cogerlo y abrazarlo porque sino él se iba con nosotros; cuando ya se alejó un poco el barco de la orilla, mi tío lo soltó y –a mi eso no se me olvida– ese perro corría de una esquina a la otra y se quería tirar al mar.

El padre no pudo salir con ellos porque era español, y además porque la familia cubana era muy pobre y no lograron reunir el dinero para el viaje de todos.

... Mi mamá vino con nosotros siempre con la idea de que mi papá viniera para Cuba y no

pudo venir, primero porque aquí mi familia por parte de madre era muy pobre (...) Yo extrañaba mucho mi casa, extrañaba mucho a mi papá,.. Toda la vida tuve esa añoranza..., si, hicimos gestiones, pero nunca pudimos lograr que mi papá viniera, inclusive tratábamos de reunir el dinero, mi mamá aquí, cuando vino para acá tuvo que empezar a trabajar de cocinera, de criada, inclusive... del trabajo traía la comida que ella misma hacía y eso era lo que comíamos nosotros por la tarde.

Yo extrañe mucho, mucho a mi padre, y toda la vida hicimos lo indecible para traerlo para acá, ya cuando una vez teníamos todo preparado nos escribió una carta y nos dijo que ya estaba muy viejo y que no se sentía con fuerzas para hacer un viaje tan largo, inclusive... Él perdió la tintorería, estaba muy mal... y se murió su mamá, mi abuela murió, él entonces se veía muy sólo y entró a trabajar en un asilo de ancianos, el asilo de ancianos desamparados..., que está en el Puente Surita en Santa Cruz de Tenerife, él entró a trabajar allí de carpintero, las monjas lo querían muchísimo y allí falleció el 12 de enero de 1972.

Durante todo ese tiempo no supieron de él por la familia canaria, que nunca contestaba las cartas, sino por unos vecinos, D^a Marcelina y D. Tomás que mantuvieron correspondencia con madre hasta que ésta murió en 1974.

En La Habana vivieron todos apretados en el cuartito del abuelo. Su madre trabajó primero de cocinera y de criada y las dos hermanas mayores se pusieron a trabajar en una lavandería. Más tarde su madre se dedicó a la costura y una de las hermanas entró de costurera en un taller de moda de El Vedado y cuando triunfó la Revolución pasó a trabajar en los talleres “El Encanto”. Después la nombraron administradora de talleres chiquitos y ahí estuvo hasta que se jubiló.

Isabel tuvo su primer novio a los catorce años. Luego tuvo varios novios más, y siempre le gustó bailar, pero nunca se casó:

La separación de la familia es muy triste, muy dura... no debiera ocurrir...Yo no me casé para no separarme de mi familia... La unión de la familia es lo más importante

Isabel trabajó en tintorería y lavandería, y estudió taquigrafía y mecanografía. Después de la Revolución entró de auxiliar de oficina en una empresa de tejidos, de ahí pasó a una empresa de muebles como secretaria del Director. De secretaria se mantuvo hasta la jubilación. Pertenece al Comité de Defensa de la Revolución pero no al Partido Comunista de Cuba. No es fanática de la religión pero tiene sus creencias como la Virgen del Cobre y de la Candelaria. Siempre ha vivido en El Cerro, en el mismo círculo del Reparto Las Cañas, en la calle Churruca, cerca de la ciudad Deportiva.

A punto de cumplir los 66, hizo un viaje a Santa Cruz con los chicharros mensajeros: “el viaje de la añoranza”. Buscó la casa donde nació y descubrió que ya no existe (*No pude localizar a nadie, la vecina ya está muerta...*). Consiguió su fe de bautismo, y está tramitando la nacionalidad española, pero no pudo visitar ni el asilo ni la tumba de su padre. Recordándolo llora y llora. *Aconsejo a los que emigran que no se olviden el lugar donde*

nacieron, ni a su familia, que toda la riqueza del mundo no se puede cambiar por la familia... Esa separación tarde o temprano la van a añorar. Isabel es la única viva de entre sus hermanas. Todos los días habla por teléfono con sus dos sobrinas y con sus ocho nietos: Esa es la vida: la familia, la unión...



Isabel Caridad

Manuel Valella Piñón

Tenían una confianza en mí fantástica

Manuel Valella Piñón nació en Vicedo, provincia de Lugo, en 1931. Sus abuelos maternos eran campesinos. Su abuelo había sido sargento de la marina y sirvió en el navío “El Patriota” durante la guerra de Filipinas. El abuelo mandaba y repartía el trabajo y la abuela controlaba la economía doméstica. En la casa, que tenía luz eléctrica pero no agua corriente, vivían entre 10 y 14 personas según los momentos. Antes de la guerra había comida (maíz, trigo, papas, leche y algo de pescado) pero durante la guerra y después de ella el hambre fue dura. Al morir el abuelo se dividieron las tierras y eso apenas dio para repartir. Manuel y su madre se vieron en la necesidad de trabajar de jornaleros. Entonces el padre, que había emigrado antes a Cuba y tenía nacionalidad cubana, les reclamó.

... Fui criado en la casa de mi abuelo materno y mi abuelo tenía muchos hijos y tenía un capital como agricultor que nos abastecíamos en las propiedades de mi abuelo, o sea que vivíamos de la agricultura de las propiedades de mi abuelo y del mar que estaba pegado, porque vivíamos en la orilla... Pero... al morir mi abuelo la tierra se dividía en muchas... Y mi mamá y yo teníamos que ir de criados o jornaleros, entonces mi padre estaba aquí y me reclamó y vine para Cuba.

Hicieron el viaje en 1949 cuando Manuel tenía 17 años.

(...) Tuve suerte, porque había un millonario aquí en Cuba que era muy amigo de mi padre y mi padre le encargó que me trajera a mi para Cuba, entonces él en vez de meterme en segunda me metió en primera,... El viaje mío lo hice de primera...

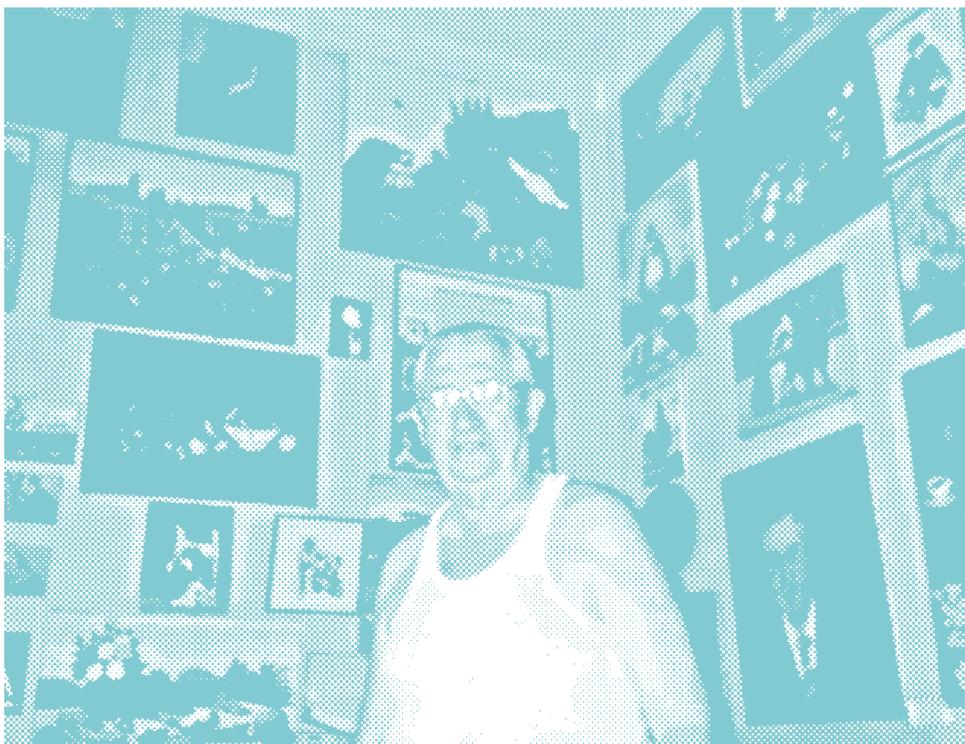
El barco era “El Marqués de Comillas” pero era un barco muy cómodo tenía cine, tenía salón de baile, tenía dos clases nada más había primera y segunda, pero se mezclaban... tenía orquesta que tocaba todos los días a la hora de almuerzo y todo eso... y lo pasé a bordo de lo mejor.

El viaje fue muy largo: de Vigo a Cádiz; de Cádiz a Canarias; de Canarias a San Juan de Puerto Rico; de San Juan a Guaira, en Venezuela; de Guaira a Curaçao para repostar; de Curaçao a Santo Domingo; y de Santo Domingo, por fin, a La Habana.

No conozco como fue el pago del viaje, eso fue arreglo entre mi padre y el millonario... Nunca mi padre me habló de eso, y con los papeles y la legalización no tuve problemas, porque el jefe de la bolsa de trabajo era un... Yo tenía las dos nacionalidades porque mi padre cuando me tuvo a mi era ciudadano cubano y me tuvo en un viaje que fue y mi madre era española por lo tanto yo no tuve problemas para entrar, y hasta los 21 años que tenía que decidirme por una ciudadanía o la otra...

Al llegar los fue a recoger el jefe de la bolsa de trabajo, un tal Palacio, un negro prieto, que era amigo de su padre, con buenas conexiones en el Palacio Presidencial, que fue quien les arregló los papeles y le consiguió a Manuel la doble nacionalidad hasta los 21 años. Fueron a vivir en la habitación que el padre tenía en Vía Blanca 72 entre Concha y

Capricho, “El solar del reverbero” se llamaba, justo al lado del famoso carterista “Viejita” que *cartereaba* a todo el mundo menos a los del solar, a esos los respetaba. Su primer trabajo fue en una bodega y a los pocos días le denunciaron pero como el dueño de la bodega era íntimo de la mujer de Prío todo quedó en una bronca entre Palacio y el inspector y no pasó nada. Luego la familia se quedó al cargo de un edificio nuevo de apartamentos edificado por un español y ahí vivieron muchos años. Todavía hoy su hija sigue viviendo allí.



Valella entre sus pinturas

Trabajaba y estudiaba en la Escuela de Comercio por las noches. Jugaba pelota e iba a las fiestas de la Tropical.

Había quien (por ser gallego) te molestaba por gusto y te insultaba, pero esa era la gente baja, la gente culta cubana no, yo estudié aquí en la escuela de comercio y en la universidad y he ido a los institutos... al contrario, me daban puestos, yo siempre tenía que ser el que cobraba, hasta en el dinero tenían una confianza en mi fantástica. Yo, de la asociación de alumnos era el que tenía siempre el dinero, porque yo era muy estricto y cuando se hacían las fiestas de fin de curso, los que mejor fiestas dábamos éramos nosotros porque yo tenía todo el dinero y dirigía la fiesta.

También conoció a algunos héroes de la guerra de la Independencia: *yo no he conocido*

gente más educada y respetuosa... Luego se casó tres veces, la primera con una asturiana, con quien tuvo una hija, y las otras dos con cubanas. No tuvo problemas de integración, al contrario: *tenían una confianza en mí fantástica. Yo, de la asociación de alumnos, era el que tenía siempre el dinero...* Desempeñó diversos empleos y se jubiló como jefe de sección en la Dirección Provincial de La Habana del Banco Nacional.

Se siente cubano y español: *me siento bien en Cuba... Mi padre y mi madre... Están enterrados en Cuba... Mi hija y mi nieta están aquí también.* Viajó hace poco a Galicia con su actual esposa y los dos dicen que fueron muy bien acogidos. Incluso ella, que es médico, acabó ejerciendo como tal para la familia de Manuel durante su estancia. A ella Madrid le deslumbró. Pero sobre todo le gustó la facilidad con que se integró en la familia y la comarca. Él alaba la actual política española con respecto a los emigrantes que fueron a América:

Porque se recuerdan del aporte... de todo lo que hemos hecho... Mandábamos cantidades... Yo estando aquí mandaba para mis tías de lo poco que ganaba... Y hoy los que somos nacidos en España tenemos una paga no contributiva.

Rosalía Pérez Ojeda

La isleñita cubana

Rosalía Pérez Ojeda nació en Santa Brígida, Las Palmas de Gran Canaria en 1935. Su padre era natural de Arauca, Las Palmas, y su madre era cubana, de la Ciénaga de Zapata, Matanzas. Los abuelos paternos tenía una finca de plátanos en Arauca pero su papá siempre trabajó en una oficina. La situación económica de la familia era regular: casi siempre comían gofio con leche y plátano, pero tenían luz eléctrica. Ella era la menor de los cinco hijos del matrimonio. Asistió hasta cuarto año a una escuelita recién abierta. Su padre permitió que sus hermanos fueran a estudiar a Gran Canaria pero a ella no. Su padre y su hermano mayor siempre la vigilaban para que no saliera con chicos, para que no fuera a bailes. Pasaba muchos fines de semana en Santa Brígida, en casa de sus abuelos, y recuerda que su abuela, que vestía siempre de negro, no le dejaba ir a la playa.

La situación económica de Canarias en aquel tiempo era regular, no estaba como ahora, en aquel tiempo se pasaba mucho trabajo, no había trabajo para las mujeres porque no había fábricas allí, lo único que había era de sirvienta y mi papá dijo que de sirvienta no, no es como ahora que hay más fábricas y hoteles.

Cuando Rosalía tenía veinte años su madre le dijo que quería regresar a Cuba con su familia, que no quería morir en España. Rosalía lloró mucho porque desde los quince años tenía un novio con quien se veía medio a escondidas y que poco antes le había pedido casarse. A este hombre lo volvió a ver en 1978 durante el primer regreso a Canarias que le pagó su hermano.

Éste se lo presentó diciéndole “¿Tú conoces a esta muchacha?” Y él dijo “Yo no”. Y su hermano dijo “¿Tú no te acuerdas de tu novia?”. Y él dijo “Ay, Rosita, cuántos años sin verte”. Se separaron con veinte y se volvieron a encontrar de viejos. Él estaba casado pero no tenía hijos. Charlaron y él vio pasar dos niñitas y le dijo “¿Tú ves esas dos niñas? Pudieron haber sido nuestras.”

Vino a Cuba con parte de su mi familia, dejando en España dos hermanos mayores. Para pagar el viaje su padre vendió la finca y la casa que tenían.

No teníamos deudas... Cuando llegamos fuimos a vivir con mi abuela y mis tíos, hasta que después empezamos a trabajar y fabricamos la casa en que vivo ahora, tú sabes que a los isleños les gusta mucho trabajar. Fuimos bien recibidos por la familia...no tuvimos problemas con los cubanos... Empezamos a trabajar en una fábrica de calzado, al principio como eran de color nos tiraban indirectas, entonces el dueño que era negro también nos dijo: no le hagan caso a ellas yo estoy contento con ustedes y aunque nunca han trabajado en la calle yo estoy muy contento con ustedes y ahora el mes que viene les voy a aumentar diez pesos...

En Cuba fueron bien recibidos por la familia materna. Entraron a trabajar en una fábrica de zapatos donde todos eran de color y les tiraban pullas. Pero el dueño, que

también era de color, les dijo que no se preocuparan, que estaba contento con su trabajo, e incluso les subió el sueldo. Nunca antes habían visto negros y nada más llegar Rosalía le tocó la cara a una amiga negra de su abuela para ver si desteñía.

Lo que más me impresionó cuando llegué a Cuba fueron los negros, porque nosotros estuvimos un día en Tenerife y en Venezuela pero yo no los había visto nunca, entonces cuando llegué aquí había una amiguita que era de mi abuela y yo le hice así... entonces ella dice no, no importa niña yo se que tú nunca has visto un negro pero yo no tiño. En Venezuela los vi pero de lejos porque estábamos en el barco, pero de cerca fue aquí.

En la fábrica de zapatos trabajó 14 años. Luego se casó con un cubano, militar que trabajaba en el Ministerio del Interior, y tuvo una niña. Dejó la fábrica para criar a la niña y luego entró a trabajar en círculos infantiles. Tuvo otra hija y confiesa que durante 24 años fue feliz con su marido. Con él viajó por Alemania y Hungría.

Después me casé, tuve la niña y entonces mi mamá me dijo bueno yo tengo que seguir trabajando porque yo me voy a retirar primero que tú, pero me dieron el círculo muy lejos, yo vivía en la Virgen del Camino y tenía que ir a Guanabacoa a llevar a la niña y de allá de nuevo a la Virgen del Camino ¿en qué tiempo? tú sabes que el círculo abre a las seis de la mañana, entonces pedí licencia sin sueldo así, hasta que la niña empezó la escuela, entonces después no fui mas al calzado y entonces me fui con una prima mía al círculo infantil.



Rosalía Pérez

Cuando se quedó viuda hizo de padre y madre de sus hijas, educándolas en las costumbres de España:

Yo traté de mantener muchas de las costumbres de España en el sentido de criar los hijos,... no las dejaba salir, no quería que estuvieran solas mis hijas con sus novios... los novios era uno aquí y el otro allí y yo escogiendo el arroz, no salir y llegar a la una de la noche... No permití ese tipo de libertad de ahora que las muchachas salen y llegan a la una, las tres, las cinco de la mañana, yo les decía: a las doce tienen que estar aquí porque si yo me levanto a las cinco de la mañana a trabajar..., ya mi esposo había fallecido y yo dije: yo soy la madre y el padre y aquí hay que hacer lo que yo digo.

Pero las animó a estudiar. La que ahora vive en Tenerife es licenciada en Geografía y la que está en Cuba es economista. Volvió a ver a su familia canaria en 2004 y habla con ellos por teléfono una vez al mes. Con los canarios de Cuba no se ha relacionado apenas. Tampoco con los otros emigrantes que viajaron en el mismo barco. Dice que siente nostalgia de Canarias: *Cuando mi papá estaba vivo... Me llamaba por teléfono y me decía por la radio o la televisión que van a cantar los canarios. Me gusta mucho la música canaria. Pero no se iría a vivir allá: Me siento cubana, me dicen la isleñita pero yo me siento cubana, ya llevo tantos años aquí. Le gustaría que los españoles trataran bien a los emigrados de América Latina: Como mismo me trataron a mí, pues yo nunca tuve problemas...*

Leonor Fumero Triana

Una perra vida

Leonor Fumero Triana nació en Alguizar, La Habana, en 1915, hija de padres canarios.

La noche que nací mí mamá le dijo a una vecina que no sé su nombre... Oye dónde está mi esposo y ella le dijo: en los bailes. Mi madre se levantó, acabada de parir ese día y se fue para abajo de un platanal para arrancar la yuca para almidonar y ya estaba tuberculosa, le daban fiebres, muchas fiebres y tuvimos que irnos para Canarias, entonces mi papá cargó con todos los muchachos para Canarias, primero mandó a buscar a las hembras...

Leonor llegó a Canarias con un año y se quedó hasta los 19 años. Como su padre era leproso los niños no querían jugar con ella y le pusieron de mote *la lagartija*, por su abuelo al que llamaban *el lagartijo*. Como la maestra no la defendía ni hacía nada por ella, un día ella le dio un mordisco y casi le arrancó un dedo. Desde entonces la llamaron *la perra Olivia*. No volvió más a la escuela. No aprendió a leer ni a escribir pero sí a bordar, con unas monjitas. Luego, de mayor, iba a la ciudad a vender tomates. Al morir su madre, su padre regresó a Cuba con los tres varones y dejó a las tres hijas al cuidado de su tía Antonia. Dos años después su padre mandó llamar a sus dos hermanas mayores y ella se quedó sola con su tía y su marido, Juan, que también era leproso.

A los 17 años de edad tuve mi primera relación sexual, fue con un primo mío y no medió amor y pasión, sino curiosidad, la experiencia fue tan frustrante que mi carácter cambió a partir de aquel momento y me convertí en una joven preocupada, seria y taciturna. De esa experiencia salí embarazada de mi primera hija.

El chico le dijo que se casaría con ella pero ella no quería ni verlo. En eso, a él lo alistaron, lo enviaron a África y poco después murió.

Mi tía me propuso abortar y yo me negué, también me propuso entregar la criatura a la casa cuna cuando la pariera y yo también descarté esa opción, decidí que mi hija nacería y que yo lo cuidaría. Mi tía tuvo que contarle a su esposo mi desgracia y aquello fue tremendo porque fue a ver a mi primo y lo quiso obligar a casarse conmigo, cosa que yo no acepté y entonces le pedí a mis tíos que escribiesen a mi padre para irme para Cuba y este respondió que sí, que en cuanto diese a luz me recibiría

Hizo el viaje en el “Marqués de Comillas” que salió de Santa Cruz de la Palma para La Habana en agosto de 1934.

Una noche, estando yo en mi camarote con mi pequeña hija entro en él un desconocido que tomó en los brazos a la niña y me amenazó con tirarla al mar si yo no me le entregaba; con mucho miedo accedí a los caprichos del extraño y una vez que vio satisfechos sus deseos se marchó rápidamente y no volví a verlo más. Hice el resto del viaje encerrada en el camarote sin apenas salir para nada, un matrimonio me ayudó y me llevaba los alimentos y el agua. De esa relación

salí embarazada pero en Cuba me hice un aborto.

Cuando llegué al puerto mi padre me estaba esperando, ahí fue donde lo conocí, recuerde que me había dejado en Canarias desde muy pequeña al cuidado de mi tía. Mi padre me protegió de una prostituta que estaba en el puerto seleccionando muchachas jóvenes, vestía de una manera rara y estaba exageradamente pintada, se me aproximó pensando que venía sola y me palpó los senos y las nalgas y me miró los dientes.

En la casa eran muy pobres, su padre no tenía trabajo –vendía pollos por la calle– y comían sobre todo harina. Además, su llegada provocó muchos celos entre sus hermanos, porque conseguía mejor comida pidiendo limosna. Al final se fue a vivir con la tía Sixta que trabajaba en una fábrica de tabacos. Ella le llevaba todos los días el almuerzo y así conoció a su primer compañero, que era farmacéutico. Se fueron a vivir juntos sin casarse. Tuvo un hijo con él al que llamó Gabriel. Pero se negó a ponerle el apellido del farmacéutico por lo que éste se peleó con ella. Luego ella supo que convivía a la vez con otra mujer y se separó de él. Él intentó quitarle al hijo y ella pleiteó. Ganó la custodia y una pensión alimenticia de cuarenta centavos. Poco tiempo después su padre la colocó de criada. Luego fue tabaquera y limpiadora en el Hotel Nacional.

Mi padre en aquel tiempo comenzó a trabajar en la provincia de Matanzas con unos haitianos, una noche soñó que mi madre le decía que le iba a dar un número de la lotería para que se sacara el premio y que tenía que comprarlo en una tienda en Matanzas, mi padre así lo hizo y se sacó la lotería, el dinero lo repartió entre los familiares que cuidaban de sus hijos. Esto sucedió tres veces, la tercera vez se sacó el premio mayor, compró la hoja completa y la escondió, luego que comprobó que el billete escondido era el premio mayor vino a La Habana, lo cobró y lo depositó en el banco, pero no tuvo suerte, los bancos al poco tiempo quebraron y perdió todo el dinerito.

El fracaso dispersó a la familia. Leonor se casó y tuvo otra hija con un vendedor de lotería que se unió a la lucha revolucionaria. Escondía armas y vendía bonos. Ella ayudaba llevando paquetes. Conoció a Haydee Santamaría, a Jesús Menéndez, a Armando Hart, a Amaury Pérez. Les persiguió la policía y tuvieron que cambiar de casa constantemente. Detuvieron a su hija Fidela y cuando la soltaron, unas monjitas la sacaron a Venezuela. Ella la iba a visitar y hacía de correo para los exilados. En la huelga revolucionaria del 9 de abril se sumó al comando de Pastorita Núñez, escondían compañeros, cuidaban heridos, buscaban casas seguras. Vio a los militares de Batista arrastrar cadáveres por las calles.

Regresó a Canarias hace diez años, la encontró muy adelantada. Pero dice que no la gustaría vivir allá.

Mi historia está aquí en Cuba, mi mundo, mi historia es muy triste... Hace diez años fui a Canarias... Está muy adelantada, cuando yo vivía yo tenía... Que llevar una en la cabeza, tenía que buscar el agua salada para cocinar porque no había agua, cuando yo fui allá que yo veo el agua me retrate en la fuente agachadita cogiendo agua... No me gustaría volver a vivir allá... yo cuando estuve tres meses en Miami con mis nietos estaba loca por venir... Viví en La Habana

Vieja, en el Cerro y en muchos lugares de La Habana... Vivo con mi hija Margarita..., tengo un nieta en Murcia, otro en Miami, otra en Miami y otro en Miramar. Cuba es mi mundo



Leonor Fumero

Miguel Suárez Castellanos

Con todo lo que usted sabe...

Miguel Suárez Castellanos nació en Moya, Pueblo de la Margaza, Canarias, en 1917 donde vivió hasta la edad de 9 años. Era una aldea muy pobre: no había luz, ni carretera, ni nada.

La situación económica de la familia yo creo que no era muy mala porque a nosotros nos mandaban a estudiar..., cuando yo vine el 80% eran analfabetos, sin embargo cuando yo vine ya entre en el cuarto grado. Porque a parte de ir a la escuela, la única que había allí... mis abuelos le pagaban a un viejito para que nos diera clase, (también) tenían finca... Bueno ahora cuando fui allá me quede azorado, el que mas mal está tiene dos carros.

En la familia todos trabajaban en el campo: en el trigo, en el maíz, en la piña... Los hombres viejos eran los que mandaban. Si moría el hombre, mandaba su viuda, y luego el hijo mayor. Jugaban a la garrocha y a la pelota. Desayunaban queso con gofio, almorzaban potaje y gofio...

Como había guerra en Marruecos, el padre de Miguel salió huyendo para no ir a servir allá, lo mismo que antes y después de él habían hecho y siguieron haciendo sus tíos. Era siete u ocho y siempre había dos o tres en Cuba, en un continuo ir y venir.

Ellos (mi familia) siempre venían, venían dos hermanos este año y a los dos o tres años iban y venían otros dos, pero cuando el viejo mío vino no quiso volver mas nunca allá,... Vino en el año 26 y murió aquí decía que allá no se le perdió nada... porque el trabajo allá era duro, todos trabajaban en el campo, mi abuelo tenía una finquita que era bastante grande; pero yo era muy vago para trabajar, un día mi abuelo mando a trabajar a mis hermanos, a los tres hermanos y luego a la hora de pagar a todo el mundo le dio una peseta y a mi me dio un kilo y dijo no miren porque le di bastante, porque yo estaba en el abastecimiento y estaba buscando lío para hacer huevo frito y eso...

Pero cuando el padre de Miguel llegó a Cuba ya no quiso volver a España. Montó un cafecito y mandó llamar a la familia.

Emigre a los 9 años con mis dos hermanos y con mi mamá, cuando entramos por el malecón al ver tantas luces me parecía una cosa del otro mundo, porque estuvimos allá fuera sin poder entrar como desde las cuatro de la mañana hasta las seis que abrían el puerto... porque no había práctico para entrar parece.

Uno de sus tíos había montado una lechería, con vacas y todo, y la familia entera se metió en el negocio. El padre de Miguel abrió otra lechería cerca de la Catedral y luego abrió un café en el año 33 frente al Capitolio. Miguel se dedicaba a hacer mandados. Más tarde, la familia le ayudó a poner su propio negocio cerca de Cuatro Caminos. Estuvo allí 16 años.

Casi todos los isleños trabajaban en cafés, casi todos los cafés en La Habana eran de

isleños... Pero la mujer de isleño no trabajaba... Ahora sí, el otro día fui a un banco y me dijeron: mira, aquella es la supervisora

Le gustaba mucho bailar. Conoció a su mujer en un baile, ella era cubana, bisnieta de isleño. Estuvieron bailando toda la noche y luego ella lo llamó a las dos semanas y se hicieron novios y ella ya no se separó de él ni a sol ni a sombra. Trabajaba en una perfumería y se había casado con un telegrafista que durante la guerra de España intentó pasar armas por el Cantábrico. Lo apresaron y como llevaba pasaporte de nacionalidad española lo fusilaron. Ella se quedó viuda y con una hija diabética así que, una vez casada con Miguel, decidieron no tener más hijos. Con el tiempo fueron llegando algunos de sus tíos y siguieron abriendo cafés, ganando dinero y vendiéndolos enseguida. Su padre no. Su padre siempre tuvo el Café del Congreso hasta que la final tuvo que venderlo sin ganar nada.



Miguel Suárez

Aquí mi primer trabajo fue con la revolución, yo trabajé con el viejo mío en el Café, después me ayudaron a poner uno allí en Villegas y Carmen, cerca de Cuatro Caminos..., entonces allí estuve 16 años... porque no había forma de poder salir de ahí, cada vez que llovía el agua llegaba a esta altura (cintura),... Allí pasé mucho trabajo, estuve como dos o tres años bien pero al final fueron a buscarme para hacerme cargo del mínima de Casalta, allá en quinta y dos en Miramar... Un administrador me enseñó y me dijo mira esto es fácil, cuidate de las cajeras y del jefe de almacén... (...) treinta y ocho empleados tenía yo.

Miguel se hizo socio del Centro Canario y también del Centro Asturiano. A él y a sus primos les decían los polacos porque eran rubios, y cada vez que se lo decían se peleaban. Después de la Revolución se puso a estudiar taquigrafía y mecanografía, perteneció al sindicato de gastronomía, fue vanguardia regional y se dedicó a administrar bares y restaurantes. Desde que enviudó, hace seis años, vivía solo pero ahora vive con unos familiares y ha acabado cuidando a su hermano que está enfermo.

Dice que los canarios le aportaron a Cuba *trabajo, mucho trabajo*. Sobre todo en el campo. *Usted va al campo aquí y oye muchas palabras isleñas en todos lados*. Cuando volvió a Canarias notó el cambio: *Allí en Guira hay un barrio que le dicen el barrio de los millonarios, todos los que sembraban ajo tienen dos máquinas, y un garaje, y un tremendo chalet...*

Los que van a España ahora, dice, van buscando lo que nosotros vinimos buscando aquí. Eso es lo que a veces le dice a una sobrina: Con todo lo que usted sabe...

Manuel González Castillo

Un hombre atrapado entre dos Islas

Manolo nació el 4 de julio de 1928, en la Orotava, Tenerife y llegó a La Habana en el año 1929 con sus padres y su hermano. Su padre era también originario de la Orotava, propietario de fincas de labranza, y pertenecía a una familia con fuertes raíces en Cuba.

Su bisabuelo José Pérez Cabrera era hermano de Leonor Pérez Cabrera la madre de José Martí. El vivió en Cuba en la primera mitad del siglo XIX y regresó con el resto de la familia a España quedando solamente Leonor en la Isla.

La madre nació cerca de la Habana en un pueblo llamado Guara. Ambos se conocieron en Cuba a donde su padre emigró por primera vez en 1905 cuando fue a visitar a su tía-abuela Leonor Pérez Cabrera quien le consiguió un empleo en el antiguo *Central de Merceditas* situado en Melena del Sur. Posteriormente adquirió una finca de su propiedad denominada *El Desquite* en la misma Melena de Sur. Es en este lugar donde tiempo después conoció a una bella cubana hija de emigrantes canarios llamada Fidelia Castillo de la cual se enamoró y después de vivir unos años en *El Desquite*, se trasladaron a la Orotava.

A Fidelia, la vida en las zonas rurales de Canarias le resultó muy hostil. La falta de alumbrado público, las dificultades en el acceso al agua y un entorno familiar muy conservador de judíos sefarditas hicieron enfermar a esta caribeña que provenía de un entorno más alegre y con menos prohibiciones para las mujeres.

Cuando decidieron regresar a la Habana en 1929, la crisis financiera les llevó a la ruina al perder todo el dinero que tenían depositado en el Banco Español. Empezar de nuevo con dos hijos y una mujer enferma fue un golpe tan demoledor que la depresión se adueñó de su padre y falleció en enero de 1932.

Así quedaba yo huérfano de padre con cinco años de edad y con una madre enferma de los nervios. Aquí empezaba una difícil etapa de mi vida. Mi mamá se casa nuevamente con otro emigrante canario de nombre Salustiano y el cual nos toma a mi y mi hermano Pablo prácticamente como sus empleados... Era un hombre profundamente ignorante y violento. Recuerdo que de niño él le cosía con hilo de coser los ojos a los bueyes para que no miraran.

Manolo y Pablo, su hermano, realizaban los trabajos más duros transportando pesados contenedores de leche de un pueblo a otro como arrieros.

Yo sentía un profundo desprecio por él. Mi madre que fue una mujer educada y con cierta cultura quedó atrapada con un hombre totalmente medieval y machista. No la dejaba salir prácticamente y con ella tuvo otros cuatro hijos: Francisco, Antolín, Marcela y Mirta.

Abandonó la casa materna junto con su hermano a los 14 años, trabajó en todo cuanto pudo para poder sobrevivir y entró en el ejército donde consiguió cierta estabilidad

económica. Muy joven comenzó a frecuentar los bailes de los Centros Regionales Españoles especialmente el Asturiano y el Gallego donde se daban grandes fiestas los fines de semana.

En estas fiestas conocí a una mujer que ha sido el gran amor de mi vida Berta Pagés y Pagés. Ella me cautivó desde que la conocí, su familia era emigrante también, de Girona en Cataluña. Empezamos a salir y me presenté a pedirle la mano a la familia, quien aceptó después de varios intentos. Sus padres eran magníficas personas con los cuales conocí realmente lo que era nuevamente una familia.

Berta y Manolo



Manuel y Berta tuvieron cinco hijos varones: Manuel, Ernesto, Héctor, Juan Carlos y Julio César a los que educaron en el respeto a su doble origen cubano y español. No faltaron en este hogar los juegos y las canciones tradicionales españolas, sobre todo, los villancicos navideños. El mestizaje de costumbres también se plasma en los gustos culinarios de todos los miembros de la familia. Educaron a sus hijos en el respeto a la diversidad de opciones personales, profesionales y políticas, incluso en los aspectos religiosos, ya que Manuel se confiesa de origen judío y Berta es católica.

Después de la Revolución se trasladaron a vivir a un barrio –Luyano– eminentemente gallego donde los hijos se criaron jugando en los salones de la Benéfica gallega y en terrenos cercanos a las Hijas de Galicia.

Le fascinaba cómo hablaban los gallegos y recuerda que de niño su hijo más pequeño Julio César le preguntaba: *Papá, ¿qué quiere decir morriña? Él, no por casualidad, se hizo historiador y escribió un libro sobre este barrio y las mujeres gallegas. Estoy muy orgulloso de todos mis hijos los cuales se han hecho en Cuba profesionales en la rama que han querido. Ellos son dueños de sus vidas y son mi gran orgullo.*

Su deseo hasta el final de sus días, ya que falleció en La Habana en septiembre de 2007, fue el de poder volver a España:

Realmente siempre me he sentido un hombre atrapado entre dos Islas: Cuba y Tenerife. Espero muy pronto de nuevo visitar España para poder deshacer tanto mar que me separa. Muchas veces sueño que estoy en la Orotava de niño, corriendo.

méxico

Claudio Román Fernández

De la enseñanza a los negocios pasando por el corazón

Claudio Román Fernández nació en la provincia de Orense en 1956 en el seno de una familia de labradores gallegos empeñados en dar una formación a sus hijos. Es el menor de seis hermanos. Su padre emigró a Suiza en busca de nuevas oportunidades y su madre se quedó sola con los hijos. Ella se encargó de cuidarles, de llevar la casa y de atender el trabajo del campo. Claudio se trasladó con un hermano suyo a estudiar a Santiago de Compostela, donde trabajaron de pintores, cortaron árboles, arreglaron carreteras, fueron camareros y dieron clases particulares. Se licenció en Ciencias Químicas y antes de partir hacia América estuvo trabajando en la administración pública. Pertenece a una de las últimas generaciones de españoles que cruzaron el océano.

Su trayectoria responde a un perfil diferente al que ha definido tradicionalmente a la emigración española. Claudio no huía del hambre ni de la represión del franquismo. Pertenece a otra generación y sus aspiraciones son el resultado de otra situación social. Fue a *conocer América*, con la idea de hacer un doctorado en Estados Unidos y regresar a España.

A mi me tocó otro tipo de emigración, más bien la de gente con carrera, con estudios, de los (años) 80 y 90. La emigración ya estaba en su declive. Yo he debo de haber sido de los últimos de la emigración. Yo vine con la idea de incrementar mis estudios de hacer un doctorado en Estados Unidos y regresar a España a trabajar como químico. Las circunstancias fueron cambiando y quedé arraigado en este país... No sufrí ningún tipo de problemas de emigración porque venía con un trabajo, me situé en un buen nivel.

Antes de llegar a México pasó brevemente por Londres y Nueva Orleans. Su conocimiento sobre el país azteca hasta entonces se limitaba a lo aprendido durante sus estudios: la existencia de una poderosa oligarquía y las noticias sobre la matanza de 1968 en la Plaza de las Tres Culturas. Pronto averiguó el significado de la palabra “mordida” y aquel descubrimiento le impresionó.

La ciudad era tranquila, el único problema que había eran los policías. Los policías (son) un daño muy grande que le han hecho a la ciudadanía. Era el peor enemigo del ciudadano, poco a poco se ha ido cambiando pero la forma de comportarse de las autoridades todavía no logro entenderlo; es algo que tiene que cambiar porque sino la situación social va a acabar siendo un caos. El hecho de que no haya justicia, que no la hay, se imparte según las circunstancias, los policías son corruptos y esto lleva consigo un desorden social.

Tampoco sabía lo que significaba el término “gachupín” Claudio simplemente lo

identificó como sinónimo de “español”. Sin embargo, las buenas expectativas de México, su facilidad para encontrar trabajo como profesor de química, y su visión del mundo empresarial fueron variando sus primeras impresiones sobre este país.

Yo no sabía lo que significaba la palabra “gachupín”, eso me lo comentaron después. Yo interpretaba que “gachupín” era el español. Poco después me comentaron que significaba “hombre a caballo”. Ofendía porque era una manera de discriminar. Depende del tono en cómo te lo digan, si te lo dicen en un tono fuerte significa que obviamente eres el conquistador, el agresor, el que viene a interrumpir algo. Si te lo dicen como raza, lo aceptas, todo depende de la persona de quién venga y de cómo te lo digan.

Claudio extrañó al principio el tipo y la forma de las relaciones sociales que se establecían en México, tan diferentes de las que el había conocido en España. El *Club Asturiano* suplió la falta de bares y cafés, o la carencia de los paseos, tan apreciados por los españoles en su tiempo libre. Cuando ya estaba casado y con tres hijos, se incorporó al citado club con otros matrimonios jóvenes. Poco a poco fue consolidando su propia vida profesional, familiar y social y fue cambiando sus iniciales pretensiones de formarse y regresar a España. Sus planes se dibujan a largo plazo y aspira dentro de unos años a hacer compatible su vida en México con largas estancias en su país de origen.

Yo no me hice ni sueños de mi regreso, yo soy muy realista. Yo se que voy a regresar en una etapa en la cual yo haya resuelto mis problemas económicos; para eso trabajo y para eso hago planteamientos a largo plazo. No soy de los de corto plazo y mi largo plazo es disfrutar mi vejez el 50% en España. Seguiré vinculado siempre con México, mientras pueda físicamente haré la etapa de seis meses y seis meses.

Ha impartido clases durante veinte años y ha puesto en marcha varias empresas que le permiten llevar una vida desahogada económicamente. Su aguda visión del negocio ha sido crucial durante estos años y piensa que ha tenido una importante aportación a la vida social y cultural de México.

Yo pienso que he aportado mucho, he formado 24 generaciones de alumnos a nivel de preparatoria y los he formado con una mentalidad de razonamiento, de pensar, de lógica y eso me da mucho orgullo, de haberlo realizado y sobre todo, cuando me reúno con exalumnos por cualquier motivo, las palabras de aliento y felicitaciones. Por lo tanto, fui una pieza más del engranaje de la España actual y soy un engranaje del México actual.

Todo ello, unido a la familia que creó en México, terminó por ligarle definitivamente a este país, donde reside desde entonces. Es, sin embargo, muy crítico con diversos aspectos de la vida social mexicana, especialmente con lo que el considera como *escasa cultura política* de sus ciudadanos.

Rosario Zamarro Esteban

La eterna añoranza de España...

Rosario Zamarro Esteban nació en Madrid en 1929. Su padre era zapatero y su madre “ama de compañía”. Es la mayor de dos hermanas. A los dos años de edad le trasladaron al pueblo materno, donde fue criada por su abuela en el medio rural. A su regreso a Madrid, siendo aún muy niña, le sorprendió el estallido de la Guerra Civil mientras estudiaba en un colegio religioso. Durante la contienda fue evacuada a Francia. Sus recuerdos sobre la posguerra están marcados por el hambre y la sensación de haber perdido la inocencia, la niñez...

Una de las cosas que más me afectó fue tal vez el no estar con mi padre cuando nos llevaron de evacuada a Raiman. Eso me marcó mucho, que nos iban a llevar a Francia. Luego ya con mi padre, una vez que nos llevaban nos metieron en un camión con soldados y me llevaban tapada con una manta. Me llené de piojos, me tuvieron que cortar el pelo. No te dabas mucha cuenta de lo que estaba pasando, sólo lo que oíamos. (Lo pasé) muy mal, pasé mucha hambre, del 39 al 42, la posguerra fue terrible, muchas necesidades y mucha hambre, todo. Perdimos la infancia, perdimos mucho, porque no pudimos tener una cultura y una preparación en comparación con los que nos siguieron.

Con 16 años se enamoró de Antonio. Sin embargo, tuvo un noviazgo bastante largo, ya que no se casó hasta los 28 años, algo poco habitual por entonces. Ha sido una emigrante bastante tardía. La desencadenante de la migración familiar fue una mujer, su hermana, casada con un mexicano. El segundo marido de ésta última –se separó muy pronto del primero–, animó a Antonio a emigrar a México en busca de un trabajo mejor y de nuevas oportunidades. Rosario se quedó sola en Madrid con sus dos hijas en medio de una difícil situación, entristecidas por la marcha de su padre a un lejano país. Las noticias del estado anímico de Rosario llegaron a su marido y Antonio llamó al resto de su familia para reunirse todos juntos en México.

Rosario llegó en 1970 con sus hijas, que contaban entonces con once y nueve años respectivamente. Tanto ella como su familia tuvieron unos comienzos muy difíciles en México. Vivieron durante los primeros tiempos en algunas de las zonas más pobres de la capital, concretamente en el viaducto Alemán e Isabel la Católica, “un lugar de paso donde paraban todos los que habían huido de Cuba”, según sus propias palabras.

Antonio me escribió para venir con las niñas. Nos instalamos provisionalmente en un departamento muy humilde, situado en un barrio de muy pobre, el único que podíamos permitirnos. Yo lloraba todo el día y no sabía como decirle a mi marido que nos volviésemos a España. Fue muy duro. Ahora, cuando me dice mi hija, que alguien se va a España, yo le digo que lo piensen bien, porque es muy duro dejar tu país, y eso que nosotros teníamos la ventaja del

idioma que al menos las cosas son iguales, judías son ejotes pero es igual. No me arrepiento de haber venido, pero no aconsejaría a nadie que saliera de su casa.

A los dos meses cambiaron de vivienda. Poco a poco y con grandes esfuerzos comenzaron a mejorar su situación económica. Pese a todo, la adaptación de Rosario y de sus hijas fue lenta y difícil. La madre, preocupada por la seguridad de las niñas en un país del que desconocían casi todo, vivió con ellas sus problemas de integración en los primeros colegios. Las propias hijas recuerdan aquellos difíciles momentos de su adaptación:

Y casi me expulsaron por el idioma. Cuando llegas a un colegio nuevo como extranjera me empezaron a decir: “¿Qué es una torta?” Yo pensé, que bueno también había tortas en España y le dije: “¿Quieres saberlo?”. Y le metí un bofetón de miedo, además también nos llamaban cachupinas, muerta de hambre, exiliada... Luego nos cambiaron al (colegio) Sara Alarcón, donde había mucho extranjero, peruanos, chilenos, como iberoamericanos, hasta libaneses y judíos estaban juntos era un colegio laico, y las celebraciones las celebraban en un templo evangelistas

Rosario confiesa no haberse adaptado totalmente a la sociedad y al carácter mexicanos. Nunca ha pensado en obtener la nacionalidad de este país. Pese a todo, cree que no volverá a España. Su máximo orgullo lo constituyen sus hijas y los estudios que su marido y ella han podido proporcionarles.

Tenía y tengo mucha nostalgia de España, porque dejé todo, una casa puesta, mis amigos, mi familia, mi madre, mis ideales, todo. Extrañaba mucho mis amigos y mi modo de vivir. Mis hijas que ahí salían a la calle y aquí encerraditas. Hoy en día ya no extraño nada, porque hoy en día si siento alguna desesperación ya tengo como cubrirlo. Siento nostalgia por mis cuñadas y por mi sobrino que crié desde pequeño, que es como mi hijo. Ahora mismo yo no me iría a vivir allá. (...) No me siento plena ciudadana, tengo derechos relativamente porque no tengo voto. Pero siento por México cariño, bienestar, agradecimiento... Me acogió, vivo bien.

Leonor Sarmiento Pubillones

Siempre seremos refugiados...

Leonor Sarmiento Pubillones nació en Asturias en 1924 en el seno de una familia acomodada. Su padre, un hombre intelectualmente inquieto, fue periodista y diputado durante la Segunda República y trató de inculcar el amor a la lectura a sus seis hijos.

Para mí fue una época dorada, yo salí de allí muy chica pero todo estaba bien. Mi familia era una familia acomodada. Mi padre siempre luchó por mejorar la vida del campesino asturiano. Era agricultor, periodista, fundó varios periódicos en Asturias. Mi padre fundó una biblioteca con lectores que mandaban en el invierno a los pueblos para que le leyeran a la gente que no sabía leer. No había cine ni teatro. Tenía pocos estudios, mi madre sí, fue hasta los 20 años al colegio, mi abuela también era muy culta. Nuestra casa era propia, había luz, baño y muchos libros.

Su vida y la de su familia se vieron interrumpidas por la Guerra Civil española. Los desastres de la contienda se llevaron los recuerdos infantiles de la playa de Ribadesella. Tuvieron que exiliarse en Francia en 1939 y allí se vieron también atrapados por el estallido de la Segunda Guerra Mundial.

La guerra cambió totalmente mi vida, mucho, mucho. Yo nunca volví a tener una casa como la que tenía allá, ni las cosas que teníamos. Ya no pude ir a la escuela. Yo iba a entrar al bachillerato en el 36 y ya no pude entrar. Vino la guerra y se desbarató todo. Salimos de Asturias el año 37 y pasamos a Francia, y de allí pasamos a Cataluña. Regresamos a los dos días Ahí, en Cataluña, estuvimos a un pueblo en la provincia de Lérida y ahí nos quedamos hasta febrero del 39. Iba mi padre, mi madre, mi abuela que murió allá, una hermana que nació allá y los otros 5 hermanos. Añorábamos la casa. Mi abuela, la pobre, se murió de pena. Teníamos un departamento muy bonito que daba hacia el río Segre y ella se aburría, se sentía encerrada, enclaustrada, y eso que era un departamento bonito comparado con lo que después tuvimos. Ella sufría mucho, y yo con ella. Mi madre estaba muy enferma. Mi hermana nació muy, muy chiquita, había mucha dificultad para alimentar a mi hermana, ninguna leche le sentaba, hasta los tres meses ya por fin pesaba 3 kilos.

Conocieron la ocupación nazi y la resistencia francesa en medio de un clima de miedo por su condición de refugiados republicanos. Pese a todo siempre mantuvieron la esperanza de regresar a España, especialmente una vez que se produjo la victoria de las tropas aliadas. Durante esa época comenzó a trabajar en un taller de pantalones y poco más tarde en una fábrica de ropa infantil.

Sus padres y sus hermanos se vinieron a México en 1951. Ello fue posible gracias a la mediación de una amistad de su familia, que gestionó también su propia salida de España. Leonor llegó un año más tarde, con su hija y su marido, un español al que había conocido en Francia. Tras su llegada a México comenzó a trabajar en una empresa textil,

mientras su marido se dedicó a hacer traducciones del inglés, francés y alemán. Más tarde Leonor montó su propio taller que fue creciendo poco a poco. Sin embargo, en 1994, y debido a la devaluación de la moneda y la crisis económica, lo perdió prácticamente todo, incluida su propia casa.

Su formación académica se vio truncada por la guerra, pero siempre quiso estudiar una carrera de letras. Quizás por ello se ha sentido atraída por el Ateneo Español en México, donde se reunía con otros exiliados e hijos de exiliados españoles y donde compartían sus esperanzas de ver el fin de la dictadura franquista.

Acudía al Ateneo y me gustó mucho por ver la cantidad de personajes que desfilaban por aquí. Cuando podía iba algún acto del Ateneo. Todos eran de origen español, la mayoría eran exiliados. Normalmente nos reuníamos (para) hablar de España y de Franco. Era el tema principal, se compartían recuerdos pero, sobre todo, la situación política de España y lo que deparaba el porvenir, siempre con la esperanza de volver. Pero cuando las Naciones Unidas reconocieron a Franco, ese fue el primer mazazo tremendo que recibimos. Yo todavía estaba en Francia. Fue cuando decidimos venirnos a México, y después, cuando Franco murió, ya se había caído esa barrera pero había pasado tantos años que a qué regresábamos a España. Ya todo se había perdido, ya habían pasado 50 años o más y no era hora de emprender una aventura en un país que nos sabíamos como iba a funcionar.

Leonor ha sido presidenta del Ateneo Español y actualmente sigue siéndolo en calidad de emérita. Cuando murió Franco, en noviembre de 1975, como ella misma comenta, llegó a plantearse el regreso, pero entonces contaba ya con cincuenta años y a esa edad pensó que empezar de nuevo en su país de nacimiento era una empresa demasiado costosa. A pesar de la buena adaptación que ha tenido dentro de la sociedad mexicana, siempre le ha acompañado, como una herida, el estigma del refugiado.

Mira, como dice Sánchez Vásquez, toda la vida hemos tenido las maletas hechas para regresar, él dice en uno de sus trabajos “Fin de Exilio, exilio sin fin” donde dice al final que llegamos a la conclusión de que siempre seremos refugiados. Y eso es, vas a España y estás pensando en regresar a México y estando en México. Siempre pensarás en España. Ya cuando murió Franco que era el momento de regresar, yo tenía aquí unos 50 años y llegar a un país a empezar a los 50 años no es tarea fácil.

María José Pérez Villanueva de Castello

La española “claridosa” que emigró por amor

María José Pérez Villanueva de Castello nació en Valencia en 1949 en el seno de una familia de clase media. Su padre luchó en el bando republicano durante la Guerra Civil. A pesar de ello –o quizás por eso mismo–, se define a sí misma como una “hija del franquismo”, educada en los valores tradicionales que entonces se imponían en la escuela franquista. Estudió la educación primaria en el colegio público *San Vicente Ferro* de la capital del Turia hasta su ingreso en el instituto. Sus recuerdos de aquella época están marcados, además, por la experiencia vivida de las terribles riadas que asolaron Valencia en el año 1957 y que causaron numerosas víctimas mortales.

Tras terminar sus estudios en el instituto pensó en matricularse en la carrera de Enfermería pero terminó inclinándose por Turismo. Conoció por entonces al hijo de un exiliado español de origen catalán que residía en México y pasaba los veranos en Valencia. Su padre había montado en aquel país una empresa de piezas plásticas. Él se integró en el grupo de amistades de María José. La relación fue haciéndose más estrecha, se enamoraron y se casaron en 1971, tras dos años de noviazgo.

Yo emigré porque me enamoré de un hombre que vivía aquí. Él es catalán, nacido en Barcelona, pero a consecuencia de la posguerra también se trasladó con su familia aquí, a México. Yo lo conocí un verano en el pueblecito donde pasábamos los veranos, allí vivían sus abuelos. Él se integró a la pandilla, nos conocimos, empezamos a escribirnos, se fue, regresó otras veces. En aquél entonces yo tenía 14 años y él 17. Hasta que nos casamos pasaron 7 años. Fuimos amigos de carta por mucho tiempo. Y me escribía con él al igual que con otros muchachos que conocía de otras partes.

María José tenía su trabajo y su vida organizada en Valencia y el nivel de vida de la España de entonces había experimentado un importante desarrollo en la última década. Sin embargo, cuando su marido, siendo aún novios, le planteó la posibilidad de emigrar a México no tuvo la más mínima duda. Su destino estaba junto a él allá donde fuera.

Llegó a este país con la idea de formar una familia y lo logró, aunque con esta decisión renunció a ejercer su carrera profesional. Tiene tres hijos –dos chicas y un chico– y disfruta de una vida económicamente acomodada. Sin embargo, el nacimiento de su primera hija, le sumió en una profunda nostalgia, derivada en gran medida de su nueva condición como ama de casa.

Yo echaba de menos la compañía familiar, el apoyo familiar que te da tu familia: padres, hermanos, etc. Porque ya no tenía a mi familia cercana para poder, por ejemplo, dejar un rato a mi hija encargada. Mi familia política se portó muy bien, pero yo jamás he querido tomarme atribuciones que no me correspondían. Es que mientras eres hija no le das la importancia a tu madre

hasta que eres madre y eso fue lo que me pasó. Yo la valoré ya que era madre. Afortunadamente tenía un marido que cumplía sobradamente el concepto de cariño, de amor, de padre, de esposo.... Pero estaba yo sola. Y se me notaba. Y mi marido lo notaba porque me decía que sólo me reía yo a gusto cuando llegaba a Valencia. Yo no lo notaba, pero él sí. Y es que finalmente, los tuyos son los tuyos y tu tierra es tu tierra....

Una de las cosas que más le impactaron de la capital fueron sus enormes distancias, la escasa altura de las casas y la carencia de una costumbre como la del paseo, tan popular en España.

Lo que más me impactó de todo fue que no había a donde ir a dar una vuelta, como se estila en España, que te vas al centro o a donde sea y das una vuelta, en un lugar marítimo o en el Paseo de Gracia o en la Plaza Mayor o por donde quieras de cualquier ciudad de España, que das la vuelta, te tomas algo, ves escaparates, caminas y se pasa el tiempo dando una vuelta y regresas a tu casa. Mi marido me decía que a dónde quería yo ir, porque acá es cosa de subirse al coche e ir a donde necesites. Eso fue lo que más me llamó la atención de todo. Que no se paseara por la calle.

Trató de encajar dentro de uno de los espacios sociales más populares, el Club España, pero no llegó a conectar con este tipo de hábitos ni de relaciones. Durante años ha mantenido vivas las tradiciones españolas, como la celebración de los santos, los cumpleaños o las fiestas, al menos mientras sus hijos fueron pequeños.

María José ha asistido a lo que ella reconoce como una degradación de la situación social y económica de México. La ciudad, (D.F.) se ha convertido, en su opinión, en *un monstruo con patas* donde resulta muy difícil para las parejas jóvenes un acto tan cotidiano como llevar a sus hijos a jugar a un parque.

María Isabel Rull Valdivia

Ni “gachupina” ni exiliada

María Isabel Rull nació en Almería en 1949 en una familia de tradición republicana y socialista. Gran parte de ella se exilió en México tras la Guerra Civil. Su padre tuvo que enfrentarse a una dura posguerra y cargar con el estigma de la derrota que marcó a su familia.

Yo nunca supe que estuve en la posguerra civil española. Ahora, veo que sí. Nací en plena dictadura franquista. De pequeña, me pusieron en un colegio de monjas, porque el 80% de la educación estaba en manos de religiosas. Nadie hablaba de la guerra (...) La abuela paterna viene a México porque metieron a mi abuelo a la cárcel y los 2 hermanos mayores de mi padre tenían también cargos, porque pertenecían al Partido Socialista, entonces tienen que poner pies en polvorosa cuando termina la guerra. Hay uno que llega a Orán y ahí se está 8 años malviviendo. Y la hermana (...), que tiene ahora 96 años, ella pasa los Pirineos caminando, entre la nieve y se va a Francia de donde se va a Cuba y vive ahí 8 años y luego de Cuba pasa a México.

María Isabel siguió los pasos de su madre y estudió magisterio, –que luego completaría en México con Filosofía–. Sin embargo, la mala situación económica y social le obligó a dejar los estudios y a presentarse a unas oposiciones del Instituto Nacional de Previsión. María Isabel superó brillantemente la prueba y comenzó a trabajar en esta institución.

Llegó a México en 1972 a conocer a su familia paterna durante unas vacaciones y se enamoró de un ingeniero civil, hijo de exiliados españoles. Su relación retrasó el regreso a España de Isabel desde agosto hasta diciembre, lo que provocó el malestar de sus padres y las reticencias ante un precipitado matrimonio. Su futuro marido se trasladó a Valencia poco después, conoció a la familia de la novia, despejó sus miedos y se casaron en Barcelona.

Se vinieron definitivamente a vivir a México en 1973. A pesar de todo, le costó mucho adaptarse a este país y a la enormidad de su capital. Hasta ese momento su conocimiento sobre México se reducía a los tópicos alimentados por la versión española del “descubrimiento”, plagada de héroes como Hernán Cortés y las películas de Cantinflas. Poco a poco comenzó a conocer algo más del país, sus torrenciales lluvias de verano o la majestuosidad de la selva cercana a Veracruz. Todo era nuevo para ella y todo le impresionaba. Pero la añoranza de su familia, sus amigas y del mar hicieron muy difícil esta situación. La llegada de sus dos hijos durante estos primeros años complicó aún más la situación. Durante aquellos años vivió algunas experiencias que le dejaron profundamente impresionada, como el temblor de tierra de 1985.

En aquella época María Isabel trataba de buscar un trabajo en la educación. Ella tuvo que enfrentarse a nuevas dificultades. Algunas eran de índole burocráticas, ya que

carecía de la nacionalidad mexicana, pero otras eran de carácter personal.

Yo quería trabajar pero mi marido se negó a ello. Bueno, entonces hice mi berrinche y llegó el 85 y lo único que hacía en casa era leer, y cuidar a mis dos hijitos. Y mientras lloraba una noche me llama la subdirectora del Colegio Olinda, que era también refugiada. Me llamó para pedirme una maestra de literatura y me dijo que me había recomendado a mí una maestra de inglés. Y me pidió que fuera. (...) Pero el problema con la escuela es que yo no podía firmar las actas, por no ser mexicana. Un abogado (después de dar muchas vueltas) me comentó que no me iban a dar los papeles, por consigna, que no le daban jamás la oportunidad de trabajar en primaria a ningún extranjero. Y mucho menos en una dirección de escuela. Entonces me vine con un berrinche tremendo, pedí mis papeles y dejé todo por la paz. (...) Y le dije a mi marido que me quería ir a la UNAM a retomar la carrera.

Estudió la carrera de Letras Hispánicas, comenzó a trabajar como maestra de literatura en el colegio “Luis Vives” y su vida cambió. Posteriormente dio clases también en la UNAM. Ha constatado el rechazo existente contra los españoles, a los que muchos mexicanos perciben aún como conquistadores, como “gachupines” y sigue manteniendo su nacionalidad española, aunque ello le impida ejercer algunos derechos como el del voto.

Cuando me tocó ir a cobrar mi quincena en este colegio Olinda, me fui a formar en la fila para cobrar y tras de mí estaba una señora que me preguntó si yo era la chica española que había venido a dar clases ahora al colegio y que si era yo española. Y lo primero que me dijo fue: “No sabes lo mal que me caen a mí las españolas”. Abrí mucho los ojos y pregunté por qué. Y me contesta “¿Cómo es posible que me preguntes eso con todo lo que tus antepasados nos hicieron?”. Y yo, sin perder los estribos, le dije: “Mis antepasados están todos allá. Los suyos fueron los que vinieron a hacer todo lo que hicieron; los míos se quedaron allá.” Esta señora era la directora de primaria y jamás me volvió a dirigir la palabra. Yo creo que la palabra “Españoles” en conjunto, en bola, provoca un cierto rechazo, porque todavía no se acepta... (El) problema de México es que es un pueblo mestizo y sus habitantes todavía no asimilan lo que es el mestizaje. Cuando los mexicanos hablan de sus ancestros nunca lo hacen pensando en España; únicamente son sus antepasados Mexicas, el Azteca. Y hay 50% de sangre europea y 50% de sangre americana. Hasta que eso no sea asimilado, pues es muy duro.

Marta Roig Arellano

La catalana que “se volvió” mexicana

Marta Roig Arellano nació en Tarragona en 1928 y se crió en una familia acomodada. Sus vidas se vieron marcadas por la Guerra Civil, sobre todo por la condición de militar de su padre y su lealtad a la República. Durante la contienda fueron replegándose a medida que avanzaban las tropas franquistas.

Un día se aparecieron mis padres. Ella con uniforme de enfermera, mi padre de militar, con otros señores, también militares, y de eso que nos quedamos... Entonces nos dijeron que había una guerra pero que no pasaría nada, pero llegó Navidad y mi madre le dijo a mi padre que quería con ella a las niñas y nos mandaron buscar y nos fuimos con ellos al frente, y sí, fue una impresión muy fuerte para nosotras, porque en la noche se oían los cañonazos. No tenía miedo porque pensaba que era un juego. Veía como se iluminaba el cielo, no le daba importancia, en ese sentido mis padres siempre trataron de que no tuviéramos miedo, de que estuviéramos tranquilos. (...). Un día la bomba cayó en la casa de al lado y rompió la claraboya y volaron todos los cristales, y como fue de noche íbamos descalzas y mi hermana y yo riéndonos, recogiendo cristallitos de colores. Pero en la casa había caído metralla y vimos a mi padre con una herida y fue cuando empezamos a tener miedo, nos dimos cuenta que eso ya no era broma. Entre que ya eres un poco más grande, que vez que ya no comes, te vas dando cuenta, mi padre cuando oía la sirena nos ponía música, para demostrarnos que no pasaba nada, yo es día que oigo a Beethoven y escucho bombas.

Finalmente, tras padecer varios bombardeos en Barcelona salieron hacia el exilio francés. Allí la pequeña Marta pasó todo tipo de penalidades, cayó enferma y quedó gravemente afectada en una pierna. Sus recuerdos de París en aquella época están profundamente marcados estas vivencias.

El inminente estallido de la Segunda Guerra Mundial hizo que abandonasen el vecino país y se dirigiesen hacia Santo Domingo en octubre de 1939. Allí conoció el régimen de Trujillo. Su madre se quedó sobrecogida por las condiciones políticas y sociales que se respiraban en este país. Su padre facilitó la huida de algunos opositores, lo que le obligó a abandonar Santo Domingo y dirigirse hacia México. Poco después salieron su madre, su hermana y ella misma. Tras hacer escala en Cuba llegaron a Veracruz y de allí a México D.F. en camión, donde entraron el 1 de octubre de 1941. Según sus propias palabras, al cruzar el charco sintió que ya “nunca más volvería a España”. Sin embargo, sus primeras impresiones fueron muy positivas, sobre todo, comparadas con la situación vivida en Francia y Santo Domingo.

Lo veía todo bonito, sabía que ya iba a ir a la escuela otra vez, sentí que ya no íbamos a volver a España; en Francia pensé que sí, pero una vez cruzado el charco ya uno siente que no hay

regreso. (...) Esto me parecía precioso, que aquí iba a ser mi vida, mucho mejor comparado con Francia y con Santo Domingo. Con España no lo podía comparar porque yo recordaba lo diferente que era. En ese sentido mi hermana y yo enseguida nos conformábamos. Yo tengo el recuerdo de que en España teníamos una habitación con unos armarios enormes llenos de juguetes, y cuando salimos a Francia no teníamos nada, recortábamos del periódico los monos que salían y jugábamos con ellos como si fueran nuestros muñecos, yo creo que fue la tranquilidad que nos daban nuestros padres.

Su padre y su madre accedieron a la nacionalidad mexicana, pero ellas tuvieron que esperar hasta cumplir los 18 años. Marta Roig estudio en la escuela Hispano-mexicana la educación secundaria y luego la preparatoria. Su padre quería que sus hijas estudiaran y tuvieran una cierta cultura, aunque le disuadió de su idea de dedicarse a la medicina, como él. “Los doctores son esclavos”, le dijo. Una de las cosas que más le sorprendió de México fue la situación que sufrían las mujeres en aquel país.

... En aquella época la mujer mexicana –bueno, yo no estaba en las altas esferas, hablo de las vecinas–, la mujer mexicana era como muy poquita cosa, no tenían interés en estudiar. Era el tipo clásico de mujer que le ha tocado esa vida, sumisa, que tiene que cocinar, atender al marido y si él llega borracho se aguanta. El marido es el que grita. La española era más liberada. Claro, entre más bajo el nivel más se notaba. No se compartían las tareas, en casa mi padre no hacía nada, mi padre le parecía normal que éramos 3 y las 3 para servirle, yo todavía siento raro, mi hijo comparte todo con la esposa, y veo como mi hijo lava platos, pone lavadoras y eso a mi no me gusta, me cuesta. Nosotras éramos otra cosa, no estábamos sometidas, si mi padre llegaba borracho, mi madre lo hubiera tirado por el balcón, y ella solo le avisaba que se iba de compras y nunca le pidió más dinero de lo que necesitaban, otras pedían el doble para quedárselo, mi padre llegaba con la quincena y se lo daba a mi mamá.

Siguió los consejos de su padre, estudió secretariado y comenzó a trabajar en un banco, y más tarde en una empresa donde necesitaban una secretaria. Allí conoció a un mexicano del que se enamoró. Se casaron y tuvieron dos hijos. El matrimonio mixto fue aceptado y apoyado por ambas familias, aunque su madre tuvo ciertas reticencias, derivadas, sobre todo, de la relación que mantuvieron durante los dos primeros años, cuando los dos jóvenes vivieron en casa de los padres de Marta. Posteriormente se fueron a vivir a una colonia de clase media donde han residido los últimos 46 años. Nunca se ha sentido especialmente discriminada por su origen español, salvo en situaciones muy concretas y puntuales. Hoy en día se siente totalmente mexicana y mucho menos vinculada a España.

Manuel Mier Bobes

El hombre que escribió amigo con h de hermano

Manuel Mier Bobes nació en Asturias en 1921. Su padre fue capataz de la empresa Unión de Explosivos. Estudió la educación primaria en una escuela cerca de Oviedo y más tarde, coincidiendo con la proclamación la II República, comenzó con su hermano sus estudios en el Liceo Asturiano. La Revolución de octubre de 1934 y la Guerra Civil conmocionaron a la familia. Sus padres les enviaron a México, ante el temor de que fueran movilizados en la inminente Guerra Mundial. Hasta ese momento, la única referencia que tenían de aquel país era la proporcionada por su tío Sergio, un indiano ostentoso que había llegado a Asturias después de veinte años, haciendo gala de sus piezas de oro.

Llegaron a Lisboa en autobús y se embarcaron en el buque “Vulcania” rumbo a América. Llegaron a Nueva York y de allí se trasladaron en tren hasta San Antonio y Laredo, a donde llegaron el 1 de marzo de 1940. Un año más tarde vinieron sus hermanas y sus padres. La imagen de un México de inmensas llanuras con una ciudad destartalada les impresionó vivamente. El primer año fue duro para ellos, debido al clima caluroso y al terrible temblor de tierra de 1942. Durante los primeros años trató de obtener la nacionalidad mexicana, pero no lo consiguió. Más tarde, según sus propias palabras, ya no la necesitó.

Aquí el que viene de España tiene que tener la FM2 y refrendarla durante 5 años. Nosotros entramos como estudiantes, y el “coyote” (persona que arregla los papeles tipo gestor pero de forma no oficial, por un dinero extra), arreglaba las cosas, tardaron 15 años en dármele, no me nacionalice nunca. Cuando las elecciones de 1986 yo estaba escribiendo para El Heraldo y fui a una concentración con un amigo y platicando con él me dijo que él me ayudaría a nacionalizarme, pero estando en el Zócalo lleno de personas había una criatura chaparrita. Ella gritaba toda alborotada porque veía a Cárdenas, y me estaba pisando. Yo le dije, “mira nena me estás pisando y haciendo daño, por que no te controlas”, y se me quedó mirando y empezó a gritar, “aquí no queremos gachupines”, y yo le dije a mi amigo no me nacionalices porque yo voy a seguir siendo Mexicano de tercera”.

Comenzó a trabajar en una tienda-almacén de “abarrotos” con su tío, en el populoso barrio La Merced, un empleo que desempeñó durante y diez años y un día, *como una condena*. Después pasó a una cadena de tiendas, *Almacenes García*, donde trabajó otros treinta y cinco años.

Llegamos a la Merced, en Corregidora. Eran dos pisos, la tienda abajo y arriba donde dormíamos los empleados con 8 perros y las cajas de conservas, de chiles, 12 camas y una señora que hacía la limpieza de un piso que ya tenía costras de grasa, ahí vivíamos. Nosotros pensábamos que íbamos a llegar al gran almacén y resultó una tienda con techos bajos llenos de

garrafrones colgados y jarritas, era una porquería, pero era la tienda que más vendía y cuando le aconsejamos al tío que la arreglara bajaron las ventas casi al 50 % porque la clientela que eran inditos les daba más confianza y cuando vieron la tienda tan arreglada ya no vinieron. (...) Los tíos de entonces, aquellos españoles que vinieron a principios del siglo XX, y que sufrieron lo suyo, hicieron sufrir también a sus sobrinos. Te mareaban diciendo “Ah, nosotros teníamos que dormir en el mostrador”—me parece que un catre costaría tres pesos—pero, claro, mi tío llevaba desde 1906 en México y hasta 1947 no pudo comprar una casa y un coche, trabajando en la Merced.

Aunque sólo cursó estudios primarios –porque le sorprendió la *verbena de la guerra* según sus propias palabras–, ha sido un hombre con grandes inquietudes culturales; actor de teatro, cantante de zarzuela, periodista, editor, organizador de un Taller Nacional de Declamación del Crea....

Durante 25 años estuve escribiendo y mis artículos salieron en periódicos y revistas. Fui hombre de grupos y asociaciones, y estoy metido (en ellas), luego yo fundé el Taller Nacional de Declamación del Crea, fui presidente del jurado calificador del Crea de Declamación y Oratoria. También trabajé en el teatro (más como una afición,) debute con el actor Cachirulo. El tenía dos compañías, una de teatro infantil y una de teatro lírico de zarzuela y opereta. Yo debute con Los Coros de Marina, y seguí cuando Pepita Envil hacia temporadas me llamaban, hacía el Don Luís de la Luisa Fernanda y el tabernero de la Verbena, y el José de la Dolorosa, me daban esos papeles.

Ha sido también un gran observador de la realidad social y tiene un minucioso conocimiento del proceso histórico migratorio español en México y de sus espacios de sociabilidad, especialmente de los formados alrededor de los diferentes clubes y centros. En su opinión, la migración española ha tenido una diferente consideración dependiendo de la época y las razones que les trajeron a este país. Las diferencias entre “gachupines” y refugiados se mantuvieron durante muchos años y dieron lugar a no pocas disputas.

... Al llegar los primeros días sí te discriminaba el mexicano. Solo estabas con los españoles, eso fue lo que al español le hizo reunirse en centros, los españoles no tenían donde meterse, y así se hicieron los centros y los bailes y las fiestas. Se conocían de “La beneficencia”, pero quieras o no, yo entiendo que hubo un rechazo porque había un rencor histórico. Hoy ya no, pero en el año 40 todas las tiendas de españoles amanecían pintadas de alquitrán “mueran los Gachupines”. Me impresionaba.

Regresó a España por primera vez en el año 1962 y luego, en diversas ocasiones hasta 1996, y recuerda que amigo se escribe con *h* de hermano y aquellos... Siempre fueron mexicanos.

Luz Bilbao Adán

Las heridas de la guerra

Luz Bilbao Adán nació en Barcelona en 1922. Su padre fue minero, calderero, sindicalista y diputado del PSOE. Vivió con su familia en Riotinto y posteriormente volvió a la ciudad condal. Su madre murió en un parto y tanto ella como sus dos hermanos, –un chico y una chica– se quedaron a vivir con su tía. Su padre se casó más tarde con una enfermera. En Barcelona Luz vivió con su familia los desastres de la Guerra Civil.

Lo que más me afectó en mi infancia fue la muerte de mi madre. Mi madre, llevaba muchos años de convivencia con mi padre y mi hermano. Yo era mucho de mi madre, tanto así que cuando me dormía metía la mi mano en el pecho de mi madre y me quedaba dormida y ya me acostaba, el morir mi madre fue una cosa tremenda para mi, así que de momento le agarré odio a mi hermano, el pequeño. Tenía pocos años y yo pensé que por culpa de él había muerto mi madre. Para mí fue terrible, hasta que después empecé a comprender que no era de él la culpa, fue una época durísima.

Se exiliaron en Francia, donde estuvieron reclusos en un campo de concentración. El estallido de la Guerra Mundial reavivó el trauma y los recuerdos de Barcelona.

... Tuvimos suerte porque mi padre nos hizo cartas de recomendación. Mi padre muy precavido, para que nos presentáramos de perder la guerra y fuéramos con los alcaldes a sitios de provincias y sí, nos llevaron a un campo de concentración de mujeres y niños pero donde nos bajamos en el tren era una parte que era Múgete a unos kilómetros antes de Paris y mi madrastra se bajó y le dimos las cartas (...). Otras personas que vieron que nos iban a tratar así, nos juntamos, 13 esposas de diputados y gente de política (...), finalmente nos llevaron a un pueblo precioso. La gente de ahí había leído que los rojos, los que perdimos, habían matado a las monjas, se habían comido a la gente y la señora de la casa nos dijo: “Aquí se ha hecho mala propaganda de ustedes y yo sé que no, porque yo he vivido con mi tío y sabemos que es mentira y les pido una cosa, ¿les costaría mucho que aunque les llamen a ustedes los rojos, vayan a misa los domingos?”. No nos molestaba ir a misa, “Les voy a dar sombreros”, todos usaban sombreros y ya nos empezaron a ver que no comíamos a la gente y que no éramos antropófagos, ni era (mos) nada de eso y nos recibieron bien y estuvimos ahí varios meses y no nos pasó nada de nada.

Llegaron a México en 1940, reclamados por su padre, después de recalar en New York y de recorrer el país en tren hasta Texas. Hasta ese momento las únicas referencias de México las constituían las imágenes del cine, los sombreros charros y los caballos. Los comienzos fueron difíciles. Su padre vendió calcetines y aceite de oliva por las calles. Más tarde compró telas inglesas y comenzó a fabricar camisas de gran calidad. Luz empezó ayudando a su padre en el negocio, al tiempo que trabajaba en el comedor de un colegio para niños españoles. Conoció en la Casa del Pueblo al que luego sería su marido –otro

exiliado que había perdido a su mujer en la guerra-. Se casó con él a los 24 años y tuvieron una hija. Su marido era veinte años mayor que ella, lo que provocó las reticencias iniciales de su padre, que terminó finalmente aceptando la relación.

Cuando llevaban dos años casados su marido reclamó a los hijos de su anterior matrimonio que residían aún en España y se los trajo a México. Luz se hizo cargo de ellos. Vivieron al principio en Arcos de Belén y cuando llegaron los niños se trasladaron al centro de la ciudad. Tras la muerte de su marido se quedó prácticamente en la ruina y tuvo que volver a trabajar, esta vez en la administración de un colegio, donde ha estado empleada treinta años.

Después, ya de viuda, con tanta enfermedad de mi marido nos quedamos en la ruina y cuando me quedé viuda, tuve que trabajar en el Colegio de la Paz. Empecé siendo nada, yo no tenía estudios y tantos años de enfermedad de mi marido... La pasé sin convivencia con nadie. Entré porque la directora era conocida nuestra, era española. Yo estaba tan fuera de onda, con el cerebro tan cerrado, de estar 3 meses en un hospital con mi marido, y entonces empecé haciendo los libros de horas de maestros y con el tiempo llegué a ser la administradora. Coordinaba todo, mi sueldo era poco, pero no me importaba. (...) Llegó un momento que la directora se iba a España a ver a sus padres y yo me quedaba a cargo del colegio. Me llevaba muy bien con todos los compañeros, con los mexicanos y los españoles, siempre tuve un trato de respeto. Trabajé muy contenta ahí, entraba a las 7 y salía a las 9, trabajé como burra, fueron 30 años.

Vivió la discriminación durante los primeros tiempos de su estancia en México, muchas veces manifestada por otros españoles que habían llegado antes de la guerra.

Si me decían comentarios, gente de nivel medio. Yo trabajaba en el centro en el colegio de las Vizcaínas, y tiene una capilla preciosa que tiene 3 puertas. Junto (a ella) había una escuela pública y por la puerta de la iglesia se abría porque la puerta estaba más baja de la banquetta y cada mes se abría para limpiar y la gente quería meterse y les decíamos que no podían entrar y la gente nos decía -“Españolas desgraciadas, ¿por qué no nos dejan entrar si esto es de México?”-. En un principio fueron los mismos españoles antiguos, los mexicanos sólo algunos de nivel medio, el indito o la gente del pueblo, ellos no. Se fueron dando cuenta que no tenían porque ir en contra de nosotros, porque comprendieron que no se tenían que sentir menos.

Comenzó a frecuentar el Centro Mundet, donde hizo muchas amistades catalanas y el Centro Asturiano, que disponía de algunos servicios muy apreciados por los hijos de su marido como un equipo de fútbol. Su hija, sin embargo, fue educada como mexicana. A pesar de todos los problemas Luz se adaptó a este país en pocos años y aunque volvió a España en 1982, no tiene intención de regresar.

Julio Souza Fernández (Julio Mayo)

El exilio del fotógrafo. El fotógrafo del exilio

Julio Souza Fernández (Julio Mayo) nació en 1917 en La Coruña. Su padre era escultor y estufista y dirigía un taller donde empleaba a más de cien obreros. El negocio proporcionó a su familia una situación económica desahogada. Tuvo cinco hermanos. Los dos mayores, Estrellita y Rodrigo, fallecieron, este último de tuberculosis. Su padre también murió cuando Julio apenas tenía siete años. Algún tiempo más tarde se trasladó con su madre y sus hermanos a Madrid, donde comenzó a estudiar bachillerato en el Instituto Cardenal Cisneros y empezó a familiarizarse con los libros de la Biblioteca Nacional. Fue también amante del teatro, la zarzuela y los deportes de montaña. Sin embargo, su vida dio un giro total con el estallido de la Guerra civil.

Participó con 17 años en la creación del Batallón Alpino que luchó en las filas del ejército republicano. El resto de su familia se exilió en Francia y posteriormente en México. Julio resistió hasta Alicante, donde fue finalmente capturado por las tropas de Franco y encarcelado en el tristemente famoso campo de concentración de Albaterra.

Nos trasladaron al campo de concentración de Albaterra, Provincia de Alicante. Allí estuve en casas de campaña. Allí, la tragedia de entonces, era que no había agua. Había que hacer colas a la intemperie, de 2 y 3 días, al aire libre, para no perder el lugar, y en un cacharro viejo, en latas de sardinas, para recoger agua cuando llegaran los Bomberos de Alicante. Así pasaron los meses. Me mandaron a declarar y recibo la primera bofetada de mi vida de un Comandante Franquista, porque estaba sentado en una mesita el soldado que iba a tomar nota y yo en cuclillas y yo me apoyé para incorporarme y me da un bofetón y dice "¡Quién eres!" y yo le conté un cuento de que yo era de la Coruña y que la guerra me había sorprendido en Madrid, que había ido en un camión de pescado, pero que me había tenido que quedar en Madrid y no había tenido ningún puesto militar, en fin, le conté todas las angustias que se vivieron.

Poco tiempo después regresó a Madrid donde buscó sin éxito a su familia. Comenzó a trabajar en unos estudios de cine, se casó y tuvo una hija. Fue por entonces cuando le llegaron las noticias de su hermano que le reclamaba desde New York y decidió emigrar con su familia, agobiado por el ambiente opresivo de la España franquista. Desde la ciudad de los rascacielos tomó un tren con dirección hacia Laredo y trasbordo en San Luís. Durante el viaje tuvo la oportunidad de constatar la discriminación racial que se vivía en esos momentos en Estados Unidos.

Nos dijeron que no nos preocupáramos por el equipaje. Nos subimos al Pullman y ahí nos quedamos. Iba una negrita guapa y un señor con sus guantes y sus botines, negros. El niño era la novedad, comentamos algo. Y llega a llamarnos el jefe o interventor, el Porter. Diciéndome "Color" ¡No! Me querían bajar de ahí. Y apareció un pobre mexicano y digo pobre, porque también

los mexicanos, en el 47 tenían que viajar aparte con los negros y me dice que me entendía, me preguntó si era yo español y me dijo que él era mexicano y me explicó que me decían que yo no podía viajar en ese vagón y menos con el niño, que era vagón para negros. Y tenía que seguir al Porter para que nos indicara el vagón. ¡Yo, eso no lo sabía, me quedé con los ojos cuadrados! ¡Caramba! Estábamos tan contentos con la negrita aquella, tan elegante! ¡Y el señor con su bastón!... Nos cambiaron de vagón y así llegué a Laredo, Texas, donde estaba Paco, con un Senador Mexicano, esperándonos en Tamaulipas y ahí pasé a México.

Llegó a México en 1947. Comenzó a vivir al lado del “Caballito”, en Avenida Juárez. Recuerda con nostalgia la absoluta seguridad que se respiraba en las calles de la capital y añora la tranquilidad de la época. Obtuvo la nacionalidad mexicana gracias, en parte, a las buenas relaciones que mantenía su hermano con el Presidente del Gobierno y con el Secretario de Estado. Julio sintió el rechazo que provocaba entre amplios sectores populares mexicanos la presencia de los españoles, a quienes se relacionaba con la explotación de las casas de prostitución. Sin embargo, también pudo comprobar el trato diferente que se dispensaba a los refugiados políticos que llegaban huyendo de la represión franquista.

Pero ud. sabe mejor que yo a qué se dedicaron y quiénes eran la emigración española de “antes”. Es decir, todas las casas de prostitución, todos los hoteluchos de mala nota y todos los abarrotes eran de españoles y las cantinas también. Y esos españoles eran lo que el pueblo de México creía que eran todos los españoles, los veían a todos igual. Creían que contábamos el dinero por montones, que éramos unos salvajes y además explotábamos dando el kilo de 800 gramos y que teníamos todas las casas de baño que tratábamos como tugurios de prostitución. Entonces, la emigración republicana española vino en buena hora a hacer una aclaración a este pueblo: somos trabajadores: arquitectos, médicos, pintores, escritores, periodistas, etc., etc., etc. Entonces vieron los muchachos que era rara el aula donde no hubiera un maestro español, que raro era donde no hubiera un catedrático español y se fueron dando cuenta de que éramos punto y aparte y entonces nos diferenciamos de los “refugiados” y de los “gachupines” y hubo una barrera entre tú y tú.

En este país comenzó a dar rienda suelta a sus inquietudes culturales y profesionales. Empezó trabajando en una revista semanal y en poco tiempo montó una agencia gráfica. No perteneció a ninguna organización española ni se relacionó especialmente con ambientes españoles fuera del ámbito familiar. Tuvo dos hijos más (un chico y una chica) en este país. Todos ellos han estudiado carreras universitarias y gozan de una buena situación económica. Es un apasionado de la lectura y posee una biblioteca con más de cuatro mil volúmenes, una gran parte de ellos relacionados con la historia de México. A pesar de la buena consideración y del agradecimiento que guarda a México sigue sintiéndose español, cuya nacionalidad comparte aún con la mexicana.

Hilario Ibarrola Barrena

“Mexi”, el futbolista del otro lado del mar

La vida de Hilario Ibarrola Barrena, nacido en Vizcaya en 1935, transcurrió durante sus primeros años entre las dos orillas que se abren a uno y otro lado del Atlántico. Su padre había emigrado a México a principios del siglo XX, e incluso había participado en la Revolución de aquel país. Allí se casó con una española. En un retorno temporal a su tierra natal nacieron el propio Hilario y su hermana. A los nueve meses volvió con su familia a México, donde vivió hasta los trece años, momento en que fue enviado por sus padres de nuevo a España para estudiar, y donde según sus propias palabras se convirtió *en un auténtico español*. La mala situación económica de España en esos momentos y las dificultades de adaptación que tuvo que solventar durante los primeros tiempos fueron curtiendo su carácter.

... Iba con mucha ilusión de conocer España y me llevé una desilusión total. No de Madrid, pero sí del pueblo. Todo era negro, las paredes eran negras, todo viejo y dije: “¿Qué es esto?” Porque llegué un 3 de agosto y al salir a la calle y hablar con quien fuera, se reían de cómo hablaba yo. Entonces me entró complejo. Y los mismos amigos se burlaban de los términos mexicanos que usaba y me entró mucho complejo y para terminarla de amolar, yo vivía enfrente de una plaza en un segundo piso desde donde escuchaba, porque me iba temprano a la cama, a las amistades abajo hablando de mí, sobre mi acento, mis pantalones, y me acomplejé mucho. No fue coraje, fue un complejo de inferioridad y me quedaba ahí solo y poco a poco se me fue quitando y en el colegio me ayudó el destacar en el deporte, porque ya era yo una figura....

Sin embargo, tras superar estas dificultades vivió algunos de los mejores años de su vida. Se adaptó rápidamente a las costumbres de la zona de los jóvenes de la zona, especialmente a las formas de relación que se establecían con las chicas en los bailes públicos.

Ahí (en España) había muchas más oportunidades que aquí (en México) para conocer a las muchachas. En las plazas públicas había bailes, los jueves, sábados y domingos. Y las chicas bailaban entre ellas. Y se acercaba una pareja de chicos a sacarlas a bailar. Todo esto se cobraba. Había un señor que tenía el permiso para los bailes y cobraban por toque, entonces te daban papelititos para cada toque o baile. Pagábamos 25 o 30 céntimos. Si llovía, las chicas con paraguas y los chicos con gabardina. Y cuando elegías a la pareja de muchachas, la que traía cerrado el paraguas te aceptaba y entonces abría su paraguas para que no se mojara y pudiera bailar con uno. Y así se bailaba, aunque lloviera. Entonces, se convivía bien con ellas y platicábamos. Y podíamos ir a varios pueblos cercanos a bailar. Casi siempre era el mismo y ya nos conocían en el mismo pueblo. Y eso hacía que hubiera más contacto. Yo me clavé con una chica. Después de años volví y las busqué para invitarlas a todas a una merienda, les llevé sus ramos de flores, sus chocolates.

Volvió a México en 1955, con diecinueve años. La situación económica de su familia se había deteriorado sensiblemente

... No vine pensando en encontrar lo que me encontré: mi padre ya no tenía el negocio, lo había vendido y estaban con muy poco capital. Me di cuenta de que la situación no estaba bien. Mis amigos de allá pensaban que iba a regresar, que había ido a México de vacaciones, pensaban que tenía mucho dinero. Y no era verdad. Yo nunca presumí de dinero, pero ellos sí pensaban que tenía dinero y al llegar, me encuentro con un panorama totalmente diferente. Y llegué a lo que viniera, había que trabajar. Mi padre tendría unos 60 años, pero yo lo veía muy viejito y murió de 69. Yo que ahora tengo 70 años no me veo como él. Yo lo veía como viejito y yo no me siento un viejito ahora. Y al llegar, pensé a ver qué me conseguían para trabajar.

Fue entonces cuando tomó la decisión de montar una pequeña fábrica de pinturas y esmaltes con su cuñado en D.F. Aunque en principio no tenía conocimientos sobre este tipo de industria, su tesón e interés le llevaron a estudiar sobre ello y a familiarizarse con producción de lacas. Con el tiempo se ha convertido en una empresa importante y la mayor parte del personal empleado en ella es mexicano.

En su juventud fue futbolista, una afición que ya le había hecho destacar en España y que siguió practicando en México, en el Centro Vasco y más tarde en el Club España. Sintió entonces las diferencias entre las distintas culturas y regiones de España: gallegos, asturianos, catalanes y vascos, estos últimos, “siempre más nacionalistas”, según sus propias palabras. El fútbol jugó un papel determinante como mecanismo de integración social. Fue también a través de este deporte como conoció a Estrella, una española nacida en México, nieta de emigrantes españoles, con quien se casó y tuvo cinco hijos. Posteriormente volvió a casarse con una mexicana, hija de española y belga.

Se adaptó rápidamente a la vida mexicana, a pesar de sus viajes y de la larga temporada que pasó en su juventud en España y confiesa que ni siquiera a su llegada definitiva a México, con 19 años, añoró su país natal. Las buenas perspectivas que se le abrieron en América le hicieron desistir de cualquier intento por volver a España. Han pasado los años y ha regresado en varias ocasiones, aunque no tiene pensado hacerlo definitivamente.

Germán Horacio Robles San Agustín

El librepensador que nunca fue niño

Germán Horacio Robles San Agustín nació en Gijón (Asturias), en 1929. Creció en medio de una familia de librepensadores con inquietudes artísticas. Su abuelo paterno fue el poeta y creador teatral Emilio Robles Muñiz (“Pachín de Melás”) y su padre, Germán Horacio Robles, un famoso pintor, dibujante e ilustrador que colaboró activamente con el Frente Popular. El estallido de la Guerra Civil se llevó por delante su niñez de Gijón. Descubrió el miedo disimulado en el rostro de sus mayores en una ciudad inundada de carteles dibujados por su padre, donde aún podía leerse: *No pasarán, Aprieta fuerte, compañero...*

Enseguida empezó la cosa de la guerra. Fue poco lo que yo gocé de los tiempos normales, entre comillas. La guerra empieza en el treinta y tantos y yo nací en el 29, por lo que fue poco lo que yo disfruté de los primeros añitos. Y esos eran años amparados por papá y mamá y toda la gente, porque era el hijo y el sobrino, el único. Cuando vino la guerra, sí guardo recuerdos... no muy agradables, pro ejemplo, yo sé lo que es pasar hambre, sé lo que son los bombardeos, sé lo que es que caiga una bomba en casa de un amigo mío y no encontrar los pedazos de mi amigo.... En fin, qué son las sirenas, y sobre todo el comer, el poder tener algo qué llevar a la boca. (...) Yo perdí mi infancia, no tuve infancia. Definitivamente, motivo por el cual mis amigos me dicen que cuando voy a dejar de ser niño, y les contesto que no lo voy a dejar de ser, porque nunca fui niño. Fui niño sólo biológicamente, pero nunca fui niño

Aquel cartelista pasó por los campos de concentración franceses antes de salir hacia el exilio mexicano. Su madre conoció las cárceles de Gijón, *La Modelo* de Madrid y Ondarreta, en San Sebastián. Germán Horacio y ella aún tardarían en poder salir de España. Lo harían algunos años más tarde, tras ser reclamados por su padre. Llegaron a México en 1946 embarcados en el *Marqués de Comillas*, aquel barco que saludó con el himno nacional a la motonave que llevaba, procedentes de Buenos Aires, los restos mortales de Manuel de Falla.

... Entonces en el 46, el 11 de noviembre, embarcamos justamente en El Musel, y lógicamente no vinimos a México, llegamos a Cuba a La Habana. Recuerdo todo de esa salida, despidiéndonos de los abuelos y las tías y todo. Hay una imagen mía en que yo iba en la popa del barco cuando se iba alejando del puerto y todos en el borde con unos pañuelos blancos, con unas pequeñas palomas de paz que nos estaban diciendo adiós hasta que se iban perdiendo en el horizonte. Yo los veía y sentía.... Yo sentía que eso era una gran insensatez pero tenía un gran deseo de conocer a papá, porque fueron 10 años. Pero iba contento, porque además iba a la tierra de “el Coyote”. El Coyote que es una novela que hizo un marroquí, y son novelas que tengo todas en casa. Y hablaba de California y todo.

Con aquel joven asturiano viajaban, entre otros, la compañía de Moreno Torroba, Pepita Envide, Plácido Domingo (padre e hijo) y a los payasos Pompop y Tedy, los padres de los populares Gaby, Fofó y Miliki.

Germán Horacio se quedó impresionado por la inmensidad de México D.F., donde fijó su residencia. Tras haber estudiado en España Ingeniero Perito Industrial comenzó en la capital azteca Ingeniería Técnica Industrial y Filosofía y Letras. Trabajó como diseñador y decorador. Debutó profesionalmente como actor de teatro en 1952. Su primer papel sobre las tablas del *Ocampo* fue Jesucristo, la antítesis de su otro debut como actor de cine, un vampiro. *Ironías del destino*, según sus propias palabras. Inauguró de esta manera su amplia y brillante carrera, constituyendo un referente ineludible dentro del cine vampírico mexicano.

Poco a poco se fue enamorando del país que le acogió. Su interés por el “México mágico” le llevó a estudiar por su cuenta antropología y más tarde, a impartir clases. Siempre ha tratado de presentarse a sí mismo como un mexicano de adopción. Se casó por primera vez con la hija de un productor cinematográfico español, con la que tuvo dos chicos, Germán y Maribel. Pablo Emilio es su tercer hijo, fruto de su segundo matrimonio.

Germán Horacio Robles mantuvo también sus inquietudes políticas y se afilió a la Juventudes Socialistas Mexicanas, que reunían a un grupo de hijos de republicanos exiliados de ideas socialistas. Ha participado también en la Asociación Nacional de Actores y de Intérpretes, cuya secretaría general ha declinado al carecer de la nacionalidad mexicana. Hace años, *Germanín*, como le conocía su familia, volvió a su tierra natal, Asturias, para reencontrarse con ellos.

Fue verdaderamente impresionante, porque yo no dije nada de que me iba, me fui con mi primera mujer. Y yo no avisé nada a mi familia. Ya los abuelos habían desaparecido, pero estaban los tíos carnales, los hermanos de mi padre y madre. Y cuando llegué fui a casa de la tía Pilar, que por ser ella nadadora y su marido campeón de natación fueron quienes me habían criado en el gusto de la natación y yo lo primero que hice fue ir a casa de la “Tía Pilu”. Y fui directo de Madrid a Gijón. Llegué para allá, vimos a ver dónde estaba la casa de la tía, llamé a la puerta y salió mi prima hermana Angelines y se me quedó viendo. Pregunté por “Pilu” y hubo una parálisis en su cara y dijo “¡Germanín, Ay, Dios santo!... Cuando se entere mi madre!”. Y desde adentro escuché a Pilu preguntar quien era. Y llegó a la puerta, sube sus lentes, se me queda viendo, y me dice: “Creí que nunca más iba a verte” Lloramos hasta decir basta y se armó la de Dios es Cristo... “Llegó Germanín!”

Aunque no piensa en regresar de forma definitiva, hoy en día sueña con comprar una casita cerca de la playa de Gijón y una lancha... Salir a pescar y tener la oportunidad de pintar un poco.

Emilia Salas de Halffter

Entre el amor y la música

Emilia Salas nació en Madrid en 1908. Sus padres eran terratenientes de origen aragonés. Tuvieron también tierras en Cuenca y almacenes de cereal en la capital de España. Es la quinta de diez hermanos. La muerte de uno de ellos, cuando Emilia contaba con diez años, afectó de forma dramática a la familia, especialmente a su madre. Estudió en el prestigioso Instituto-Escuela, una institución que trató de llevar a cabo desde 1918 los principios de la Institución Libre de Enseñanza. A los veinte años aprobó unas oposiciones al cuerpo del Ministerio de Estado (Asuntos Exteriores). Un año más tarde conoció al que poco después se convertiría en su marido, el famoso músico Rodolfo Halffter –hermano de Ernesto Halffter y tío de Cristóbal Halffter–. La profesión de su marido facilitó su relación con numerosas figuras del arte y la cultura, como Federico García Lorca o Rafael Alberti.

... Y lo que son las cosas, se nos pasó el tiempo platicando y estábamos felices los dos y no recordé qué había dicho yo a mi hermano. Yo estaba feliz, me preguntó que si quería ir yo a buscar a mi hermano para ir con ellos a un concierto en el que tocaban música de él. Y me fui con él al concierto. Ese día, en el concierto conocí a Federico García Lorca, a Rafael Alberti, a varios personajes del mundo artístico. Saliendo del concierto, me preguntó si estaba yo contenta y qué me había parecido. Le dije que había algo que no me agradaba: primero “¿Por qué me tuteas?” y segundo “¿Por qué me presentabas como tu novia?” Y la contestación de mi marido fue “¿Qué, acaso no lo eres?” Y guardo esa respuesta para siempre en la memoria. Esto fue a los 21 años.

Se casó en 1931 y un año después nació su hijo. La Guerra Civil truncó sus vidas. En 1937 el Ministerio le destinó a Valencia, y poco más tarde a Barcelona. Un año más tarde las tropas de Franco asediaban la Ciudad Condal y bombardearon el colegio donde estudiaba su hijo, que se salvó milagrosamente. Este hecho y la estrecha vinculación que tanto ella como su marido tenían con la administración republicana, les obligó a exiliarse, primero en París y más tarde en México.

(Salimos) Cuando Franco ganó. Llegamos nosotros a México en mayo de 1938. Yo salí a Francia, por una razón: en 1938 los animales de Franco bombardearon el colegio y casi todos los niños murieron. Nosotros buscábamos entre cadáveres a un niño de 5 años sin encontrarlo. Y cuando ya volvimos hacia la casa donde vivía de pronto salí a la calle y vi llegar a un niño pequeño cantando La Internacional, con el puño en alto entre dos soldados. Y era mi hijo de 5 años, ¡fue horrible! Recuperé a mi hijo pero fue horrible, me desmayé, horrible. Y mi marido decidió que no podíamos jugar con la vida de nuestro hijo y era el momento de salir.

Tras recalar en los puertos de Halifax y New York, viajaron en camión hasta San Luis de Potosí, por donde entraron en el país Azteca. Su integración en la sociedad mexicana fue muy rápida. A pesar de la destacada posición social y artística de su marido no dudó

en incorporarse al mercado laboral de nuevo. Trabajó en una biblioteca de la capital y poco más tarde en el servicio de publicaciones de la Biblioteca del Banco de México, hasta que la enfermedad de su esposo le obligó a dedicarse por completo a su cuidado hasta que falleció en 1987.

Nunca sintió el más mínimo problema de discriminación. A lo largo de su vida se ha desenvuelto siempre en un ambiente distinguido, relacionándose con importantes figuras, tanto del exilio español, como de la sociedad mexicana, como Carlos Chávez o Blas Galindo. Ha mantenido amistades con personalidades tan prestigiosas dentro del mundo artístico como el pintor y muralista Diego de Ribera, de quien tiene cuadros dedicados personalmente.

Conocí a la gente avanzada mexicana, a la gente intelectual mexicana y del medio artístico, como Carlos Chávez que fue gran amigo de mi marido y su hija, que ya ha muerto, quería mucho a mi marido y yo también la quise mucho. La hija menor de él. Éramos muy amigos, con Blas Galindo también sigo siendo muy amiga de su viuda. Cuando él se casó yo fui la madrina. También fui amiga de Moncayo con quien formaron el Grupo de los Siete, eran varios compositores: Jesús Garibay –español–, y los demás eran mexicanos: Galindo, Chávez, Moncayo y además mi marido. Todas eran amistades de mi marido pero yo me hice amiga también. Se entendieron muy bien entre ellos y se querían como hermanos. Hicimos gran amistad con ese grupo.

Emilia tiene la sensación de que su marido, al que considera el amor de su vida, ha sido reconocido como músico tanto en México como en España, y por ello está realmente agradecida. Viaja con regularidad a su país de origen donde tiene aún familia y se siente tan mexicana como española.

Samuel de Cosío Fernández

La vida es como una partida de bolos

Samuel de Cosío Fernández nació en Asturias en 1921 en una familia dedicada a la cosecha de manzana para la producción de sidra. Estudió la educación primaria en una pequeña escuela del pueblo. Le hubiera gustado ser perito agrónomo, pero sus estudios de bachillerato quedaron interrumpidos por tragedia que supuso la Guerra Civil.

Su decisión de emigrar vino propiciada por la influencia de unos hermanos de su madre que habían emigrado años atrás a México. Asturias había sido tierra de emigrantes y como recuerda Samuel, la imagen del indiano retornado al volante de los poderosos “haigas”, constituía mucho más que una anécdota para unos adolescentes ávidos de aventuras y deseos de prosperar.

... Los que venían en esa época de la posguerra les llamábamos los indianos y llevaban el famoso “haiga” los coches kilométricos que les decían los “haigas”, no se porque les decían eso, era por los coches que traían los indianos, coches grandes americanos, Cadillac, Chevrolet, nuevecitos, y se decía, “el haiga de fulano, el haiga de mengano” y eran los coches de los indianos y hombre todos teníamos las aspiraciones de llegar a tenerlos, lo que pasa es que la parte norte de España fue más castigada.

Su hermano fue el primero en llegar a México. Samuel se casó en España, tuvo una hija, y estuvo trabajando como chofer con un camión, recorriendo la geografía gallega. Los relatos de los retornados le fueron descubriendo los nombres, las calles, y hasta la forma de hablar de los mexicanos. Animado por las noticias que enviaba su hermano se decidió por fin a emigrar.

Yo sabía mucho (de México). Ahí, en el pueblo, había dos o tres señores que habían estado aquí y nos decían los modismos, las palabras. Yo conocía todo el centro de la ciudad, mentalmente lo conocía de oírlos hablar de donde había estado trabajando mi padre, él estuvo abriendo tropas con Díaz, en San Andrés Chalchicomula. Había oído cantidad de cosas de México, entre mi padre y otros que iban de México para allá, y cómo está aquello... Y muchísimas cosas, y también mi padre trabajo por Toluca y por Morelia.

Embarcó con su esposa y su hija en un trasatlántico, el *Magallanes*, en el puerto de Gijón el 6 de julio de 1947. El viaje fue financiado por todos los miembros de la casa familiar, incluidos sus padres y el abuelo. Llegó a México el 1 de agosto, después de hacer una escala en La Habana. Su hermano y *medio pueblo más* salieron a recibirles. Se instalaron provisionalmente en la colonia Cuatemoc. Poco después se trasladaron a vivir a La Merced, a un departamento en el mismo edificio donde residía su hermano. Samuel se sintió impresionado por el ambiente y la febril actividad comercial que se respiraba allí. Al día siguiente de su llegada comenzó a trabajar en un almacén de plátanos propiedad de su tío.

... Me metieron a trabajar (en) la bodega de plátanos, el día 2 de agosto. Llegue el día primero y al día siguiente a trabajar, y ver la cantidad de plátanos que había ahí colgados y la suciedad de las calles de La Merced, esa era una de las principales bodegas de ahí, el olor y después de 4 o 5 días o quizá 15 días, empecé a oler raro y uno me dice: "qué le pasa", y digo "¿quien está fumando tabaco verde?" y me dice que no era tabaco verde "lo que huele usted es marihuana", y bueno ya después me acostumbré a eso. Y a cruzar una calle en donde en la esquina había una pulquería y ver a los cargadores borrachos, ver eso fue una impresión y tenía que pasar por ahí de ida y de venida.

(...) Mi vida cambio total(mente). Yo en España vivía del campo, cosechando y sulfatando sembradíos de patata, y de trasladarme aquí en México de la bodega a la casa y al revés, tenía que pasar por la cantina y por un basurero donde todos tiraban la basura, y ahí estaba continuamente cargándolo otros camiones y yo tenía que pasar todos los días eso.

Durante esta época recorrió Chiapas, Veracruz y Tabasco. Tras once años su tío le vendió el negocio, aunque unas terribles heladas acabaron con la empresa. Posteriormente vendió telas, llevó una representación de aceites y jabones para coches y más tarde de carrocerías. Su hermano y él enviaron dinero a España para ayudar a su madre. Mientras tanto, su esposa se quedó encargada de la casa y la educación de su hija.

Se ha relacionado con otros inmigrantes españoles, especialmente con aquellos procedentes de su tierra natal en los centros asturianos y cántabros y ha conservado numerosas tradiciones, como la práctica del bolo-palma, tan popular en ambas regiones de España. También ha conservado la gastronomía, los cuentos, la música... Sus hijos tienen ambas nacionalidades y se sienten españoles, sobre todo, por parte de padre

Fernando Llavona Sánchez

Toda una vida dedicada al trabajo

Fernando Llavona Sánchez nació cerca de Torazo (Asturias), el 8 de mayo de 1924. Sus padres tuvieron catorce hijos más. La familia se dedicó a las labores agrícolas. Cursó estudios primarios de forma irregular hasta los diez años, edad a la que abandonó el colegio para ayudar en el trabajo del campo. Unos amigos de la familia afincados en México animaron al mayor de los hermanos a emigrar. La idea también sedujo a Fernando, pero ésta no se concretó hasta algunos años después, en 1951.

Lo triste era salir de casa, despedirse de la madre y un domingo tenía que tomar un camión, un autobús ahí arriba de la carretera, y venía la hermana y entonces estaba yo comiendo, estábamos comiendo todos, y yo creí que no sabían que día me iba a ir, tenían todo preparado pero no creí que sabían que me iba a ir, entonces mi madre empezó a llorar, las hermanas, entonces yo me subí a mi habitación, con la ropa que traía bajé para despistar como que iba y me fui a otra casa a la más cerca 500 mts. Y escribí un papelito a mi hermano, el más chico, para que me subieran la maleta a una casa que había en la carretera y entré subí por una, subí por una finca y mirando para atrás y el techo de la casa cuanto más subía yo desaprecia, el techo hasta que se acabó, ya no ví más el techo y la casa y llegué ahí espere a mi hermano que llevaba la maleta creo que me quedé allí hasta el día siguiente.

El viaje fue financiado por un tío suyo que vivía en aquel país. Llegó en avión desde Madrid, tras hacer escala en las Islas Azores y en las Bermudas. Hasta ese momento sus referencias sobre México se centraban en las que ofrecían los periódicos que recibía su padre a través de los amigos que habían emigrado unos años antes.

Sus planes, como los de otros tantos, consistían en ahorrar dinero trabajando duramente, independizarse, montar un negocio propio y regresar con un provenir labrado después de diez años. Nada más llegar al nuevo país se trasladó a Torreón, donde residía su hermano, pero al poco tiempo se dirigió hacia Saltillo. Allí se empleó en una empresa tostadora de café. Durante aquella época mantenía contacto con su familia y les enviaba dinero para ayudar en la economía doméstica. Poco más tarde se fue a trabajar a Parral Chihuahua, donde la empresa tenía una sucursal. Se empleó en Juárez con su hermano y se dedicó a la distribución y venta de café. Pasó veinte años en esta ciudad fronteriza. Su trabajo le permitió recorrer la práctica totalidad de las localidades de la zona. Así pudo constatar las grandes diferencias que existían entre la forma de trabajar el campo en México y Asturias. Estando en Casa Grandes enfermó gravemente de fiebre tifoidea, de la que se recuperó tras ser internado en un hospital de Chihuahua.

... Me asusté porque yo recuerdo que en España se morían mucho de tifoideas porque no había antibiótico y total me dio unas pastillas y yo ahí tirado en la cama con la fiebre alta, y pase

como 25 días. Don Amaro me decía el caballero de la triste figura (...) Él mandó a un médico que yo lo conocía y vino en una avioneta y me dijo aquí te vas a morir y si te sacamos igual te mueres en el camino, pero hay que arriesgarnos, me cortaron la barba, legalmente no me podían mover porque era algo contagioso, llegamos a Chihuahua y ahí si sentí que ya me había muerto, que mi alma se me había salido y vi nubes blancas y toda la cosa, estaba muy enfermo y me decía el doctor, qué te pasa, qué te pasa, y ya empecé a reaccionar y llegamos a Chihuahua a un hospital muy bueno y ahí me atendieron bien, empecé a mejorar, y a los 2 o 3 días empecé a temblar, y vino la enfermera y yo estaba azul, pero ya mejore, estaba yo flaco, flaco, y todo esto lo pasé solo.

Conoció a Lupita, hija de españoles, en una boda en México DF. Compró un terreno y construyó una casa. Se casó con ella en 1959. Con el transcurso del tiempo –y con la caída del negocio del café a raíz de la llegada al mercado del soluble–, se trasladó a la capital a trabajar en la fabricación del vidrio, donde tuvo a su cargo a mil quinientos trabajadores. El cambio fue muy importante en su vida, más duro incluso que dejar España para asentarse en Saltillo. Sin embargo, la nueva situación también mejoró su nivel económico y social. Pese a todo, su adaptación a la ciudad no fue fácil, debido al diferente ritmo de vida y las nuevas costumbres que imponía la gran urbe. El tiempo, sus profundas creencias católicas y la llegada de su mujer y sus hijas a México D.F. le ayudaron en este tránsito.

Sus relaciones sociales y su tiempo de ocio giraron alrededor del Centro Asturiano, donde le gustaba reunirse con sus paisanos y cantar canciones de su tierra natal acompañado de la gaita. También es socio de la Beneficencia Española. Al poco tiempo de llegar al país trató de lograr la ciudadanía mexicana pero no lo logró y no volvió a intentarlo. A pesar de ello nunca se ha sentido discriminado por el hecho de ser español. Los años han transcurrido pero sigue manteniendo estrechas relaciones con su país natal y con Asturias.

Regresé en el 56 habían pasado 5 años, fue porque mi madre ya estaba acabada, por lo de los 15 hijos, y estaba mala del corazón y yo pensé, si no iba a verla no la vería más, y alcancé a verla... Fue un regreso muy emocionante, más que ninguna otra vez, lo vi todo muy pequeño. No había habido muchos cambios, los vecinos me recibió muy bien, ya llego el americano, el indiano, aquí vienes y te dicen el español allá vas y te dicen el mexicano, era una cosa normal, natural.

Posee algunas propiedades en Asturias: un apartamento en Llanes, cerca de la playa y una finca rústica de los abuelos. Dio estudios universitarios a sus hijas y procuró que conocieran el país de su padre, que también visitan sus nietos anualmente. Sin embargo, ya no piensa como antes en volver allá definitivamente...

panamá

Ricardo Pérez Medín

El alcalde que encontró la paz en un canal

Ricardo Pérez Medín nació en Miño (A Coruña) en 1908. Un gran número de vecinos de aquella localidad pusieron rumbo a Cuba y Argentina en busca de un futuro mejor. Ricardo es el mayor de cinco hermanos. Su padre tuvo que emigrar a Estados Unidos al poco de nacer él y pasó allí 19 años. Su madre se quedó entonces a cargo de la casa y del pequeño terreno que tenían.

... Yo iba con mi madre al monte a buscar espino y a buscar leña y eso, y nos sentábamos en el monte, a descansar y cuando pasaba una urraca volando y se iba para la izquierda mi madre me decía... Va volando pa' la izquierda hay carta de tu padre, pero no trae plata, si iba pa' la derecha, decía, ah, hoy voló pa' la derecha hay carta y viene algo. Recuerdo una vez que mi padre tuvo una temporadita corta sin escribir y sin mandar plata, ella le contestó que qué pasaba (...) Ella tenía miedo que mi padre pues... A mí no me extraña eso, y mi padre contestó estaba esperando el cambio de la moneda, que aumentara. Pobrecita... trabajó...

La situación económica de su familia tan sólo le permitió asistir unos pocos años a la escuela. Siendo apenas un niño comenzó a ir a la mar en un barco de pesca. Hizo el servicio militar en Madrid, donde se aficionó a la lectura. Vivió la proclamación de la II República en su pueblo natal. Se enamoró de una joven estudiante de magisterio y se casaron en el año 1933. Militó en Izquierda Republicana y fue elegido alcalde de su pueblo con el Frente Popular en 1936.

... Me amenazó la guardia civil con un rifle así, “¿creías que te iban a hacer Presidente de la República?”, me dieron un bofetón. Entonces cuando llegaron las elecciones del Frente Popular, como había habido aquello de tantas preguntas los socialistas estaban con mucho miedo, verdad, y un grupo de 6 o 7 formamos el Comité Municipal de Izquierda Republicana para tener gente que actuara en las mesas electorales, en fin... Y bueno llegaron las elecciones y ganamos las elecciones, en toda España, de ahí vino que no me nombraran en el ayuntamiento con los otros concejales, tenían que elegir al Presidente, me eligieron a mí.

Logró escapar con su mujer y un grupo de republicanos por mar de las partidas falangistas durante los primeros momentos de la Guerra Civil. Llegaron a Francia en una barca, después de vivir toda una serie de peripecias por el Cantábrico, donde estuvieron a punto de ser capturados.

... Amaneció y había un barco francés a vela atunero, pescando atunes, entonces fuimos al barco, el capital (...) Entonces le pregunte que qué distancia había de donde estábamos a

Burdeos, dice como a 130 millas, mire dónde estábamos todavía, digo qué rumbo hay que poner me dijo así a l'est-ouest, nos despedimos, nos quedamos en calma sin viento, nos quedaban 50 litros de gasolina y nos llevaban a Francia, éramos medio marinos, medio piratas, porque esos 50 litros de gasolina los guardábamos porque nosotros teníamos, si usted conoce el mapa, usted sabe que desde el Canal de la Mancha a Galicia es una línea recta.

Entraron de nuevo en España, e iniciaron un recorrido que les llevó, primero a Barcelona, y más tarde a Valencia. Pero el rumbo de la guerra hizo que volvieran sobre sus pasos hacia el vecino país. Allí se exiliaron y nació su hija. Ricardo fue encerrado en un campo de concentración en la costa mediterránea de Francia.

El 6 de abril de 1940 embarcaron con rumbo a Santo Domingo. Allí conocieron la dictadura de Trujillo. Estuvieron viviendo 9 meses en una colonia y otros 14 en la capital. Las noticias sobre los buenos salarios que se pagaban en Panamá le animaron a emigrar a este país. El viaje fue tramitado por la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles (JARE). Durante esa época EEUU estaba comenzando la construcción del tercer juego de esclusas del canal, lo que había provocado un gran movimiento de trabajadores en busca de empleo. En 1942, después de unos comienzos bastante difíciles, empezó a trabajar en la construcción del edificio de la Embajada de los Estados Unidos en Panamá hasta que surgió diversos problemas y tuvo que ganarse la vida temporalmente como camarero.

La guerra estalló y el cemento dejó de venir, “¿qué hago ahora pregunté?” Había trabajo de camarero, le pregunté a un paisano: “oye ¿cómo es ser camarero?, bien”, –digo– “bueno mira explícame... Bueno, a veces hacemos veinte, treinta, treinta y cinco, a veces hasta sesenta. Oiga un momento ¿ganáis o lo robáis?”, –dice– bueno si nos dan un billete de veinte para cobrar cinco le damos el vuelto de diez, –digo– bueno y el policía, dice a ese está de acuerdo con nosotros y qué dicen los soldados”, porque los americanos cuando la guerra ¿verdad?. Panamá lo tenía invadido de jóvenes que iban para la guerra, los traían aquí, aquí los entrenaban en la Zona y después de aquí los repartían para Europa y para Asia, –digo– “y ¿qué dicen los soldados, hablan en inglés, no los entiendo?, sólo saben decir sanadebich, le dicen hijo de puta”(risas).

Posteriormente compró una “chiva” –un pequeño vehículo de transporte público–, con la que trabajó hasta 1946. Fue por entonces cuando comenzó a construir casas como forma de inversión para venderlas posteriormente. De este modo se fue haciendo con una pequeña flota de tres autobuses que alquiló durante más de treinta años. Mientras tanto, su mujer se encargó del cuidado de la casa, de la educación de su hija y contribuyó también a la economía familiar cosiendo ropa de niños para un almacén.

Durante todos esos años Ricardo y ella vivieron con la ilusión de ver caer el régimen franquista y poder volver a España. Sin embargo, el tiempo fue pasando y la familia fue echando raíces en aquel país. Pese a todo, siguieron manteniendo el contacto con su tierra natal a través de la madre de su esposa, a la que fueron ayudando económicamente. En 1968, volvieron a España tras conocer el grave estado de salud del padre de Ricardo. La

Llegada a Miño constituyó uno de los momentos más emotivos de su vida. A partir de entonces han vuelto a España de forma regular casi todos los años. Su mujer murió en 1991. Según sus propias palabras Panamá ha significado para él y su familia mucho más que un lugar de acogida. Allá encontraron *la paz, la tranquilidad, las libertades y el afecto de los panameños*.

Ricardo Pérez Medín



Rogelio García González

El gallego que se fue quedando, se fue quedando...

Rogelio García González nació en Fungeiro (Ourense), en 1927. Tuvo seis hermanos. La muerte de su padre, –un ebanista de ideas republicanas–, cuando él tenía quince años, dejó a la familia en una delicada situación económica. Con su madre en casa cuidando de los pequeños, Rogelio quedó prácticamente al frente de la familia y con diecisiete años comenzó a trabajar en el ferrocarril de la línea Zamora-A Coruña.

A los diez y siete años fui a pedir trabajo en una compañía que era la del ferrocarril que va de Zamora a Coruña, del cual claro, aquella no había ni cédula siquiera entonces el encargado de la compañía me miro y me dijo bueno tienes que traer un papel como que tu tienes diez y ocho años del Alcalde del Ayuntamiento de Viana del Bolo, claro, pero el Alcalde era amigo de mi papá, que en paz descanse, amigo mío (...) Llegué donde él, le pedí un papel, que me diera un certificado como que yo tenía 18 años, el cual me dice él, me recuerdo bien su nombre de él verdad su nombre Eleuterio dice no hombre eso no es el problema llévalo de diez y nueve años para que no te digan nada.

Los prometedores sueldos de la mina le atrajeron hacia ese mundo. Estuvo trabajando en el País Vasco, y más tarde en las minas de estaño y cinc del Valle de Arán, en Cataluña. Cuando se acabó el trabajo de minero se trasladó a Barcelona donde comenzó a sopesar la idea de emigrar ante las malas perspectivas laborales que encontró en la Ciudad Condal. Rogelio tenía algunos tíos en Río de Janeiro que regentaban un restaurante e incluso una hermana suya que había emigrado anteriormente. Esta circunstancia hizo que se decantara finalmente por Brasil frente a otras posibilidades, como Argentina, donde terminaría otro hermano suyo.

Llegó a aquel país en octubre de 1953, tras un viaje de 14 días embarcado en *El Cabo de Buena Esperanza*. Sin embargo, y a pesar de sus esfuerzos, los trabajos que fue encontrando no consiguieron satisfacer las expectativas que había puesto en aquella aventura. Todo ello, unido a la fuerte inflación de la época, le decidieron finalmente, tras diez años de estancia, a abandonar el país en busca de una situación más alentadora.

Mire qué inflación había y digo “¿que hago yo aquí en Brasil? Aquí no hago más nada tampoco. Me voy para donde sea pero aquí no paro más”. Un día con un amigo llegamos a una fiesta que también era igual como la fiesta aquí de Santiago Apóstol, yo le digo: “oye ¿quiere acompañarme? Vamos para salir de aquí a donde sea, vamos para Argentina, o vamos para Uruguay, o vamos para donde sea, pero que yo aquí en Brasil no voy a aguantar más, –dice– ¿y por qué no vamos para Panamá?, y digo: que sé yo dónde queda Panamá, si nunca escuché Panamá, hombre, le digo yo a él así, y dice él no, ni yo tampoco, sólo sé que tengo unos familiar muy lejos unos familiares lejanos que están en Panamá y mandan mucha plata para España y sé

que ganan buen dinero ahí en Panamá. Bueno vamos pa' allá”, –digo yo– vamos a ver”.

Llegó a Panamá en 1963 con otro español que se encontraba en circunstancias similares y que tenía familia en este país. Comenzó a trabajar vendiendo prendas de ropa y muebles durante los primeros años. Poco más tarde montó una cantina.

Qué me metí, a vender prendas como andaban vendiendo por ahí, en aquella le llamaban respaldado a uno que trabajaba independiente pero con una mueblería, vamos a decir que esa mueblería le cobraba 16.00 dólares al mes en ese tiempo, usted como si trabajara, eh, con ellos de empleado pero era independiente de todo, lo que sacara era para mí. Pagábamos nosotros los 16.00 dólares a la empresa de mueblerías y después nosotros vendíamos y eso era nuestro, el único que claro en principio cuando uno se mete así no tiene mucha plata y a veces le sale una refrigeradora grande para vender. Había una cosa grande, bueno hoy mira me salió para vender esto, ir vosotros y vendérselo porque yo no tengo plata para tanto, comienza ná más con las prendas, ahí en las tiendas se vendía las prendas vamos a decir a crédito o en club por los dos números que salían en la lotería así puede hacer eso si le salían los dos números se ganaba la prenda, se ganaba el mueble o lo que tuviera, si estaba al día porque si no estaba al día tampoco ganaba. Después llegué y dejé eso y agarro en Panamá y me vine y compré una cantina aquí en Chorrera. Ya empecé con la cantina.

Por aquel entonces conoció a una mujer panameña. Se enamoraron, se casaron en 1968 y se trasladaron a Chorrera. Han tenido dos hijos, un chico, que murió en un accidente, y una chica. Fue socio de la Sociedad Española de Panamá y de la Sociedad Española de la Chorrera. A lo largo de su vida en este país ha tenido un estrecho contacto con los panameños, en quienes percibió –más en el momento de su llegada que con el transcurso de los años–, un cierto recelo por la memoria que conservan de la conquista de América. Sin embargo, su relación con ellos siempre ha sido buena.

Rogelio tiene la doble nacionalidad. Pensó en algún momento en regresar a España pero según sus propias palabras, como otros muchos miles de emigrantes, *me fui quedando, me fui quedando...*

Volvió a ver a su familia en España en tres ocasiones, la última vez en 1992. La situación que se encontró en su país natal después de tantos años ha sido muy diferente de aquella que dejó en 1953, algo que le satisface especialmente, aunque hoy en día ya no piensa en volver de forma definitiva.

Teresa Solá (seudónimo)

El material del que están hechos los sueños...

Teresa Solá nació en 1912 en un pueblo de Navarra. Su familia poseía algunas tierras y se dedicaba a las labores de campo. Fue la tercera de seis hermanos, cinco chicas y un chico. Realizó sus estudios primarios en una escuela pública y más tarde completó su educación en un colegio de carácter privado. En 1928 Teresa Solá fue invitada, como si se tratara de un cuento de hadas, por una tía que residía ya en Panamá.

... Desde que mi tía nos escribía y... “Tiene –le decía a mi madre– que venir una de tus hijas, por favor, ¡mándame una que tu tienes muchas y yo aquí no tengo nada!, ¡no tengo ningún niño, así es que tú tienes muchos, mándame una!”, y con una familia amiga de ella que iba a Logroño... Entonces de Logroño se acercaron a Sangüesa “y ¿cuál es la que quiere ir a Panamá?”, –digo–: “Yo, yo, yo”. Si porque mi hermana mayor quería irse de monja y se fue de monja, mi hermana mayor se fue de monja.

Llegó a Colón el 11 de noviembre de 1928 a bordo del buque Oropesa. Comenzó a estudiar inglés y se fue integrando en la sociedad panameña de la época. Seis meses después, cuando contaba con 16 años, comenzó a escribir el segundo capítulo de su cuento.

(...) Como yo escribía todo el tiempo contándoles maravillas (a mi familia), que tenía un novio muy guapo, que me quería mucho, que estaba en la escuela, que estaba deseando pues casarse, pero que como era tan jovencita, mi mamá lo primero que me dijo fue no te cases joven, no te cases joven mi hijita porque hay tiempo para todo, mira yo me casé a los veintiséis años, decía mi mamá, y tuve un montón de hijos, no te cases pronto, disfruta tu juventud pero cuando uno está enamorado qué le importa...

Conoció a Joaquín –un español que había llegado en 1923–, en una fiesta que celebraba en la Beneficencia Española. Se enamoraron y se casaron tres años después. Joaquín había estudiado para ser farmacéutico en Panamá, comenzó a trabajar en la farmacia de su tío y tuvieron dos hijas en pocos años.

Estalló la Guerra Civil en España y el matrimonio asistió a la ruptura que se produjo dentro de la colonia reunida en torno a la Sociedad de Beneficencia Española.

(...) Antes, cuando la guerra, cuando la guerra europea, uno de los periodistas que era medio político, más que político molestón, le viene a decir a Joaquín, oye ve, ah Farmacia Italiana se llamaba, dice nada de Farmacia Italiana, porque el Duce se ha venido la guerra con los Estados Unidos y no se qué, hay que cambiarle el nombre, viene Joaquín y me dice, oye mamá, nunca me llamó Teresa. Dice, oye mamá, cómo le ponemos a la Farmacia; Farmacia Ruiz le dije yo y ahí mismo Farmacia Ruiz. (...) Había mucha relación (con la Sociedad Española de Beneficencia), como vino la guerra, como vino la guerra y hubo una separación total de la colonia, nosotros éramos

de Franco y los de aquí eran de... Pues se disolvió la (Sociedad)..., los de Franco se fueron para un lado... Se dividió La colonia española y vino Pandesaraluce, un maravilloso diplomático.

Su situación económica les permitió llevar una vida desahogada. Durante los años cuarenta realizaron un largo viaje. Recorrieron Chile, Perú y se establecieron durante unos años en Argentina, donde tenían varios tíos.

Y cuando fuimos nosotros fuimos a pasear a Argentina, con mi esposo y las niñas, porque no podíamos ir a España por la cosa de la guerra, de que la mamá de mi esposo dice, mira ustedes están muy mal acostumbrados y aquí no hay esto y no hay lo otro, mejor no vengán este año a ver si el año entrante se mejora esto, porque este año estamos en la posguerra, no, entonces, pues, mira así nos vamos a conocer el sur y nos fuimos a conocer, así estuvimos en Chile, en Perú, en Chile, en Ecuador primero, en Ecuador, en Perú en Chile, que unos amigos míos nos dieron la dirección de otros y nos quedamos tres meses, nos gustó tanto Santiago de Chile que nos quedamos tres meses, entonces, porque eran las vacaciones y ya entonces, ya averiguamos para un colegio para las niñas porque estábamos también en vacaciones aquí y en el viaje que fue muy interesante, el viaje de Santiago de Chile a Argentina fuimos por los lagos del sur.

Tras acabar la II Guerra Mundial su marido vendió la farmacia, dejaron un administrador para llevar los negocios y propiedades y se trasladaron a España, a completar la educación de sus hijas. Su desahogada situación económica les permitió estar 14 años en este país. Durante este periodo de tiempo murieron sus padres y sus hijas crecieron, se enamoraron y comenzaron a hacer su propia familia. Posteriormente *Teresa Solá* volvió a Panamá, donde murió su marido hace veinte años.

Durante todos estos años ha llevado una vida acomodada. Actualmente sigue yendo todos los días al Club Unión donde juega al bridge y ha viajado regularmente a España, aunque siempre desea volver a Panamá, donde se enamoró y cumplió sus sueños.

Enriqueta Sánchez Ruiz

La mujer que aprendió a escribir... cartas de amor

Enriqueta Sánchez Ruiz nació en Navas de la Concepción (Sevilla) en 1934. Ha sido la más pequeña de cuatro hermanos, tres chicas y un chico. Sus padres trabajaban en los cortijos de varios “señoritos” de la zona. Él cuidaba de las cabras y ovejas mientras las mujeres –su madre, su abuela y su hermana mayor–, recogían aceitunas.

Sí, el cortijo era grande, aquí vivían los señoritos, nosotros vivíamos en las casitas, unas casitas que tenían, chiquitas, íbamos de un cortijo a otro, no, porque mi padre guardaba las ovejas y cabras o sea que no estábamos siempre en el mismo sitio, estábamos una temporada en un lado, otra temporada en el otro, porque usted sabe que con las cabras de noche las poníamos en los corrales, así en un lado y en otro, y ellas de noche hacían su pupú²⁰, no, después araban y sembraban todo pues el trigo, la avena, la cebada, los garbanzos, pues todo.

Vivían de forma itinerante en unas construcciones muy sencillas hechas de juncos que abandonaban a medida que iban cambiando de cortijo en busca de trabajo. Ninguno de los hijos fue al colegio. Ni ellos ni los padres sabían leer ni escribir. Su futuro más próximo se orientó hacia Barcelona.

Nos marchamos... pues porque no podíamos... España estaba muy mal y en Barcelona a mi padre cuando la guerra le explotó una bomba muy cerca, se quedó sordo, entonces era sordo y, claro, pues, mi madre no quería que nosotros nos criáramos en las montañas toda la vida, verdad, entonces decía que ella quería algo mejor para sus hijas, no, entonces nos fuimos, nosotros teníamos unos familiares en Barcelona, no.

La hermana mayor fue quien inició la cadena migratoria, al emplearse en la Ciudad Condal en el trabajo doméstico. Más tarde, cuando Enriqueta contaba siete años, se trasladó el resto de la familia. Llegaron a Barcelona en el año 1941, conocido tristemente en España como “el año del hambre”, que padecieron en carne propia. Su madre y las hijas pequeñas comenzaron a trabajar limpiando escaleras. Más tarde, Enriqueta entró como interna en el servicio doméstico y luego como aprendiz de modista. A los 14 años encontró empleo en una fábrica de esparto, como ayudante de una vecina del barrio, y posteriormente pasó a otra fábrica textil. Fue por entonces cuando conoció al que sería más tarde su marido. Él tenía entonces 16 años y ella 14. Aprendió a leer y escribir a través de las cartas que se cruzaba con su novio mientras cumplía el servicio militar. Cuando terminó la mili él se fue a Brasil y de allí a Uruguay, donde entró de forma clandestina. Estuvo trabajando durante tres años en una zapatería con taller que montó con su hermano.

Mi marido terminó el servicio militar y se fue a Brasil, de Brasil tenía un hermano en el

20 En Panamá, equivale a “hacer caca” en España, defecar.

Uruguay y se fue al Uruguay, a él lo pasaron de Brasil al Uruguay, lo pasaron en un tren metido en un armario que pagaban para eso, porque no podía entrar porque en el Uruguay no había inmigración, tenía que ser reclamado por papeles de familiares. El hermano llevaba poco tiempo y no lo podía reclamar, así que se pasó... Ilegal, en un tren metido en un armario y el señor que lo metió le llevaba las comidas o yo no sé, porque eran varios los que se pasaron así, y estuvimos pues 3 años cartas van y cartas vienen y luego al año me dijo para casarnos, mi suegro me hizo de novio, nos casamos...

Se casaron por poderes en agosto de 1958. Ella llegó a Uruguay en febrero de 1960 y a los quince días se quedó embarazada. Su marido vendió la zapatería y compraron una churrería. Enriqueta se incorporó al trabajo en el negocio familiar cuando los niños comenzaron a estudiar en el colegio.

... Ya ahí comencé a trabajar porque yo los metí (a mis hijos) en un colegio de monjas que había cerquita de mi casa. Yo cruzaba la calle y enfrente estaba el colegio de monjas que era de niños chiquititos y así yo hablé con las monjas, me dijeron que sí que los podía llevar, así que yo los llevaba a la mañana, estaban sus horitas. Por la mañana nosotros no trabajábamos, abríamos a las dos de la tarde hasta la una de la madrugada, así que por la mañana yo hacía todas las cosas en mi casa, mis compras y todo, después de almorzar yo los llevaba. Ellas me los tenían hasta las seis de la tarde que yo me venía y ya se quedaba mi marido solo trabajando en la churrería, solo con muchachas, con 3 o 4 muchachas que teníamos.

Su situación económica empezó a mejorar y volvió a Barcelona con sus hijos pequeños. Durante aquellos años había sentido la nostalgia de la separación familiar. Sin embargo, el reencuentro le provocó sensaciones desconocidas. Sintió, según sus propias palabras, que ya no era la casa de sus padres y que éstos eran los abuelos de sus sobrinos, pero no los abuelos de sus hijos.

Cuando llegué a Barcelona, mi hermana, la que quedó soltera, se había casado, tenía 2 niños, vivía con mi padre y con mi madre, entonces ya no era mi casa, yo ya llegué allí y ya no me encontraba a gusto, porque yo en el Uruguay, cuando yo estaba allá sola, yo lloraba mucho porque yo encontraba falta a mi familia, no sé, yo estaba muy sola. Entonces mi marido me dice: "mira te voy a sacar un viaje abierto, te quedas los meses que tú quiere, pero por favor cuando vengas ya no llores más porque es que así no podemos seguir porque yo lloraba", yo lloraba siempre porque me encontraba sola, muy sola, joven y con mis hijos muy pequeños, muchos problemitas. En fin llegué allá a Barcelona y la casa de mis padres ya no era la casa de mis padres.

Su sitio estaba ya al otro lado del mar... Volvió de todos modos cuatro años más tarde y el viaje coincidió con un accidente donde murió su padre en Barcelona.

La tensión social y política que se vivió en una determinada época en Uruguay hizo que regresaran a España, donde abrieron una cafetería. Pero después de un tiempo la vendieron y su marido volvió a cruzar el charco, esta vez con dirección a Perú. Tras un tiempo en este país recaló definitivamente en Panamá y se trajo al resto de la familia.

Enriqueta y sus hijos llegaron en noviembre de 1972. Comenzaron a trabajar en la panadería del hermano de su marido, que había seguido los mismos pasos. Posteriormente abrieron una churrería y en poco tiempo se convirtió en todo un éxito. Al cabo de dos años su cuñado les vendió el negocio.

... Nosotros cuando abríamos a las siete de la mañana eran colas, colas a los churros, aquí no había nadie que supiera hacer eso, entonces mi cuñado como él ya los tenía, ya mi marido se ponía a la caldera desde las 7 de la mañana y salía a las 12 de la noche y yo en la sandwichería y la caja, porque ya era lo que hacíamos hasta que la gente aprendiera entonces mi marido y mi cuñado nos mandó del Uruguay 4 muchachos que ya sabían hacer la masa, los rellenos, los sandwicheros, o sea, para que nosotros ya tuvimos porque eran colas a los churros, era colas, colas, no nos daban tiempo, (...) fueron los churros los que nos dieron a nosotros el éxito.

Su marido murió hace cuatro años. Actualmente ella vive en una gran casa con dos de sus hijos, sus nueras y sus nietos, su bien más preciado que le unen con un lazo invisible a Panamá.

Concepción Balda Sauz

La “empujadora de gentes” que nunca fue de ningún lugar

Concepción Balda Sauz nació en Carlet (Valencia), en 1946. Su madre, una mujer de ideas republicanas que cosió mensajes en los bolsillos de los milicianos cuando montaba uniformes durante la Guerra Civil, se dedicaba a las labores domésticas y su padre, con las mismas sensibilidades políticas, a la agricultura. La familia tenía un tío en Paraguay que les animó a cambiar de vida y emigrar hacia América.

... Recuerdo que mi madre de madrugada, dice: “bueno ¡ya llegó el momento!” o una expresión así, que yo cuando lo recuerdo me despeluco porque fue, así yo, “¡ya llegó el momento!”. Para mí, claro, era un poco la aventura, el vestido que me pusieron, los zapatos que me pusieron... recuerdo todo. También me había despedido de mis amigas, les había prometido muñecas. Yo como que iba a un lugar donde iba a conseguir cosas, por lo que yo oía hablar. Todavía recuerdo la despedida de mis amigas, las cartitas, las cosas, que luego las volví a ver ya grande. Entonces de ahí fuimos a Barcelona.

Salieron de Barcelona en 1954, embarcados en el buque *Corrientes*. En el barco la pequeña descubrió que había niñas de piel negra que jugaban con muñecas del mismo color. Fue tan sólo el primero de una larga serie de descubrimientos que haría a lo largo de su vida.

... Jugué mucho con esa niña negra, me encantó. Lo que más recuerdo que para la edad, yo no me fijaría en eso, pero se ve que me llamó la atención. No sé quiénes serían, pero eran personas elegantes. Luego mi madre, también recuerdo, hablando con personas españolas que habían ido a visitar familias desde Argentina y volvían a Argentina. Entonces lo que me llamó la atención de esas señoras, que le dijo que sus sobrinos eran dos terrones de tierra. Yo no asociaba eso, por qué dos personas pueden ser dos terrones de tierra. Pero lo dijo en valenciano (dos terrons de terra), una cosa así como queriendo decir que eran muy ignorantes, pobrecitos, que sólo estaban con la cabeza metida en la tierra, agricultores. Ya ellos habían estado en la Argentina, se habrían cultivado más... No sé más de la vida de esta gente... pero me llamó la atención esa expresión, que venían tristes porque sus sobrinos eran dos terrones de tierra. Dos pedazos de tierra. Dos terrons de terra.

En Encarnación conoció a su tío abuelo, una especie de mecenas de ideas izquierdistas que fundó un Instituto al que puso de nombre Cervantes. Él le enseñó a amar la literatura y los idiomas.

Se llamaba el Instituto Cervantes, que tenían banderines, me acuerdo que tenían banderines y venía mucha gente a hablar con él y a él le gustaba mucho asesorar sobre literatura,

sobre todo, tenía una biblioteca grande. Era propietario, era un grupo, era comerciante, pero no llegó a ser grande, más bien era un intelectual. No llegó a hacer dinero, esa escuela se vino abajo, pero está en la historia de Encarnación, el Instituto Cervantes. Los primeros que terminaban la escuela secundaria podían ir ahí, y así, también al final con otro grupo, más adelante formaron el Rotary Club, por ejemplo. Él tenía sus ideas de izquierda, pero me imagino... Después ya metido en el ambiente paraguayo, así es que el Rotary cuando él murió le dio un recordatorio de todo lo que había hecho. Él se movió mucho, también hacia exposiciones de pintura, recogía pintores, ceramistas de la región, cuando yo llegué, esa noche había una exposición de cerámica, de eso me acuerdo fue la primera vez que yo vi cosas indígenas, él había hecho esas exposiciones. Tenía muchas inquietudes...

El padre de Conchita se asoció con un amigo de origen alemán y formaron una empresa dedicada al empedrado y la exportación. Mientras tanto, su madre abrió un pequeño hotel.

Terminó sus estudios secundarios *al otro lado del río Paraná*, en Posada (Argentina). Sus inquietudes literarias le llevaron a Francia a completar su carrera universitaria, con una beca del gobierno Paraguayo. Llegó a finales de 1968, unos meses después de los célebres sucesos de mayo. En Burdeos conoció a José, un panameño que estaba haciendo su doctorado, y se casaron. Estando aún en Europa volvió a visitar al resto de su familia en Carlet, su pueblo natal y se encontró con una sociedad muy diferente de la que había conocido durante los últimos años en América.

Llegó a Panamá en 1972 y tuvo a sus tres hijos en este país. Comenzó a trabajar como maestra en el Instituto Pedagógico y fue profesora, entre otros muchos, de Martín Torrijos. Comenzó a trabajar en La Chorrera. Por entonces su marido fue becado por un año para trabajar en el Fondo Monetario Internacional.

... Me mandaron a Chorrera, me acuerdo, yo dije: “yo no sé Chorrera²¹, no conozco, es como ir a otro pueblo todos los días” y alguien me dijo aquí: “no Conchita, acepta porque Chorrera está cerca, se considera Panamá”. Y me nombran y justo a José lo nombran a una beca para el Fondo Monetario Internacional. Un año. Él (decía): “no, no me voy, cómo te vas a quedar con los chicos solos. Yo no, no, vete”, yo siempre empujando a la gente. Después me pasé empujando alumnos. Tengo alumnos por todos lados que los he empujado a irse, he sido una empujadora de gente. Como mi madre y mi padre lo han sido con nosotros, siempre. Entonces, eh, se fue al Fondo Monetario, a Washington, se pasó un año, yo solita aquí, yendo a Chorrera, con una empleada ayudándome con los niños, así que iba todos los días...

Tiene una identidad múltiple y compleja. Su círculo de amistades está constituido por argentinas e italianas, mucho más que por panameñas y nunca ha pertenecido a la Sociedad Española de Beneficencia. Su vida transcurre entre Panamá, Argentina y España.

Viaja todos los años a su país natal, donde están actualmente sus hijos, y aunque se siente española, hay *algo*, que no le deja serlo del todo. Le gusta tener mucha gente en su casa y le espantan los himnos nacionales que se cantan en las escuelas. Se define a si misma como *una empujadora de gente*, una forma poética de describir su inclinación de animar a otras a marchar en busca de sus sueños.



Conchita Belda

Ceferino Sánchez Jonquera

La generación perdida...

Ceferino Sánchez Jorquera nació en Puerto de Mazarrón (Murcia) en 1934. Su padre era en ese momento capitán de infantería de marina –poco después le nombrarían profesor de la Academia Militar de San Fernando de Cádiz– y su madre, que procedía de una familia de ideas monárquicas, se ocupaba de las labores domésticas. Ceferino es el mayor de dos hermanos. Las ideas de ambas ramas de la familia reflejan la tragedia que supuso la Guerra Civil española. Su padre, defensor a ultranza de la legalidad, permaneció leal a la República durante el alzamiento militar de 1936. Estuvo presente en los frentes de Andalucía y Teruel, combatió en la terrible batalla del Ebro y se exilió en Francia. Mientras tanto, su mujer y sus hijos se quedaron a vivir con la familia materna, que según sus propias palabras, *había ganado al guerra, al menos hasta cierto punto*.

En Francia su padre consiguió un visado y se trasladó a la República Dominicana. Sin embargo, el temor a la dictadura de Trujillo y las buenas perspectivas que ofrecía en esos momentos Panamá alentaron su marcha a este país, donde esperó la caída del régimen de Franco. Pero el final de la II Guerra Mundial y el comienzo de la Guerra Fría disiparon todas sus esperanzas.

... A Panamá saltó por dos razones. Primero porque en República Dominicana, a pesar de que él le agradeció a República Dominicana que le diera la visa, siempre se lo agradeció, le pareció que vivir con Trujillo no era un sitio ideal. También había ese asunto que empezó la guerra mundial, que el Canal de Panamá, que en Panamá había mucho movimiento... Y él pensó que era una buena idea venirse a Panamá y otra vez fue también porque había unos amigos españoles en República Dominicana, había un tipo que siempre me acuerdo del nombre se llama Vásquez Gayoso, que es un abogado famoso, muy reconocido, que le dijo bueno vámonos, se vino con él o vino después o algo así, pero ése fue una de la gente que lo trajo...

Fue entonces cuando su madre, su hermano y él partieron hacia Panamá. Salieron de Cádiz a bordo de un pequeño carguero, el *Monte Albertia*. Hicieron escala en Venezuela y llegaron a Barranquilla, donde embarcaron en un avión que les llevó definitivamente a Colón. Su padre había comenzado a trabajar como profesor en el colegio Abel Bravo, donde impartía clases de matemáticas.

Cuando terminó los estudios secundarios se trasladó a la capital y comenzó su carrera universitaria. Mientras tanto, trabajó como cocinero en un pequeño restaurante y más tarde consiguió otro empleo como vendedor de productos farmacéuticos.

... El primer trabajo fue con unos amigos de mi padre que eran exiliados y que tenían un pequeño restaurante (...) Los pobres eran abogados y no tenían ni idea. Entonces me dijeron a ver si yo los ayudaba y pasé seis meses horribles ahí, de cocinero, haciendo de todo, sin saber

nada y a los seis meses adelgacé tanto que mi madre dijo que me tenía que cambiar de trabajo. Por supuesto, no me pagaban, solamente comía y vivía con ellos y después conseguí un trabajo de vendedor de cosas de medicamentos, me pagaban cincuenta dólares al mes, pero me fue muy bien porque en tres meses ahorré para comprarme un carro y entonces un carro... Porque mi padre más o menos tenía los medios para darme el dinero que necesitaba para estudiar, pero verdaderamente no era..., yo diría que hubo más escasez de dinero en Panamá que en España, bueno con la diferencia guardada que aquí yo ya era un muchacho y necesitaba dinero, pero tampoco fue así muy intenso, pero yo trabajé todo el tiempo que estuve en la Universidad.

Su vida social comenzó a girar alrededor del mundo universitario, donde, además, había una gran colonia de españoles exiliados dando clases. En 1956, una vez terminada la carrera, consiguió una de las prestigiosas becas Fulbright en Estados Unidos para estudiar Farmacología. Tras su regreso consiguió un trabajo en la Universidad y se casó con Julita, una panameña de lejanos orígenes españoles que estudiaba arquitectura en Norteamérica



Ceferino Sánchez

Después de hacer su doctorado en Estados Unidos formó un importante grupo de investigación vinculado a los estudios biológicos. Posteriormente fue inclinándose su carrera hacia la administración. Fue Director de Escuela, Jefe de Departamento, Vicedecano, Decano, Vicerrector y ya en 1981, Rector de la Universidad. Su nombramiento dio lugar a una notable polémica e incluso a un pronunciamiento de la Corte Suprema, ya que la ley consideraba que el puesto de rector solo podía ser ocupado por un panameño de nacimiento. Tras este periodo volvió a su puesto de profesor, que dejó posteriormente para hacerse cargo de la coordinación internacional del Programa de Química Fina Farmacéutica en el Programa de Ciencia y Tecnología. Ha sido Secretario Nacional de Ciencia y Tecnología de la Secretaría Nacional de Ciencia y Tecnología (SENACYT), y más tarde ocupó la Dirección de Investigación de la Facultad de Medicina de la Universidad de Panamá. También tiene una importante faceta como empresario en la industria farmacéutica.

Ceferino y su mujer tuvieron cuatro hijos, tres chicos y una chica, que vive y trabaja en Barcelona. En 1973, veintitrés años después de su llegada a Panamá, regresó a su país natal. El reencuentro con España le provocó sentimientos encontrados, incluso afloró en él un cierto resentimiento por las consecuencias que había provocado la guerra en su familia y en su generación... Una generación perdida.

uruguay

Rogelio Martínez Barreiro

Rogelio nació en Cesantes, un pueblo de la Bahía de Vigo en Galicia, en octubre de 1923. Recuerda una infancia tranquila, de niño vida de aldea: ir con las vacas, ir a la pesca, nada establecido, nada fijo. La situación económica era desahogada porque su padre ganaba bien como maquinista y tenían algunas tierras. Era el pequeño de 4 hermanos.

La Guerra Civil obligó al padre y a los hermanos a abandonar España mientras él quedaba al cuidado de su madre en un ambiente difícil y lleno de rencores. Su madre atendía la casa y también trabajaba en el campo.

Es que después de la Guerra hubo que seguir viviendo. Mi pobre madre fue una mártir, como todas las madres gallegas: viudas con marido todas ellas... Hoy creo que es una etapa superada en nuestra historia, pero lo que han sufrido las mujeres gallegas... En fin, criar a sus hijos sin su marido porque el marido no estaba, darles de comer... esa fue su vida.

Aprendió a leer y a escribir... más o menos, en la rudimentaria escuela que tenían en la aldea, y los escasos conocimientos que adquirió hacían de él un chico semi analfabeto.

Cuando acabó la guerra trataron de sacar a Rogelio fuera de España –enviándole con un tío que vivía en Francia:

Pero ¿cómo se sacaba a un muchacho de allí? Porque en esa época no se podía salir de España. Pero resultó que al lado de casa había una vecina que había estado en Buenos Aires donde había tenido y criado a un hijo que se llamaba Norberto Ramón Curujeira Sestelo. Y la señora le preguntó a mi madre si podía servirle el nombre y el documento de su hijo para sacarme de España. Así que con una hermana mayor que yo –ya fallecida– fuimos al Consulado Argentino en Vigo a hacerme pasar por el hijo de la vecina.

En su periplo hacia Uruguay hizo escala en Buenos Aires en el año 41, viajando en el *Cabo de Hornos*. Como era menor y nadie le esperaba, le llevaron al Hotel de Inmigrantes. Allí, sin familia, sin papeles, y con una enorme angustia estuvo hasta un día llegaron unos amigos de su padre a buscarle.

Yo estaba metido en un rincón, en una cama, allá en el fondo... Y veo que vienen por el corredor, preguntando por Rogelio Martínez. ¡El asunto es que yo había jurado que era Norberto Ramón Curujeira Sestelo! Y cuando ellos preguntan por Rogelio Martínez, yo dije que no sabía quién era. Pero... no los podía convencer, insistieron otra vez y muy hábilmente empezaron a hablarme de mi familia... hasta que tuve que rendirme y reconocer que ese era yo. El abrazo que les di yo a aquella mujer y a aquel hombre...!. Además me trajeron comida: las primeras milanesas que comí yo en mi vida las comí esa noche.

Después de conseguir un cedula de identidad con su propio nombre se trasladó en barco a Colonia viajando en la sala de máquinas porque el maquinista era un conocido de su padre. De ahí a Montevideo donde vivió con su padre en una casa de gallegos donde se alquilaban habitaciones y tenían una letrina para los numerosos vecinos que ocupaban el inmueble.

Trabajó en los muelles de pescadores, en bares, bodegas y cafés hasta que en 1948 entró en la Shell donde estuvo diez años. Siguiendo la profesión del padre se puse a estudiar para ser maquinista naval en la escuela de la empresa. Durante cuatro años combinó el trabajo con el estudio. Pero el título de maquinista naval significaba pasar a ser oficial de la marina uruguaya y Rogelio no tenía la ciudadanía por lo que no pudo acceder a esta profesión.

Cuando abandonó la Shell trabajó de mecánico de máquinas de escribir e incluso inventó unas máquinas de entintar cintas de máquina que le dieron buenos resultados económicos. Tal vez el contacto con ellas estimuló su vocación de escritor a pesar de que llegó a Uruguay semi analfabeto y sin hábito de lectura.

No sé si hasta entonces yo tenía vocación de escritor... Hoy tengo unos 50 o 60 escritos sobre personalidades españolas. Al principio escribía algún artículo, hacía alguna nota para la semanaria España Democrática, corregía el periódico, hacía las pruebas de galera, y todo eso... Siempre hay que hacer algo o corregir algo, entonces... Entre una cosa y la otra, como dice el refrán "de comer y de rascar / todo mal es empezar". Al final terminé escribiendo tres tomos sobre Bergamín y los tres tomos de la "Crónica del exilio español en el Uruguay". Yo digo que en este diablo mundo, el que busca siempre encuentra. Y aunque tenga muchos fracasos en la vida –que los tengo, porque la tarea de investigar es muy ingrata– también he tenido grandes satisfacciones.

También ha escrito sobre la Guerra de Cuba en memoria de su padre que fue un combatiente Su interés por la literatura y por oficio de escritor, como el lo define, tiene una estrecha relación con su actividad en la Casa de España y con la amistad que le unió a Bergamín

En Montevideo empecé a juntarme con gente gracias a mi padre, que empezó a llevarme a Casa de España. Me hice socio y todavía conservo el carné del año 41. Y ahí comencé a hacer algo, a colaborar en un semanario llamado "España democrática". Yo hacía trabajo voluntario manejando una maquinita que tenía unas chapas que iban cayendo y que imprimían las direcciones adonde había que mandar el diarito. Chaca chaca chaca chaca... y así los ejemplares se mandaban a los socios y algunos al exterior.

Para aquel muchacho que conoció la Isla de la Muerte y que había vivido hasta los 17 años en una aldea, esto era una vida *como de novela*. Es a través de la actividad política y cultural que se realizaba en Casa de España desde donde empezó a integrarse en Uruguay. Conoció la Historia de España a través de las obras de Américo Castro y de Ramos Martín y de los *Episodios Nacionales* de Galdós. Fue un proceso de formación desordenada y autodidacta que se nutría de las personalidades que visitaban la Casa de España: Nicolás Guillén, Salvador Allende, al fundador de la editorial Losada en Buenos Aires, Guillermo

de Torre, y sobre todo Bergamín del que es un gran admirador. Fue fundador del Patronato de la Cultura Galega y directivo durante muchos años.

A pesar de haberse casado con una gallega, no se ha esforzado por mantener las tradiciones españolas. Por el contrario ha tratado de ser uruguayo, a pesar de no tener la nacionalidad y de que sus hijos –uruguayos– así lo sientan. Solo tiene la nacionalidad española:

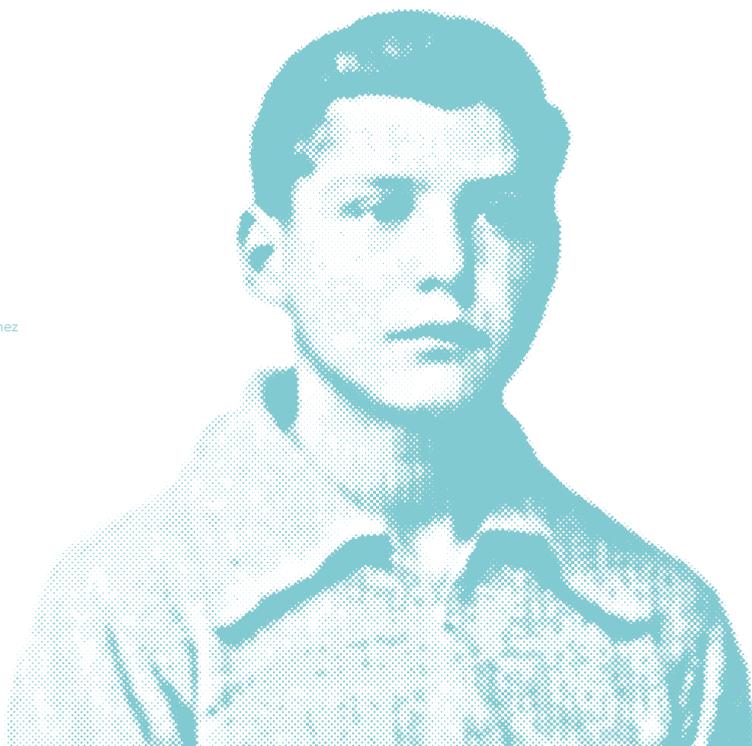
A mí me pasa lo mismo que a don Ramón del Valle Inclán a quien en una ocasión le preguntaron: “Si no fuera español, ¿qué le gustaría ser?” Y... ¿sabe qué respondió? Dijo “Bueno, si no fuera español... me gustaría ser español!”

Está muy agradecido al país que le permitió tener una posición económica respetable a pesar de que sus ahorros desaparecieron con la quiebra de una entidad bancaria. Ahora trata de completar su jubilación con la ayuda solicitada al programa Niños de la Guerra que ha sido aceptado por el Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.

Volvió a España en 1968, época en que todavía estaba viva su madre y pudo encontrarse con sus hermanas a las que apenas reconoció.

Si pudiera, volvería... pero me pasaría lo que le pasaba a Alberti. Cuando él se marchó de regreso y vino a despedirse por última vez, sobre todo de la Argentina, dijo que extrañaba la otra orilla. Se refería a la otra orilla de América. Calculo que a mí me pasaría igual.

Rogelio Martínez



Ángel Alonso Ortiz

Yo no soy un emigrante, yo soy un emigrado: a mí me obligaron

Ángel nació en Burgos y vivió en Pamplona hasta los seis años en que emigró a Montevideo. Su núcleo familiar estaba integrado por sus padres, mis abuelos paternos y una tía. Su madre fue ama de casa. Su padre era fundidor de moldes; realizaba trabajos en fuego y moldeaba el material, sobre todo el hierro.

Vivían en el barrio ferroviario de La Rochapea en una casa que disponía de todas las comodidades: luz eléctrica, agua corriente, frigorífico... Recuerda vivamente los sanfermines en compañía de su padre, un vizcaíno adusto y trabajador, con un doble sentimiento de atracción y rechazo a una fiesta plagada de claroscuros:

Ahí me llevaban y tengo todavía una foto con mi padre llevándome de la mano, yo vestido de pamplónico: camisa y pantalón blancos, pañuelito y gorrito rojos. Todavía lo conservo... ese es un recuerdo para siempre: las corridas y los encierros que se hacían por la mañana en la calle Estafeta. Sí, sí... el encierro que se larga a las 8 –antes era a las 7– hasta la plaza de toros. Encierran a los animales y a la tarde los toreados los toreros profesionales. Era una fiesta muy popular a la que iba todo el mundo y a los niños ya los preparaban para ser los futuros adultos que corrieran en el encierro. Era un planteo parecido un poco a una religión, un hábito que para el de afuera es una bestialidad, una salvajada... Sí, él me llevaba y como toda la gente del norte, sobre todo de Pamplona, me llevaba a los bares y desde pequeñito, en lugar de biberón con Coca Cola, a uno le daban biberón con vino. Como para ir adaptando el cuerpo a la futura cirrosis... así es.

A pesar de que el viaje en el barco fue una grata experiencia de juegos, experiencias y sabores, su llegada a Montevideo en un 30 de junio gris, frío y lluvioso estuvo llena de presagios: “Y yo miré y me dije: No sé qué es esto, pero empieza mal”. Pronto fue consciente de que la vida de familia, las fiestas y los juegos extramuros de Pamplona habían acabado para este niño de siete años.

El padre de Ángel era un obrero cualificado que trabajaba en fábricas de fundición. Él lo define como persona de carácter ansioso que pretendía mejorar de nivel de vida en una España –la de los años 50– llena de dificultades económicas y políticas. La idea de emigrar fue madurando con la información que le mandaban sobre Venezuela unos parientes que vivían ya en Uruguay:

Ellos habían escuchado que en Venezuela se vivía muy bien... que había oro por todos lados... Se engañaron creyendo que iban a encontrar El Dorado o algo de eso... Ahí mi padre dijo “Bueno, allá me voy, porque me va a dar más resultado”. Cuando llegó, se encontró primero que el barco no iba a Venezuela sino a Uruguay porque él no distinguía dónde era la cosa. Y sobre todo, se encontró con que no tenía trabajo.

Para esta familia tan unida, la idea de que parte de sus miembros emigrase a

América era algo muy doloroso porque temían no volver a verlos más y que la fortuna no les fuera tan favorable como este entusiasta vizcaíno imaginaba. Fue una despedida amarga, llena de reproches, en la que todos hicieron el duelo.

No, la despedida se produjo en Pamplona y fue “cortante”... Fue una escena a los llantos y a los gritos pelados. Desde allí nos fuimos solos. De Pamplona fuimos a Vigo en ferrocarril porque teníamos pase libre, que ese era uno de los beneficios para la familia que le correspondía a mi abuelo por ser empleado de RENFE.

“Habrá indios? ¿Habrá negros? No sé, me dijeron...”

Llegaron con poco equipaje aunque Ángel reconoce aún algunas cosas que siguen estando en casa de su padre: juegos de loza, la mantelería y algunas sábanas, pero nada de valor. Eran gente práctica y trataron de trasladarse con el menor peso posible aunque no renunciaron a los chorizos y las morcillas para hacer más llevadero el largo viaje.

Sus padres encontraron trabajo y alojamiento con los tíos que habían costeados los pasajes. Su madre, como trabajadora doméstica dentro de la propia casa en la que les habían recogido y su padre como encargado de una de las churrerías que tenía el tío Manolo. No era una situación agradable, pero era el precio a pagar por la aventura.

Cuando consiguieron emanciparse de estos parientes pasaron a vivir en un apartamento alquilado que a duras penas podían pagar con los trabajos a destajo que buscaba su padre:

(...) Pero acá le decían: “No, gallego, acá no hay que trabajar tanto porque acá se hacen ocho piezas por día, no quince”. Y él insistía que quería hacer más para ganar más, pero los otros le decían que había que respetar el ritmo. Eso lo hizo sentir mal y entonces buscó sus propios lugares. Finalmente encontró un trabajo propio, pero eso tampoco le funcionó y se dio cuenta que el país estaba bien para comerciar, siempre que uno fuera el dueño y no el empleado. Ahí le compró a Manolo una de esas churrerías: le pagó el viaje, las deudas y la churrería y en 1970 compró su propia vivienda.

A diferencia de otros parientes que pusieron a sus hijos a trabajar como vendedores, su padre quiso que Ángel estudiara. Como no estaba en condiciones de pagarle los estudios en el colegio de los jesuitas, –el mejor colegio de la ciudad– consiguió una beca. A pesar de que los compañeros de colegio tenían un nivel económico superior, pronto se sintió integrado y todavía hoy conserva aquellos amigos –compañeros de vida– que siguen reuniéndose en torno a una buena mesa el 31 de julio, día de San Ignacio de Loyola.

Fuera del colegio, las cosas no fueron tan fáciles y Ángel conoció el desprecio a los “gallegos”: *En mi caso yo percibía que era algo peyorativo y que detrás de eso significaban “Sós un gallego, ustedes vinieron a matar el hambre”. Y sentía que esas cosas me las decían a mí y a mis padres.*

El duro trabajo de sus padres le permitió, como hijo único, tener una etapa de niñez y adolescencia muy feliz a la que contribuyeron los propios profesores y alumnos del

colegio. Pero el carácter reservado de su padre y la escasa vida social que hacía le impidieron acceder a bailes y fiestas regionales y relacionarse con muchachas españolas.

No conocí un amigo español, ni mis padres se vincularon con otros emigrantes ni mantuvimos relación con la gente que viajaba con nosotros. Ese es un gran déficit que se lo atribuyo ante todo a mi padre. (...) Tampoco conservamos las tradiciones. Es como que mi padre nos cortó la cabeza. Yo pienso que él tiene sus cosas buenas, pero también sus cosas bien malas como es el hecho de que nos amputó totalmente...

Pero también Ángel mantuvo un rechazo a ir al Centro Gallego o a la Casa de España para evitar la excesiva identificación con la identidad “gallega” (inmigrante). Incluso se esforzó por perder todo acento castellano.

Hoy, su actitud ha cambiado hasta el punto de que forma parte del equipo de la Casa Gallega e incluso ha sido fundador del club Unión Castellano Leonesa que se fundó en 1995. Ha sido presidente de la “Operación Añoranza”, que es un programa soportado por los contribuyentes burgaleses, que se propone que todos los españoles mayores de 65 años y sin recursos puedan visitar la patria.

Cada vez que voy, siento que mi acento está más españolizado... es como que lo tomo más y, al mismo tiempo, me gusta integrarme, aunque sea por el acento. Curiosamente, la gente me dice: “Pero tú eres uruguayo”, con lo cual me fastidian un poco porque hacen que sienta que no sé dónde estoy ni qué soy: cuando estoy aquí soy español y cuando estoy allá me consideran uruguayo.

Se siente profundamente satisfecho de haber podido llegar a la Universidad y de acceder a un alto nivel cultural. Hoy es profesor universitario en Montevideo y en Salto en la Universidad de la República. A pesar de ello insiste en que la emigración fue para él algo muy doloroso y no ha conseguido borrar de su recuerdo la imagen de aquel niño desolado al contemplar por primera vez Montevideo.

(...) Porque no sé dónde estoy y porque no me integré del todo, y ese es mi drama. Mi esposa es uruguaya, de ascendencia portuguesa y tenemos dos hijos: una mujer de 22 y un varón de 20 años. Curiosamente, la hija es totalmente uruguaya y defensora de esta tierra, mientras que el hijo va para la otra punta y se siente totalmente español... Yo estoy todo el día hablando de España y en casa me preguntan por qué no me dejo de hablar de lo mismo y por qué no me voy para allá. Es decir, que en mi casa hay conflicto de identidades...

En varias ocasiones estuvo a punto de retornar a España. La primera vez fue en el año 79 cuando tenía 18. Por entonces su pasión era el fútbol y quería quedarse en Pamplona, donde había ido de visita, para dedicarme a la vida deportiva. Como era menor, necesitaba que sus padres le firmaran el contrato y se negaron a ello. Incluso le fueron a buscar para traerlo de nuevo a Uruguay. Después en el año 88, volvió a España con su título universitario y unos tíos le propusieron que se quedara. No tuvo la suficiente fuerza anímica para romper con sus padres a sabiendas de que era hijo único y que se sentía obligado moralmente a protegerlos en su vejez.

Para Ángel la emigración fue una tragedia que no ha podido superar y que le dificulta encontrar su lugar. Una angustia que no la quiere para sus hijos, por más que tengan pasaporte español y a sabiendas de que hoy tendrían mayores oportunidades profesionales. *Pero yo no quiero eso porque siempre la emigración duele mucho.*

María Asunción Pérez

Un buen ejemplo

María Asunción Pérez nació en 1924 en el Picouto Ramirales, en la Provincia de Orense. Su infancia transcurrió feliz en una casa grande con su huerta, sin agua corriente pero con dos hermosos pozos con los que se regaban los terrenos para cosechar el maíz, las patatas, el viñedo y los frutales. Su padre era carpintero y la madre ama de casa.

Era la mayor de cinco hermanos y a pesar que tuvo que trabajar desde muy pequeña en las tareas domesticas y en las labores del campo pudo asistir a la escuela hasta los 14 años. Siendo muy joven, en los paseos y bailes dominicales conoció a su futuro marido:

Nosotras en mi pueblo, era un pueblo muy céntrico y había el ayuntamiento, la guardia civil, la farmacia, el médico y todo eso y pasa la carretera, una vía que iba hasta donde esta el ferrocarril. Y entonces se iba a pasear a la carretera los domingos, en verano también a la novecita un rato y a las fiestas. Iba a las fiestas y ahí era donde bailabas y después igual se iba iniciando un noviazgo, después la acompañaba hasta la casa y era así. (...) Lo conocí como a los 15 años y pico. Yo ya había tenido mis pretendientitos, y él también. Ya nos enamoramos y fuimos novios, como éramos muy jóvenes. El se anoto en el ejército. Fue legionario, por tres años fue a la legión. Y así después cuando yo tenía 19 años nos casamos, y él 21.

Por mediación de unos familiares se trasladaron con sus dos hijos pequeños a Vigo donde su marido encontró trabajo en una fábrica y ella atendía un pequeño negocio. En esta ciudad tuvo tres hijos más y pensaron en establecerse, comprar un piso y dar a los hijos los estudios que en la aldea no hubieran podido tener. Pero también soñaban con irse a la Argentina. Sin embargo, el hecho de que sus padres, hermanos y primas hubiesen emigrado a Venezuela condicionó sus decisiones. Primero fue el marido quien probó fortuna en este país y después de tres años volvió para visitar a sus hijos y llevarse a Asunción. Los hijos quedaron en Vigo.

Si, los dejé en un colegio de monjas, tanto que los varones no los dejaban dormir allí, yo pagaba una casa donde dormían, ellos comían pero usted sabe a las religiosas no les estaba permitido tener varones adentro y eso que ellos eran chiquitos.

Las muchachas a los 4 años y los muchachos dos años más que ellas. Ahí los cambié para otro colegio, un colegio que era de los salesianos, era de curas, mi tío me llevó al maestro y me dijo mira déjalos aquí con este señor que estudió conmigo y puso este colegio que era de unos salesianos que cerraron y él se los compró. Y ahí van a estar bien. Entonces ahí quedaron internos.

Aunque su objetivo, como en la mayoría de los emigrantes, era el de regresar a su país de origen, el hecho de que los hijos estudiaran y se integraran en la sociedad venezolana les hizo abandonar la idea del retorno. Asunción lleva viviendo más de 52 años en Venezuela y aunque se siente plenamente identificada nunca tomó la nacionalidad

venezolana como lo hicieron su marido y sus hijos. Su recuerdo de la llegada a Venezuela es inseparable del dolor y la preocupación por lo hijos que quedaron en España:

Bueno venir en aquel barco y a aquel español que murió hace dos años y en camino cantaban aquella canción, Oh! mi España querida, venía en el barco y eso me daba un sentimiento y además había dejado a los niños. Yo a lo mejor si iba en el autobús y veía una niñita, mis niñas ya serán como ella, cómo estarán los míos, siempre yo tenía esa cosa, yo les escribía y escribía al colegio, me contestaban siempre, siempre estábamos al tanto.

Siempre se sintió bien acogida y le sorprendía cómo a pesar de sus modales rectados era piropeada en su camino al trabajo y cómo se ha perdido el ambiente de seguridad que se respiraba en aquellos años:

Había un señor que siempre estaba allí a la hora de yo ir a abordar el autobús, y a mi me daba una pena, una vergüenza porque me echaba piropos no. Y a lo mejor usted iba por la calle y como se le notaba que era española le decían ¡olé! Pero mire yo viví en ese sitio con las puertas abiertas y nadie llevaba nada en las noches... (...) Nadie llevaba nada, todo era feliz, nunca robaban nada

Con el apoyo de familiares y amigos pronto se puso a trabajar, combinando varias ocupaciones dentro y fuera de casa hasta la llegada de los hijos. Primero fue en una peluquería de lujo que se llamaba “Ellas”:

(...) Donde iban las mujeres de los ministros y las mujeres (las empleadas) se estiraban el cabello para no venir de morenas, eso era, entonces yo como sabía, el dueño era polaco. Una vez a las empleadas nos enseñó lo que le pasaba, él de Francia se pudo escapar, como les pegaban, tenía en la espalda huecos de darle con un látigo con acero en la punta. (...) Él era el dueño de la peluquería, era la más chic de aquí. Estuve ahí como nueve meses. Y después fue cuando me salió en la otra que quedaba en la avenida Victoria, que era una francesa, muy buena persona, también hacía el mismo trabajo ese y entonces yo les preparaba el cabello, le lavaba la cabeza y le preparaba todo y después me llevaba el bordado para hacer el día y en la tarde, me quedaba en casa y hacía mis labores. Eso fue antes de traer a los niños. Y después siempre me dediqué al bordado.

Cuando llegaron sus dos hijas, Asunción compró una máquina de coser y organizó un taller en la propia casa. Una iba a la academia por la mañana y la otra por la tarde combinando estudios y trabajo de bordado. Lo importante para esta familia era salir adelante y poder dar estudios superiores a sus hijos y a sus nietos.

Su esposo trabajó primero en la construcción y luego en una compañía americana que montaba sistemas contra incendios sobre todo para las petroleras. Después, cuando la situación económica se puso un poco difícil, compró un coche, y se dedicó al taxi hasta la jubilación.

Toda la familia pertenece a la Hermandad Gallega como espacio de ocio pero también de servicios medico-asistenciales. Su nacionalidad española le permite acceder a recursos médicos:

(...) Allí están muchas cosas muy adelantadas, de cuando uno vivía allí, ahora me mandan mis medicinas porque yo tengo mi tarjeta y me controlo con el médico de allá (España), eso viene gratis completamente, ahora están las medicinas caras, en eso se está bien...

Mantiene la lengua de origen para comunicarse con los familiares. Ella lo define como un dialecto y confiesa que le cuesta entender el gallego de ahora porque lo percibe como más cerrado, más difícil de entender, menos castellanizado que en su infancia.

En España tiene una hermana y un hermano retornados pero ella no piensa en volver porque su vida está en Venezuela. Considera que este país le ha dado muchas oportunidades y que su familia ha sabido responder con su esfuerzo y un ejemplo permanente de buena conducta. Siempre lleva en su corazón los valores que su abuela le inculcó en la aldea:

Si, mi abuelita me decía, cuando ustedes estén viejos, aunque ella venía de gente más o menos, ustedes nunca sean soberbios. Nunca y nunca sean si llegan a tener como son los nuevos ricos, que uno ve a una persona arruinada y siempre será un señor, y no un nuevo rico que siempre se la van echando de que tienen, eso es muy feo, respetar a todos, porque todos en el fondo somos, cualquier profesión que sea. Y eso les inculcamos a nuestros nietos...

Alberto Joaquín Varela Feijóo

Crónica de un expatriado singular

Alberto Joaquín Varela Feijóo nació en Santiago de Compostela en 1918 en el seno de una familia culta y acomodada de origen aristocrático e ideas liberales.

Parece que un abuelo de mi padre se casó con una señora marquesa de Monroy y entonces se convirtió en marqués de Monroy. Cuando él se murió, el título pasó a su hermano que era marino de guerra. En una de sus travesías –y travesuras–, cuando era Jefe de Escuadra española en Colombia, en Cartagena de Indias, tuvo una hija natural y de allí continuó la familia de parte de él... Eso trajo más líos con los títulos, entre los que eran y los que no eran nobles... Los que habían tenido el dinero eran los marqueses de Monroy y de ellos había quedado, por ejemplo, una casa a 36 Km. de Santiago, en Noya sobre el mar. Todavía hoy todas la llaman “la casa del marqués” y al muelle lo conocen como “el muelle del marqués”.

Su padre era Ingeniero de Minas del Ministerio de Industria y su madre se dedicaba al cuidado y gobierno de la casa. Cuando tenía 12 años su familia se trasladó a Madrid, donde él comenzó a estudiar en el Instituto-Escuela, una institución que trató de aplicar desde su creación los principios pedagógicos de la Institución Libre de Enseñanza. Su tío Manolo, Manuel Varela Radio, –un prestigioso ginecólogo republicano que fue diputado–, había contribuido económicamente a su puesta en marcha, e incluso el padre de Alberto fue profesor en esta institución.

Vivieron en la capital de España durante toda la II República. Pocos días antes del golpe de estado de julio de 1936 salió hacia Alemania en un viaje de intercambio de estudiantes, donde asistió a la Olimpiada de Berlín e incluso presenció el famoso desplante de Hitler al atleta negro Jesse Owens. El estallido de la Guerra Civil lo truncó todo. Según su propio testimonio...

... Los más fervientes muchachos de un lado u otro agarraron el tren y se vinieron a España. Los más cobardes o indecisos nos quedamos allí...

Alberto era contrario a los alzados en armas contra la República pero también al extremismo de anarquistas y comunistas. Su familia sufrió las consecuencias de los desmanes que se cometieron en Madrid durante las primeras semanas de la guerra, y abandonaron la capital con dirección a París ayudados por el doctor Negrín. Allí se reunieron con Alberto, que había huido de Alemania ante el temor de ser enviado a un campo de concentración.

El Jefe del Gobierno en Madrid era Negrín, un médico, profesor de Fisiología, catedrático compañero de mi tío Manolo, que le ofreció sacarlo de España. Y cuando el tío salió con su familia, arrastró a mis padres. Mi padre iba con corbata al Ministerio todos los días y ya lo habían amenazado con matarlo si no se la sacaba. Entonces él que era un bárbaro de valiente y tal, les

dijo “Pues entonces, pelearemos”, pero mi tío Manolo, que era mucho más reposado y práctico, le dijo: “No, tú te vienes conmigo”.

La entrada de los ejércitos de Hitler en Francia les obligó a abandonar en el país y se dirigieron a Uruguay, donde su padre tenía varios hermanos que habían emigrado en busca de fortuna. Su hermano y él llegaron a Montevideo el 6 de abril de 1940 embarcados en el *Aurigny*. Los primeros meses en este país fueron duros, al menos hasta la llegada de sus padres, que se produjo unos meses más tarde. La familia comenzó a reorganizarse. Su padre empezó a trabajar en la ferretería que tenían sus hermanos, pero no terminó de adaptarse a la nueva situación. La impresión que tuvo Alberto del país durante los primeros momentos fue muy negativa, sobre todo para un muchacho que había estudiado en Madrid, París o Berlín, educado en un ambiente distinguido y culto.

Cuando llegamos... me pareció un pueblo horrible... Por las fotos que había visto de la Rambla, me imaginaba un país moderno y me llevé una gran desilusión. En el puerto estaba mi tío... No sé si había algún primo... Estaba con un coche muy bueno, que eso me extrañaba porque hacía muchos años que nosotros no teníamos coche. Y en Madrid no teníamos auto tampoco. No sé por qué...

Se matriculó en la Facultad de Medicina pero también aquí tuvo problemas para hacer amigos. Mientras tanto trabajó como médico yendo a los barcos a atender a los marineros y como practicante en el Hospital Británico. Sus padres tuvieron grandes dificultades para adaptarse a una vida tan diferente de la que llevaban en España y decidieron regresar a los pocos años.

Mi padre iba todas las mañanas en tranvía a trabajar a la ferretería de los hermanos y venía furioso. El pobre se rompía todo y no servía para nada. Siendo ingeniero, no tenía la menor fibra comercial con lo cual era un martirio para él y para su hermano (...) Cosas de esas le fueron haciendo la vida insoportable, hasta que a los ocho años ya se volvió a España con mi madre y con mi hermano. Mi tío nos ayudó en muchas cosas, pero tenía una especie de desprecio por nosotros. Y mi padre tenía un carácter muy raro y difícil, y no se supo adaptar para nada a la parte comercial, como no supo hacerlo en España tampoco... Porque construyó casas y carreteras y otro, con eso, se hubiera hecho rico... Pero él no, porque si había que poner dos centímetros de asfalto, él ponía dos y medio cuando los otros ponen uno solo, y cosas por el estilo...

Alberto Joaquín terminó su especialidad de ginecología en 1949. Recién salido de la facultad se fue con su título a ofrecer sus servicios a distintas instituciones, entre ellas la Casa de Galicia, de la que no guarda un grato recuerdo.

Se casó dos veces y fue precisamente a raíz del segundo matrimonio cuando su vida y la propia percepción del país comenzaron a cambiar. Su puesto como médico de Iberia en Montevideo y sus continuos viajes le devolvieron la ilusión. Ascendió económica y socialmente, comenzó a relacionarse de otro modo con personas más afines. La relajada práctica del golf le ayudó mucho en este sentido. Se define a sí mismo como un expatriado singular.

Alberto Joaquín Varela, en la actualidad



María del Carmen Acero Pérez

La “gallega” que era asturiana

María del Carmen Acero nació en Arbón, municipio de Villayón (Asturias) en 1942. Su padre desarrolló diferentes trabajos, desde agricultor a minero. Su madre se dedicó a los cuidados de la casa y de los hijos y a las múltiples actividades que desarrollaban las mujeres en el ámbito rural de entonces. María del Carmen se crió con una tía materna que emigró a Uruguay a trabajar como sirvienta y que fue quien animó a la familia a seguir sus pasos.

Se vino sola y parece que cuando llegó, se puso de sirvienta y no sé... dicen, yo sentí decir, que quedó embarazada del patrón y que tuvo una hija que es mucho mayor que los otros hijos que tuvo después. Esa hija no se daba mucho con la madre porque se ve que mi tía la había dado a una gente para que se la criaran, no sé... En la familia decían que lo había disimulado muy bien, porque parece que ella no quería decir que estaba de encargue y... cuando se vio obligada, ya estaba por nacer la niña. Y sé que nunca la tuvo con ella, pero no sé por qué... Cuando nosotros vinimos, mi tía tenía un marido que trabajaba en la Aduana y allí se ganaba bien... Él era un polaco al que encontró acá. Calculo que mi tía había elegido Uruguay porque tenía en el Cerro una tía casada y con hijos, que debía ser hermana de mi abuela... Se llamaba Matutina y vivía casi en la playa del Cerro, ahí, por la calle Grecia. A mi me ha tocado ir muchas veces a su casa, cuando ya era viejita y viuda. Se ve que se vino mucho antes, pero no sé por qué vino a parar acá.

Los padres vendieron la casa y las pocas tierras que tenían y se lanzaron a la aventura americana. Salieron del puerto de Vigo el 20 de diciembre de 1950 y llegaron a Uruguay el 2 de enero de 1951. Mari Carmen y sus hermanos llegaron enfermos de sarampión.

Al llegar me cortaron los pelos por si traía piojos y por la fiebre tan enorme que tenía. Me pusieron en una sala de infecciosos porque como veníamos de otro país, pensaron que era una enfermedad infecciosa. Allí estuvimos quince días. Nos trataban muy bien y las enfermeras me hacían cantar, viendo que yo tenía una pronunciación española, diferente, les hacía gracia y se mataban de la risa. Les cantaba como niña, canciones de antes... Me pedían una y otra. Había una enfermera que era negra, negra retinta... pobre, y ella me pelaba los duraznos. Como allá en España yo nunca había visto a un negro, entonces yo no quería comer nada ni probar nada que ella me trajera. Ahora de vieja me doy cuenta, pobrecita, cómo la despreciaba yo...

El panorama que se encontraron fue mucho peor del que habían imaginado. Las esperanzas puestas en el trabajo apalabrado del padre se esfumaron y éste tuvo que buscar rápidamente una forma de sustento para su familia. Además, la convivencia con la tía y los primos generó una serie de problemas que hicieron aún más difícil la situación. A pesar de todo, la pequeña Carmen se vio seducida por aquel mundo que estaba descubriendo en una ciudad nueva con *omnibuses* y tranvías, llena de sabores y olores distintos a los de su

tierra asturiana. Al poco tiempo se fueron a vivir a un *pequeño ranchito hecho de lata*. Más tarde se construirían otra vivienda mucho más cómoda en Campichuelo, en el barrio de La Teja-. Gracias a la ayuda de unos vecinos, su padre comenzó a trabajar en una empresa textil como sereno, donde terminó jubilándose años más tarde. Ella, después de pasar por la escuela, se incorporó a la misma empresa, donde cosía y montaba ponchos para los jinetes.

Después tampoco estudié. Me hubiera gustado hacer cursos, por ejemplo cursos de hacer comidas, todo eso que me encanta, pero no, nunca pude. A los diecisiete años empecé a trabajar en Campomar con mi padre. Él me presentó y ahí me pusieron a hacer ponchos de gaucho, a máquina. Hacía 26 ponchos por día a destajo. El capataz los cortaba y nosotras teníamos que hacer el cuello, coser los cuatro botones, poner dos ganchos acá, todo con una bayeta roja del lado de adentro. El poncho tapaba hasta el caballo y todo. Me costó gotas de sangre, pero con diecisiete años aprendí a hacerlos. En esa época ganaba más que mi papá que era sereno de la fábrica. Ya entré ganando más que él porque ese trabajo se pagaba muy bien. Éramos cuatro poncheras, nada más. Nadie quería agarrar viaje para hacer ponchos porque era un trabajo pesado, y aparte hacía falta que a una le gustara la costura, que si no...

Conoció entonces a un español, se hicieron novios, se casaron y tuvieron dos hijos, aunque Carmen siguió trabajando diez años después de casarse. La economía familiar comenzó a mejorar gracias al esfuerzo de todos. Con el tiempo montó una empresa propia en la que colabora actualmente su hijo. Sin embargo, la muerte de su marido y diversos problemas que surgieron a raíz de ello pusieron en peligro el negocio y obligaron su hija a abandonar sus estudios de derecho.

Carmen volvió a España hace unos pocos años, en un viaje financiado por el Principado de Asturias. Se reunió con sus primos y recorrió las calles de su pueblo hasta llegar a la puerta de la casa de sus padres. Aunque se considera uruguaya, tiene unos sentimientos encontrados. A veces piensa que todo el trabajo realizado durante estos largos años no ha tenido la recompensa merecida. Siente, también la llamada de su tierra natal, sobre todo a través de su hija, que aspira un día a irse a vivir a España, donde nacieron sus padres.

José Santos Centeno

**Mi ley, la fuerza y el viento,
mi única patria, la mar...**

José Santos Centeno nació en Corme Puerto (A Coruña) en 1941. Su padre fue marino mercante y su madre se dedicaba al cuidado de la casa y de los hijos, organizaba la economía familiar, trabajaba en la huerta, vendía el pescado que capturaban sus hijos. Todo ello les permitió mantener un nivel económico sin excesivas penurias. Fueron ocho hermanos. Dos de ellos murieron siendo muy pequeños. Los tres más mayores –dos chicos y una chica–, atraídos por la idea de prosperar, emigraron a Uruguay reclamados por una tía que fue quien inició la cadena migratoria. La infancia de José transcurrió en aquel pequeño pueblo rodeado de una cultura volcada hacia la mar. En un hogar con un padre ausente, embarcado durante largas temporadas, la autoridad recayó siempre en la figura de su madre, hija de un empresario que fue, además, quien tomó la decisión de emigrar a Uruguay.

Los primeros en emigrar fueron tres hermanos míos que vinieron a encontrarse con una tía, hermana de mi mamá que los había reclamado. Ellos vinieron porque los entusiasmó la tía, diciéndoles que les daba trabajo en la barraca, que esto, que lo otro.... Ella había venido con los hijos chicos antes de estallar la Guerra Civil, cuando allá había muchas revueltas, estaba muy revoltoso todo en España y en Galicia principalmente. Entonces ellos se quisieron venir para acá. No fue por razones económicas, sino por razones de mejorar la situación. En España el marido se había dedicado al mar y mi tía a labores caseras. ¿Por qué eligieron Uruguay? Sólo sé que estaban para elegir entre Uruguay Argentina y se decidieron por Uruguay. Ellos trajeron algún dinero de España y montaron una barraca allá por Camino Maldonado, y les iba muy bien hasta que falleció el marido de mi tía y, bueno, quedó con cuatro hijos. (...) El motivo básico de salir de España tanto para la tía como para mis hermanos, fue el progreso.

Por fin, un 27 de febrero de 1956, se hicieron a la mar después de embarcar en el puerto de Vigo. El viaje fue para José más que un juego, una aventura fascinante donde conoció gente nueva y sobre todo, donde se enamoró por primera vez.

Llegamos al Puerto de Montevideo a las ocho y media de la mañana. Me acuerdo en que hangar atracamos y todo: el galpón era entre el 4 y el 5, pero después teníamos que ir con los baúles adonde hoy despacha Buquebus. Todos los baúles iban a ese galpón y después venía un inspector de la Aduana para subirlos a un camión y llevarlos a domicilio. La Aduana los traía, pero primero tenían que inspeccionarlos. (...) Me acuerdo que fue un martes y entonces, mis hermanos ya nos estaban esperando cuando nos pusieron la escala real. Era bastante triste porque estaba toda la gente que se iba para Argentina y después de venir esos veinte días en el barco, ya uno tenía algo que parecía como un núcleo familiar. A mi también me caían las lágrimas

por dejar a las chicas argentinas y a ellas también. Sí, yo me había enamorado de alguna, como adolescente. Nunca más las volví a ver. Me dieron la dirección y dijeron que cuando vinieran a Uruguay me iban a venir a ver, pero yo nunca vi a más nadie de esa chiquilina...



José Santos y su pareja

Llegaron a Montevideo el 20 de marzo y en medio de una enorme emoción se produjo la ansiada reunión familiar con sus hermanos. Para un chico nacido a la orilla del mar y acostumbrado a la visión de la línea del horizonte, la altura de los edificios de aquella ciudad le pareció fascinante. Esa misma tarde se fue a recorrerla y a admirar el Palacio Legislativo. Todo era nuevo para él: desde los autobuses que recorrían las calles hasta el agua corriente de las casas o las estufas de keroseno, pero sobre todo, el mar, la mar. Comparado con su temible Costa de la Muerte, aquel Río de la Plata parecía un remanso de paz.

Es el Río de la Plata. En el mar de mi pueblo el agua es bien distinta porque no se ve barrosa, es toda agua cristalina, o sea que a los 8 o 10 metros ves toda la profundidad, y a las algas las ves que crecen hasta de 5 metros y salen a la superficie para deslizarse por arriba del agua. Allá el mar es bravío por completo, por algo le llaman la Costa de la Muerte, muere mucha gente marinera: es todo rocoso y principalmente de noche, al salir la barca, si ven la ola, ya no da tiempo a nada porque pueden ser olas hasta de 7 u 8 metros que tienen una potencia terrible y envuelven a la barca como si fuera un escarbadiante, igual...

Sentía la llamada de la mar, siempre la mar. Aunque ésta tuvo aún que esperar unos años, hasta que cumplió los dieciocho. Entonces dejó el trabajo de repartidor en el almacén y las clases nocturnas y se embarcó, siguiendo la estela que habían marcado sus hermanos. Su primer barco fue un pesquero, *La Paloma*. Más tarde vendría la marina mercante, el *Francisco Hache*, donde terminó como timonel, luego el *Tacuari* y muchos más. Y a través de sus viajes conoció el resto del mundo. Cuando tenía cincuenta y cinco años sufrió un accidente al caerse en un barco que le obligó a retirarse.

Se casó con una española que llegó a Montevideo dos años después que él. Se trataba de una vecina de su propio pueblo a la que conocía desde joven. José y su familia nunca tuvieron problemas para adaptarse a la sociedad uruguaya, a pesar de que su situación económica, especialmente la de sus padres, no mejoró sustancialmente con respecto a la que gozaban en España. Las diferentes casas gallegas de Montevideo constituyeron su lugar de encuentro y relación con otros paisanos. Mantiene la nacionalidad española y el contacto con el resto de su familia en aquel país. Sin embargo, podría decirse que su única patria, como en el poema de Espronceda, ha sido simplemente... *La mar*.

María Gilbert Darnes

La princesita del barrio que se enamoró de Joaquín Suárez

María Gilbert Darnes nació cerca de Figueras (Girona) en 1945. Su familia se dedicaba a las labores del campo, explotando las tierras y cuidando del ganado. Se trató, en todo, caso de una familia *informada* –según sus propias palabras–, y con unas ciertas inquietudes culturales y políticas. Su padre combatió en la Guerra Civil al lado de la República, como lo hicieron también los hermanos de su mujer, por lo que estuvieron condenados a muerte.

Ellos estuvieron once meses en pena de muerte, pero ya había pasado tiempo –uno o dos años después del fin de la Guerra– y en esa época ya se fusilaba menos. Así que pudieron apelar y después pidieron que les conmutaron la pena de muerte por cadena perpetua, y después la cadena por treinta años. Al final, mientras estaban cumpliendo la pena, fue cuando Franco construyó el monumento en el Valle de los Caídos, cerca de Madrid. Lo hizo con presos, pero presos voluntarios porque en esa obra moría mucha gente. (...) Entonces ellos se ofrecieron como voluntarios porque a quienes tomaban ese trabajo tan peligroso, les conmutaban cada día de trabajo por ese y tres días más. Con eso salieron vivos... Salieron vivos, pero... Ya te digo: mi primo tenía ocho días cuando su padre fue a la guerra, y tenía dieciséis años cuando el padre volvió a la casa.

El padre fue quien inculcó en María, su única hija, la necesidad de estudiar y de adquirir una formación que le permitiera abrirse paso en la vida. Ella aprovechó sus cualidades y comenzó a destacar rápidamente en los estudios.

Su padre tenía un tío que había emigrado años atrás a Uruguay y vivía en Montevideo, donde regentaba una importante panadería que había abierto en sociedad con otros dos españoles.

... Desde que mi padre volvió de la Guerra, cuando tenía 25 años, siempre estuvo queriendo irse del pueblo, siempre buscando otras cosas. Al año se casó. Él tenía un tío, hermano de mi abuelo, que era su padrino y que vivía en Montevideo. Se había venido en el año... espere que lo busco en este libro que se llama “El progreso catalán en América”, y que lo heredamos de ese tío... No sé exactamente por qué había venido a parar acá, pero yo creo que era por irse a América nomás, a lo que había. Vino con otros dos al Uruguay y fundaron una panadería en Agraciada, cerca de Boulevard Artigas, que se llamaba “Los tres mosqueteros”. Hasta por el nombre, eh!... Fue una panadería muy importante, que llegó a tener, en su momento –estoy hablando de la década del 50 o antes– hasta cuarenta jardineras, de esas que se usaban para repartir el pan. Y después llegó a tener varias sucursales.

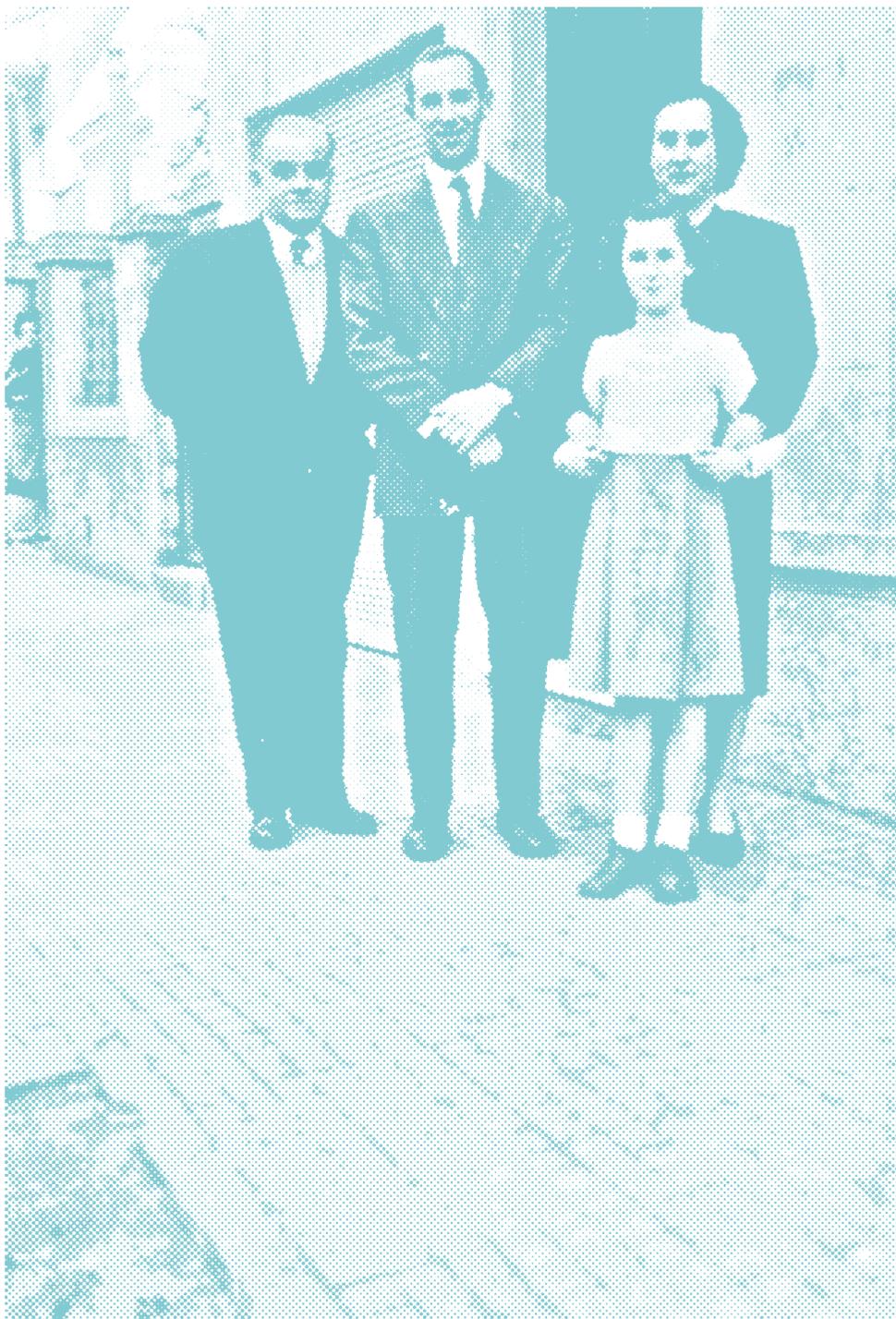
Fue este tío fue quien le animó a emigrar y preparó la *carta de llamada*. La familia salió del puerto de Barcelona el 27 de marzo de 1955. Su sueño, como recuerda María, era *encontrar un trabajo y crecer sin angustias, ser mas libres que allá* y sobre todo, dar una formación a su hija. Después de recalar en Dakar, Río de Janeiro y Santos, llegaron a Montevideo el

11 de abril. Sin embargo, las buenas perspectivas se truncaron dramáticamente cuando falleció de forma inesperada su tío a los pocos días de su llegada. Un amigo de éste último les facilitó la búsqueda de un primer empleo.

Era un hombre casado con dos hijos. Juan Soler se llamaba. Tenía negocios acá, casas y propiedades, tenía su auto, estaba bien económicamente. Ahí se empezó a buscar trabajo de lo que fuera, y él también empezó a moverse para conseguirle algo a mi padre. Fue muy rápido todo y el 9 de mayo mi padre empezó a trabajar de sereno, en el molino donde mi tío había sido accionista. Al mismo tiempo mi madre empezó a trabajar. Como ella sabía coser, compraron una máquina de coser y este señor Soler le consiguió trabajo para un comercio de la calle Colón. Y mi madre cosía. Pero le duró sólo quince días porque dijo que ella así no podía estar. Vivía llorando porque de venir de una casa a vivir a una pensión, encerrados... Dijo que allí se ahogaba, que no se qué y que prefería trabajar en algún lado, de lo que fuera. Así que se fue a trabajar de limpiadora por hora.

María comenzó a estudiar, pero el desconocimiento de la historia de Uruguay le dio los primeros quebraderos de cabeza. El cambio a la escuela *Joaquín Suárez* fue para ella todo un descubrimiento: comenzó a identificarse con el país, con su bandera, su himno y su historia... Literalmente se enamoró de aquella escuela y del propio personaje que le daba nombre. Sin embargo, al terminar el cuarto curso su familia se mudó a Pocitos, lo que provocó el consiguiente cambio de escuela y el rechazo de María, que se sintió desubicada con la nueva residencia. A pesar de ello, la economía familiar comenzó a mejorar. Su padre trabajaba como sereno y su madre retomó su experiencia con la costura y se empleó en el trabajo doméstico. En pocos años consiguieron ahorrar un pequeño capital que invirtieron en la compra de un almacén, y en un viaje a España que realizaron a los siete años de su llegada.

La familia mantuvo durante los primeros tiempos poca relación con los círculos españoles, aunque ella, en la década de los ochenta se integró en el Casal Catalá, del que hoy es presidenta. El trabajo en el almacén facilitó su integración en la sociedad uruguaya y nunca se sintió discriminada. Estudió en la universidad donde se licenció, participó en diversos colectivos, especialmente durante los convulsos años de la dictadura, se casó y tuvo dos hijas que hoy viven en España. Tiene la nacionalidad uruguaya y viaja regularmente a su país de origen, especialmente a Cataluña, donde pasa sus vacaciones. Pese a todo, cuando embarca de vuelta en el avión siempre piensa lo mismo: *Ahora voy a mi casa...*



María Gibert, de pequeña en Montevideo

María Inmaculada Cedrés Padrón

La niña que solo tuvo un cumpleaños

María Inmaculada Cedrés Padrón nació en una pequeña localidad cerca de Arrecife, (Lanzarote) en 1955. Su familia se dedicaba a la agricultura.

Si uno conoce la isla, en seguida se da cuenta que, si no fuera por el turismo, Lanzarote es inhabitable. El suelo es totalmente volcánico y no hay lluvia, entonces el hecho de “vivir de la tierra” es difícilísimo. Vos vas ahora y ves cómo la gente vive de la tierra: para la plantación de la vid se hace como una pared chiquita que recubre la planta y la protege del golpe del viento, y sin embargo la vid no crece más que unos centímetros aunque da unas uvas notables. Todo es muy sacrificado y en la época en que nosotros vivíamos allá, si no llovía se perdía todo.

Sin embargo, como recuerda María, su abuelo materno era *medio aventurero*, le *asfixiaba el suelo que pisaba*. Él fue quien puso uno de los primeros eslabones en la cadena migratoria para unir la isla con el continente americano. Primero lo intentó en Cuba y más tarde en Brasil, de donde pasó de forma ilegal a Uruguay. Tras conseguir un contrato reclamó a su familia: un hijo soltero, luego su mujer, más tarde dos tías y por fin su hija, la madre de Inmaculada, todos ellos con sus respectivas familias.

Mi madre tuvo que deshacerse de un juego de dormitorio que había comprado con mucho sacrificio y para ella desprenderse de él fue un sacrificio enorme. Nada le parecía suficiente... y al final no se lo pudo traer. Acá, cuando yo ya era grande, pudo comprarse otro, pero el cambio realmente no valió la pena. Me acuerdo que mi madre me cosió bastante ropa para traer. Sé que en lo único en que fallamos es que después nos faltó ropa de abrigo. Porque en Canarias la temperatura es de primavera todo el año y acá pasamos un frío que no te hacés una idea. No nos habíamos imaginado ese frío. Traíamos dos baúles de maderas, ollas, platos, sábanas, mantas, nuestra ropa, comida. Sobre todo, grano, mucho grano. También los cacitos que son como vasos con asa de metal, de esos que se usan para calentar un poco de leche o de agua.

Llegaron a Uruguay en julio de 1960, embarcados en el *Juan de Garay*. En el viaje la familia hizo amistad con otros paisanos; una relación que aún perdura a pesar del tiempo transcurrido. Para una niña como ella, nacida en un pequeño pueblo de una isla volcánica, la ciudad de Montevideo con sus árboles, sus calles y sus edificios, resultó un espectáculo fascinante.

Yo estaba asombrada... No podía creer... primero, toda la gente que se veía; no podía creer que había árboles, tantos árboles verdes y tanto movimiento de gente. Mi entretenimiento era pararme en la puerta de la pensión. Se ve que en esa época la calle Paysandú no era flechada. En la esquina había un negrito vendiendo flores. Yo nunca había visto un negro y las flores eran hermosas, y además pasaba gente! Me sentaba en la puerta a mirar al negro, observando todos los detalles. Miraba las flores y la gente y además inspeccionaba la palma de la mano del florista negro. Para mi todo era un impacto, yo decía “Joder, qué es esto!?” Me costaba entenderlo.

Sin embargo, pronto fue consciente del esfuerzo que iba a suponer salir adelante. Empezaron viviendo, como otros muchos inmigrantes, en una pensión y más tarde en un piso alquilado. Los comienzos para la familia fueron duros. La madre encontró empleo en una fábrica textil como contadora y el padre trabajó como albañil y pintor, aunque de forma inestable. Con el tiempo los padres compraron un terreno sobre el que fueron edificando ellos mismos, bloque a bloque, su propia casa. Mientras los niños de su edad jugaban, ella hacía bloques con un molde prestado. Nunca tuvo fiestas como los demás pequeños, tan solo un cumpleaños, cuando invitó a todo el barrio y casi mata del susto a su madre, abrumada por la legión de chiquillos que inundaron el piso.

Cuando tenía catorce años, su padre emigró a New Jersey, en busca de nuevas oportunidades. Y surgieron. Allí se enamoró de una gallega, abandonó a la familia y no volvieron a saber de él hasta muchos años más tarde.

Inmaculada, Cedrés, en la actualidad



María Inmaculada estudió en el colegio Clara Jackson, donde las monjas y sus propias compañeras se encargaron de demostrarle que era gallega, diferente y de clase humilde.

Las monjas hacían tanta diferencia conmigo que era tremendo. Lo diferente era que yo era más humilde, que hablaba distinto. No sería una entonación tan marcada como la de los cubanos, pero tiene un canto distinto. Pero ellas se daban cuenta de que yo era diferente y más humilde, y allí había chicas que llegaban en auto con chofer. Entonces, aunque yo era minúscula, a mí me sentaban al fondo del salón y en el frente ponían a chicas enormes y gordas, sin importarles nada.

Todo ello cambió al llegar al Liceo, donde comenzó a hacer amistades que conserva hasta el día de hoy. Se casó a los veinte años con un español y abrió una joyería, que sin embargo, tuvo que cerrar al cabo de cierto tiempo, aunque siguió ligada al mundo comercial.

Durante todos estos años ha estado estrechamente relacionada con la comunidad española en Uruguay, especialmente con el Club Canarias, donde compartía experiencias con otros paisanos, donde bailaba y degustaban comida canaria. Ha militado también en el Partido Socialista Obrero Español, aunque actualmente está más volcada hacia los temas sociales, como la “Fundación Ramón Rubial, Españoles en el mundo”, una labor que hace compatible con su trabajo como secretaria en la “Sociedad Canarias”. Tiene tres hijos y ha vuelto a España en varias ocasiones, tanto a Canarias como a Galicia, la tierra natal de su marido. Siente un sabor amargo cuando recuerda su condición de emigrante, aunque no piensa en regresar de forma definitiva.

María Mercedes Méndez Álvarez de Siegler

Brumas y luces en cien años de recuerdos

María de las Mercedes Méndez Álvarez de Siegler nació en abril 1906, en Camuño, (Asturias). Su padre, que al parecer gozaba de una desahogada posición económica, llegó a Uruguay tratando de evitar el cumplimiento del servicio militar en España. Ella emigró con su madre poco más tarde, cuando contaba tan solo dieciocho meses. Tuvo ocho hermanos. Los cuatro mayores nacieron, como ella, en Asturias, y los otros cuatro en Uruguay.

Su padre, un hombre inquieto y aventurero, dejó a su familia durante un tiempo y se marchó a Buenos Aires. Al regreso compró una barraca en Montevideo que constituyó el medio de vida de la familia.

Mercedes estudió en el colegio público de San Elena, Más tarde aprendió alta costura con una famosa diseñadora. Aunque realmente, como ella recuerda, su madre, *Doña Emilia*, fue su mejor maestra, quien le enseñó las cosas importantes de la vida y los valores que le dan sentido. Fue una mujer de gran temple que crió a sus nueve hijos y se vio obligada a sacar adelante sola a su familia cuando las circunstancias les fueron adversas.

Se casó con un vecino de su propia calle. Tuvieron tres hijos, dos mellizas y un chico, que con el tiempo les dieron tres nietos, cuatro bisnietos y un tataranieta. Los hermanos de Mercedes se asentaron en Montevideo, donde formaron sus propias familias, salvo Manuel, el mayor, que emigró a Argentina, y Esmeralda, que se casó con un portugués y se fue a Brasil. Toda su familia mantiene, a pesar de los años transcurridos, una estrecha relación que se ha mantenido y transmitido de padres a hijos.

Sin embargo, la vida también le ha mostrado a Mercedes su cara más amarga. La muerte de su marido fue la primera. La de su hijo, cuando contaba con cuarenta años, abrió una herida tan profunda que pareció no cerrarse nunca. Aprendió a vivir con esas cicatrices del corazón.

Tiene doble nacionalidad, española y uruguaya. Volvió a España en 1986 y visitó la casa de sus padres, la Casa Mayor, allá en Camuño, la última de la montaña... y el arroyo donde su madre lavaba la ropa. Sin embargo, a las pocas semanas sintió la añoranza de Uruguay vestida con la sonrisa de su biznieta mayor, Magali.

El 25 de abril de 2006 cumplió cien años y con ese motivo la Casa de Asturias de Montevideo le organizó una fiesta en la que estuvo acompañada por su familia y paisanos.

Guarda como un tesoro el árbol genealógico que reconstruyó para ella su nieta Gogó, un árbol donde según sus propias palabras “están todos” y en torno al cual se reúne la familia. Un árbol con un tronco común: la Tía Mercedes

venezuela

Pino Teresa Padrón Pérez

Una vida feliz

Pino nació en Santa Cruz de Tenerife en 1916 en una familia que con pocos medios pudieron vivir con cierta comodidad, y en la cual todos los hijos recibieron cuando menos instrucción primaria. Pina, al ser la mayor de las hermanas tuvo que compaginar el colegio con las tareas domésticas, y su libertad estaba fuertemente constreñida por unas costumbres que no le permitían frecuentar las calles, las playas o los bailes.

No, si un día me formó un escándalo porque al salir del cine me dio la mano, para que fue eso, ya nunca más que no, que al cine no iba (...) Yo en la ventana, un ventanal que era a lo alto, él en la calle y yo en la ventana.

Asomada a la ventana veía pasar día tras día al que después de siete años de noviazgo sería su marido, un empleado de banca sin apenas estudios que deseó probar fortuna al otro lado del Atlántico en 1948 llevando en la mano una carta de recomendación del Banco Hispanoamericano.

Yo estuve 7 años sin hijos y él estaba empleado en el Banco y estaba bien y yo vivía con mis padres, pero entonces después ya nació mi hijo el varón, y ya él quería que fuera otra cosa, que la situación allá estaba mal, y venía aquí a ver que hacía y efectivamente, llegó aquí y la verdad que le fue muy bien enseñuida. Tuvo otras recomendaciones de allá y quedó empleado de nacional y le fue muy bien. Entonces yo estuve allá nueve meses y él aquí, después vine yo, él buscó una casita.

Si, bueno mis papás ellos querían venir y tenían ya pasaje y todo eso, pero sabe que mi papá era masón y no lo dejaron salir y mi mamá ya tenía maletas y todo arreglado pero cuando se enteraron de que era masón no lo dejaron.

Con una hija recién nacida partió de Tenerife para reunirse con su esposo en Venezuela. Sus padres también intentaron trasladarse a Venezuela y ya con el pasaje en mano le impidieron la salida al padre, marinero, por ser masón.

Su nueva vida de ama de casa transcurrió sin apenas problemas. Con la excepción de las primeras semanas en las que la habitación que el matrimonio había alquilado colindaba con una casa de citas.

Ah, yo llegué a una habitación alquilada, era por El Cementerio, llegué y era una señora, mi esposo no sabía quien era, creía que era una persona decente y voy a vivir en una habitación y mi esposo trabajaba muchas veces en el Banco Hispano horas extras, y él quería trabajar horas extras para que yo estuviera mejor. Y yo con el niño me metía en el cuarto y yo sola y veía que la

señora esa, entraban hombres a la habitación y se lo notaba todo. Entonces yo no se lo contaba y yo llorando, entonces vino mi esposo una noche y que es lo que te pasa, ay yo no puedo estar aquí Juan, porque esta Rosalía, entra cada noche un hombre distinto y se ven los escándalos las cosas de ellos en la habitación, porque era casi unida. Esto no me gusta. Entonces él enseguida buscó y fui a Santa Rosa ahí por Chacao. Por Chacao no, por Maripérez y también fui a unas habitaciones, pero eran unas habitaciones que eran como un apartamentito, tenía su cocina fuera y dos habitaciones y era un matrimonio con un niño pequeño, pero eran maravillosos, me fue divinamente.

La cordialidad de la gente y sobre todo las buenas relaciones con los vecinos hicieron que Pino no se sintiese emigrante en tierra extraña. Muy pronto se convirtió en la madrina de varios niños de su vecindario y a pesar de que otros hermanos también habían emigrado a Venezuela y estaban asentados en la misma ciudad, sus relaciones no se limitaban al círculo familiar ni al entorno canario.

Pino no trabajó fuera de casa pero cumplió un papel importante en la economía familiar, no solo esforzándose por el bienestar de los suyos, sino como una excelente administradora capaz de reunir a lo largo de varios años el dinero suficiente para comprar un gran apartamento.

Si, todos los compañeros de mi esposo en el banco le decían, porque todos allí se prestaban dinero al final del mes, y a mi esposo le pedían y mi esposo muchas veces, les dio y decían siempre bueno Marrero y como le haces tú, que a final de mes, no pides nunca dinero y decía él que porque administraba bien el dinero.

Si en un comienzo albergaba la idea de regresar a Canarias, poco a poco fue identificándose con este país en el que vivía feliz y en el que jamás se sintió como emigrante. Sus hijos fueron al colegio de las dominicas en Caracas con la idea de que pudiesen continuar los estudios en Canarias con las mismas monjas. Pero ni ella ni sus hijos desearon abandonar el país del que ya formaban parte.

Este arraigo no significó el olvido de comidas, costumbres y músicas que llevaba con ella y que constituían parte de su identidad al salir de Tenerife. Por el contrario, Pino mantuvo en el ámbito familiar vivos los recuerdos y las tradiciones sin que estas fuesen un obstáculo para encontrarse y fundirse con otros paisajes y otras culturas. Es ahora, en los años de la vejez cuando a Pino le gustaría volver a ver y sentir sus islas.

Tomás Jesús Rolo Díaz

Que me entierren en el Cementerio del Este, en Caracas

Tomás Jesús nació en Icod de los Vinos (Tenerife) en 1948. Hijo y nieto de campesinos propietarios de huertas, de ganado y de una pequeña bodega de vino. Sus recuerdos le retrotraen a una infancia de duro trabajo y una escuela mal atendida por un maestro donde los niños mayores enseñaban sus escasos conocimientos a los más pequeños en unas destartadas aulas presididas por las imágenes de Franco, de José Antonio Primo de Rivera y de Jesucristo. Cuando cumplió los catorce años, su padre les ofreció la posibilidad a él y a su hermano de elegir entre quedarse en Tenerife con un pequeño colmado o abasto o bien emigrar a Venezuela.

(...) Yo cumplí los 15 años aquí. Eso sí trabajando todo el tiempo, porque no fui a la escuela ni nada. Teníamos un abasto y era horrible.

En la época esa todo el mundo, todos los muchachos de ahí, para Venezuela. Es más llegó el momento en que no se conseguía gente para trabajar porque todo el mundo había migrado.

(...) Porque si había trabajo, había comida, había de todo sobraba de toda broma, gracias a Dios en mi casa nunca faltó nada, pero era trabajo, teníamos que levantarnos a las 4 de la mañana y a veces eran las 10 de la noche y estábamos pegados todavía. Tú dices, si me voy para Venezuela estoy trabajando para mí, no estoy trabajando en la casa, porque uno no veía un real. Trabajaba en la casa y todo era para la casa, todo lo que quedaba iba para la casa.

Su decisión de emigrar a Venezuela no estaba motivada por la necesidad económica, sino que obedecía a una tradición familiar: *“todo el mundo iba para Venezuela, como antes se iban para Cuba”*. Su abuelo Felipe, dedicado al comercio, cruzó el Atlántico más de diez veces y su nieto Tomás estaba dispuesto a seguir sus pasos.

A su llegada a La Guaira se vio rodeado de familiares y amigos canarios que facilitaron su inserción en un medio y unas gentes que al comienzo le resultaban extrañas.

Llegamos a La Guaira y veo a un negro limpiando un carro libre. Yo nunca había visto un negro, te lo juro por lo más sagrado que yo nunca había visto un negro porque a lo mejor ahora vas a las islas y esta llena de los negros marroquíes, pero en la época que yo vine para acá, estábamos en Icod y yo nunca había visto un negro. Y cuando llegamos Manolo mira, nosotros nos quedamos así, un negro no los habíamos visto nunca y después claro bajamos del barco y estaba un tío mío, una conocida, un vecino de al lado de casa que estaba aquí en Venezuela también y tenía un carro por puesto y nos fue a buscar a La Guaira y nos llevó a donde se alojaba mi papá aquí en San Agustín del Sur...

Tomás nunca había visto población negra ni estaba acostumbrado a unas relaciones más fluidas y menos mediatizadas por las rígidas costumbres de la España rural, sobre todo entre hombres y mujeres.

Pero una vez adaptado a la cultura venezolana, y a pesar de tener algunas pertenencias en Tenerife, supo que ya no podría abandonar su nuevo hogar.

En una de sus vistas a Tenerife, Tomas conoció a una joven nacida en Venezuela pero hija de retornados canarios. Fue un amor a primera vista cuando se miraron en la salida de misa, y después de tres años de correspondencia él se desplazó de nuevo a Canarias para contraer matrimonio y devolverla a su país de nacimiento.

Durante nueve años fue propietario, junto a su hermano, de una tienda de abastos en San Agustín:

(...) Llegamos a San Agustín imagínate, fue impactante, cuando llegamos al abasto en la pata del cerro de San Agustín, entre el pasaje 11 y 12. Veías familias, puro rancho. Yo me pongo en la puerta del abasto y viene un negro, con la cara cortada y yo me lo quedo viendo, porque nunca los había visto tan de cerca, y llega y me dice tremenda grosería tú nunca me has visto, yo le iba a decir: no nunca te he visto, pero me quedé callado, todo asustado; y después yo le echaba broma al negro ese, le decía, mira tú me pegaste un susto cuando yo llegué aquí a Venezuela

En ella trabajaban, como muchos otros inmigrantes, de lunes a lunes, sin descanso, sin ver el sol, salvo el jueves santo y el 1 de mayo. Cansado de este pequeño y trabajoso negocio, decidió montar con dos socios una empresa de reparto de agua que ha sido un próspero medio de vida hasta la fecha.

Yo compró camiones y comienzo a repartir agua como reparto y después hay un señor que inventa el aparatico de cuatro patas con su llavecita, que tú sabes, volteas la botella, y yo le compraba bastante aparatos a él, porque yo en Santa Paula, San Luís todas esas urbanizaciones nuevas, yo me quedaba los sábados ahí, todo eso era mío, ahí no se metía nadie, yo le regalaba el agua a las conserjes, para que cada vez que llegara un cliente dijera mira ahí hay uno, y yo le ofrecía el servicio. Eso fui agarrándolo todo y después el señor me dice te vendo la compañía, imagínate tú 150.000 bolívares, te la compró yo tenía ya los camiones de agua. Entonces éramos tres socios en el agua y compramos la compañía. Vamos a dar 50.000 bolívares cada uno y compramos esa broma para ver. Bueno al primer socio que se fue, después se la vendimos en 600.000 mil bolos, es decir que compramos la parte de él. Nos quedamos Juan Yáñez y yo que era el socio mío, después Juan Yáñez se fue, se la compró un cuñado y después el cuñado se tuvo que ir de aquí también y la tengo con otro socio ahorita, ese negocito ha tenido socios.

Para detentar la propiedad de la compañía necesitaba la nacionalidad venezolana que no tenía. Tomás no quiso renunciar a su nacionalidad española y optó por una cédula de inversionista extranjero como opción administrativa.

Yo era transeúnte, yo vine por turista y estuvimos casi tres años pidiendo la residencia y no, no las daban, entonces un amigo del tío de ella (señala a su esposa) dice: yo les voy a hacer una carta y van ir, que yo tengo un amigo allá y nos hizo residente y hasta hoy, yo soy residente todavía, no me he hecho venezolano. Mi hermano sí, mi hermano se hizo venezolano. Cuando compré la compañía me exigían ser venezolano para tener la compañía, pero también tenía otra

opción de ser, cómo se llama..., cuando vienen los extranjeros a Venezuela a comprar cosas..., inversionista extranjero, porque no podía tener la compañía siendo español...

Como muchos otros emigrantes españoles que se integraron en tierra americana, Tomás no renunció a sabores, músicas y tradiciones de infancia, al punto de reclamar a su suegra para que no faltasen en su mesa las papas arrugadas, el gofio o los chicharos fritos.

Su relación con Venezuela es una historia de amor correspondido: *Yo le he dado todo mi trabajo, toda mi vida, todo se lo he dado a Venezuela. Y Venezuela me ha dado mucho a mi también... Me ha dado todo lo que he deseado... Y no me iría nunca de aquí. Es más, ya compré las cuatro tumbas ahí en el Cementerio del Este.*

María Guadalupe Alemán García de Toledo

La nacionalidad española: una promesa hecha a sus padres

María Guadalupe oriunda de las Palmas de Gran Canaria, nació en 1918 en el seno de una familia de artesanos que vivían con cierto desahogo. A pesar de su bajo nivel de instrucción, ya que tan solo aprendió a leer y escribir, María ha sido una aficionada desde muy joven a la lectura y al teatro.

Se enamoró de su vecino Nicolás cuando tenía tan solo trece años y se hicieron novios al cumplir los quince. Fue un largo noviazgo de diez años en los que el pretendiente fue a estudiar a la península y posteriormente, al igual que sus hermanos, llamado a filas por los golpistas para combatir contra la República.

A pesar de que su esposo, de profesión perito mercantil, tenía cierta posición económica y reconocimiento profesional, decidió emigrar a Venezuela dejando a María en las Palmas con tres hijas, la más pequeña de trece meses, y asegurándole que en su ausencia tendría todas las necesidades cubiertas.

Cuando yo me casé, me casé con una cama y una mesa de noche, después tuve mi alcoba y el despacho de mi esposo y un comedor precioso, tuve toda una casa. Porque el ganaba muy bien, hasta que se quiso venir para Venezuela. Cuando se fue para Venezuela, una hermana de él me dijo: porqué se fue mi hermano para Venezuela, si estaba tan bien, digo no lo sé. Será que hizo algo en su compañía, como él era secretario, y digo vamos a enterarnos. Fui con ella y hablé con su jefe, se llamaba, Don José..., no me acuerdo. Se que fui ahí, Digo vengo aquí con mi cuñada, porque ella cree que mi esposo, al irse para allá hizo algo aquí, como él era el que manejaba esto. Dice: no, señora Toledo, al contrario, nosotros le debemos a él. Él me había dicho que se quería ir para Venezuela y me dijo cuando pueda Don José, mándele a mi esposa lo que me debe usted acá. Entonces ya nos quedamos tranquilas, porque hasta yo misma pensé que él se había ido por alguna trastada, aunque él era una persona muy seria, tenía su chofer y todo.

Nicolás Toledo, como otros jóvenes canarios, soñaba con conocer esa tierra de la que tanto se hablaba en la escuela y en los hogares y no pudo resistir la llamada de los amigos afincados en Venezuela. Sin embargo tuvo una llegada muy accidentada en un barco clandestino y en un momento político convulso, coincidiendo con el golpe de estado de Pérez Jiménez en 1948. Detenido por entrar en el país sin papeles, María rechazó la ayuda de amigos masones que actuaban a ambos lados del Atlántico para agilizar las gestiones burocráticas que permitiesen la entrada de su esposo en Venezuela. Ella recordaba con temor que en la guerra civil, los masones eran ejecutados.

Cinco años después, María se embarcó con sus tres hijas para reunirse con Nicolás, acompañada de una cuñada que estaba en las mismas circunstancias.

(...) Un día antes de yo venirme para Venezuela, mi mamá me ayudó a arreglar las maletas, hasta que me dice, hija, no te acuerdas de darme aunque sea merienda, ay mamá perdona ya vengo, voy a preparar merienda. Cuando yo vengo con la bandeja, el té, las galletas, mamá, mamá, mamá. Mamá no estaba por todo eso, me asomo al balcón y la veo que se va, no quiso despedirse.

Su temor y el de sus hijas, era no reconocerle al llegar al puerto.

Cuando yo llego a Venezuela lo que veía eran hombres negros, negros, que en esa época eran hombres negros, negros, montados en una maquinarias enormes, y yo me asusté mucho y las niñas lo mismo y decían mamá, ¿papá esta ahí?, y ¿tú vas a conocer a papá? y yo les digo a su papá lo vas a conocer o lo voy a conocer, cuando venga caminando, yo les aviso, si esta de pie en el muelle, es probable que yo no lo conozca, pero si viene caminando les diré ahí viene tu papá. Y así fue, cuando veo a un señor con otro que era el primo, caminando de prisa, de prisa, digo ahí viene tu papá y así fue.

La casa que le esperaba estaba muy lejos de cubrir sus expectativas ni de igualar lo que había dejado atrás.

Bueno, la casa se llamaba el Samán, era de dos pisos y mi impresión era que lo que encontré en mi casa era, una cama de hierro que era de matrimonio y dos camas pequeñas de hierro, un filtro, un colete, que en España no se usaban los coletos, yo decía que para que era eso y era para lavar el piso, y un balde, un cubo, era mi casa. Ahí me dio una impresión enorme que lloré y lloré y la única que me ayudó bastante fue mi cuñada Felismina. Cuando fui a la cocina, era una cocina pequeña, la habitación era grande pero la cocinita era pequeña entonces mi esposo poco a poco me fue comprando las cosas. Él con sus manos me hizo la mesa que era bastante grande, me hizo seis sillas que todo de tubo, no eran sillas eran sillones, seis. La mesa era bastante grande, la casa tenía un ventanal que daba a la calle y la mesa cogía toda esa parte. Me compró un sillón, mis cuñados me trajeron una televisión de los Estados Unidos que precisamente, yo creo que era de los primeros televisores con control remoto. Una preciosidad, después fue comprando lo de las niñas, me compró una alcoba, en fin esa era mi casa hasta 7 años.

La ausencia de sus padres, con los que vivía en Canarias, y las diferentes costumbres del país completan el cuadro de dificultades y tristezas que la embargarían durante los primeros meses.

María hizo de su nuevo hogar un lugar de acogida de parientes y amigos que llegaban en búsqueda de nuevas oportunidades a la espera de poder traer a sus familias.

Los cambios políticos afectaron a la familia de María que se vio obligada a mudarse de vivienda. Ante esta situación, Nicolás decidió enviar de nuevo a su familia a Canarias y María embarcó rumbo a las Palmas en 1960 con cinco hijos a su cargo y sin saber cuándo iba a poder reunirse de nuevo con su esposo. Los dos años que pasaron en Canarias fueron especialmente difíciles para las hijas mayores que deseaban día tras otro volver a su país, donde habían dejado la escuela y las amistades.

En este ir y venir entre Canarias y Venezuela, de Caracas a El Valle y de ahí a Maracay, María fue construyendo a lo largo de su vida hogares confortables, espacios de bienestar, de sociabilidad para los hijos y sus amigos y de solidaridad con los vecinos.

Mantiene la nacionalidad española, aunque sus hijos tienen doble nacionalidad, porque fue una promesa hecha a sus padres. *Cuando salí me dijeron: ahora te harás venezolana y yo les dije, no, soy canaria y lo he cumplido... Pero si me dan una balanza yo creo que soy más venezolana.*



María Guadalupe y Nicolás

Manuela del Carmen Martí Martínez

Una palentina fina

Manuela, una palentina fina como se define, nació en Lebanza (Palencia) en 1944. Sus recuerdos de infancia nos describen una situación familiar sin grandes necesidades ni conflictos a pesar de que su padre tenía una conocida trayectoria como republicano.

Cuando tiene 10 años sus padres deciden irse a Venezuela atraídos por las mejores expectativas económicas de este país. Llegaron con un contrato para trabajar en una casa de unos amigos que habían emigrado años atrás. Ella, como cocinera y él como ebanista. Llegaron con la esperanza de reclamar a los dos hijos que habían quedado al cuidado de los abuelos maternos, pero las circunstancias políticas retrasaron la reunificación hasta la caída de Pérez Jiménez cinco años después. A pesar de la dura situación económica por la que pasaba España en aquellos años, el abuelo –albañil– y la abuela que recorría los pueblos palentinos vendiendo avellanas –consiguieron que nada les faltase a los nietos e incluso velando para que Manuela estudiase bachillerato en el Instituto de Palencia.

Mi mamá nos fue a buscar. Mi mamá creo que llegó en junio o julio del 59, para preparar todo el papeleo, todos los trámites, todas las cosas, mi mamá fue a buscarnos allá.

Manuela no recuerda aquel encuentro, como tampoco recuerda la despedida de unos padres que emigraron años atrás sin su permiso.

(...) A mí no me pidieron permiso para venirse, entonces eso es otro trauma. Tú sabes que como ser humano uno tiene sus derechos, indistintamente de que tengamos, de que estemos en el vientre de la madre, de que tenga uno 10 años, como en mi caso, y yo nunca, nunca supe de la despedida de mis padres...

Y recuerdo algo de mi mamá, me trajo creo que fue un vestido y unas medias de nylon, que yo no me las quitaba ni para dormir, bueno para mí fue una novedad eso, es todo lo que yo recuerdo, un vestido que para mí pasó a segundo plano, pero unas medias de nylon que me regaló mi mamá, que no sé, me trajo dos, tres pares de medias

Para Manuela sus primeras impresiones como emigrante comienzan en el puerto de Vigo, donde por primera vez en su vida pudo contemplar el mar, disfrutar con el recibimiento de los delfines en las cercanías del puerto de La Guaira. Pero también tuvo que enfrentarse a un mismo idioma que le costaba entender. Se adaptó rápidamente a las nuevas gentes, muchas de ellas emigrantes no hispanos, al clima y a las comidas, guiada por una madre que consideraba acertado el dicho de: *donde fueres haz lo que vieres*.

Había un choque y también yo tuve esa experiencia, yo sentía como que me querían y no me querían, como que me aceptaban y no me aceptaban, había un rechazo, ofensa. A mí por lo menos me decían, patas de española, es que yo no sabía ni de que me hablaban, que si muerta de hambre. Si había, había de todo. Ofensas de esas, tú sabes, insultarlo a uno, ofenderlo a uno,

en los trabajos, de repente sin querer, porque el carácter del venezolano es muy ¿dicharachero?, y entonces no sabía si te lo decían en serio o no, pero si offendían. Ah no, no, con los sudores a cebolla, a ajo por las comidas, todavía hasta el día de hoy, me lo dijo un señor de 60 y pico de años, no le contesté por respeto. Tan cierto como estar tú y yo aquí, hasta hace poco, no porque los españoles...yo me quedé así y no le contesté por respeto. Porque sigo siendo respetuosa, no porque sea mensa ni tonta, pero por respeto y sí eso era los malos olores, que si muertos de hambre, que si patas de gallega y bueno muchísimas cosas de esas. Eso fue una parte muy fuerte, traumática, porque te cuesta.

El deseo por integrarse en las nuevas costumbres del país de acogida no impidió que el padre se hiciera socio del Hermandad Gallega y que Manuela perteneciese durante tres años al grupo de teatro Valle Inclán de esta entidad.

Trabajó desde los quince años en una tienda de ropa, bajo la tutela de la encargada que era también española de origen, continuó en una zapatería y se dedicó además a preparar la reválida del bachillerato en Venezuela.

Mira yo creo que me adapté rápido, porque vinimos en una época de un clima cálido, caliente y yo empecé a trabajar enseguida, cosa que no estaba acostumbrada, pero mi mamá tenía una amiga que estaba encargada de una tienda de ropa, aquí en Sabana Grande y hablando, hablando, bueno yo empecé a trabajar, yo llegue, en septiembre y creo que en el mes de diciembre empecé a trabajar en la tienda esa. Más perdida como digo yo, que el hijo del indio, porque yo no sabía nada de trabajo me acuerdo que me acompañaba mi mamá desde la avenida Las Palmas, bajábamos hasta Sabana Grande caminando, a la tienda esta, y ahí estuve yo unos meses trabajando en esa tienda que era de telas de ropa, que todavía creo que esta la tienda ahí gorda, "Novedades Polita", creo que sí, esta en Sabana Grande yendo de aquí para allá a mano derecha, está frente a la Prefectura del Recreo, más o menos. Ese fue mi primer trabajo.

Su padre le regaló una máquina de escribir con la que realizaba trabajos de mecanografía en su casa y posteriormente trabajó de cajera en un supermercado regentado por canarios.

El periplo profesional acaba en una empresa de seguros donde la capacitaron para ser secretaria ejecutiva. Incluso fue seleccionada para realizar un curso de inglés en Nueva York pero sus padres se opusieron a ello. Su actividad laboral quedó temporalmente interrumpida cuando contrajo matrimonio en 1973. Manuela quedó viuda a los pocos años de casarse, después del trágico suicidio de su esposo, originario de Madeira, y se vio obligada a sacar adelante a dos hijos pequeños de 5 y de 1 años. Se trasladó de nuevo a casa de sus padres. A partir de entonces, su vida no ha sido fácil y ha encontrado consuelo en la religión evangélica a pesar de haber sido educada en la tradición católica.

Sus sentimientos de pertenencia son múltiples. Manuela se emociona ante el himno y las banderas de sus dos países. Visitó España en 1968 y no ha vuelto pero sigue manteniendo el contacto con algunos parientes, incluso lleva la cuenta de cumpleaños,

bautizos y bodas. A veces se ensimisma contando a los hijos su vida de adolescente en España, pero ni ella ni sus hijos quieren abandonar Venezuela.

No, ellos no han ido, ellos quieren ir, quieren conocer España. Quieren conocer Portugal, porque ellos son hijos de Portugués, el padre era de Madeira, entiendes, y ellos quieren ir, pero más que nada de vacaciones. El vínculo ese de raíz profunda, de hecho, no es lo que yo abandoné, lo tengo yo. Para bien o para mal lo tengo yo. Ellos, a veces me pongo a contarles algo y me dejan hablando sola, terminó contándole a la pared, lo que te estoy contando a ti. Entonces quieren ir pero de vacaciones. Son venezolanos, ellos conocen esta tierra, esta es su tierra, gústele a quien le guste, no me interesa, a ellos les encanta, esta es su tierra, su país, sus costumbres.



Manuela Martí (a la izquierda en la foto)

José Miguel Correa Alonso

Ponerse a valer con el trabajo y el estudio

José Miguel nació en Las Palmas de Gran Canaria en 1940 en el seno de una familia de clase media que tenía propiedades y pequeños negocios. Emigró a Venezuela en 1955 reclamado por una hermana.

Mi padre tenía un negocio de venta de artículos deportivos, luego la situación se fue empeorando, el puso en un espacio del negocio una librería, también había unas revistas que se llamaban TBO que salían semanalmente, entonces él compraba esas revistas y como la juventud, los muchachos no podían comprarlo, él lo alquilaba por una peseta para que los muchachos leyeran el TBO y aquello parecía un jardín de infancia. Todos los muchachos: “Sr. Correa déme el TBO de Tarzán, déme el TBO del Hombre Fantasma” y así se fue la vida de uno hasta que mi padre decidió venirse a Venezuela porque ya las cosas estaban malas.

José Miguel y su hermana quedaron bajo el cuidado de su madre y la tutela de su tío quien velaba por sus estudios de bachillerato y con quien comenzó a trabajar en una distribuidora de Ford.

Ante el temor de que el joven emigrase a Suecia en pos de una joven veraneante, José Miguel fue reclamado por su padre. Meses antes de partir para Venezuela realizó un curso de contabilidad y otro de inglés con el objetivo de mejorar sus posibilidades de trabajo en el nuevo país al que llega en junio de 1957.

Cuando el más o menos me mandó a decir que me iba a llamar yo agarré un curso de contabilidad rápido para tener alguna experiencia y otro de inglés y llegué a Venezuela en el 57, el 24 de junio, empezó a trabajar en septiembre en una empresa que era representante de firmas europeas de textiles y de rodamientos. Entonces yo agarró un curso de contabilidad general, contabilidad de costos, auditoría y estadística en el Centro Contable Venezolano y ahí empecé a estudiar y a trabajar.

Poco después se reúnen con ellos la madre y la hermana. Como en otros muchos casos, ya que de Canarias salían varios barcos de emigrantes al año, nos encontramos con una familia de tradición migratoria, ya que el abuelo materno estuvo en Cuba donde se casó con una canaria aunque regresó de nuevo a Las Palmas, y una hermana de su padre se había instalado en Venezuela pocos años atrás.

Dos meses después de su llegada a Caracas, José Miguel combina su trabajo en una empresa de rodamientos y maquinaria, conseguido con la ayuda de su tío, con cursos de formación en el Centro contable Venezolano. El salario que ganaba era suficiente para poder mantenerse y disfrutar con los nuevos amigos que iba haciendo.

Mi primer trabajo, que conseguí era una representante de firmas alemanas, yo ganaba 300 bolívares mensuales.(...) Eso era tan suficiente que tú podías comer desayuno, almuerzo, yo

nunca he cenado, nunca me ha gustado cenar, sino comerme un sandwich o un jugo, o una cosa liviana, y todavía te sobraba dinero para disfrutar con tus amigos. Porque aquella época, era una época que como muchas personas no la conocieron, uno les cuenta las cosas y no lo creen. Yo te puedo decir que todos los sábados nos subíamos el grupo de amigos al teleférico, allá había una pista de patinaje de hielo y había bailes y eso era un bonche hasta la mañana siguiente.

Poco tiempo dura esta familia unida en Caracas ya que el padre enfermo regresa a Canarias y su hermana forma un nuevo hogar al contraer matrimonio con un venezolano. En esta nueva situación, José Miguel aceptó una mejor oferta de trabajo en Maracay como responsable administrativo de una empresa del sector

Yo empecé en la administración de la compañía y por supuesto cuando no tenía trabajo yo atendía el mostrador, si venía algún cliente y como eso era tan pequeño ahí se conocía todo el mundo. Ahí había clientes de Sudamtex, de Telares Maracay, la tabacalera, es decir las grandes empresas que había en Maracay, porque éramos los únicos que vendíamos rodamientos, vendíamos cadenas, cintas transportadoras, rodillos transportadores, es decir una empresa bien surtida para la industria y mi cargo era la administración y te digo como yo conocía de rodamientos pues en lo que venía un cliente, sino había quien lo atendiera, yo dejaba mi cuestión de libros y me iba al mostrador. En sí la jornada era normal de 8 a 12 y de 2 a 6. Lo único es que cuando terminaba a las 6, te ibas a recorrer todos los bares de Maracay.

Pero pronto descubrió las ventajas económicas que tenía ser vendedor y no gestor o administrador de la empresa.

Como yo quería ganar dinero, un día salió un aviso en la prensa donde la SKF, que todavía existe, hoy es la SKF venezolana, estaba buscando vendedores y yo me fui y me dieron el puesto. Y lo que me llamó la atención, que el presidente de la SKF que era un sueco me dijo, que como era posible que yo de gerente de una empresa me fuera como vendedor de otra, a mí los títulos no me salen, a mí lo que me interesa es tener a don simón en el bolsillo, porque cuando yo voy a un supermercado y tengo que pagar lo que mi señora y yo hemos comprado, a mí no me sirve, ¿usted es gerente de Romaca? No, yo sí no llevaba a don simón en el bolsillo, no saco ni una locha de donde estoy comprando. Y creo que no vuelvo a una oficina, a un escritorio.

Hasta que se casó, vivió en una casa de familia que alquilaba habitaciones donde era cuidado como un hijo de la misma.

Con su mujer, Evelia, también canaria, a la que le une un lejano parentesco, han mantenido algunas tradiciones familiares sin dejar espacio para la nostalgia, sin proyecto de retorno, hasta el punto de no inscribir a sus hijos en el consulado español.

Cuando llegó a Caracas, le impresionaron las dimensiones y la riqueza de este país y su variada composición étnica y cultural como correspondía a una población nutrida por fuertes corrientes migratorias. Como muchos otros emigrantes conoció el rechazo de quienes les veían como extranjeros, *musiú* como decían despectivamente en Venezuela, y supo también que este sentimiento se reproducía dolorosamente en su tierra de origen

después de muchos años de ausencia.

A pesar de haber sido miembro de la Junta Directiva del Club Hispano en Maracay por un breve tiempo, no pertenece a ninguna asociación de españoles.

Después de años de trabajo intenso, José Miguel se ha labrado una posición desahogada económicamente y una credibilidad profesional de la que está satisfecho. Sus hijas estudiaron en la universidad. Todos tienen doble nacionalidad, aunque sus hijas son totalmente venezolanas.

Venezuela es mi madre adoptiva, porque la madre patria es la madre patria y lo seguirá siendo, pero esta es la madre adoptiva y lo que tengo se lo debo a ella.

Jesús González Pecci

El camino inverso: de la esperanza a la decepción

Jesús González, es madrileño de origen. Nació en 1940. Su padre, simpatizante de Falange, era maestro mecánico y trabajaba en la escuela técnica industrial Institución Virgen de La Coruña. Además tenía en propiedad un taller de fabricación de piezas en la que trabajaban todos los miembros de la familia –esposa dos hijos y una hija– y algunos empleados. Surtían piezas para RENFE y para empresas de motocicletas. La familia se vio obligada a trabajar incluso sábados y domingos para poder sacar esta pequeña empresa adelante.

A pesar de estos esfuerzos, la competencia, la mala administración y la afición al juego de la madre, hicieron que las deudas alcanzaran una cuantía que hacía inviable el negocio. Así, de la noche a la mañana el padre de Jesús decide cerrar el taller y emigrar a América con toda su familia. Su sueño de ir a Argentina se ve frustrado y optó por República Dominicana.

Bueno fijate bien, mi padre tenía más deudas que cobros. Como te dije teníamos un taller industrial. Y él era un gran profesional, pero un pésimo administrador, y mi hermano le ayudaba a que él fuese pésimo administrador, porque él contribuía al quedarse con los reales. Mi madre era una buena mujer, pero era muy jugadora y también contribuía a gastar. Entonces fuimos teniendo cada vez menos y menos y más deudas. Mi padre no encontraba la salida, porque además había mucha competencia, si tú hacías un trabajo en una peseta, el otro lo hacía en media peseta. Entonces mi papá decidió de la noche a la mañana decir que nos íbamos para América. No como unos inmigrantes que se yo con pasajes pagados por el estado, ni escapados tampoco. No, él dijo nos vamos para América cerramos el negocio, de hecho lo cerró, no lo líquido ni nada, me imaginó que el estado, o mejor dicho a las personas que les debíamos dinero imagino que lo embargarían, pero él dijo nos vamos y nos vamos a Santo Domingo. El sueño de mi padre era siempre irse a la Argentina, porque en la época de Eva Perón las relaciones de España con Argentina eran muy fuertes muy grandes. De hecho la Argentina ayudó mucho a España, sobre todo a paliar el hambre, porque teníamos muchas necesidades, Argentina ayudó mucho con comida, entonces mi padre siempre tuvo la fe de irse a la Argentina a las escuelas industriales, de hecho ya él tenía los contactos, pero fue justamente cuando Evita Perón cayó, y se perdió todo. Entonces mi padre decidió irse a la República Dominicana. Pero que hizo, él se fue seis meses antes consiguió un trabajo en una fábrica de cementos, la única fábrica de cementos que había.

Una vez colocado como jefe de talleres de una fabrica de cementos reclamó al resto de la familia. Su hermano se colocó como mecánico y Jesús como aprendiz del oficio.

Cuatro años después se trasladaron a Venezuela donde el padre obtuvo un contrato para montar los talleres de la Escuela de Ingeniería Mecánica en Caracas.

Sí, él se fue en un avión, llegó a Santo Domingo, y empezó a buscar trabajo y una empresa americana lo contrató, como era un gran tornero lo contrató como jefe de los talleres centrales, de la fábrica Dominicana de cementos. A los seis meses nos fuimos nosotros: mi mamá, mi hermano, mi hermana, la esposa de mi hermano que eran novios y me fui yo. Mi hermano se colocó en una fábrica de aceite como mecánico y yo me puse como ayudante de un taller automotriz, como mecánico, aprendiendo mecánica y allí estuvimos como un año, dos años, hasta que al final mi papá me colocó a mí en la misma fábrica de cementos donde él estaba como aprendiz y fue aprendiendo la profesión de mecánica. Mi hermano se quedó en la fábrica de aceite y después se pasó a trabajar en la textilera, como mecánico de mantenimiento, de noche. Y allí echamos más o menos los 4 años. A los 4 años a mi papá se le metió en la cabeza venirse para Venezuela. Hizo unos contactos y lo contrataron en la Universidad Central de Venezuela. La universidad Central en esa época estaba montando la escuela de Ingeniería Mecánica. Entonces lo contrataron para montar la escuela de Ingeniería Mecánica, lo que son los talleres.

Allí pudo trabajar como asistente de taller mecánico en la facultad de Ciencias e invertir en su formación profesional. Su vida laboral estuvo relacionada con el mundo universitario primero, y con Petróleos de Venezuela después, donde trabajó hasta su jubilación.

Primero por afición y luego por necesidad, Jesús ha seguido trabajando después de la jubilación en un pequeña empresa de mantenimiento de equipos ópticos que es de su propiedad. Siguiendo las directrices del gobierno venezolano, se vieron obligados a nacionalizarse para poder seguir en los puestos de trabajo que con tanto esfuerzo habían conseguido. Fue un acto protocolario carente de nostalgia ya que no pensaban retornar a España.

Separados sus padres pocos meses antes de llegar a Venezuela, el padre, los hijos y la esposa del hijo mayor vivieron juntos en pensiones y pequeños apartamentos formando una familia estrechamente unida en la que uno pagaba el alquiler, otro los alimentos, otro los muebles y la ayuda que enviaban a la madre retornada a España. Su vida, como la de tantos emigrantes era austera y el trabajo el eje de sus preocupaciones. Soñaba con tener un hogar propio, independientemente de la familia de su hermano y cuando se enamoró de Conchita, nacida también en las Palmas pero emigrada a Venezuela cuando tenía un año de edad, le propuso rápidamente contraer matrimonio.

Las relaciones con la familia política no fueron fáciles ya que el padre de Conchita era socialista mientras que Jesús, siguiendo la ideología de su padre, simpatizaba con el franquismo.

A pesar de que el padre no mantuvo comunicación con sus parientes canarios, Jesús y sus hermanos no solo se mantuvieron en contacto con su madre sino también con tíos y primos. Las cartas, el teléfono y últimamente el correo electrónico les han permitido mantener esos lazos afectivos.

A pesar de haber vivido sin necesidades económicas y de las oportunidades que le brindó este país a su llegada, hoy con una pensión que apenas le llega para cubrir las necesidades mínimas, con una atmósfera de inseguridad ciudadana y de tensiones políticas, se pregunta mirando el progreso de España, si fue buena la decisión de su padre de emigrar a América.

(...) A mí me da mucha rabia porque yo que viví épocas de hambre, y después épocas mejores y ahora me veo jubilado. Yo pienso como que es retornar a esa vida. Claro con una buena casa, conté, con una pensión más o menos. Pero ya empiezo a ver que no puedo ir a un restaurante, como iba antes, que ya no puedo cambiar el carro como lo hacía antes, quizás no voy a llegar al extremo que me toco en la infancia. Pero quien sabe, de repente dentro de un año, dos años, vas a ver un jamón serrano en una vitrina y no lo puedes comprar. Es lo que a nosotros nos pasaba, yo me acuerdo que nosotros íbamos por la calle y pasábamos delante de una pastelería y se nos caía la baba, viendo los pasteles en la vitrina y no podíamos comprarlo y eso que mi papá trabajaba y no podíamos comprarlo. Ese fue el entorno más o menos que tuvimos nosotros a nivel de nuestra familia...

Recientemente ha rescatado su nacionalidad española y sueña con un país del que se sabe también extranjero.

Jesús González en Caracas



Francisca Ballester Boix

Una vida dedicada a la enseñanza y a la cultura

Francisca Ballester, Paquita, nació en Barcelona en 1927 en una familia de clase media catalana y fue educada en el colegio de Montessori hasta los 17 años, del que guarda un excelente recuerdo. La guerra fue un paréntesis traumático en su vida. El padre se alistó voluntario en defensa de la República y su joven hermano fue llamado a filas, formando parte de la llamada “quinta del biberón”, si bien destinado a servicios auxiliares. Paquita permaneció en el hogar familiar con su madre y su abuelo sometidos a bombardeos y privaciones. No fue menos dura la posguerra con el padre en un campo de concentración y posteriormente condenado a 21 años de cárcel por su pertenencia a la masonería donde alcanzó el grado de maestro. Su madre se vio obligada a trabajar como costurera y tejedora a domicilio para poder sostener a la familia.

En estas circunstancias Paquita empezó a trabajar nada más finalizar sus estudios como profesora de primaria en el mismo colegio en el que ella había estudiado.

Yo empecé a trabajar a los diecisiete años, no más acabé el colegio, la misma directora me dice mira Paquita como tú tienes buen carácter, tu quieres quedarte aquí en el colegio para enseñar a los niños, digo ay sí me gustaría, porque ya me habían buscado mis abuelos otro trabajo en la compañía de teléfonos y todo eso pero no, a mí no me gustaba. O sea que yo dije el trabajo que tuve de profesora, durante 17 años en mi colegio fueron estupendos, una diversión.

Por el contrario, su hermano, con el apoyo económico de los abuelos, pudo obtener un título universitario.

La guerra también había cortado la estrecha relación que mantenía con su vecino y compañero de juegos de infancia, Ricardo, cuya familia se vio obligada a huir a Francia al finalizar la guerra para posteriormente emigrar posteriormente a Venezuela. Durante mucho tiempo, los jóvenes mantuvieron correspondencia, hasta que llegó un momento, tras 25 años sin verse en que se confesaron sus fracasos sentimentales y su mutua esperanza de encontrar el uno en el otro el cónyuge adecuado para formar una familia.

Con 35 años, el pasaje en el bolsillo y el grito en el cielo de sus amigas, Paquita decidió ir a visitar a amigo de infancia. Se casaron en agosto de 1963, tuvo dos hijos y se mantuvo activa ayudando a su marido en el negocio que tenía.

Mando un telegrama al que después sería mi esposo, le digo sobre todo, salgo el día 17 en el avión tal, sobre todo espérame en el aeropuerto, porque en un país que no conozco.

Mis amigas pusieron el grito en el cielo, ¿cómo te vas a Venezuela?, tan lejos, y tu mamá. Bueno mi mamá está aquí y aunque ella vive sola, pero mi hermano está en la misma ciudad en Barcelona, además ellos si quieren se la llevan a su casa unos meses y después la devuelven. De momento voy a visitarlo. Si señor, después de un viaje muy bueno, nos paramos en Canarias y

llegamos aquí a las 8,30 de la noche, todo el mundo bajó del avión que en aquel tiempo no había estos túneles, la escalerita y bueno todos hablando y yo mira y mira, ¿dónde está Ricardo?. Nos habíamos mandado en el transcurso de éstos años fotos, o sea sabíamos más o menos como éramos, y yo no veo a Ricardo, ¿dónde estará? y así paso un rato, yo estaba sentada en la sala grande, entonces el aeropuerto internacional no estaba, pero estaba muy bien el otro el nacional, que valía para todo. Va y no estaba, no puede ser, no habrá recibido mi telegrama, pobre de mí. A las 9 de la noche en una ciudad y un país que uno no conoce. Me voy para información y digo, mire ustedes podrían decir por el altavoz que el familiar de la familia Sala, los esta esperando. Entonces si oí el familiar de la familia Sala está esperándolos, nomás dicen eso, y por la puerta principal veo que entran Ricardo y su mamá... Aquí fue mi entrada en Maracay, nos fuimos conociendo, salimos, me enseñaron todo lo que podían de Caracas, de aquí de Maracay, nos fuimos al Campo de Carabobo, bueno, recorrimos todo eso. No tardó mucho el muchacho, a decirme que bueno, que si nos prometíamos, por cierto que me regaló ya el anillo, y yo dije pues sí. Yo también estaba muy contenta, muy entusiasmada, porque uno, sobre todo las mujeres somos más románticas y nomás pensar que aquel niño, que había vivido tantos años atrás, llegara a ser mi esposo, eso me ilusionaba mucho.

Su hija vive actualmente en México y su hijo, que estudió música en Rusia, vive con ella. Es director de orquesta. La mirada de Paquita sobre la Venezuela que encontró en 1963 en comparación con sus recuerdos de Barcelona no es tan positiva como la de otros emigrantes que provenían del agro español. No solo era consciente de la pobreza que le rodeaba sino que el choque de valores culturales fue muy importante.

En principio, tuve un choque, cuando mi esposo, me llevaba por ejemplo a Caracas, íbamos a comer a un restaurante o algo así, sobre todo los del aire libre, yo me di cuenta que había mucha pobreza. Uno de los días, me recordaré, no sé qué restaurante era, pero era al aire libre, pedimos el servicio y todo eso, y ahí veo dos muchachos, que no eran niños, debían de tener 12 o 13 años, así, pues nos estaban mirando, y digo y estos niños, bueno, piden a ver si hay algo para ellos. Mire a mí me rompió el alma, porque yo, naturalmente estábamos comiendo, no sé si eran chuletas, parto la chuleta me la como, apartamos el plato para otro y los muchachos nos cogen aquello y se van corriendo. Mire, yo entendí enseguida cómo estaba el país. Eso era la época, el final de Betancourt.

Educada en los principios de autodisciplina, de acción, de no conformismo, de autocontrol. Ella es una firme convencida de que los inmigrantes han sido factor clave en la economía venezolana.

Paquita desarrolló un activa vida social en los centros culturales y de ocio como el Centro Hispano en Caracas, el Centro Catalán, La Casa de Italia y sobre todo en el Círculo de Cultura y Bellas Artes donde participaba en el coro –su gran afición ha sido cantar– en obras de teatro, en la organización de exposiciones, etc. Incluso publicó dibujos cómicos en el Imparcial y artículos sobre aspectos artísticos culturales de España en algunas revistas.

Divorciada de su esposo, sigue manteniendo estrechas relaciones con sus familiares y amigas de España pero no desea volver a su país de origen, salvo de vacaciones. Goza de dos pensiones, la de España por haber trabajado durante diez y siete años y la que tiene en Venezuela, disfruta de una casa de 230 m² y tiene a su hija y nietos en un país vecino. Además, *este es el final que nos queda, mi mamá también quedó sola.*

Félix Vicente Blanco Baragaño

Una trayectoria marcada por el estudio y el trabajo

Félix Vicente Blanco es un asturiano nacido en Pola de Laviana en 1938. Mientras sus abuelos fueron trabajadores del ferrocarril, su padre llegó a ser encargado de una fábrica de vidrios y pudo costear los estudios de primaria y secundaria de sus cuatro hijos en colegios privados, a pesar de vivir con las estrecheces propias de una economía de posguerra. Félix estudio incluso dos años en la Escuela de Ingenieros Técnicos de Gijón.

A pesar de que el padre, republicano, sufrió seis años de cárcel en la postguerra, la política fue tema tabú en el ámbito familiar. El miedo a la represión y la discriminación social marcaron su infancia y forjaron un carácter rebelde y descreído.

(...) Cuando mi padre sale de la cárcel, vivimos en un pueblito, pero pueblo, pueblo, pueblo en una aldea que dicen allá, porque mi padre era administrador de unas minas de carbón, no eran minas industrializadas de gran envergadura y estaban ubicadas en un pueblito, y ahí nos tocó vivir durante tres años aproximadamente, después bajamos adonde yo había nacido, Pola de Laviana, que era una, decir ciudad hasta me parece hasta mucho, no, porque tenía como unos 30.000 habitantes, 20.000 en aquel entonces y después de ahí vivimos un año en Gijón y el resto en Avilés, ahí fue donde murió mi padre. Desde ahí fue donde yo salí para Venezuela.

El despecho de un amor no correspondido y la necesidad de alejarse de un entorno que el percibía como excluyente y conservador le hace emigrar a Venezuela en 1957 con la idea de seguir estudiando, de abrirse camino profesionalmente y de no regresar jamás a España.

Por despecho, si pudiera sintetizarlo, creo que lo más exacto podría ser despecho, yo necesitaba alejarme de todo lo que tenía que ver con ella, de una sociedad derechista, exclusivista, extremadamente marginadora, entonces yo necesitaba salir de aquello. Fíjate que en ningún momento, yo me consideré emigrante en Venezuela, jamás, nunca jamás. Nunca jamás pensé en hacer dinero para volver, nunca, que va. Así que yo hago mi carrera en Venezuela, revalido el bachillerato, mi ilusión era seguir estudiando... Yo quería Francia, pero ahí si había un componente político, yo era revolucionario, y no es que perteneciera, sino estaba muy orientado hacia el anarquismo y entonces, eso quizás era por influencia paterna, sin él saberlo, sino por admiración a mi padre voy metiéndome en lo que era eso. Quería Francia y sin embargo Francia era muy difícil de entrar, incluyendo el mismo paso de frontera. Sin embargo Venezuela, simplemente con decir que tú tenías un oficio y como yo conocía algo de electricidad, dije que era electricista, y entonces facilísimo, aquí había montones de conocidos del pueblo, conocidos de mi padre y por eso fue que decidí Venezuela.

Todavía recuerda el dolor y el miedo que sintió en el puerto de Vigo, a donde su padre le acompañó para despedirle.

Llega a Venezuela declarándose como electricista de oficio, donde es acogido por un tío paterno que compartía vivienda con otros asturianos. La admiración por su padre, que fallece pocos meses después de su llegada, le lleva a mantener una actitud inconformista que le dificulta la obtención de la residencia. Félix se negaba a declarar en los documentos oficiales religión alguna y hasta que no renuncia a su ateísmo no consigue tener sus papeles en orden para tramitar posteriormente la nacionalidad.

Yo venía con una visa de transeúnte que te renovaban cada seis meses. Anécdota: debería haber en extranjería alguien muy católico, porque yo era tan sumamente tarugo con una rebeldía impráctica, que en la planilla que tenía que llenar cada seis meses, para renovar la permanencia como transeúnte, ponían religión, y yo ponía ninguna y no había forma ni manera que me dieran la residencia, cuando la gran mayoría de los que llegaron cuando yo llegué eran residentes, y como residente ya solicitaban la nacionalidad. No, yo estuve más de dos años, yo llegué a casarme con Marlene y toda esa cuestión y nada que nada, yo transeúnte. Entonces un familiar de Marlene, es el que mete por ahí y me dice, “chico pero mete los papeles como es debido, tú estas poniendo esta guarandinga ahí y seguramente que hay alguien que, dice este carajo, este ateo, no te va a dar la residencia mas nunca en la vida”, y así lo hice y no sé si fue casualidad o no, pero lo cierto es que después sí me dieron la residencia.

Trabajó en los primeros tiempos en una gasolinera y posteriormente como ayudante de mecánica. Las costumbres mas abiertas, la alegría y la luz son una experiencia sorprendente para este joven asturiano. Perteneció al equipo de fútbol del Centro Asturiano y desarrolló una intensa actividad en la Casa de España donde se reunían los exiliados antifranquistas.

A pesar de las posibilidades económicas que el país ofrecía a los inmigrantes, sufrió como otros muchos el desprecio y el resentimiento que algunos venezolanos expresaban por los españoles, portugueses e italianos, los *musiús*, que llegaban a miles para labrarse un futuro.

Entonces además de eso quisieron atracarme, te estaba contando, me quise defender, me dieron una golpiza, quedé sin conocimiento, entonces me llevaron al Periférico de Catia, tome conciencia y no sé de qué manera pero debe ser que no tenía inconciencia, di alguna dirección, yo tenía varios paisanos del pueblo de Laviana y vivían en la calle Panamerican de Catia y entonces fueron al periférico, o sea que quiere decir que de alguna manera yo di alguna dirección a la gente. Después de ahí, sufrí una crisis muy fuerte, muy fuerte, psicológicamente quedé muy afectado y anduve mucho buscando por la embajada de Bélgica y tal a ver si había alguna forma de salir del país, quedé con miedo cervical, pero bueno, no fue posible y realmente, fui a la embajada española a ver que se podía y tal y me dijeron que si quería regresar a España en calidad de repatriado, cosa que me negué y después me asenté

Vuelve a España a trabajar entre 1990-1994 con la expectativa de reconciliarse con su tierra, de reconquistarla mediante el triunfo profesional. El fracaso de esta experiencia

le hace volver y reafirmarse con más fuerza que antes de su nacionalidad venezolana.

Llevado por su voluntad de integrarse, las dos veces que contrajo matrimonio lo hizo con mujeres venezolanas. Y sus tres hijas, como él mismo, tienen la doble nacionalidad.

Se considera un hombre triunfador económica y profesionalmente, agradecido emocionalmente al país que le dio las oportunidades, a sabiendas de que la familia que ha construido en Venezuela es el lazo emocional que le ata definitivamente a este país. Consciente, sin embargo, de que el emigrante está condenado a no ser plenamente de ningún sitio y que la distancia de su patria de origen disuelve poco a poco los trazos de su identidad.



Félix Blanco con su hija Marlene

Eulogio Vázquez Feijóo

Si no fuera por los inmigrantes ¡qué habría sido de Venezuela!

Eulogio Vázquez Feijóo es originario de Mozón, en Pontevedra. Nació en 1916 en una familia de clase media que detentaba un negocio familiar, una gran panadería. Pasó parte de su infancia al cuidado de su abuela y de su tía ya que perdió a su madre cuando tenía 7 años. Su padre contrajo matrimonio con aquella, que era costurera, y fruto del mismo tuvo una hermana. El desastre de la guerra arruinó a la familia que se vio obligada a dedicarse a las tareas del campo. Combinó la escuela con el trabajo como aprendiz en un taller de carpintería. Hablaban en el hogar familiar los dos idiomas: gallego y castellano.

Contrajo matrimonio con una joven costurera de un pueblo vecino y poco después emigraron a Venezuela reclamado por un amigo que tenía un atienda de abastos y le describía en sus cartas un futuro de mayor fortuna que el que podría tener en Galicia.

Bueno eso fue porque yo veía la forma, yo tenía un amigo aquí, anteriormente él vivía en Sarría. Él era sastre y llegó aquí y trabajó de sastre, después se casó con una muchacha que los padres eran españoles y se montó un negocio, tenía un abasto en Sarría cuando yo llegué. Y como sabía de él, y él sabía de mí, me vine para acá a probar suerte a ver. Porque allá no se vivía bien. Allá tenías que trabajar 8 o 10 horas para ganar 20 pesetas y aquí las 20 pesetas las ganabas en más de 1 hora... Nos conocíamos mucho allá. Él me había hecho mucha ropa, trajes a la medida y todo. Después fue cuando se empezaron a venir muchos. En aquel momento, no había gente alrededor de nosotros. Después si que vino mucha gente, de los pueblos de alrededor, de la parroquia, del ayuntamiento. Vinieron mucha gente que nos conocíamos, porque, claro, veían la situación, que uno le mandaba algo a su familia, la familia pues estaba un poco mejor. La gente venía a ver si conseguía algo también aquí. Aquí venían y aquí nos fuimos quedando, nos juntamos los mismos de allá

En 1955 partieron hacia el puerto de La Guaira y pronto comprobó que las diferencias salariales eran enormes: Eulogio ganaba en una hora de trabajo lo que en España le costaba ganar con o horas de trabajo. Y el efecto llamada se hacia notar, pronto muchos de sus amigos y conocidos de los pueblos de alrededor se vieron compartiendo la misma aventura. Como muchos otros emigrantes, el partió primero con un billete comprado con dinero prestado que devolvió con sus primeros ingresos, y posteriormente reclamó a su mujer. Su primera residencia fue un viejo y decrepito hotel propiedad de un portugués, donde los inmigrantes se hacinaban en los pasillos a la espera de una cama libre.

Todos esos sitios que había en casas viejas, hoteles, todos eran puros inmigrantes. Había gente que llegaba y tenía que dormir en los pasillos a lo mejor, 15 días o un mes, hasta que conseguía una habitacioncita adentro, porque alguien se marchaba a trabajar al interior, y dejaba la habitación.

La vida laboral de Eulogio comienza con un primer trabajo como carpintero gracias a un amigo. Pasó posteriormente por varios oficios hasta que se situó en la construcción, donde se vio obligado a tomar la nacionalidad venezolana para poder ascender en su carrera laboral.

Hace tiempo, como a los cuatro años de estar aquí ya me hice venezolano, porque yo, ya trabajaba. Me dediqué a trabajar en la construcción y entonces ahí, estaba como encargado y necesitaban un venezolano, sino no podía estar de encargado, en aquella época se exigía mucho eso. Los extranjeros tenían que nacionalizarse para poder trabajar. Como yo estaba encargado, pues...

El hecho de construir una casa para unos empresarios venezolanos que tenían una empresa de fotografía aérea introduce un giro importante en su vida profesional. Durante 22 años trabajó duramente, con jornadas de 16 horas, para una empresa que tenía en la práctica el monopolio de la cartografía nacional.

(...) En la compañía me agarraron tanto cariño, estuve 22 años. Entonces después, bueno ahí estuve muy bien, se ganaba plata, yo trabajaba en varias cosas. Había veces que trabajaba 16 horas, 18 horas, porque trabajaba horas extras, lo hacía todo por el negocio. Porque allá, dependiendo del trabajo y los instrumentos se cobraba. El lente valía tanto, la foto aérea tanto... el rollo aéreo a lo mejor llegaba de noche a La Guaira y había que buscarlo a La Guaira, yo iba, llegaba y lo revelaba. El rollo aéreo tiene 22 cms de ancho, la foto inclusive, cuesta revelarlo. El revelado de ese rollo si había que sacarle copia, para ver si estaba la toma aérea cubierta o había alguna laguna aérea, entre una faja y otra que quedaba un pedacito sin cubrir. Había que hacer todo eso para chequear el vuelo. Yo trabajaba en eso y me quedaba allá hasta la madrugada, pero ganaba plata.

Cuando los cambios políticos llevan a la quiebra a esta empresa, Eulogio invierte en un negocio de alimentos preparados en el que continúa como propietario hasta nuestros días.

Frecuentaba los lugares de encuentro de gallegos sin renunciar a la amistad de canarios y portugueses y a pesar de moverse en un medio de inmigrantes nunca se sintió rechazado o discriminado por no ser venezolano de origen. Pertenece a la Hermandad Gallega desde 1962 y al Club Valle Fresco donde se celebran la fiesta de Santiago Apóstol año tras año.

Se siente plenamente identificado con el país de acogida si bien recuerda con nostalgia la Venezuela de su juventud, la de ahora, no le gusta, pero es consciente de que es el lugar de pertenencia de sus hijos y nietos. Eulogio insiste *en que si no fuera por los inmigrantes ¡qué habría sido de Venezuela! Hemos trabajado duro, le hemos dado todo, aunque al presente (Chávez) y a otros, no les gustan los inmigrantes.*

María del Pilar Juajona Pérez

**Su primer trabajo remunerado lo tuvo a los sesenta años:
“fueron cuatro años de libertad”**

María del Pilar Juajona, nace en Barcelona en 1916, en el seno de una familia acomodada, aunque buena parte de su infancia la pasó en Andalucía, en la Línea de la Concepción, con su abuela materna.

Yo soy una catalana un poco original, porque yo me crié en Andalucía. Entonces todos mis recuerdos de mi infancia y demás están siempre en Andalucía. Porque mi abuela, cuando yo nací, mi abuela, hacía tres días que se había quedado viuda. Claro aquello era una amargura muy grande y vivía en el sur de España. Pero mi abuela y toda la familia de mi abuela eran catalanes, todos eran de Cataluña, todos. Pero mi abuelo, o sea su esposo era valenciano, no era alicantino. Y era militar, hizo la guerra de Cuba,

Estudió en un colegio de monjas y posteriormente en el conservatorio de música aunque no finalizó la carrera. Educada en estrictas costumbres, siempre salía a la calle acompañada y sus diversiones se reducían a acudir a los salones de té con su madre, luciendo sombrero y guantes como correspondía a jóvenes de su clase social.

Comenzó muy joven el noviazgo con un chico que era hijo de padre francés y de madre española, que estudiaba en Francia. Ambos pertenecían a familias con una desahogada posición económica y alto nivel cultural.

Bueno y entre todas estas empezaron los noviecitos, aquí y allá múltiples y por fin pues salió el que había de ser mi esposo. Que ese era mitad español y mitad francés, pero era mucho más español que francés realmente porque se había criado en España. Porque la parte de la mamá era españoles. El abuelo de él también era militar, era médico, había hecho también la guerra de Cuba, y teníamos muchas cosas afines. Un nivel económico, e intelectual muy parejo entre las dos familias. Y mi suegra estaba divorciada. Si porque mi suegra era un fenómeno. Mi suegra tenía la locura del teatro, de los animales, de aquí y allá. Ella era hermana de Ricardo Baeza. Conocidísimo en España como un gran intelectual, escritor, autor, una personalidad grande. Fue embajador de España en Chile. Una personalidad. Tan personalidad, que de ahí hay mucho origen que nosotros estemos en Venezuela.

Cuando estalla la guerra en 1936, por deseo de ella y de sus padres, Pilar partió en el último avión de Air France rumbo a París con la familia del que iba a ser su esposo. Éste, pocos meses después de graduarse como ingeniero mecánico es llamado a filas en 1939 para combatir como ciudadano francés en la guerra mundial. Ese mismo año toda la familia de Pilar que había quedado en España consigue reunirse en París, convirtiendo su casa en un refugio para los parientes y amigos exiliados.

Todos sobrevivieron a la dureza de la contienda mundial a pesar de que el marido

de Pilar fue hecho prisionero por los alemanes. La escasez, la dureza del clima y el convencimiento de que tanto España como Francia eran países arruinados por las guerras les mueve a emigrar a América como continente lleno de esperanzas.

Un cúmulo de circunstancias les hace inclinarse por Venezuela. Es la suegra, actriz de teatro y mujer de enorme vitalidad, que por entonces ya estaba divorciada, la que emigra primero y les contagia el entusiasmo por este país.

(...) Y mi suegra dijo que ella no aguantaba más frío. El frío no lo podía aguantar, ella había estado en Méjico y ella quería irse a Méjico. Y le dio la idea de irse al consulado de Méjico.

Aquí empieza la historia americana. Se fue al consulado de Méjico para arreglar sus papeles, para irse a Méjico. Entonces allá arreglando sus cosas, dijo, bueno, todo muy bien, fue bienvenida, puede ir a Méjico, y ella dijo, sí pero hay una cosa, yo tengo unos animales. Ella tenía entonces, yo no se como cinco animales, tenía no menos entre perros y gatos... (...) mi suegra, cuando sacó el asunto de los animales, le dijeron que no había ningún problema, pero que los animales tenían que quedarse en cuarentena. Y ella dijo que no, que ella no dejaba sus animales en cuarentena. Ni hablar que esos eran unos animales muy domesticados, (Risas), nos los iba a dejar ella en cuarentena en ninguna parte. Le dijeron que eso no podía ser. Pero entonces salió un señor, que resultó ser un poeta de aquí que era, Otto de Sola... Pero entonces, parece, que él, Otto de Sola era o agregado, yo creo que era agregado cultural...y yo creo que sí, tenía, seguro un alto cargo. Y estaba en el consulado, y dijo: mire señora, yo he oído que el nombre de usted es Baeza. Usted sería familia de Don Ricardo Baeza, dijo mi suegra, claro soy su hermana, Ricardo es mi hermano... Caramba, Doña Elvira y usted esta pensando en irse a Méjico, ni lo piense Ud. tiene las puertas de Venezuela abiertas para usted, porque precisamente, Don Ricardo y Rómulo Gallegos, que va a ser presidente, son íntimos amigos...Entonces mi suegra vino contentísima y dijo: Ay yo me voy a ir a Venezuela. Pero bueno, ¿dónde esta eso? Dije yo porque nada, es que no, de Colombia si sabía mucho, pero Venezuela, te lo juro que nada había oído de Venezuela.

Después de vender todo, comienza el periplo de esta familia, siendo, como era habitual el marido de Pilar quien primero llega al nuevo país en busca de trabajo. Con un buen contrato en General Electric, pronto se reúnen con él Pilar y los cuatro hijos. Poco tiempo después llegaron sus padres y su hermano que pasados unos años retornaron a Francia por temor a que en España todavía pudiesen ser víctimas de la represión franquista.

A pesar de viajar con sus cuatro hijos en avión hasta Curaçao y posteriormente en barco hasta La Guaira, Pilar no conoció las penalidades de tantos otros emigrantes. Viajaron en primera clase y una confortable vivienda les esperaba donde ya se había instalado su suegra y los innumerables animales de compañía de los que ella no se separaba.

No, la vida era barata, realmente no había problemas todavía podíamos hacer el esfuerzo de mandarle dinero a la familia, que es lo que a mí me molesta de lo que pasa ahora en España, que haya un rechazo, porque todas las generaciones de nosotros que se quedaron en España

recibieron dinero nuestro, todas. Yo tenía una amiga que la adoraba en el alma, verdad, y casi todos los meses yo le mandaba dinero, yo tengo las cartas.

Cuando el marido de Pilar obtuvo un sustancioso contrato de trabajo en una compañía petrolífera, abandonaron Caracas para trasladarse al interior, a Cabimas y luego a Caripito. Allí estudiaron sus hijos y se convirtieron en venezolanos sin apenas recuerdos de la vida en Europa a pesar de que haya gente que les niegue la identidad y la pertenencia a este país.

Pilar recuerda con dolor cuando su hijo, declarado el mejor gimnasta del año, fue seleccionado para ir a las Olimpiadas de México y la emoción que les embargaba imaginarle bajo la bandera de Venezuela que tanto respetaban. El no haber reclamado la nacionalidad venezolana, que sus padres tenían cuando nació, al cumplir los 18 años le había convertido en un extranjero, sin él saberlo.

Cuando después de muchos años, Pilar visita España, se siente como una turista porque los lugares en los que vivió ya solo existen en su memoria. También añora aquella libertad que se respiraba en Venezuela años atrás, cuando sin que su marido lo supiera y a la edad de sesenta años tuvo su primer trabajo remunerado como vendedora de libros.

Porque estando en Parque Central, yo me metí a trabajar, sin que mi marido lo supiera, y sin saberlo yo, porque yo creía que era una cosa benéfica y resultó que era un trabajo de Británica, pero que los avisos que ponían en el periódico eran como una trampita, si ud. ama la juventud, quiere ayudar a la juventud, y ud. es una mujer instruida y tiene mucho que enseñar. Como no va a tener uno que enseñar, y así yo estaba aburrida y vamos a ver si puedo hacer alguna cosa, y resulto ser esto, una cosa para los libros. Cuando yo ví que era eso dije, no, ni hablar, esto no es lo que yo busco, pero mira me engancharon. Y yo estuve 4 años allí. Y yo cogía el carro y me iba a la Colonia Tovar sola, yo me iba a Carayaca, y allí vendí libros...

Uf, yo tenía 60 años. Que nunca dije, siempre dije que tenía 50. Y lo pasaba sabes, porque me conservaba muy bien, entonces lo pasaba perfectamente

Fueron cuatro años de libertad. Ahora se siente prisionera en una ciudad donde los problemas de seguridad la obligan a vivir en un enclaustramiento que nunca había conocido.

Bernarda Escalante González

De monja a antropóloga comprometida con el diálogo intercultural

Bernarda Escalante nace en un pequeño pueblo de Asturias pocos meses antes de iniciarse la guerra civil española en 1936 en una familia republicana, aunque no partidaria. Jamás ha sabido cual fue el destino de su padre y de otros familiares desaparecidos en el año 37. Hay quien dice que están enterrados en fosas comunes cercanas al pueblo.

La madre y las dos hermanas mayores con 10 y 12 años respectivamente tuvieron que ponerse a trabajar en las labores del campo para sostener el hogar. Sus primeros pasos los recuerda en un ambiente de silencio y miedo a pesar de que la madre evitó que, al menos su hija albergase el menor atisbo de odio o de rencor contra los que habían asesinado a su padre. La escasez y el racionamiento de la posguerra no impiden que Bernarda tenga un recuerdo feliz de su infancia.

Los recuerdos de mi infancia un poco como para resumirte, a pesar de las restricciones, de la escasez, a pesar de la sensación de represión, de que había que tener cuidado, a pesar de todo, yo puedo decir que mi infancia fue feliz. Tengo buen recuerdo de mi infancia. Después de estar aquí en Venezuela es que, comprendo, bueno cuando tú entras en la democracia, todo eso, es que empiezo a recordar como los sistemas fascistas imponen la ideología hasta con signos. Yo cuando era niña lo veía y no caía en cuenta claro, no puedes caer en la cuenta. Pero yo aquí me di cuenta, que yo estaba sentada aquí y veía la pared y ahí estaba sentada la maestra y la pared era el tejido con unas plantas, con un letrero que decía: Arriba España, viva Cristo Rey, Arriba Franco. En el medio el crucifijo, de este lado Franco. Era como venderte a Franco como el redentor, Franco, Cristo y España, eran los ideales. Creo que fue muy inteligente, una manera de mezclar, de usar la religión para sostener un sistema, un gobierno, una ideología apoyada en los signos. Empecé a recordar lo que leíamos. ¡Que cosa tan brava!

Las tres hermanas fueron a la escuela primero y a un colegio de monjas después. La mayor de ellas decide ingresar en la orden y pronto es secundada por la propia Bernarda, quien con la mirada puesta en los votos finaliza el bachillerato y la carrera de magisterio llevada por una fuerte inquietud social.

Las dificultades económicas empujan a la otra hermana, ya casada, a emigrar a Venezuela en 1951 y diez años después Bernarda sigue sus pasos como religiosa de la orden del Santo Ángel. Allí combina sus labores educativas con actividades sociales en los barrios más desatendido llevada por la solidaridad y la búsqueda de una mayor justicia social. Pronto sus objetivos y sus iniciativas entran en conflicto con la institución religiosa a la que pertenece.

Y me exigía una vida y un comportamiento que había sido instituido en el siglo XIX, que era válido para aquel tiempo, cónchale, porque si no había luz, la gente se tenía que retirar

a su casa, pero en este momento que si había luz, uno de noche todavía podías hacer cosas con la gente, porque la gente por el día trabaja, incluso recibir a los papás de los alumnos, para ver cuáles son sus problemas que es lo que tienen. Cierras la puerta a las 6 de la tarde, a las siete, y entonces la gente cuando llega no hay nadie. Es eso que estaba desfasado.

Entonces, de repente, la institución me quedó chiquita. Yo tengo que confesar que mientras estuve dentro de la institución yo fui muy feliz, hice lo que yo quería hacer, hasta donde la conciencia y la preparación me daban para hacer. Y cuando llegó el momento de que mi conciencia y mi entusiasmo me pedían hacer más a favor de la gente, no me dejaban. Entonces bueno la deje, así sin traumas, sin conflicto, sin nada.

En 1971 abandona la orden y decide estudiar antropología en la Universidad Central, combinando el estudio con el trabajo. Sin apenas dinero para libros ni tiempo para poder estudiar, Bernarda se ve obligada a dedicar las noches y las escasas horas de descanso de las que disponía para acabar su licenciatura en antropología.

La antropología es, yo siempre le digo a todos los estudiantes cuando vienen para acá y preguntan porque quieren estudiar antropología, les digo la antropología es una carrera para mejorar, pero tu no haces dinero con ella. Lo único que te queda es la satisfacción, te abre unos horizontes inmensos, te hace mucho más humana, te quita todos tus prejuicios, te quita como los aires de superioridad que tiene la gente occidental. Empezar a acercarte al saber de otros, empezar a conocer que hay otras formas de saber y de sabiduría, acercarse a ellas, conocerlas, empezar un diálogo intercultural con un italiano, un francés, no, empiezas con otra cultura, tiene otra visión del mundo es totalmente distinta a la tuya, eso es enriquecedor.

Por estos años dirigía el Centro Educativo “La Floresta” en el que desarrolló un novedoso programa educativo orientado a unos alumnos difíciles y poco habituados a que se les concediesen márgenes de libertad y de autonomía.

A pesar de su alegre carácter y su dinamismo, Bernarda se mantuvo soltera convencida de que cuando una mujer es dueña de sí misma, un hombre se lo piensa dos veces y ella no estaba dispuesta a renunciar a su ideales.

Sus conocimientos como antropóloga le llevaron en 1976 a trabajar en el delta del Orinoco donde ha diseñado proyectos, no sólo de ayuda al desarrollo de los indígenas, sino también de diálogo intercultural entre comunidades que tienen una visión completamente distinta del mundo.

Y empezó la relación con la comunidad, yo era así como un bicho raro, que iban a visitar, pero sobre todo me visitaban mucho las mujeres. Porque las mujeres warao tu sabes, que la mujer, en la cultura tradicional, ahora si lo hacen, pero hace 30 años, no podían, una mujer hablar con hombres que no fueran de su propia comunidad, parientes su esposo, entonces con el antropólogo que había antes la relación era así como distante. Yo era la curiosidad, como el payaso del circo. Yo me acuerdo que me veían comer y se morían de la risa y hablaban entre ellas, y ellas llegaban y se sentaban y me miraban y estaban ahí horas, se iban y venían otra vez.

Bajo su tutela se construyeron viviendas, escuelas, dispensarios, traída de aguas potables, organización de un mercado de venta de pescado y talleres de aprendizaje. Su programa ha sido destacado por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo como modelo a seguir.

A pesar de que su salida de España fue dolorosa y respondió a un mandato de la orden, hoy Bernarda siente que forma parte de la humanidad y que los valores familiares en los que se educó en su Asturias natal han sido los principios rectores que le han guiado hasta hoy.

Como tantos otros inmigrantes les cuesta reconocer en la Venezuela actual el país que tan generosamente les acogió y al que le han entregado toda su vida.



Bernarda Escalante en la comunidad de Moabaina en el Delta de Amacuro

Araceli Hernández de Alonso

Un ejemplo de fortaleza, trabajo y amor a su nuevo país

Araceli nació en una familia de campesinos propietarios en Icod de los Vinos, Tenerife, en 1942. Se crió con un padre ausente que emigró a Venezuela ese mismo año y que visitó el hogar familiar –una casa colonial que es patrimonio histórico de la localidad– en contadas ocasiones a lo largo de siete años.

Todavía me acuerdo del racionamiento y mi papá que mandaba inclusive, en aquel momento, a un tío mío que estaba enfermo de diabetes, le mandaba la insulina de aquí de Venezuela. Mandaba azúcar, café, siempre procuraba mandar muchas cosas.

A pesar de que su hermana y su hermano estudiaron comercio y psicopedagogía respectivamente, Araceli sólo estudió hasta los quince años y no finalizó la educación secundaria.

Se casó muy joven, con 16 años, con un hombre, hijo de otra respetable aunque humilde familia canaria, mucho mayor que ella y que ya estaba residiendo en Venezuela. Su vida familiar refleja el ir y venir de parientes y amigos de una orilla a otra del Atlántico.

Yo después que me casé mi papá vivió como un año conmigo, se fue mi papá y después al año traje a mi mamá y traje a mi papá y estuvieron aquí unos años...ya él después que él estuvo esos años, se fue para Canarias ya no vino mas, vino pero a visitarnos a nosotros por un par de meses. En aquella oportunidad estaba mi hermana acá, mi hermana estuvo aquí viviendo mucho tiempo, unos 4 o 5 años. Vino por circunstancias de la vida y fue a casa, y las cosas no se le fueron cumpliendo y se fueron para allá con dos hijos, uno de allá y un venezolano.

Su llegada a Caracas en 1962, como esposa de un hombre enfermo, privada del afecto y de las comodidades que tenía en Canarias, fue una dura experiencia para Araceli. Su primera vivienda fue una habitación colindante con un pequeño bar que regentaban en una calle plagada de delincuentes y prostitutas en El Valle. A pesar de que quiso seguir estudiando en el liceo cercano a su casa, el marido no se lo permitió por causas de seguridad. Sus recuerdos de aquellos primeros años son de penuria económica, miedo y soledad al lado de un hombre de precaria salud.

Nada, yo me vine con una mano adelante y otra atrás, como dicen en Canarias. Yo vine acá, mi esposo cometió el gran error en su vida, sacar a una muchacha de un pueblo, de una casa cómoda, donde tenía todas sus comodidades, no eran lujos, pero tampoco le faltaba nada, y traerla a un Valle, a una calle, donde los ladrones, era la peor calle del Valle y a una habitación... incluso tenía un negocio, un bar en la parte de enfrente y en la parte de atrás una habitación y ahí yo vine a vivir.

El mundo se me venía encima, me parecía que era lo último cuando yo llegué acá y te voy a repetir, yo me identifiqué con éste país desde que llegué, y si no llega a ser que yo me

enamoro tanto de este país yo me hubiera ido inmediatamente para Canarias, pero es que me gustó Caracas, me gustó Venezuela inmediatamente.

No, no salía para nada, para yo poder salir de esa habitación, tenía..., en esos tiempos no había la seguridad de hoy, sino trancas de hierro detrás de la puerta porque los ladrones eran de terror y eso si fue muy traumatizante para una niña con 16 años, yo claro después le decía a mi esposo que yo quería seguir estudiando, tenía el liceo del Valle cerca de mi casa, pero siento que él también por mi seguridad, no me dejó.

A pesar de todo y con tan solo 16 años, se hizo cargo de tres niños del barrio a los que daba de comer y atendía durante el día. Uno de ellos, llamado *el alemán*, decían que era hijo de su marido, los otros, un negrito y un catire tenían 8 y 9 años respectivamente. Acostumbrada a la ordenada vida de Icod, el abandono en el que vivían los niños le resultaba doloroso. Cuando cumplió los 17 años, Araceli ya era madre de dos hijos.

En 1966 volvieron a Canarias por dos años y a su regreso a Venezuela pusieron un pequeño restaurante de cocina popular venezolana mediante un costoso préstamo. Como empresarios, se vieron obligados a adquirir la nacionalidad venezolana de la que se siente orgullosa.



Araceli Hernández de Alonso

Araceli combinaba la atención al esposo enfermo y a los hijos con el negocio familiar. Ella era la que estaba al frente del mismo y, por tanto, era la responsable económica del hogar y de los elevados gastos que generaba la enfermedad del esposo a pesar de que el seguro social les cubría la mitad de ellos. Gracias a su duro trabajo y a la venta de un pequeño solar que tenía en canarias, pudo comprar en 1983 un apartamento.

Después del fallecimiento de su marido en 1989 no pensó en volver a su tierra de origen. Mantiene estrechas relaciones con su madre, con su hermana y con algunas amigas de infancia. Se hablan por teléfono casi todas las semanas y ella las visita una vez al año.

A pesar de todas las vicisitudes, no cambia su vida de hoy por nada. A pesar de que no ha acumulado un capital, no le falta de nada y está satisfecha de lo que ha sido capaz de construir con sus esfuerzos. Su hijo es biólogo y la hija se graduó en administración de empresas. Sus nietos, que tienen doble y triple nacionalidad, se desarrollan en un ambiente donde se mezclan músicas y sabores canarios, venezolanos e italianos.

Ángeles Sala Arijá

No pudo ser artista...

Ángeles es nacida en Santoña (Cantabria) en 1919 aunque desde los seis meses vivió y hasta la guerra civil en Cataluña donde estaba destinado su padre que era militar. Hija de una familia acomodada se educó en los mejores colegios privados de Barcelona y posteriormente estudió comercio, si bien no llegó a finalizar el grado en estudios mercantiles. A pesar de que su gran afición han sido la música y el teatro, su padre le prohibió terminante cualquier actividad orientada a convertirse en lo que era el sueño de su vida, ser artista. Mujer de vocación artística frustrada como les ocurrió a su abuela y a su tía, a pesar de que su abuelo era empresario de teatro.

Resulta que el abuelo materno era justamente empresario de teatro, allí tenían opera, opereta, vaudeville, comedias, de todo, no. Y mi abuela dicen que era una cantante de primera, que cada uno que iba para allá cada empresario quería contratarla y el abuelo igual que mi papá decía no quiero una artista en la familia. Mi tía, una tía también lo mismo. Luego de ahí, supongo que a mi se me vino todo el amor al teatro, más que nada, no y más cuando a uno le prohíben que lo haga. Mi abuelo era empresario de teatro y ahí tenía toda clase de esos y entonces él no quería que mi abuela fuera actriz, o sea de zarzuela o de opera, no quería. Y mi papá, pasaba lo mismo conmigo, porque cuando mi mamá, le dijo al profesor de enfrente que me iba a meter a estudiar piano, le dijo: no, yo no quiero una artista en la familia.

Cuando estalló la Guerra Civil aquel mundo de comodidades, de profesores privados, de teatros y de infancia feliz, se vino abajo. Esta familia de leales a la República se vio obligada a huir a Francia, a donde llegaron como tantos otros exiliados, sin papeles y sin recursos. Al estallar la Guerra Mundial, Ángeles, su madre y su hermana se ven obligadas a trabajar primero en una fábrica de armamentos al servicio de los alemanes y posteriormente en el campo, en un aserradero y en una fábrica de corcho, en un duro itinerario laboral hasta que acabó la guerra. En 1948 la familia de Ángeles decide irse a vivir a México pero por alguna razón el barco no hace escala en este país.

Mi papá la intención de él, no era Venezuela, sino México, pero como no paramos..., bueno papá antes de salir de allá nos dijo: no creáis que vais a un país como esto, porque es un país muy atrasado, es un país pobre, de indios, un país joven donde seguramente pasareis las de Caín al principio, pero luego nos acostumbraremos todos. La gente parece que es buena. Resulta que él pensaba ir a México, pero no hizo la escala en México sino que vino para Venezuela, entonces ya nos quedamos aquí...

Allí empieza una nueva etapa para esta mujer de 28 años, que se coloca como traductora de francés. Para entonces, los efectos de las guerras y de la estancia en un campo de concentración generan en el padre de Ángeles un cuadro psicótico que hace

imposible la convivencia familiar. Retornado a España, morirá en Valencia sin haberse reconciliado con su esposa.

Asentados la madre y dos hermanos en Maracay, Ángeles trabajó en el Hospital Civil haciéndose cargo de los archivos de historias médicas para trasladarse posteriormente al Banco de Venezuela durante dos años, ocupándose de los giros. De ambas entidades tuvo que marcharse por ser extranjera.

En el Banco Venezuela estuve dos años y medio, en giros del interior, fui muy querida por todos, incluso hacía muchas horas extras, porque entonces había la cadena de dólares, no se si te acuerdas, me quedaba con el subgerente a trabajar hasta las 10 de la noche, con la cantidad que había con esa cadena, me elegían a mí a pesar de que era extranjera. O sea del hospital civil salí porque era extranjera, no podían tenerme, y de ahí salí a los dos años y medio por ser extranjera también entonces de ahí fui...

Después tuvo una breve y fracasada experiencia como empresaria: *Después que salí del banco Venezuela, mi hermano me puso una tienda de perfumes finos, franceses todos. Pero como uno cree, cuando uno es bueno, que es incapaz de hacer cualquier mamarrachada de esas, me decían ay mira que rico éste, mira mañana vengo y te lo pago, y yo inocentemente, bueno llévate lo, me quedaron debiendo una barbaridad, entonces yo le digo a mi hermano, mira estamos perdiendo, yo no quiero seguir en esto.*

Posteriormente estuvo once años como secretaria del departamento de ventas en Telares Maracay, una vez obtenida la nacionalidad venezolana. De encargada de una óptica pasó a trabajar en la compañía nacional de teléfonos CANTV. Después de una vida dedicada totalmente al trabajo, 55 años de vida laboral, sin apenas vacaciones y con horas extras, apenas le alcanza ahora para vivir con la pensión que recibe.

Cuando estaba en telares de Maracay, no cogí ni una vacación porque en las vacaciones venían también los auditores, pedían que estuviera yo con ellos. Ahí paso lo mismo, o sea yo no cogí vacaciones, trabajaba, claro me pagaban doble, incluso cuando me cogía unas pequeñas vacaciones me llamaba la contador de CANTV, Ángeles que estas haciendo, porque le decía yo, ah porque te necesitaba, bueno pues ya voy para allá un domingo, un sábado y me iba a trabajar para allá, o sea, la cajera principal me decía con quien quieres quedarte para los pagos de los obreros cada semana, con Ángeles. O sea que siendo yo no siendo nativa de aquí me preferían a otros.

Ángeles tuvo muchos pretendientes, pero ninguno pudo borrar el recuerdo de su primer novio, un pobre obrero francés, del que se enamoró locamente según nos cuenta. Una meningitis fulminante acabó con él.

Sus momentos de ocio los ha dedicado al teatro y al cine. Ha sido intérprete de muchos personales femeninos, principalmente de teatro griego, e incluso llegó a ser la actriz principal de algún cortometraje. El desasosiego que le produce la situación política venezolana le ha hecho retomar una práctica religiosa que tenía muy abandonada. Reza todos los días por la salvación de su país, Venezuela.

Álvaro Ventura Núñez

Perdió la nacionalidad en mitad del Atlántico

Álvaro Ventura nació en Oleiros, La Coruña, en 1942. Su padre trabajaba en una fábrica de muebles y mantenía al mismo tiempo un pequeño taller de carpintería y ebanistería. Su madre combinaba las tareas de casa con la costura hasta que falleció víctima de la tuberculosis en 1946. Padre e hijo se trasladaron a vivir a casa de la abuela. Gracias al trabajo de todos los miembros de la familia en fábricas y talleres y a los productos que obtenían de la huerta y de la crianza de algunos animales, pudieron sobrevivir sin excesivas penalidad en la dura posguerra española.

En 1948 el padre de Álvaro, siguiendo la tradición familiar –tiempo atrás su abuelo había emigrado a Cuba aunque la crisis del 29 le obligo a retornar– se marchó a Venezuela como carpintero. Pocos meses después, reclamó a los dos hermanos y a un primo. Álvaro quedó en Oleico con su abuela y una prima.

Yo me quedo con mi abuela, cuando se vinieron mis tíos mi abuela se quedó sola, entonces mi prima, la hija de mi tío el que se murió en la guerra se vino a hacerle compañía a mi abuela y a estar conmigo. Se puede decir que mi abuela y mi prima fueron las que me criaron. Yo allí viví con ellas hasta que me vine, hasta el año 58. Desde el 48 se vino mi padre, hasta aquí.

Mi padre al llegar a Venezuela, de lo que estábamos hablando antes si se volvió a casar, mi padre como a..., mi padre se casó como en el año 55, con una paisana. Se casó en el 55 pero la conoció en el 50. En el 50, en el 52 perdón, tenía yo 10 años. En el 52 él fue a España a visitarme y cuando se venía en el barco conoció a esta persona, y se casó después de años, porque se casó en el 55 o 56, la verdad no me acuerdo.

Era de allá, venía en el barco, se venía con un hermano que estaba aquí, ella venía también, ella era soltera, en el barco se conocieron, empezaron a verse aquí y se casaron.

Estudió primero en una escuela pública y posteriormente realizó bachillerato comercial en un centro privado de la Coruña. Al cumplir los 16 años, decidió, aun en contra de la voluntad paterna, reunirse con su padre y sus tíos en Caracas.

Bueno en realidad yo un día llegué a la casa...y le digo, mira abuela, yo no estoy estudiando bien, porque ya empezaba a salir y mi papá estaba en América, se supone que yo era el niño millonario del grupito dentro del entorno social, porque éramos de muy bajo, por decir muy bajo todo, entonces yo fui el que decidí, porque yo sentía que no estaba haciendo nada, yo necesito un padre que me esté chequeando porque mi abuela me consentía demasiado y mi prima también, y después mi prima se casó y estaba el esposo de mi prima, pero me consentía más que mi abuela y que mi prima. Todo el mundo me consentía y entonces yo decidí, le dije a mi padre. Mi padre no quería que yo me viniera, quería que terminara los estudios. Yo me quiero ir, y me vine.

Su abuela le pagó el pasaje y pudo permitirse hacer la travesía en un camarote de tan solo cuatro literas. La imagen imborrable que guarda de su llegada es la vista del pico del Ávila al amanecer y los plátanos fritos que comió con su padre y su madrastra en el puerto de La Guaira.

Llegamos a Candelaria, ahí vivíamos mi tía, que era viuda, vivía en la casa con nosotros, y mi papá y yo y mi madrastra. Ahí estuvimos en la esquina de Alcabala hasta que me casé. Bueno en ese apartamento estuvimos un tiempo y después nos fuimos a otro apartamento, porque ahí yo tenía que dormir en la sala porque no había habitación para mí, pero en el mismo edificio, al lado había otro que tenía una habitación y entonces nos pasamos para ese apartamento y ya teníamos cada uno su habitación.

Los primeros meses de estancia en el país sin sus amigos y sin su equipo de fútbol fueron muy duros a pesar de vivir rodeado de familiares.

Le sorprendían las comidas y las costumbres, y muy especialmente la existencia de debates políticos, de partidos y de elecciones. Álvaro había llegado a Venezuela en el periodo electoral después de la caída del dictador Pérez Jiménez. El contraste con la España franquista era manifiesto. De familia republicana, su abuela no le había permitido que hablase de política e incluso le había prohibido ir a los campamentos falangistas que se organizaban en los colegios públicos.

Su proyecto de comenzar a trabajar como ayudante de carpintería, se vio truncado por el deseo del su padre de que continuase los estudios.

Cuando llegué, yo quería que mi papá me enseñara ebanistería, yo quería trabajar con él. Me dice: “no, tú no vas a trabajar, tú vas a estudiar, es más tú debiste quedarte a estudiar allá en Europa, así que tú vas a estudiar”. Entonces me metí en una academia comercial, que se llama Academia Comercial Puerto Rico, a estudiar contabilidad, administración, todo eso. Una academia que no tenía la fama de J. R. Espada, que era una de las mejores, después estudié en J. R. Espada. Allí me gradúe de contador de costos y auditoría y después estudié en Espada también contaduría y después hice varios cursos: impuesto sobre la renta, auditorías todo eso.

Su primer trabajo fue en Revlon y posteriormente realizó trabajos administrativos y de gestión en otras firmas como Pond's, Yukerí, o Cisneros.

Se enamoró de una paisana gallega y después de un corto noviazgo –seis meses– se casaron en 1967. A pesar de tener doble nacionalidad y de sentirse integrados, han educado a sus tres hijos según las costumbre venezolanas, con la idea de que nunca se sientan inmigrantes en su propio país. Álvaro y su esposa sienten que perdieron la nacionalidad en medio del Atlántico y que en el fondo de su corazón ya no son ni de aquí ni de allí.

Ambos han aportado al país que les acogió una vida de trabajo y honestidad y tres hijos profesionales con una sólida formación adquirida en Estados Unidos, Japón y Gran Bretaña. A pesar de haber viajado por el mundo, y siguiendo los consejos de su padre, no quieren ser emigrantes.

Con la familia siempre hay una relación de cartas de vez en cuando y tal, pero yo, la verdad después de estar aquí en Venezuela, la primera vez que regresé a España, fue siete años después. Yo iba con mis padres, o sea con mi papá y mi madrastra, mi madrastra tenía una hermana en Nueva York que no conocía y quería conocerla, entonces estuvimos en Puerto Rico, porque allá también había familia y fuimos a Nueva York y de Nueva York a España. Yo en aquella época ya era gerente contador general en el año 65, fui a la feria de Nueva York por cierto, yo aquí a los amigos míos les digo yo me he dado el lujo de estar en el Yankee Stadium, y soy más aficionado al fútbol que al béisbol y he estado en el Yankee Stadium y vi a Mickey Martin y todas esas cosas que ustedes a lo mejor no lo vieron.

En las visitas a España que Álvaro ha realizado en los últimos años se ha sentido rechazado como venezolano. Un rechazo que interpreta como fruto del olvido del hambre de la posguerra y de las manos abiertas que nos tendieron los que hoy son despectivamente llamados “sudacas”.

Andrés Conde Ríos

Nunca se sintió inmigrante ni extraño en esta tierra

Andrés Conde viene al mundo en un pueblito de la provincia de Cádiz en 1940. A pesar de pertenecer a una familia que había vivido sin privaciones –su padre se dedicaba a la compraventa de casas y carros– la guerra les dejó en una situación económica muy precaria. A pesar de ello, pudo finalizar el bachillerato en el colegio de los salesianos.

Uno de los hermanos mayores emigró en 1955 a Venezuela y tres años después reclamó a Andrés, el menor de la familia. Tan solo dos días después de su llegada, empezó a trabajar con un andaluz, amigo de su hermano, en una empresa que importaba perfumes. De ahí pasó a trabajar con un tío dueño de una recauchutadora y combinó esta actividad laboral con algunos estudios que completasen su formación.

Un amigo de mi hermano que era vendedor de una casa que quedaba en San Bernardino, una empresa que era importadora de perfumes franceses, en esa época todo era importado aquí. Ese señor era español, era paisano andaluz y precisamente el me consiguió ese trabajo en esa empresa, y yo trabajaba en el almacén recibiendo los pedidos y todo eso, estuve tres meses pero después mi tío justamente tenía una reencauchadora en San Agustín, era el dueño y entonces me llevó allí a trabajar en la oficina facturando.

Su primer sueldo fueron 300 bolívares al mes, de los cuales él entregaba en casa 250 y el resto los utilizaba para ir al cine y con los amigos. Posteriormente cambió varias veces de trabajo. El segundo año de estancia solicitó la visa de residente y años después tramitó la nacionalidad ya que el gobierno solo permitía un cupo del 25% de trabajadores extranjeros en las empresas.

Siendo encargado de una tienda de telas, los dueños le concedieron un préstamo que junto con la ayuda del gobierno español, le permitió pagar el pasaje de sus padres y sus dos hermanos y reunir de nuevo a toda la familia en 1964.

(...) Me fui a vivir a casa de una familia que alquilaba habitaciones, en la avenida Urdaneta, y me consigo un trabajo, ese señor me dijo que me podía encargar de una tienda que se llamaba Raymar, famosa de telas, es muy famosa, la única que queda ahorita es la de Chacaíto. En el Centro Comercial Chacaíto hay una, pero había varias una en Sabana Grande, una en la Urdaneta y una en la Gran Avenida. Entonces los dueños, que eran dos primos me querían muchísimo. Me apreciaban muchísimo, me tenían mucha confianza, entonces yo empecé a ahorrar yo hablé con ellos y les dije que yo quería traer a la familia. Me hicieron un préstamo, con lo que yo ahorré, el préstamo me lo hicieron para descontármelo poco a poco. En aquella época existía... una organización española de gobierno que ayudaba a reunir a las familias y de hecho corrían con el 50% del pasaje en barco... Entonces yo con lo que yo reunía más el préstamo que me hicieron más el 50 % yo me traje a mi papá, a mi mamá y a mis dos hermanos.

A pesar de frecuentar ambientes gallegos y canarios y de ser socio de la Hermandad Gallega, Andrés no se sintió nunca inmigrante ni extraño en esta tierra. Después de un breve noviazgo contrajo matrimonio con Carmen –gallega de origen– y gracias al trabajo de ambos fueron pagando un apartamento y un coche.



Andrés Conde en su casa

Si, ella siguió trabajando, yo le dije que si quería no siguiera trabajando, porque yo de la tienda de Raymar, me conseguieron un trabajo en la Singer, y me pagaban muy bien. Yo me case, justamente entrando en esta empresa y en la Singer me regalaron una semana de permiso, nos fuimos de vacaciones a Margarita, de luna de miel. Y los dueños vinieron a mi boda. A pesar que ya yo no trabajaba allí. La boda la hicimos en la Casa de Italia y los dueños vinieron con la familia y todo, me tienen mucho aprecio. No me podían pagar lo que me pagaban en el otro lado porque era casi el doble de lo que yo ganaba ahí.

Ya después me independicé, me puse a trabajar por mi cuenta, monté mi empresa.

Fruto del ahorro y del sacrificio pudo montar una empresa de representación de herramientas que poco a poco se transformó en un negocio de mayor envergadura dedicado a maquinaria eléctrica.

O sea que fue un progreso gracias a Dios, muy bonito y muy bueno. Y gracias a Dios Venezuela me dio la oportunidad de este progreso y este bienestar y porque gracias a que yo monté mi empresa, con sacrificio, con mis ahorritos, monté una representación de herramientas. Ya yo tenía una instrucción en herramientas, yo importé en España herramientas... Mayormente metalmecánica, lo que es para tornos, prensas, taladros, rectificadoras, todo eso, pero después me diversifiqué más a niveles industriales de todo tipo.

La crisis económica de Venezuela le ha obligado en los últimos años a cerrar este negocio y probar fortuna en el campo de la alimentación.

Sus tres hijos tienen estudios superiores y uno de ellos, con gran esfuerzo económico, todavía va a la universidad en España. Andrés ha recuperado su pasaporte español pero se siente parte de Venezuela, el país que le dio a toda su familia la oportunidad de progresar. Una vez enterrados sus padres, las costumbres españolas han ido desapareciendo de su casa. Ahora el gazpacho andaluz, los polvorones, los dulces de Navidad pero confiesa que le encanta la comida criolla.

retornados

Eduardo Murias

Cuando salí de Lima, dejé enterrados mis corazones

Eduardo Murias nació en Perú en 1934, poco después de la llegada de sus padres a este país. La delicada situación de España en esos momentos y las prometedoras expectativas de Perú les animaron a probar fortuna en ese país.

... El año 33, cuando la situación en España se descomponía, porque ya se deslumbraba un malestar social muy grande, y estalló la guerra en el 36 me parece. El (su padre) previniendo esto que iba a venir decidió emigrar a América. Yo nací el 34, justo llegando no más. Podría ser a otro lugar pero yo desconozco los motivos, pero se habla de que en aquel entonces el Perú tenía un auge muy grande, tenía un futuro prometedor, seguramente eso lo entusiasmó a mi padre, para cargar con todos y irnos.

Tras su llegada compraron unos terrenos y comenzaron a plantar eucaliptos, con la idea de transformarlos en madera para las compañías mineras que operaban en aquel país. Una vez vendidos los árboles el padre de Eduardo diversificó sus inversiones y la economía familiar comenzó a florecer.

Él se dedicaba a la agricultura porque ya desde Andalucía se dedicaba a eso. Entonces en ese lugar compró unos terrenos y sembró unos árboles que se llaman eucaliptos (...) Es una madera muy fuerte y el con un poco de visión futurista, pensó que eso árboles en unos 15 o mas años se iban a convertir en una pequeña fortuna, porque el auge minero estaba por aquel entonces y esos árboles, esa madera, se utilizan mucho en las minas. No se utiliza para hacer muebles, es una madera fuerte, solamente para formar las estructuras en los túneles mineros, y de hecho vendió los 20.000 árboles, y se los vendió toditos a las compañías mineras, y ya se estableció en el Perú.

Durante los primeros años estuvieron viviendo en Huancayo, lejos de la capital y de cualquier tipo de centro social español. Más tarde, cuando los hijos eran ya mayores, se establecieron en Lima, donde, entonces sí, comenzaron a frecuentar estos centros y a celebrar las fiestas españolas.

Cuando nació Eduardo su padre no pudo inscribirle en el consulado, al encontrarse muy lejos de la capital peruana. Esta circunstancia le trajo algunos problemas. El más importante ha sido la obtención de su nacionalidad española, que no consiguió hasta 1995. Eduardo Murias tuvo otros nueve hermanos, todos ellos nacidos en Perú, aunque algunos, al hacerse mayores, intentaron abrirse camino en otros países americanos, como

Cuba y Argentina y fueron perdiendo paulatinamente el contacto con la familia.

Mi hermano Luis se fue a la Argentina, posteriormente a la salida de mis padres, y otro hermano de él, mi tío, que se llama Pedro se fue a Cuba, y estuvo allí muchos años, se perdió todo contacto con él, lo mismo con el que se fue a Argentina no hemos tenido contacto, pero yo entiendo que ha tenido descendencia, me enteré que el otro hermano que salió y fue a Cuba y fundó una empresa de cigarrillos, eran los cigarrillos Murias. Eso sí me acuerdo porque lo comentaban en la casa, pero mayormente no se tenía ningún contacto, todo se fue perdiendo. Ahora se supone que ellos deben haber muerto, pero han dejado sus descendencias.

Eduardo comenzó a trabajar en el sector textil con un objetivo muy claro: formar un hogar y comprar una casa. Lo consiguió, aunque con grandes esfuerzos. Se casó y tuvo cuatro hijos. Tras fallecer su mujer y su hija con seis meses de diferencia, en 2004 decidió volver a España, a la que siente como “su patria”, a pesar de no haber nacido en ella. El resto de sus hijos no compartió su decisión. Eduardo, simplemente se siente sólo y desubicado después de aquello. Según sus propias palabras, *uno está preparado para perder a sus padres, porque son ancianos, pero no a una hija de 29 años...*

Eduardo Murias



Su visión sobre el actual Perú es muy pesimista, sobre todo por el deterioro económico, político y social de estos últimos años. Actualmente vive, temporalmente, en una residencia de Madrid, aunque está a la espera de que le sea concedida una plaza en otra residencia en Jerez de la Frontera, lugar de nacimiento de sus padres. El país que ha encontrado al llegar a España responde a lo que se había imaginado antes de llegar y valora positivamente la acción del Estado con los retornados.

... Sí, tenía una pensión mínima, una propina que le dan a los jubilados para que no estén sin nada, una pensión muy magra, muy escasa, muy chiquitita, pero con eso no se puede vivir allá. Yo contaba con la ayuda de mis hijos, porque esa sola pensión no es suficiente para vivir. Bueno acá todavía hay una esperanza de que a uno le den una pensión, creo no es tampoco una cosa muy importante, pero para las necesidades básicas, es suficiente que es la alimentación, la vivienda, y si eso fuera poco le lavaban la ropa, que mas se puede pedir, y encima un incentivo económico, a mi me parece un esfuerzo enorme del gobierno español, y son miles, porque si sacamos la cuenta de personas como yo debe haber centenares, que vienen no solo de Perú, vienen de toda América, de Argentina, de Venezuela. Es todo un contingente de personas mayores, no se, a mi me parece que a eso es un gasto muy grande al gobierno. Pero nosotros hemos de alguna forma cuando emigramos a América, bien hemos ayudado a España en alguna forma, esto es una compensación de lo que hicieron los emigrantes por España.

Según sus propias palabras, en ocasiones se siente como el viejo elefante que va tomando el rumbo hacia un descanso final.

Carlos Sallé Ortiz

El hombre que vendía el tiempo encerrado en un reloj

Carlos Sallé Ortiz de Zárate nació en Madrid en 1924. Su padre, catedrático de Filosofía y Letras, era parisino y su madre, de Vitoria. El vivió en Francia hasta los cinco años, cuando sus padres se trasladaron a España y fijaron su residencia en Pasajes, cerca de San Sebastián. Tras la muerte de su padre, Carlos y su hermana se quedaron con su abuela y su madre se reincorporó a la carrera de medicina, que había interrumpido al casarse.

... Mi madre había estado estudiando medicina, hasta que se casó. Entonces mi padre no le permitió seguir estudiando, decía que con lo que él ganaba, ella se preocupara de la familia, que no lo necesitaba. Entonces tuvo ese problema mi madre, que cuando desapareció mi padre, no tenía ninguna carrera hecha. Y entonces tuvo que terminarla. Y para terminarla mi hermana y yo tuvimos que ir a vivir con mi abuela. Mi madre mientras fue a Santiago de Compostela a terminar la carrera de medicina.

Creció en un ambiente educado donde comenzó a familiarizarse con las lecturas de Pío Baroja, Unamuno y Ortega. Estuvo también asociado al “Club Deportivo Fortuna” de San Sebastián, practicó el montañismo y el balonmano. Vivió en Pasajes la proclamación de la República en el seno de una familia vinculada a la derecha monárquica. Llegó la guerra y luego la posguerra, que sin embargo, por suerte para ellos, no afectaron especialmente a su familia. Conoció a Angelines. Ella trabajaba en la Dirección General de Seguridad y se enamoraron. Fue por entonces cuando comenzó a rondarle la idea de emigrar, influido por un amigo de su hermana.

Yo me fui a Panamá por este muchacho que vino a San Sebastián que conocía a mi hermana, y lo conocí yo le dije mi pretensión y me ayudó mucho para que yo arreglara mis papeles para que fuera. Sobre esto ha escrito un libro mi hija. Ahí viene el porqué fui yo a Panamá. (...) Uno se daba cuenta ya de que todos los que emigraban mejoraban económicamente. En esa época o ibas a América o a Alemania. Entonces en Alemania cuando tenías una vaca, podías tener dos o tres cuando volvías, pero si ibas a América, al volver podías tener una finca entera.

Llegó a Panamá el año 1953. Desembarcó en Colón y de allí se trasladó a David, cerca de Costa Rica. Comenzó a trabajar como representante de joyería al por mayor.

... Entonces salió un mayorista judío y me colocó para representar a su tienda en David, o sea que venta al por mayor de joyería. Ese fue el primer trabajo que tuve. Hombre, yo no sabía lo que era un reloj ni una joya, pero bueno, empezamos, y ahí ya me di cuenta de cómo eran los negocios, y eso me sirvió de escuela, para poner algo que me podía a mí favorecer, entonces ya no solo era vender joyería sino muebles, máquinas de escribir, de coser, todas las cosas, como vendedor, porque tener un tienda allí era vender a crédito, a plazos, y claro, la forma de vender era tener gente que fuera a las casas, porque la gente no te venía a la tienda a comprar.

Este primer trabajo le sirvió de escuela para constatar como funcionaban los negocios en aquel país. Poco después invirtió el dinero en fincas para producir café y leche y puso su propia empresa. Por entonces casi todas las joyerías y tiendas de muebles estaban regentadas por españoles.

Se casó con Angelines por poderes en el año 1955, aunque ella no llegó a Panamá hasta nueve meses después. Comenzaron a vivir en una casa muy modesta y tuvieron cinco hijos a los que han proporcionado estudios universitarios en España. Carlos se incorporó activamente a la sociedad panameña. Organizó el Centro Español de David, que ha tenido una vida social muy intensa. Fue gerente de Iberia en David y tuvo unas estrechas relaciones con la Embajada española, la Cruz Roja y el Club de Leones.

Por entonces había centro español en Panamá, en David no había, entonces comencé a hablar con los españoles que había allá, y consideraron que estaba bien la idea, entonces escribí al Instituto de Inmigración de España y conseguí unos préstamos, que con eso pude hacer el edificio. También estaban las razones económicas, por la unión que supone, además en muchas cosas, por ejemplo al por mayor. En las ventas al por mayor estábamos en manos de los judíos, había que ver cómo dependíamos de los judíos en eso, y que hubiera un centro español nos uniera, y además, era tremendo, porque teníamos fiestas, primeras comuniones, bodas y tener un centro español suponía una licencia muy grande para los españoles.

Carlos ha sido muy crítico con algunos de los gobiernos panameños, especialmente con los de Torrijos y Noriega. Obtuvo la nacionalidad panameña, sobre todo por cuestiones relacionadas con sus negocios, como la tenencia de una patente. Aunque se adaptó perfectamente a la sociedad panameña le siguieron extrañando algunas costumbres y situaciones sociales, como la existencia normalizada de hijos naturales o de relaciones extramatrimoniales más o menos consentidas socialmente.

Siempre mantuvo las relaciones con España. Compraron un piso en Madrid y otro en Benicásim y conservaron la casa de su madre en San Sebastián. Volvió a España la primera vez al cabo de once años. El regreso de sus hijos –tan sólo una hija se ha quedado a vivir en Panamá–, incidió directamente en su decisión de volver a su país natal. A pesar de ello sigue muy vinculado a este país americano donde ha pasado una gran parte de su vida.



Ángela María Alonso Ruiz de Olano

La española que se casó por poderes

Ángela María Alonso Ruiz de Olano, *Angelines*, nació en San Sebastián en 1928. Es la mayor de dos hermanas. Su madre, natural de Vitoria, era modista, y su padre, policía secreto. Al estallar la Guerra Civil, y ante la posibilidad de que se pasase a las tropas insurgentes fue amenazado, tanto él como su familia. Angelines vivió la Guerra en San Sebastián y Valladolid y tiene grabados los recuerdos de los bombardeos en ambas ciudades. Después de terminar la contienda se trasladaron a la capital de España donde conoció la dureza de la posguerra. Estudio en los Institutos Isabel la Católica y Lope de Vega de Madrid. Comenzó a trabajar en la D.G.S. (Dirección General de Seguridad). Fue destinada a San Sebastián. Después de unos meses volvió nuevamente a Madrid, donde empezó a estudiar Enfermería y Magisterio mientras trabajaba.

Conoció a Carlos, su futuro marido, en una visita a un campamento del Frente de Juventudes en Orío (Guipúzcoa). Él emigró a Panamá animado por las buenas perspectivas que ofrecía ese país en aquellos momentos. Se casaron por poderes en 1955.

... Yo fui a la iglesia con el párroco que era muy conocido y muy gracioso, y le llevé todas las cosas y ya fui con mi madre a comprar la tela a Tánquer (...) Mi madre me hizo el vestido, me casé el 19 de enero, el “novio” llegó tarde por culpa de mi suegra, porque era tal madre para tal hijo. Cuando fuimos a subir la cuesta de San Lorenzo no estaba el coche del novio, y entonces le dije vamos a dar una vuelta por aquí, no subimos para no quedarnos solas, así que bueno una boda normal, solo que al final no sé si me casé con mi cuñado o con mi marido, porque el cura se hizo tal lío que dijo Luís Cordero en representación de Carlos Sallé, o sea empezó a hacerse un lío con los dos nombres que al final no sé con quién me casé, y al final salimos, me acuerdo que había cantidad de fotografías porque debía ser la primera boda allí por poderes, por eso tengo infinidad de fotos.

Tardó casi nueve meses en poder reunirse con su marido. Su primera impresión del país y del que sería su hogar no pudo ser más negativa, ya que no reunía las mínimas condiciones que ella esperaba. Para una joven que vivía en una gran ciudad como Madrid, acostumbrada al bullicio de la capital, aquella casa en David, una localidad de 20.000 habitantes, supuso todo un choque.

Y ya llegamos a un sitio, yo estaba aterrada, y va a echar gasolina y le dice a un muchacho que le traiga 2 dólares de gasolina, nos dice donde es, vamos al sitio, le echan la gasolina, nos vamos, llegamos a la estación siguiente, resulta que se habían quedado con la tapa de la gasolina, tardamos todo un día. Ya llegamos a un sitio que se llama Remedios, salimos de allí, y era todo lodo, en septiembre, el se bajaba a poner piedras en las ruedas para poder seguir y yo tapaba con piedras el volante, barro por todos los sitios.

Angelina Alonso Ruiz de Olano



Angelines tuvo que adaptarse a la nueva situación, a la falta de infraestructuras, incluidas las sanitarias, como pudo comprobar en el parto de su primera hija. Pero también tuvo que acostumbrarse a otras cosas, como las fieras o los insectos, especialmente las serpientes, las hormigas o las cucarachas voladoras que todo lo invadían. Más tarde se mudaron a un piso y la situación comenzó a cambiar. La llegada de los hijos contribuyó también a su rápida aclimatación.

Angelines recuerda los momentos más emotivos. La celebración de las navidades, y especialmente de la Nochevieja en el club David, que reunía a todos los españoles de los alrededores, emocionados con las primeras notas de *Suspiros de España*. Llevaron a tierras panameñas otras tradiciones ligadas a esta celebración, como la cabalgata de reyes y el reparto de juguetes entre los niños, una costumbre que se perdió cuando retornaron. Los españoles de David, especialmente los gallegos, desplegaron algunas curiosas estrategias que se convirtieron en verdaderas tradiciones, como la piedra de afilador que era prestada a los recién llegados para facilitar los primeros ingresos económicos y que debía ser entregada a los siguientes inmigrantes llegados a David.

Al igual que a su marido le sorprendió la relajada moralidad de los panameños. Y, sobre todo, el consentimiento de las amantes, algo que chocaba frontalmente con su educación y costumbres.

(Eso chocaba) muchísimo, que llegase por ejemplo una señora y te dijese, “¿sabes que se ha muerto fulanito?. Pues si, voy a darle el pésame a su señora y a la fulanita. ¿Pero cómo es posible que a una persona que tú conoces, vayas a darle el pésame a la señora y luego a la querida?”. Me parecían unas cosas tan increíbles. Mi madre, la primera vez que fue, cuando vino contó muchas cosas de esas, y las siguientes veces que vino dijo que no contaba nada más porque la gente no se iba a creer todo eso.

Regresó a España en varias ocasiones, la primera en 1966, cuando en un accidentado viaje en barco estuvo a punto de perder a uno de sus hijos, prácticamente deshidratado. Más tarde enviaron a sus hijos a estudiar a España donde cursaron carreras universitarias. A diferencia de su marido, que obtuvo la nacionalidad panameña para desarrollar sus negocios, ella tiene una cédula extranjera pero no se ha nacionalizado.

A pesar de que se adaptó a la sociedad panameña siempre tuvo la añoranza de regresar a España, algo que terminó haciendo con su marido al cabo de los años, una vez que los hijos regresaron a este país y se casaron con parejas españolas. Pese a todo, ha seguido la actualidad de Panamá durante los últimos tiempos, especialmente durante la crisis entre Noriega y los Estados Unidos, y viaja todos los años a ese país donde reside una de sus hijas.

Angelinas y Carlos



Ángela Escribano Romeda

Volver con la frente marchita

Ángela Escribano Romeda nació en 1917 en Cuenca. Su madre fue cocinera. Su padre nunca la reconoció legalmente, una circunstancia que ha marcado su vida, sobre todo, durante su infancia en una pequeña localidad del interior de España.

...Yo me acuerdo que cuando era chiquitita, mi abuela tenía un carácter... y los niños nos damos cuenta de cosas, me entiendes, y un día le digo yo a mi padre sentada así, porque yo en mi casa no le he visto quedarse jamás a mi padre, jamás, pero venía a vernos, y el caso es que le digo: "oye, ¿qué va a ser de nosotros?, ¿vamos a ir a pedir limosna? Y me dice: "antes me quedaré sin ojos yo a que tú te quedes sin comer". Eso no sé me ha quitado nunca de la cabeza, pero a los 16 años, sin más ni más, una amiga me dice que fuera con ella a comprar un jabón, un asperón, unas pastillas que había para lavar los muebles de la cocina y todo eso, cuando entramos en la puerta había un cochecito con un niño y una señora, entro a dentro y a quien veo, a mi padre, a los 16 años, como que no podía hablar, me dijo que como estaba y no le pude ni contestar, y la otra Amparo se llamaba, que vivía en la calle Goya, y me dice que mira que niño, porque yo tenía un hermano mas que era de el de mi padre

A los ocho años se fue con su madre a vivir a Madrid en busca de trabajo y nuevas oportunidades. En la capital creció, conoció a un chico, Antonio Brito Martínez, se enamoró y se casó con él. La Guerra Civil les afectó profundamente. Ángela y su marido tuvieron que exiliarse en Francia. Allí fueron encerrados en un campo de concentración y les sorprendió el estallido de la II Guerra Mundial. Ante el temor a ser enviados a Alemania huyeron hacia el monte y estuvieron escondidos hasta que terminó la guerra. Durante esos años pasaron momentos muy difíciles. Ángela estuvo fregando escaleras para completar la delicada economía familiar. Entonces fue cuando unos compatriotas de origen valenciano les animaron a emigrar a Bolivia. Embarcaron en el puerto de Marsella en el buque *Cantana*. Hicieron escala en Río de Janeiro y en Montevideo, donde escuchó, después de tantos años, hablar su misma lengua y según sus propias palabras "lloró como una magdalena de emoción".

Bueno, pues llegamos allí, a lo de los negros que me acuerdo que iba una joven con un negro y su niño ya negrito un poco menos negrito no, y yo pero ¿por qué te casas con un negro? Le digo yo la francesa, y me dice, porque es muy buena persona. Y yo digo no tengo nada contra los negros y los blancos, pero es que no sé si yo me acostumbraría, y ver un cosa tan negra entrando en la sala tan blanca. Se reía, bueno, de allí, lo primero que pisamos después fue Brasil, Brasil estuvimos una horas en, como se llama?

Recalaron en Buenos Aires y allí oyó por primera vez el término "gallega". De la capital argentina se trasladaron ya a Bolivia en tren. Los comienzos en La Paz fueron duros.

Compartieron vivienda con los amigos que le habían atraído a este país, y percibieron claramente rechazo de los bolivianos, para quienes los españoles eran unos ladrones, los hijos de los conquistadores. Consiguieron por fin una casita y su situación comenzó a mejorar un poco. Tuvieron dos hijos, un niño, que nació en 1956 y una niña que llegó en 1959. Ambos tienen doble nacionalidad.

Su experiencia en Bolivia no ha sido muy positiva, entre el rechazo que ha percibido y las malas condiciones de vida.

Una vez en la cola del pan, porque allí son revoluciones a cada rato, cartuchos de dinamita por las calles, uno no puede caminar, a mi me han tirado al suelo un montón de veces para quitarme lo que sea, mira yo se lo daba porque si me jalaban era peor, yo ya no quería llevar nada, y ese día vamos a por el pan y las mujeres que nos conocían nos dejaban pasar, y las mujeres se ponen a gritar, y pilar les dijo que si no hubieran venido los españoles Ustedes todavía andarían con plumas... y yo decía que no fuera así que un día nos iban a pegar una paliza, que no fuera así, era terrible, pero cualquier ayuda que llega de España si la quieren, porque llega mucha, mira en los países de al lado les llaman los mendigos sentados en una silla de oro, y es verdad porque sus suelo tiene de todo pero hay que trabajar y eso no quieren, ahora cuando una finca es floreciente y tiene de todo se la quitan al que la tiene, son gente terrible.

Ángela Escribano



La muerte de su marido y la grave situación económica de aquel país le animaron a retornar a España. Tuvo algunos problemas, sobre todo, cuando preparó la documentación para su retorno, al no estar reconocida legalmente por su padre. Los trámites del viaje fueron llevados por la embajada española.

Cuando llegué a Madrid, pues yo salgo por la puerta y una azafata me para y me dice: “Ángela” yo no veía ninguna señal ni nada, digo, “¿de qué me conoces tú?” Y yo lo sé todo, “pero que lista eres, debes ser Madrileña”, le dije, “pues sí lo soy”, lo digo con razón, “sí soy Ángela”. Entonces ya me bajó y me hizo los papeles, y me recogieron, un chico de aquí y una comadre que viene de Aragón, que ha vivido en Bolivia muchos años que es cuñada de la que te digo que juntas vamos a comprar pan y todo, y estaba ella también, así que ellos dos me recogieron y me trajeron, porque además me habían robado la plata, que no traía mucha pero me la habían robado, y yo me dije, “si no hay nadie esperándome ¿qué hago?”.

Hoy en día vive temporalmente en una residencia. Según sus propias palabras solo quiere morir en paz en el país que la vio nacer.

María del Carmen Vegas Patiño

De A Coruña a Caracas voy dejando el corazón en cada orilla

María del Carmen Vegas Patiño nació en A Coruña en 1932. Tuvo dos hermanos, una chica y un chico. Su madre se dedicaba al cuidado de la casa familiar y su padre al negocio comercial en aquella capital gallega. Este último falleció cuando ella tenía 11 años, lo que le obligó a abandonar sus estudios primarios y comenzar a trabajar en una droguería. Aún así, trató de simultanear durante un tipo ambas actividades, estudiando por las noches. Sin embargo, el interminable horario del comercio hizo que abandonase definitivamente los libros. Conoció al que luego sería su marido en el trabajo. Estuvieron dos años de novios, pero las escasas perspectivas económicas hicieron que fueran madurando su idea de emigrar a América. Ella trabajaba entonces cerca del puerto, donde llegaban los ecos del éxito alcanzado por otros emigrantes en algunos países, entre ellos, Venezuela.

Porque Venezuela, pues honestamente, porque estaba abierta a la emigración en aquellos momentos, pero también teníamos conocidos colombianos que le decían a mi marido que fuera para Colombia, pero yo decidí ir a Venezuela, no se por qué, por estas cosas, porque a lo mejor yo trabajaba cerca del puerto, los cantones, era la colonia, se llamaba los Cantones, un sitio precioso, y yo veía como la gente se iba en aquella época en barco, así cantidad de gente, y tenía una idea de algunas amigas que se habían ido, ligeros conocimientos y sobre todo era tropical, me gustaba el calor, lo pasaba muy mal los inviernos en Galicia, y la idea de trópico, de todo esto mas que nada, fui yo la que mas llamé

Su novio inició la aventura unos meses antes que ella. Se casaron por poderes el 3 de enero de 1958, una circunstancia que ella recuerda con tristeza por la soledad que sintió una vez terminada la ceremonia.

El esposo de mi hermana que murió hace unos 6,7 años, murió, y yo me vestí de blanco y mi compañera de cuarto me acaba de hacer la pregunta como te sentiste, porque no habíamos hablado de esto, como te sentiste después de la ceremonia y le digo, pues soledad, porque fuimos a la iglesia todo el mundo, con su sombrero, con todo arreglado, todo, no, y yo me he vestido de blanco bien, lindo, y mi cuñado que era una persona increíble, entonces fue normal, una ceremonia normal, y todo eso, estuvimos un brindis en la Sacristía, que me fui para mi casa y allí se dónde ella me preguntó como me sentiste, y yo? Pues sola, sentí soledad pero parece que hay una determinante en mi vida que la marca la soledad, pero la supero muy bien, gracias a Dios.

Poco después, María del Carmen siguió los pasos de su marido y se embarcó en un barco inglés con la esperanza de ahorrar y poder formar una familia. Llegó a Venezuela el 3 de marzo de 1958, después de hacer escala en Cuba y Jamaica. Nueve meses más tarde nació su hijo. Comenzaron a vivir en una habitación que les alquiló una pareja de gallegos con los que hicieron una gran amistad. Posteriormente han vivido en más de una veintena

de apartamentos. Ella volvió al poco tiempo a Galicia para que su familia conociera a su hijo. Regresaron a España nuevamente en 1968, esta vez por motivos económicos. El trabajo de su marido les obligó a desplazarse a Canarias y a Alcalá de Henares. A mediados de los años setenta volvieron a Venezuela.



María del Carmen Vegas

Durante su matrimonio trabajó vendiendo en casa prendas y ropa procedente de una fábrica de unos amigos, lo que le proporcionaba unos ingresos extras para completar la economía familiar. Se separó de su marido después de 22 años de convivencia y volvió a trabajar fuera de casa, esta vez en unas galerías de regalos. Su hijo, que habían mandado a estudiar a Santiago de Compostela, abandonó temporalmente la carrera, volvió para ayudar a su madre y se colocó en un banco. Con 58 años María del Carmen pensó en buscar una socia y poner su propio negocio, pero al final no se dieron las circunstancias necesarias para ello.

Yo durante, estuve 22 años casada no trabajé fuera de casa, pero sí teníamos unos amigos que tenía una fabrica de ropa íntima y yo en mi casa se vendía a amigas y todo eso, sacaba por lo menos para mi ropa íntima, si o sacaba mucho, pero bueno, algo, siempre tuve como una actividad de comercio y después, cuando mi marido se fue, allí si que tuve que da una perfecta ama de casa, que me llamaba, tuve que ir a trabajar fuera de casa, y claro, la casa se afectó muchísimo y mi hijo se afectó muchísimo, porque de esta manera perdió a su papa y perdió la mama que era ama de casa, que hacía mimito y todo eso, bueno, y eso fue, y él estaba en aquella época, estaba estudiando en Santiago, entonces tuvo que ir se, porque se le estropeó la carrera en el sentido que no podíamos mandar plata, entonces tuvo que ir allá, Venezuela.

En los últimos años, a raíz del deterioro de la situación económica y social de Venezuela, decidió regresar a España. Según sus propias palabras *no quería ser una carga para su hijo*. A pesar de ello, María del Carmen siempre se ha sentido muy unida con aquel país, al que ya considera suyo. Comenzó a asesorarse legalmente sobre su situación y las condiciones de su pensión y empezó a tramitar su regreso con la embajada española. Actualmente está viviendo en una residencia en Madrid de forma temporal hasta que le concedan una plaza en su tierra natal, A Coruña.

Bernabea Zornoza González

La maestra que aprendió... "la mitad del mundo"

Bernabea Zornoza González nació en Puertollano, (Ciudad Real) en 1927. Su padre empezó trabajando como minero en aquella localidad. Más tarde, ya en Madrid, se dedicó a la construcción y durante la II República estuvo empleado en el Ministerio de la Guerra. La madre, por su parte, se dedicaba a las labores domésticas. Bernabea es la mayor de tres hermanos, dos chicas y un chico. La familia se trasladó a la capital de España cuando ella tenía cinco años y allí vivieron el estallido de la Guerra Civil. El cerco al que fue sometida Madrid, con los continuos bombardeos, hizo que sus padres se decidieran por sacar a los pequeños de esta ciudad para refugiarse en Cataluña. Estuvieron seis meses en Cerdanyola, donde estudió en una escuela pública, de orientación racionalista. Sin embargo, la presión de las tropas insurgentes les obligó a retirarse de nuevo, esta vez hacia el exilio francés.

... Yo me acuerdo que cuando habían los bombardeos nos sacaban de la escuela, nos sacaban al patio y nos hacían acostar en el suelo y ponernos un palito atravesado en la boca y boca abajo ¿no? Porque por los bombardeos, a pesar de que los bombardeos eran en Barcelona... Pero Cerdanyola queda a penas a 18 kilómetros de Barcelona ¿no? Así es que..

Salieron de España el 29 de enero de 1939 y estuvieron refugiados en el campo de concentración de Argèles (su padre quedó recluido en Saint Ciprien), en medio de unas penosas condiciones.

No había nada, allí había que ir al arranque a coger maderas para poner en el suelo, para poder dormir, entonces me acuerdo, como todavía era buen tiempo y estábamos en la playa, mi madre nos llevaba a la playa y recogíamos las algas y las metíamos dentro de los sacos estos... Para hacer como colchonetas (...) Y mi madre logró conseguir una de esas latas, de esas latas cuadradas donde se embasaban manteca o mantequilla ¿qué sería eso? Y hacer unos agujeros y atravesarlas con unos hierros que se recogían de... Todo era material de desecho, lo que había allí. Y entonces, estábamos cerca de la cocina, entonces nos íbamos a robar el carbón. Para calentarnos en la barraca

Por fin consiguieron reunirse y abandonar Francia en la primavera de 1940 hacia la República Dominicana. Tras su llegada fueron instalados en un poblado agrícola llamado Pedro Sánchez, donde pasaron cerca de un año. Por aquel entonces su madre cayó enferma y tuvo que ser hospitalizada en Santo Domingo (entonces Ciudad Trujillo). Ante las malas perspectivas que se abrían para ellos en aquel país, su padre se puso en contacto con el gobierno de la República en el exilio con el fin de que facilitasen su salida hacia Ecuador. En la operación intervino también la fundación americana John Dos Passos, gracias a la cual un grupo de exiliados españoles, entre ellos la familia de Bernabea, pasaron tres semanas en New York.

Tras esa breve estancia llegaron por fin a Ecuador en mayo de 1941. Una de las cosas que más le llamó la atención fue el fervor con el que los ecuatorianos celebraban el día de su independencia y toda su simbología, desde la bandera al himno nacional. Especialmente llamativa le pareció la celebración semanal de la *hora cívica* que se repetía cada lunes en los colegios.

La hora cívica, los lunes a la hora de entrar a clase no van entrando. Los chicos se van repartiendo sino que se forman por clases. Entonces la profesora que esté de turno o la directora de la Escuela, entonces les habla de los valores, de los valores y de los símbolos patrios y se canta el himno nacional ¿no? Y entonces los chicos tienen que cantar el Himno nacional con mucho recogimiento porque tienes que estar mirando “cuidado que me ven” porque tienes que estar firme.

Estudió magisterio, aunque como ella misma recuerda *fue maestra por causalidad*. Se casó con un ecuatoriano con el que tuvo seis hijos. Bernabea es toda una institución en el mundo educativo de Ecuador, donde desarrolló una importante labor pedagógica en la enseñanza primaria. Ha trabajado en el colegio Alemán y en el Abraham Lincoln.

Volvió a España por primera vez en el año 1979 y posteriormente en el año 1984 con su hija Tatiana. A partir de ese momento su vida se ha visto marcada por el deseo de regresar a Ecuador y la llamada de la sangre. Volvió al continente americano en 1998 durante unos meses pero sintió que su hija le necesitaba en España y emprendió el camino de regreso. A pesar de haberse jubilado continúa dando clases de literatura a personas mayores y sin formación y sigue sintiendo su pasión por enseñar. De vez en cuando relee las cartas de algunas madres agradecidas por los esfuerzos que puso en la educación de sus hijos y se emociona recordando la sonrisa de sus ojos.

... Padres y alumnos hemos tenido la suerte de contar entre los maestros con su valiosa colaboración, la cual, a Dios gracias, se ha hecho presente desde el comienzo de la primaria, pues, desde el primer grado nuestros hijos vienen recibiendo sus sabias enseñanzas en cuanto a las asignaturas respectivas se refiere. Pero lo que es más importante, a mi modo de ver, ellos han tenido en usted a una verdadera artífice espiritual que han modelado sus almas desde el comienzo de sus vidas en la Escuela, lo cual les servirá de guía para el resto de su existencia recordando siempre a la maestra que con dulzura, comprensión y cariños, aunados a una vertical disciplina, supo dejar en cada uno de ellos la maravilla del saber y la rectitud.

José María González

Un regresado con una historia atípica

José María González nació en Bernillo de Sáyago, (Zamora) el 11 de febrero de 1947. Ha sido el tercero de cinco hermanos. Cuando tenía dos años su familia se trasladó a la capital de la provincia, donde trascurrió su infancia y parte de su adolescencia. La familia materna tenía una pequeña fábrica de harinas que se llamó *La Luisa*, en honor a su madre. El padre de José María, por su parte, regentó un bar-cafetería en Bernillo y más tarde, cuando se trasladaron a Zamora, abrió una pequeña tienda de ultramarinos. Cursó sus primeros estudios en dos pequeñas escuelas de la zona y en una academia durante un breve espacio de tiempo. Más tarde ingresó en la Universidad Laboral José Antonio Girón de Los Salesianos.

Su padre emigró a Venezuela por razones estrictamente económicas, animado por un hermano de su esposa, que había iniciado pocos años antes el mismo trayecto hacia aquel país. Allí comenzó a trabajar en el comercio y distribución de una compañía de whisky de Caracas. El grave accidente de tráfico que sufrió el padre precipitó el traslado del hijo mayor desde España. Este último, tras reunirse con su padre malherido en Venezuela, comenzó a trabajar en la industria farmacéutica.

La madre y el resto de los hermanos partieron hacia Venezuela en 1962. Para entonces José María había ingresado ya en el seminario. Con 19 años fue enviado a estudiar filosofía a Roma. Su estancia en aquella ciudad, entre 1965 y 1968, donde conoció otras formas de percibir y vivir la religiosidad, supuso un cambio decisivo en su vida que poco a poco le llevarán a plantearse el abandono de la carrera sacerdotal.

... Cuando yo voy allá en el 65 con 16 años, con 19 años perdón, 19 años me encuentro con que a Roma, a esa Universidad que de todos modos era Salesiana, que de todos modos era Pontificia, que de todos modos era, pues eso, eclesiástica y todo lo demás ¿no?, pero donde están viniendo pues eso gente de América y de África y de la India y de Australia y de Canadá, y que no piensan de la misma manera, y sobre todo, que no se comportan de la misma manera es decir, sin que se portasen mal me refiero. (Eso provoca) un choque y es la que me permite esa circunstancia ya comenzar a abrir, esas gríngolas ¿verdad? Eh, como se llaman lo de los caballos, lo de las mulas. Lo que me permite ver que la cosa pues va de una manera mucho más amplia y que no hay una sola manera de percibir y de y de sobre todo de juzgar y todo lo demás ¿no?

En 1967 se reunió con su familia en Venezuela durante las vacaciones. Allí constató la enorme diferencia que existía con respecto a la situación de la iglesia en aquel país, sobre todo comparada con España, donde a pesar de los cambios producidos durante los últimos años, la iglesia constituía aún un elemento de control permanente de la vida cotidiana.

Volvió a Venezuela en 1971 y estuvo dando clases en varios colegios hasta 1976.

Durante este periodo de tiempo José María percibió una sociedad bastante homogénea, sin graves desigualdades ni problemas sociales. Tras terminar su maestría en filosofía volvió a Europa, concretamente a Lovaina, en Bélgica, con el objetivo de completar su formación académica y realizar un doctorado. Más adelante se traslada a París. En la universidad de la Sorbona realizará otro doctorado sobre estética, teoría y ciencia del arte.

En el año 1981 regresó a Venezuela. Allí comenzó a trabajar en el Museo de Arte Contemporáneo de Caracas. En 1984 inició su carrera como profesor en la Universidad Central de aquel país, donde terminó siendo catedrático. Por entonces fue formando su propia familia, tras conocer y casarse con una mujer, descendiente de italianos y venezolanos, con quien ha tenido tres hijos.

En 1999 obtuvo una beca, pidió un año sabático en su universidad y regresó a Madrid con su familia durante un año con la esperanza de prorrogar esa estancia. Sin embargo, determinadas circunstancias hicieron que tuviera que volver a su puesto en la universidad venezolana, mientras su mujer y sus hijos se quedaban en España, hasta que José María consiguió establecerse en este país.

José María asistió a partir de comienzos de la década de los años ochenta, y especialmente a partir de 1983, al declive económico de aquel país americano, cuyos efectos se dejarán sentir con mayor virulencia a partir de mediados de la siguiente década. Su percepción sobre los entresijos de la política de aquellos años es francamente negativa, debido a las oscuras prácticas clientelares y a la corrupción.

(Yo creo que) cambia fundamentalmente hacia finales de los 80. En el 83 tenemos esa debacle monetaria, el famoso viernes negro. Hasta entonces (se) había vivido en una ficción completamente, absolutamente nefasta para todos. Nefasta porque era el simplemente no haber querido ver y haber mantenido artificialmente el poder de una manera que lo tenía y lo tenía muy fuerte hasta que la corrupción entró, pero así, a mansalva en la República, eso está claro.

Uno de sus sueños consiste en fortalecer los vínculos de carácter universitario entre Venezuela y España a través de la creación de una cátedra en este último país. Su puesta en marcha serviría para difundir la historia venezolana en un sentido amplio. Actualmente prepara la edición de una serie de investigaciones inéditas sobre el “rescate de la memoria” durante el siglo XIX.

Los autores

Pilar Pérez-Fuentes Hernández

Profesora Titular de Historia Contemporánea de la Universidad del País Vasco.

Ha dirigido proyectos de investigación sobre historia social de España y del Caribe hispano. Es autora y coautora de numerosas publicaciones, entre ellas: “A propósito de la historia e identidades nacionales” en *Historia e identidades nacionales* (2007); “Women in the Workplace in Nineteenth and Twentieth Century Spain: Methodological Considerations” en *A Social History of Spanish Labour. New Perspectives on Class, Labour and Gender* (2007); “Pautas de conducta y experiencias de vida de las mujeres en Cuba y Puerto Rico” en *Historia de las mujeres en España y América Latina* (2006); *Ganadores de pan y amas de casa: Otra mirada sobre la industrialización vasca* (2004); “Familia, matrimonio y cohabitación en La Habana del siglo XIX. Una aproximación a través del censo de 1861” en *Changes and Continuity in American Demographic Behaviours: The Five Centuries’ Experience* (2000). Es presidenta de la Asociación Española de Investigación de Historia de la Mujer y secretaria del Patronato de la Fundación Directa.

José Antonio Pérez Pérez

Doctor en Historia Contemporánea por la Universidad del País Vasco. Es especialista en el mundo laboral bajo el franquismo y autor de varios libros. *Los años del Acero* (2001), *Los espejos de la memoria* (2004). Además es coautor de numerosas obras: *Facundo Perezagua* (2003), *Ramón Ormazabal* (2005), *Del hogar a la huelga* (2007), *La autonomía vasca en la España Contemporánea: 1808-2008* (2009). Es miembro del Instituto de Historia Social Valentín de Foronda y profesor de las Aulas de la Experiencia de la UPV/EHU.

M^a Ángeles Sallé Alonso

Licenciada en Sociología especializada en programas de empleo, desarrollo local, Internet social e inmigración, incorporando en todos esos espacios un enfoque de igualdad de género. Actualmente compagina su labor como presidenta del Patronato de la Fundación Directa y como socia directora de Enred Consultores.

Ha coordinado diversos estudios sobre sus áreas de competencia, impulsando el Banco de Memoria de la Emigración Española en América y el Catálogo on line de artistas “Entre dos orillas”, siendo autora principal o coautora, entre otras, de *Travesías, Historias emigrantes de ayer y hoy* (Metáfora Ediciones, 2003), *Inmigración y medios de comunicación en España: aproximaciones y propuestas para las buenas prácticas periodísticas* (Ministerio de Trabajo e Inmigración, 2007), *La segunda brecha digital* (Editorial Cátedra, 2008) y *La vi@ en rosa, ciberconversaciones de mujeres* (El Cobre Ediciones, 2008).

índice

introducción

7

argentina

Andrés Pérez	25
Ángel Cuesta Gómez	28
Luis Castillo Marín y Juan Castillo Marín	30
Manuel de la Orden (<i>Relato de su bisnieto Ulises de la Orden</i>)	33
María Mercedes García Rodríguez y José Sarrot (<i>Relato de su hija Natividad Sarrot García</i>)	35
Miguel Escandell	38
Otilia Chao	41
Pedro María Otaño (<i>Relato de su bisnieto Martín Otaño</i>)	44
Etelvino Álvarez Cid (<i>Relato de su hijo Néstor Álvarez</i>)	47
María de la Concepción Góndar Sueiro	49
María Ramona Blanco Barrio	52
Claudina Estévez	54
Gabriel Prieto	57
José Gómez Becerra	60
Dori Arias Estevez	62
María Núñez Casal	65
Marcelino Fernández Villanueva	68
Luisa (<i>pseudónimo</i>)	71
Adela Hormigo Durán	73
Carlota Fernández	76
María Evangelina Failde	79
Juan Ibáñez Brau (<i>Relato de su nieta Julieta Ibáñez Cerdeña</i>)	81

chile

Arturo Lorenzo	83
Liberato Minué y Dolores Escorza (<i>Relato de su hija M. Luz Minué</i>)	86
Eustaquio Bilbao y Pilar Mendezona (<i>Relato de su hija Josefina Bilbao Mendezona</i>)	89
Rafaela de Buen López de Heredia	91
José Balmes Parramón	94
Víctor Pey	97
Roser Bru Llop	100
Edmundo Rafael Moure Rojas	103
Magdalena Torrente Campos	106

costa rica

Bernardo Quilis Barrionuevo “ <i>El Curro</i> ”	109
Alberto Aragonés Damián	112
Francisco Álvarez	115
Visitación Puertas Fresneda	118
Rafaela Sierra	121
Manuel Blanca	124

cuba

Isabel de la Caridad Cruz Moya (<i>Cachita</i>)	127
Manuel Valella Piñón	130
Rosalía Pérez Ojeda	133
Leonor Fumero Triana	136
Miguel Suárez Castellanos	139
Manuel González Castillo	142

méxico

Claudio Román Fernández	145
Rosario Zamarro Esteban	147
Leonor Sarmiento Pubillones	149
María José Pérez Villanueva de Castello	151
María Isabel Rull Valdivia	153
Marta Roig Arellano	155
Manuel Mier Bobes	157
Luz Bilbao Adán	159
Julio Souza Fernández (<i>Julio Mayo</i>)	161
Hilario Ibarrola Barrena	163
Germán Horacio Robles San Agustín	165
Emilia Salas de Halffter	167
Samuel de Cosío Fernández	169
Fernando Llavona Sánchez	171

panamá

Ricardo Pérez Medín	173
Rogelio García González	176
Teresa Solá (<i>seudónimo</i>)	178
Enriqueta Sánchez Ruiz	180
Concepción Balda Sauz	183
Ceferino Sánchez Jonquera	186

uruguay

Rogelio Martínez Barreiro	189
Ángel Alonso Ortiz	192
María Asunción Pérez	196
Alberto Joaquín Varela Feijoó	199
María del Carmen Acero	202
José Santos Centeno	204
María Gilbert Darnes	207
María Inmaculada Cedrés Padrón	210
Álvarez de Siegler	213

venezuela

Pino Teresa Padrón Pérez	214
Tomás Jesús Rolo Díaz	216
María Guadalupe Alemán García de Toledo	219
Manuela del Carmen Martí Martínez	222
José Miguel Correa Alonso	225
Jesús González Pecci	228
Francisca Ballester Boix	231
Félix Vicente Blanco Baragaño	234
Eulogio Vázquez Feijoó	237
María del Pilar Juajona Pérez	239
Bernarda Escalante González	242
Araceli Hernández de Alonso	245
Ángeles Sala Arija	248
Álvaro Ventura Núñez	250
Andrés Conde Ríos	253

retornados

Eduardo Murias	256
Carlos Sallé Ortiz	259
Ángela María Alonso Ruiz de Olano	262
Ángela Escribano Romeda	266
María del Carmen Vegas Patiño	269
Bernabea Zornoza González	272
José María González	274

los autores

276





